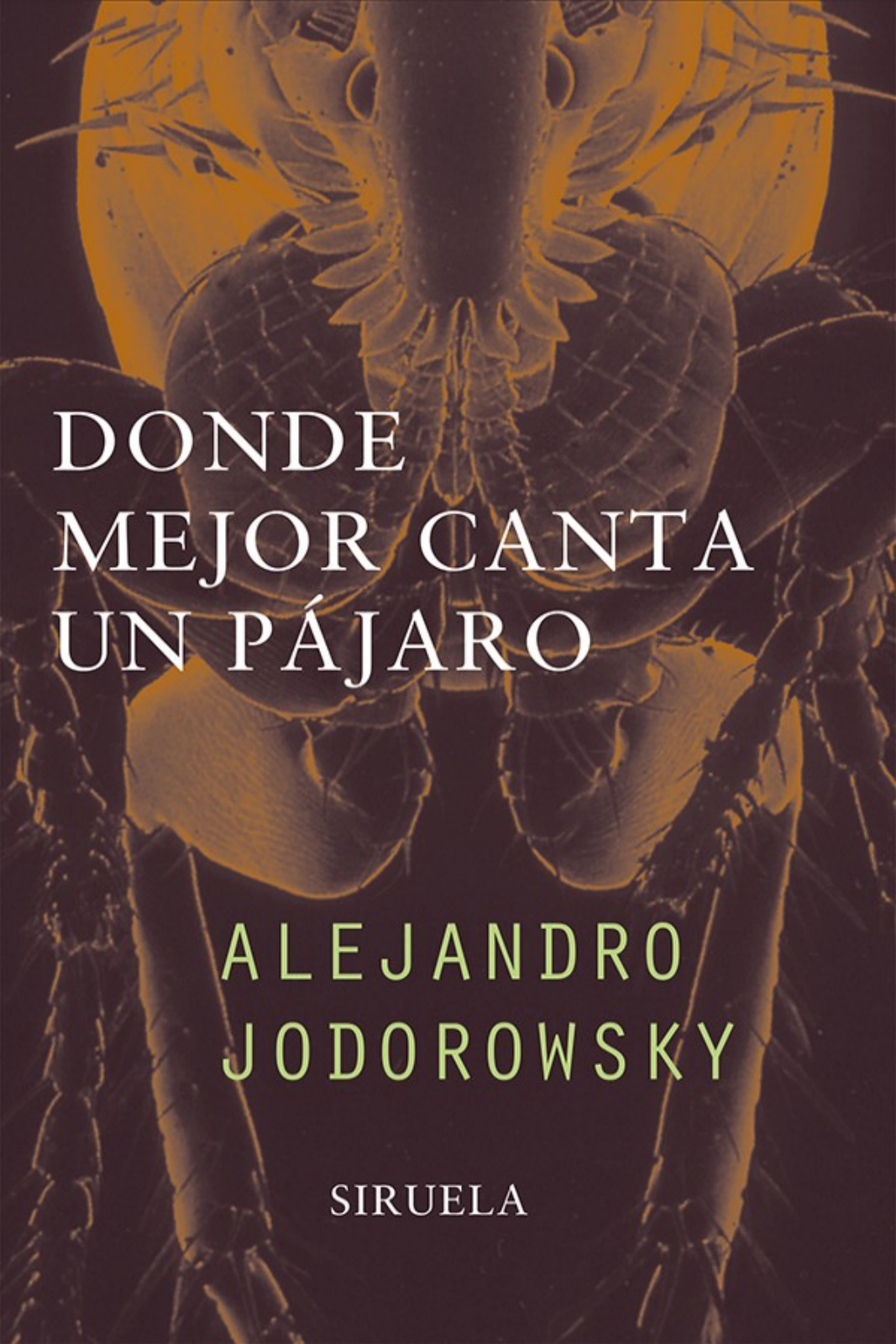


DONDE MEJOR CANTA UN PÁJARO

ALEJANDRO JODOROWSKY

SIRUELA

ALEJANDRO JODOROWSKY

DONDE MEJOR CANTA UN PÁJARO

Ediciones Siruela

Índice

Cubierta
Cita
Prólogo
I Las raíces de mi padre
II Las raíces de mi madre
III El país más lejano
IV La pampa prometida
V Jaime y Sara Felicidad
Créditos

DONDE MEJOR CANTA UN PÁJARO

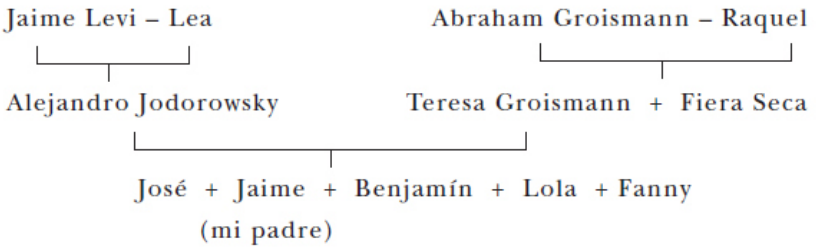
«Un pájaro canta mejor en su árbol genealógico.»
Jean Cocteau

Prólogo

Todos los personajes, sitios y acontecimientos (aunque a veces se altere el orden cronológico), son reales. Pero esta realidad es transformada y exaltada hasta llevarla al mito. Nuestro árbol genealógico por una parte es la trampa que limita nuestros pensamientos, emociones, deseos y vida material... y por otra es el tesoro que encierra la mayor parte de nuestros valores. Aparte de ser una novela, este libro es un trabajo que, si ha sido logrado, aspira a servir de ejemplo para que cada lector lo siga y transforme, a través del perdón, su memoria familiar en leyenda heroica.

Alejandro Jodorowsky

I
Las raíces de mi padre


Jaime Levi – Lea
Abraham Groismann – Raquel
Alejandro Jodorowsky
Teresa Groismann + Fiera Seca
José + Jaime + Benjamín + Lola + Fanny
(mi padre)

En 1903, Teresa, mi abuela, la madre de mi padre, se enojó con Dios y también con todos los judíos de Dniepropetrovsk, en Ucrania, por seguir creyendo en Él a pesar de la mortífera crecida del río Dniéper. En la inundación pereció José, su hijo adorado. Cuando la casa comenzó a llenarse de agua, el muchacho empujó hacia el patio un armario y se trepó en él, pero el mueble no flotó porque estaba atiborrado con los 37 tratados del Talmud... Después del entierro, perseguida por su marido y cargando ella sola los hijos que le quedaban, cuatro pequeñuelos, Jaime y Benjamín, Lola y Fanny, fabricados más por deber que por pasión, invadió feroz la Sinagoga, interrumpió la lectura del capítulo 19 del Levítico, «Habla a toda la congregación de los hijos de Israel, y diles...», rugiendo: «¡Soy yo la que les voy a decir!», atravesó el área que le estaba prohibida por ser mujer, empujando a los hombres que, víctimas de un pavor infantil, ocultaron sus rostros barbados bajo los mantos de seda blanca, arrojó su peluca al suelo mostrando un cráneo mondo enrojecido por la ira y pegando su rostro áspero en el pergamino de la Tora, imprecó hacia las letras hebreas:

–¡Tus libros mienten! Dicen que salvaste al pueblo entero, que abriste el Mar Rojo con la misma facilidad que yo corto mis zanahorias y sin embargo no hiciste nada por mi pobre José... Si ninguna fue la culpa de ese inocente, ¿qué ejemplo quisiste darme? ¿Que tu poder no tiene límites? Lo sabía. ¿Que eres un misterio insondable, que yo debo probar mi fe aceptando resignada ese crimen? ¡Nunca! Eso está bien para los profetas de la talla de Abraham, ellos pueden levantar el cuchillo sobre la garganta de sus hijos, no una pobre mujer como yo. ¿Con qué derecho me exiges tanto? Respeté tus 613 mandamientos, pensé en ti sin cesar, nunca hice daño a nadie, le di un hogar santo a mi familia, cociné y limpié rezando, dejé que me raparan en tu Nombre, te amé más que a mis padres y tú, ingrato, ¿qué hiciste? Ante el poder de tu muerte mi niño fue como un gusano, una hormiga, un excremento de mosca.

¡No tienes piedad! ¡Eres un monstruo! ¡Creaste un pueblo elegido sólo para torturarlo! ¡Llevas siglos riéndote a costa de nosotros! ¡Basta! Te habla una madre que ha perdido la esperanza y por eso no te teme: ¡Te maldigo, te borro, te condeno al aburrimiento! ¡Sigue en tu Eternidad, haz y deshaz universos, habla y truena, yo ya no te oigo! ¡Es definitivo y para siempre: fuera de mi casa, sólo mereces mi desprecio! ¿Vas a castigarme? Que me llene de lepra, que me partan en trozos, que los perros se alimenten de mi carne, no me importa. La muerte de José ya me ha matado.

Nadie dijo nada. José no había sido la única víctima. Otros más acababan de enterrar familiares y amigos. Mi abuelo Alejandro, de quien heredé parte del nombre, porque la otra mitad me vino del padre de mi madre, que también se llamaba Alejandro, con cuidado infinito secó las lágrimas que brillaban como escarabajos transparentes sobre los caracteres hebreos, se inclinó muchas veces ante la asamblea; con el rostro granate masculló disculpas que nadie entendió y se llevó a Teresa tratando de ayudarla a cargar los cuatros niños, pero ella no quiso soltarlos y los apretó tan fuerte contra sus robustas tetas que éstos comenzaron a aullar. Sopló un viento huracanado, se abrieron las ventanas y un nubarrón negro llenó el templo. Eran todas las moscas de la región huyendo de una lluvia repentina.

Para Alejandro Levi (en esa época nuestra familia se llamaba Levi), la ruptura de su mujer con la Tradición fue sólo un golpe rudo más. Los golpes rudos formaban parte indisoluble de su ser: los había soportado estoicamente toda su vida, eran como un brazo, un órgano interno, una parte normal de la realidad. Aún no cumplía tres años cuando Piroshka, la sirvienta húngara, se volvió loca, vino al dormitorio donde dormía abrazado a Lea, su madre, y la asesinó a hachazos. Los chorros calientes tiñeron de rojo su cuerpecito desnudo. Cinco años más tarde un brote de odio, originado por la creencia de que los rabinos usaban sangre de niños cristianos para fabricar su pan ázimo, vertió por las calles de Ekaterinoslav un enjambre de cosacos ebrios que incendiaron la aldea, violaron mujeres y niños y apalearon a Jaime, su padre, porque no quiso escupir en el Libro, hasta convertirlo en un puré morado. Lo recogió

la comunidad judía de Zlatopol, una entidad abstracta, ningún individuo. Le dieron una cama en la escuela religiosa. Allí le enseñaron dos cosas: ordeñar vacas (al alba) y rezar (el resto del día). Esos litros de leche matinal fueron el único olor a madre de su niñez y, para lograr caricias femeninas, enseñó a las rumiantes a lamerlo desnudo con sus grandes lenguas calientes...

Recitar los versículos en hebreo fue una tortura hasta que él y el Rebe se encontraron en el Entremundo... Sucedió así: Alejandro, de tanto balancearse canturreando frases que no entendía sintió que los pies se le congelaban, que la frente le hervía y que el estómago se le llenaba de un aire ácido. Le dio vergüenza respirar profundo con la boca abierta como pez fuera del agua y desmayarse delante de sus compañeros, que ellos sí comprendían los textos... a menos que sus expresiones de fe intensa fueran sólo una comedia para después obtener en premio una buena cena. Hizo un esfuerzo supremo y dejando su cuerpo en el balanceo, se salió de él para encontrarse en un tiempo que no transcurría, en un espacio no extenso. ¡Qué descubrimiento ese refugio! Allí podía vegetar en paz, no haciendo nada, sólo viviendo. Sintió intensamente lo que era pensar sin la amenaza constante de la carne, sin sus necesidades, sin sus múltiples miedos y cansancios; sin el desprecio o la piedad de los otros... Deseó nunca más regresar, quedarse allí en un éxtasis eterno.

Atravesando el muro de luz, un hombre vestido de negro como los rabinos pero con ojos orientales, piel amarilla y barba de largos pelos lacios, vino a flotar junto a él. «Tienes suerte muchachito», le dijo, «no te sucederá lo que a mí. Cuando yo descubrí el Entremundo no hubo nadie que viniera a aconsejarme. Me sentí tan bien como tú y decidí no volver. Grave error. Mi cuerpo, abandonado en un bosque, fue devorado por los osos y cuando tuve otra vez necesidad de los seres humanos me fue imposible regresar. Me vi condenado a vagar por los diez planos de la Creación sin tener derecho a estacionarme. Un triste pájaro errante... Si me dejas echar raíces en tu espíritu, volveré contigo. Y en agradecimiento podré aconsejarte –conozco de memoria la Tora y el Talmud– y nunca más estarás solo. ¿Quieres?».

¿Cómo ese niño huérfano no iba a querer? Sediento de amor, adoptó al Rebe... Era un caucasiano que exageró sus estudios cabalísticos y por buscar los sabios santos que, según el Zohar, viven en el otro mundo, se perdió en los laberintos del Tiempo. Allí, en esas soledades infinitas, él, ermitaño contumaz, aprendió a valorar la compañía de los seres humanos, comprendió a los perros siempre sedientos de la presencia del amo, descubrió que el otro es una forma de alimento, que el hombre sin el hombre perece de hambre espiritual.

Cuando volvió en sí, estaba tendido en una de las bancas de la escuela. Lo rodeaban el profesor y sus camaradas de clase, todos pálidos porque creían que estaba muerto. Parece ser que su corazón había dejado de latir. Le dieron un té dulce con limón y cantaron para celebrar el milagro de su resurrección. El Rebe, mientras tanto, danzaba en el local. Nadie, excepto mi abuelo, lo veía o podía oírlo. Era tal la alegría del desencarnado de estar otra vez entre judíos que, por primera vez, se apoderó del cuerpo de Alejandro y recitó con voz ronca, en hebreo, un salmo de gracias al Señor: «Tú nos has sido refugio de generación en generación...».

Se aterrorizaron. ¡El niño estaba poseído por un *dibuk*! ¡Había que sacarle ese diablo de las entrañas! El Rebe se dio cuenta de su error y de un brinco salió del cuerpo de mi abuelo. Pero por más que Alejandro protestó tratando de explicar que su amigo prometía no volver a entrar en su organismo, continuaron con la ceremonia del desembrujamiento. Lo frotaron con siete diferentes hierbas, le hicieron tragar una infusión de excremento de vaca, lo bañaron en el Dniéper cuyas aguas estaban a muchos grados bajo cero y después, para calentarlo, le dieron un baño de vapor azotándolo con ortigas.

A pesar de considerarlo curado siguieron sintiendo por él, durante cierto tiempo, una desconfianza supersticiosa, pero a medida que mi abuelo fue creciendo, se acostumbraron a la presencia de su compañero invisible y comenzaron a consultarlo, primero sobre interpretaciones talmúdicas, luego por las enfermedades de los animales y después, viendo el buen resultado,

pasaron a confiarle los males humanos para terminar convirtiéndolo en juez de todos los conflictos. La aldea entera alabó la inteligencia y el saber del Rebe pero descuidó a Alejandro. Éste, de carácter tímido y esencialmente humilde, no sabía hacerse valer ni siquiera como intermediario. Invitaban a cenar al Rebe, no a él. Cuando entraba en la Sinagoga le preguntaban si el Rebe había venido, porque a veces el caucasiano desaparecía para visitar otras dimensiones donde conversaba con los espíritus santos. Si estaba acompañado, lo sentaban en la primera fila. Si no, nadie pensaba en hablarle u ofrecerle una silla.

El caucasiano había dicho que lo que más le gustaba era ver niños. Cuando venían a consultarlo, en la humilde pieza que Alejandro tenía junto al establo, los padres acarreaban a su prole, bañada, peinada y vestida como para el Sábado. Esta exhibición infantil era todo el pago que recibía. Nadie era capaz de traerle un pastel de manzanas, una marmita con pescado relleno, un poco de hígado picado. Nada. El existente era el Rebe y el hombre invisible, mi abuelo. Él, acostumbrado como estaba desde la cuna a no ser consentido, ni siquiera se ponía triste, tampoco alegre. Ordeñaba las vacas, rezaba y en las noches, antes de que el sueño lo tumbara, tenía largas discusiones con su amigo del Entremundo.

Un día, a las primeras luces del alba, se le acercó Teresa. Era pequeña pero de piernas robustas, senos imponentes, carácter de hierro. Clavó en él sus ojos oscuros, dos carbones glaciales navegando en ojeras de fiebre y le dijo: «Hace tiempo que te observo. Ya estoy en edad de tener hijos. Quiero que seas el padre. Soy huérfana como tú, pero no tan pobre. Vendrás a vivir en la casa que me legaron mis tías. Para alimentar a los niños vamos a organizar las consultaciones. Te pagarán a ti. El Rebe no necesita nada porque no existe. Es el producto de tu locura. ¡Sí, estás loco! Pero no importa, es hermoso lo que has inventado. Lo que crees que él vale, lo vales tú; ese conocimiento sólo viene de ti. Aprende a respetarte para que los otros te respeten. Nunca más hablarán con el fantasma. Te dirán su problema y tendrán que volver más tarde para escuchar la respuesta. Ya no te verán en trance conversando con alguien invisible. Yo fijaré los precios y no aceptaremos

invitaciones a cenas interesadas. El Rebe se quedará en la casa. Jamás saldrá contigo a la calle y si no le gusta, que se vaya, si puede. Apenas se aleje de ti, se disolverá en la nada».

Y sin esperar una respuesta de Alejandro, lo besó en la boca, se tendió con él debajo de las tetas de las vacas y tomó para siempre posesión de su sexo. Él, después de lanzarle el alma dentro de su esperma, apretó las ubres para que los bañara una lluvia de leche caliente. Cuando se casaron, ella estaba embarazada de José. La comunidad aceptó las nuevas reglas del juego y nunca más faltó en la mesa familiar una sopa de gallina o unos fritos de papa o una coliflor fresca o un plato de avena... Diez meses después del nacimiento de José tuvieron dos mellizos. Al año siguiente, dos niñas.

En la corsetería, ante las vecinas, Teresa se vanagloriaba de vivir con un marido santo que nunca cesaba de rezar aun durante sus cinco horas de sueño; que comía, fuera el alimento que fuese, siempre con el mismo ritmo para poder mascar sin dejar de recitar los salmos, que se movía el mínimo para no interferir en la marcha del mundo, que cuando no rezaba sólo sabía decir una palabra: «Gracias».

¡Todo iba tan bien, y de pronto, la catástrofe! ¡José muerto! Un hijo extraordinario, bueno entre los buenos, obediente, fino, limpio, con una voz angelical para cantar en yiddish, con una belleza resplandeciente. Sí, su alegría natural iluminó las penas, fue un puñado de sal en la sopa insulsa de la vida, una lluvia de colores para el mundo gris... Cuando paseaba en la noche junto a los árboles, los pájaros dormidos se despertaban y comenzaban a trinar como si fuese el alba... Nació riendo, creció bendiciendo a cualquier persona que entrara en el campo de su mirada, nunca se quejó ni emitió una crítica, era el mejor alumno de la Yeshivah. ¿Por qué tenía que morir un sol?

Teresa se aferró con saña a su dolor. Olvidarlo se le antojaba una traición. Se negó a aceptar que el difunto estaba enterrado y lo mantuvo tragando agua lodosa, amoratado de asfixia, víctima

incesante, cordero en agonía eterna, para así justificar su odio no sólo a Dios y a su comunidad, sino también al río, a las plantas, a los animales, a la tierra, a Rusia, a la humanidad entera... Le prohibió a mi abuelo seguir solucionando problemas ajenos y le exigió, bajo amenaza de suicidio, que nunca más le mencionara al Rebe.

Vendieron lo poco que tenían y se fueron a vivir a Odesa. Allí los acogió Fiera Seca, la hermana de Teresa, dos años menor. Su padre, mi bisabuelo, había estado casado tres veces y enviudado otras tantas. Todas sus mujeres morían en el primer parto, asimismo los niños que cuanto más duraban tres días en la cuna. Según las matronas, la Muerte estaba enamorada de él y por celos se llevaba a las esposas y sus frutos. Abraham Groismann era un hombre fuerte, alto, con una barba roja rizada y grandes ojos verdes. Vivía de la apicultura. Y si lo de la Muerte enamorada podía ser un cuento de curanderas supersticiosas, el amor de sus abejas, por el contrario, era un hecho evidente. Cuando iba a recoger la miel del centenar de casitas multicolores, los animales lo cubrían de pies a cabeza sin picarlo nunca, luego lo seguían como una nube dócil hasta el galpón donde embotellaba el delicioso jarabe y muchas noches, sobre todo durante los inviernos glaciales, venían a posarse en su cama para formar una colcha oscura, cálida y vibrante.

Raquel, la madre de Teresa, tenía trece años cuando parió en el cementerio. Las matronas la metieron dentro de una fosa y la taparon con siete sábanas para que la Muerte no viera el alumbramiento. Allí, en la tierra fresca, en medio de oscuras osamentas, lanzó mi abuela su primer gato, que rápidamente fue ahogado por un pezón fragante para conservar el esencial silencio: ¡la Muerte tenía mil orejas! Abraham, convencido de que una vez más iba a perder madre e hijo, preparó su corazón a la desgracia ahogando cualquier sentimiento. Que esos dos seres sobrevivieran no le produjo calor ni frío. Siguió sumergido en su mar de abejas, hablando con ellas en un universo inaccesible. Pero cuando Raquel, a los quince años, cayó otra vez encinta, la esperanza incendió su alma.

A pesar de que le advirtieron que la Dama Negra lo seguía adondequiera que fuera, tan fiel y amante como las abejas, se acercó al cementerio empujando a las señoras que sostenían los siete techos de sábana y miró hacia la fosa profunda. Vio salir del templo ensangrentado a la más hermosa de las niñas. Un viento extraño azotó las telas blancas y se las llevó hacia los montes como palomas inmensas. La madre comenzó a agonizar. «¡Insensato!», le gritaron, «¿por qué viniste? Has traído a tu feroz amante. Ya devora a la madre. Pronto será la hija». Vertieron sal y vinagre sobre la cabeza de la niña y la bautizaron con un nombre que asustara y disgustara a la Muerte, Fiera Seca. Luego la metieron dentro de una canasta tapándola con racimos de uva y se la llevaron a un sitio secreto, que el padre no debería conocer nunca, para ocultarla de la Enemiga. Fiera Seca tuvo que vivir prisionera en un granero hasta que a los trece años le bajaron las reglas. Terminada la infancia, el peligro desaparecía. La Muerte buscaba una niña, no una mujer. Fiera Seca volvió al hogar conducida por una matrona. A su paso por las calles la gente, aterrada, cerró puertas y ventanas. Para espantar a la Muerte, en caso que descubriera su escondite, le habían enseñado a hacer constantemente muecas atroces. Su rostro, como una máscara blanda, pasaba de una fealdad a otra. Verla más de diez segundos daba dolor de cabeza.

Cuando su hermana entró en la habitación que era al mismo tiempo cocina, comedor y dormitorio. Teresa escapó corriendo hacia el jardín junto con los perros que se pusieron a aullar y los gatos a bufar. Fiera Seca se quedó sola. Oyó pasos. ¡Seguro que era la Muerte! Fuera de su escondite se sintió más vulnerable que nunca. Aparte de las contorsiones faciales comenzó a deformar el cuerpo, arqueó las piernas, torció su columna vertebral, crispó las manos, anudó los brazos, babeó y echó espumarajos tiñendo esa asquerosidad con sangre que extrajo chupándola de sus encías. La puerta se abrió con un crujido de insecto... Abraham vio un engendro, una especie de araña enorme, pero no huyó porque estando cubierto de pies a cabeza por sus abejas se sintió defendido. A Fiera Seca el zumbido de ese bulto oscuro le pareció ser el canto de la Dama Negra.

Se quedaron los dos, frente a frente, sudando de terror. Las

únicas que quizás comprendieron la situación fueron las abejas. Empezaron a volar en un círculo que se hizo cada vez más grande hasta rodear al padre y a la hija. Dentro de ese cinturón viviente, la muchacha vio al hombre más hermoso que nunca hubiera podido imaginar y en el fondo de sus ojos verdes descubrió un océano de bondad. Ese espíritu sublime se convirtió en un mundo donde, haciéndose mínima, ella hubiera querido habitar. Poco a poco cesó las muecas y estiró su cuerpo mostrando lo que era, una bella mujer. Abraham se dio cuenta de que todas las otras, las que murieran pariendo, no habían sido más que esbozos de lo que sin saberlo buscara desde siempre: erguida frente a él, como un milagro tremendo, su alma lo estaba llamando... Se sumergieron el uno en el otro, se dijeron palabras de amor, lloraron, rieron, cantaron, cayeron en el lecho, las abejas formaron una cortina que los separó del mundo y allí se quedaron, con los dos cuerpos hechos una sola hoguera, sin pensar en las consecuencias.

Teresa sintió que estaba de más. El padre y la hermana se le desaparecieron para siempre convertidos en amantes. Puso en una bolsa lo poco que tenía y se fue a vivir con sus tías. Dos años más tarde, por una carta, tuvo noticias de su hermana: «Perdóname, Teresa, por haberte olvidado todo este tiempo. Papá ha muerto. Tú eres la única que conoció nuestro secreto. Comprenderás. Fue más fuerte que nosotros, una pasión que no pudimos controlar. Nadie en el barrio osó imaginar algo semejante. Cada vez que yo salía de compras continuaba con mis muecas y contorsiones para que no se acercaran a hablarme. Mi padre, mi amante, sólo se mostraba cubierto de abejas. Nuestros cuerpos reales eran un milagro que disfrutábamos en la intimidad del hogar. Para evitar espionajes, Abraham enseñó a sus insectos a posarse en el techo y las paredes exteriores de la casa hasta cubrirla con una espesa funda. Hicimos el amor dentro de un panal gigantesco, ebrios de placer, sin poder cesar, una vez y otra, deseando fundirnos en un solo ser... Esta búsqueda insaciable, esta disolución imposible, mezcló al placer inmenso un dolor constante, puñal atravesando nuestro collar de orgasmos. Hace poco me embaracé. Creíamos ser ángeles, entidades de otro mundo, no afectados por los fenómenos humanos: tuvimos que volver a la realidad. Al cabo de cinco meses mi vientre

comenzó a adquirir volumen. Abraham recibió en sueños la visita de la Dama Negra. Estaba loca de furia y celos. Al despertar me dijo: “Voy a causar tu muerte. Ella no escuchará mis ruegos, su crueldad no tiene límites. Nunca podrás parir y quedar en vida... Compréndeme hija mía, mujer mía, tengo que sacrificarme, entregarme a la Muerte, dejar que me lleve a su palacio de hielo. Así, su amor quedará satisfecho y a ti no te devorará...”.

Lloré días enteros, pero no pude convencerlo de que era yo la que debía desaparecer. Llenó una bañadera con miel y se sumergió en el jarabe dorado. Murió mirándome, nunca cerró los ojos. Un suicidio tranquilo; él sonreía y las abejas volaban formando una corona que giraba lentamente sobre la superficie amarilla. Encontré bajo la almohada un papel escrito: “Nunca cesaré de amarte. Por favor, ocúpate de las abejas. No las abandones, ellas son mi memoria...”.

Me dejé caer en la cama. Abrí las piernas y a medida que mi vientre se deshinchaba fui expulsando por mi sexo un interminable suspiro. No quedó nada de nuestro hijo. Se convirtió en aire...»

Teresa nunca contestó esa carta ni regresó a la casa paterna hasta el día en que se fue a vivir a Odesa con Alejandro y los cuatro niños. Salió a recibirlos un bulto oscuro. Cuando entraron en el cuarto, las abejas se despegaron de Fiera Seca y fueron a libar en platillos llenos de jugos azucarados. Ésta se lanzó llorando en los brazos musculosos de Teresa. Pareció no enterarse de la presencia de mi abuelo ni de sus hijos. «¡Ay!, hermana, nadie se ha dado cuenta de la muerte de Abraham. Sigo haciendo mis muecas atroces cuando salgo de compras y a los que vienen aquí en busca de miel los recibo cubierta de insectos, así creen que es él... Nunca enterré a nuestro padre.» Y mientras la familia se instalaba, llevó a Teresa al galpón. Entre los panales, de donde salían zumbidos parecidos a un réquiem, estaba la bañadera llena de miel con el cadáver sonriente bajo la superficie amarilla. «La miel es sagrada, hermana. Conserva la carne eternamente... Él nunca ha querido irse, lo siento pegado a mí. Me está esperando.» Mientras decía esto, Fiera Seca se iba desvistiendo. Pronto mostró su cuerpo desnudo: una estructura delgada, de piel tan fina que dejaba ver la trama arborescente de las venas. Contrastaba con esa delicadeza angélica, un pubis espeso,

animal, tan negro que daba reflejos azules, cubriéndole el vientre hasta el ombligo. «No debía abandonar las abejas, por eso continué en este mundo. Así me lo pidió él. Pero ahora que tú has llegado, ya puedo irne... Te confío esos sabios animales. Si los cuidas bien, alimentarán a toda tu familia.» Y sin más explicaciones entró en la bañadera y abrazándose a su padre dejó que la miel la cubriera. No hizo gestos de ahogo, no pareció sufrir ni morir. Simplemente se quedó inmóvil para siempre con los ojos abiertos mirando los ojos abiertos del otro cadáver.

Teresa se sentía tan muerta como su padre o su hermana. Sólo el deber familiar la mantenía en vida, y también el odio. Sobre todo el odio. Era una fuente de energía que le permitía soportar el mundo sólo para poder maldecirlo. En toda cosa veía la presencia de un Dios cruel y despreciable. No había nada que no le pareciera absurdo, impermanente, innecesario. La trama de la vida era el dolor. Podía detectar el miedo incesante en las risas, en los momentos de placer, en la estúpida inocencia de los niños. Para ella, el mundo era una cárcel, un pudridero, el sueño enfermo del monstruoso Creador. Pero lo que más le molestaba (una ira que la hacía lanzar improperios desde que se levantaba hasta que se dormía) era saber, sin querer confesárselo, que ese odio disfrazaba un exceso de amor... Desde niña aprendió a adorar a Dios por sobre todas las cosas y ahora, en la decepción total, no sabía qué hacer con ese sentimiento inmenso. Océanos fervorosos que no podía canalizar hacia el esposo o los hijos puesto que estaban condenados a morir antes de tiempo. Así como se desbordó el Dniéper y se llevó a José, cualquier accidente los iba a exterminar. La seguridad era frágil. Nada perduraba. Todo se escurría. Los males impensables eran posibles. Una roca podría caer del cielo y aplastarlos; una hormiga podría depositar huevos en el interior de sus orejas para que allí nacieran ejércitos de bestiecillas que les devorarían los cerebros; un mar de barro fétido viniendo de las montañas podría cubrir la ciudad; las gallinas enloquecidas podrían volverse carnívoras y comenzar a devorar los ojos de los niños; todo podría... ¿Qué hacer con ese amor sin dueño que se le acumulaba en el pecho remeciéndole tan fuerte el corazón que sus latidos, en la noche, se escuchaban por toda la calle acallando el coro de

ronquidos? De pronto, sin que ella misma pudiera comprender por qué, descubrió lo único que merecía su amor en este mundo: ¡las pulgas!... Recordó un número de circo que viera en su infancia y decidió amaestrar a esos insectos. No faltó a sus deberes de esposa y madre, le dio un hogar limpio a su familia, cocinó y planchó insultando. Antes de que se acostaran, exigió que los cuatro pequeñuelos, de rodillas junto a la cama, recitaran: «Dios no existe, Dios no es bueno. Sólo nos espera el gato que vendrá a orinar en nuestra tumba»... Y cuando dormían bajo el gran edredón, junto al horno de ladrillos, ella, oculta en el frío subterráneo, se dedicó a domesticar sus pulgas.

Cuando huyó de la casa de su padre, Teresa le robó el reloj de bolsillo, único recuerdo que deseaba conservar de él. Ahora lo vació de su maquinaria, del círculo blanco con números romanos y de las manecillas como piernas de mujer, y en la caja, con la tapa agujereada para que respiraran el oxígeno necesario, albergó a sus discípulas... Eran siete. A cada una les dio una región diferente para que chupara sangre: en las muñecas, detrás de las rodillas, en los senos y en el ombligo. Compró una lupa y otros instrumentos necesarios y les fabricó trajes, decorados, objetos diminutos, muebles, vehículos. Disminuyendo sus horas de sueño pasó noches enteras enseñándoles a saltar a través de aros, a disparar pequeños cañones, a tocar tambores, a balancearse, a jugar a la pelota. Poco a poco las fue conociendo. Tenían caracteres diferentes, cuerpos sutilmente distintos, formas particulares de inteligencia. Les puso nombres. Estableció con ellas contactos mejores que los que había tenido con algunos perros. El lazo fue profundo. Pudo, al cabo de un largo tiempo, hablar y complotar con las pulgas contra Dios.

Comparando el cariño que le daban las pulgas y lo que obtenía de los judíos, la fobia contra ellos aumentó. Quiso cambiar de raza, irse a vivir entre los *goys*. Pero el apellido Levi era como llevar una estrella de seis puntas grabada en la frente. Mi abuelo, que seguía viendo al caucasiano, pero sin confesárselo a Teresa para que no le dieran esos ataques de furia tan intensa que con sus alaridos hacía desplazarse los muebles de su sitio, encontró unos nobles de origen polaco que no querían que su hijo único hiciera el servicio militar

entre gañanes. Le proporcionaron papeles oficiales, comprados a un funcionario vena, para que él se presentara al ejército en lugar del delicado retoño. Le tocó llamarse Jodorowsky. Con ese apellido polonés, él y su familia ya podrían cambiar de país, cruzar las fronteras sin grandes problemas, disolverse entre las razas no elegidas... en cinco años más, cuando terminara el enrolamiento.

Esperando el regreso de su marido, Teresa ganó el sustento de la familia vendiendo miel y panes dulces en forma de lunas, torres y cangrejos. En las noches llenó su soledad trabajando con sus siete pulgas para crear –leyendo las líneas que dibujaban al danzar sobre una capa de harina– un método que le permitiera adivinar el futuro.

El Rebe no fue de un gran socorro para Alejandro en el ejército. El mundo de los militares le parecía impuro, y cuando veía a mi abuelo devorando en la cantina costillas de puerco u otros alimentos prohibidos, la cara se le ponía aún más amarilla y por sus ojos rasgados corrían lágrimas tan inmateriales como el resto de su cuerpo. «Si tú no me comprendes, Moisés, bendito sea, me comprenderá. Tengo que comer porquerías rusas, si no se darán cuenta de quién soy. Ya bastante me cuesta disimular mi circuncisión. Déjame tranquilo. ¿Qué sabes tú del dolor de mis entrañas si tus intestinos son imágenes sin materia? Si es para agregar más sufrimiento a mis penas, prefiero que ceses de hablarme...» El Rebe, durante esos arduos cinco años del servicio militar, no dijo una palabra más. Alejandro tuvo otros problemas. Cada vez que tomaba un fusil entre las manos, se ponía blanco, caía al suelo y comenzaba a vomitar. Cansados de tratar de curarlo dándole puntapiés y latigazos, los oficiales lo hicieron ayudante de cocina y lustrabotas del escuadrón. Tuvo además que limpiar los retretes y las caballerizas. En lugar de deprimirse, acostumbrado como estaba a los golpes de la vida, decidió hacer de su desgracia un aprendizaje. Dios lo había puesto a pelar legumbres raquíticas, a limpiar zapatones malolientes, entre mierda humana y equina, para enseñarle algo importante.

Amable, tranquilo, sonriente, mondó toneladas de papas, zanahorias y pepinos. Aunque se le exigía cantidad y no calidad,

trató de hacerlo rápido pero bien, cuidando que el alimento quedara limpio de ojos o partes podridas y resecas. Fue afinando su pulso cada vez más para eliminar las cáscaras sacrificando el mínimo de carne. Y en esta constante separación de envolturas terrosas acabó viéndose a sí mismo, como si en cada jornada estuviera arrancándose de la memoria antiguos pellejos, dolores, rencores, envidias... Cada vegetal que brillaba desnudo y limpio en sus manos le daba la sensación de un nacimiento interno. En los últimos meses del Servicio, realizaba esta tarea cantando con la inocencia de un niño.

También con inocencia, pero de anciano de mil años, limpiaba el excremento. Caballos y hombres se hermanaban en esas evacuaciones. Una inmensa piedad, que se transformaba en ternura, llenaba su espíritu cuando aseaba los retretes. Esa materia fecal era el testimonio de la animalidad del alma, de sus amarras con la carne. Y se maravillaba al pensar cómo en esos cuerpos que producían aquel magma fétido también podía manifestarse la fe, el amor y tantos sentimientos delicados. Aprendió a respetar la excreción, a sentirse su igual, a mirar desde ese humilde nivel; abrió su corazón mientras vaciaba los recipientes excretorios, tratando de ser un servidor verdadero, aquel que a través de las miserias ve la obra de Dios y trabaja por hacerla lucir. Reconoció en él mismo la presencia del Superior Divino y deseó, con la alegría del éxtasis, obtener la bendición de serle útil. Fue allí, en esos lugares de deyección, donde logró rezar sinceramente por primera vez. Si un ser como él, un recogedor de excremento, era digno de entrar en relación con el Ser Supremo, la puerta se abría para los otros hombres que tenían, todos, más méritos que él.

Después de lustrar botas y zapatones cerca de doscientas sesenta semanas, miles y miles de veces raspando las costras inmundas, entintando, engrasando, dando trapazos, remendando suelas, hundiendo clavos rebeldes, una y otra vez, horas de horas, le tomó gusto al oficio. «Los pies», decían los instructores, «son la parte más importante del militar. Soldado mal calzado, soldado perdido». En los fríos, en las incesantes marchas, en las múltiples acciones guerreras, la infantería debía tener las extremidades inferiores muy

bien protegidas. Alejandro imaginó la vida como una guerra espiritual y sintió una pena casi insoportable por los pobres que avanzaban con los pies desnudos o sufrientes por calzados fabricados sin atención. Ser zapatero era un oficio que correspondía a su modestia. Si estaba para servir, convertiría sus trabajos en obras de arte. Los que antes andaban, con sus zapatos danzarían... Esto lo decidió el día que un capitán, lanzando carcajadas entre tufos de salchichón y vodka, le dio a limpiar un par de botas manchadas con sangre de judío. Durante una hora las pulió, no para dejarlas brillantes, sino para borrar de ellas esa dolorosa imagen. Juró sólo fabricar escarpines blandos y durables como animales fieles, para darle salud al cuerpo. Hombre que danza puede cantar y todos los cantos, humanos y animales, enaltecen a Dios.

El Rebe volvió a sonreír apenas fueron liberados del servicio militar. Después de cinco años de silencio entre *goys* uniformados, iba feliz caminando con Alejandro hacia el barrio judío. Su alegría, de pronto, lo hizo volar como un gran cuervo por encima de los techos. Al ver huir a los gorriones, mi abuelo se dio cuenta de que percibían al fantasma. Esto le quitó un peso de encima porque para él fue la prueba de que no estaba loco. Le gritó al Rebe: «¡Eh, amigo, desciende! ¡Ahora sé que no eres una alucinación! ¡Vamos a reanudar nuestro diálogo!». El caucasiano dejó de acompañar a una hoja seca que se llevaba el viento, aterrizó y le habló a su compañero: «Señor Levi, perdón, digo Jodorowsky. Estos últimos años, no pudiendo hablar con usted, me dediqué a repasar en mi interior los libros sagrados que conozco de memoria. Se me ocurrió resumirlos en un solo volumen. Después, en un capítulo; luego, en una página y, por fin, en una sola frase. Esta frase es lo máximo que le puedo enseñar. Parece simple, pero si la comprende, no necesita volver a estudiar». Y el Rebe se la dijo. Y la vida desde entonces cambió para Alejandro. «Si Dios no está aquí, no está en ninguna parte; este instante mismo es la perfección.»

Teresa recibió a mi abuelo con un rostro huraño, sujetando contra su cuerpo al par de mellizas. Sin bigotes ni barba, sin bucles junto a las orejas ni cabello largo, vestido de *goy*, Alejandro estaba irreconocible... A él, la sonrisa se le transformó en una contracción

sin sentido. Su mujer había engordado y sus hijos crecido. Los niños, ahora, tenían cerca de siete años y las niñas andaban por los seis. Benjamín estaba completamente calvo. A Fanny se le había rizado el pelo y puesto de un agresivo rojo. Jaime y Lola, siendo el uno musculoso y la otra de una flacura espectral, se parecían como dos gotas de agua. En cuanto a mi abuela, aparte de haber triplicado de volumen (a causa de comer sólo miel para economizar dinero, dijo más tarde), lucía un cráneo cubierto de una maraña de canas. Su rostro redondo, joven, de mejillas coloradas, no concordaba con esos pelos blancos.

Alejandro se puso a lagrimear lanzando grandes sollozos. Cayó de rodillas. Mi abuela lo reconoció. Le arrojó los hijos en los brazos y salió corriendo de la pieza. Los pequeños se deshicieron del estrujón paternal manoteando histéricos y fueron a refugiarse como pollos asustados en un rincón oscuro, decididos a no aceptar nunca a ese intruso. El Rebe le dijo: «Guarda tu cariño. Espera. Una cosa es dar, otra obligar a recibir. Poco a poco se acercarán a ti». Teresa regresó vestida con un traje limpio y una peluca negra muy bien peinada, trayendo en un bol de arcilla trozos de panal. De un solo grito, feroz y amable, envió a los mellizos al galpón. Mientras Alejandro comía voraz escupiendo bolillas de cera, Teresa se metió en la cama. Dijo con el ceño fruncido: «Dile a quien ya sabes que también se vaya». Alejandro respondió muy digno: «No necesito hacerlo: salió junto con los niños». Y se lanzó sobre ella arrancándole a pedazos el vestido y los calzones. Se poseyeron con tal pasión que la cama se desplomó. En su caída volcó un brasero. Los carbones rodaron por el suelo. Las tablas comenzaron a arder. Enormes llamas devoraron muebles y paredes. Mis abuelos no se dieron cuenta de nada. Ni un solo momento interrumpieron las caricias. Quizás gracias a que el sudor que corría por sus cuerpos empapó las sábanas, o bien por un prodigio divino, el fuego no consumió el lecho. Después del estallido del último orgasmo, volvieron a esa realidad y se encontraron acostados en medio de una casa reducida a escombros humeantes. «No te lamentes», le dijo Teresa a mi abuelo, «las cosas suceden cuando es tiempo de que sucedan». «Ya lo sé», le contestó Alejandro, «cuando se tiene fe, todo es para bien». «Entonces, sígueme. Tengo una sorpresa para

ti...»

En el galpón de piedra, al fondo del patio, los niños, jugando a las estatuas de sal dentro de un domo de abejas, no se habían dado cuenta de nada. Teresa dio tres palmadas de director de circo e inmediatamente los párvulos, adustos, empezaron a embotellar miel mientras los insectos volvían a afanarse en sus celdillas. «Observa bien las colmenas, Alejandro... ¿Notas una rara?» Por más que mi abuelo miró y remiró no descubrió algo anormal. «Consulta con quien ya sabes...» Obedeciendo la sugerencia de su esposa, pensó en su amigo del Entremundo. El caucasiano, que flotaba convertido en una nubecilla, poco a poco recuperó su forma humana y fue a indicar una casucha semejante a las otras. «Algo me dice que ésta, Teresa.» «¿Y en qué es diferente de las otras, Alejandro?» Mi abuelo tragó saliva y miró con disimulo hacia el Rebe. Éste le dijo: «Hay menos abejas que entran o salen por su puerta». «Hay menos abejas que entran o salen por su puerta, Teresa.» «¡Tienes razón! ¡Eres un gran observador! Yo tardé cuatro años en darme cuenta. ¿Puedes decirme por qué?» «Porque tiene un doble fondo.» «Porque tiene un doble fondo, Teresa.» «¡Bravo, te felicito, Alejandro, eso es!» Las alabanzas que mi abuelo se veía obligado a recibir eran dolorosas heridas para su humildad. Aceptar como suyos los valores del otro le llenó los ojos de lágrimas y la garganta de sollozos. «Eres más niño que los niños», le dijo mi abuela. «¿Cuándo aprenderás a aceptar tus méritos? ¡Ser justo sólo te servirá para que los insensibles te humillen y se aprovechen!» Y como consuelo, Teresa le hundió la cara entre sus senos. A él le pareció que su nariz recorría un kilómetro de grieta antes de llegar al fondo cálido que vibraba a cada latido del enorme corazón. «¡Ven!» Mi abuela lo llevó de la mano hasta la colmena, extrajo unos clavos y liberó la pared trasera. En el escondite había un cofre de cuero. Cuando su mujer lo abrió, Alejandro cesó de llorar y perdiendo el control de los músculos faciales abrió tanto los ojos que pareció a punto de perder los globos. ¡El joyero estaba lleno de monedas de oro! Teresa estalló en carcajadas nerviosas. «¡Sí, mi amigo, se acabó este barrio estrecho, con sus calles llenas de fanáticos barbudos y brujas calvas! ¡Nos iremos a un mundo libre donde no tengamos que creer en ese Dios cruel que nos exige adoración absoluta dándonos como

recompensa que se nos masacre a causa de Él!» «Pero Teresa, dime, ¿de dónde viene esta riqueza?» «Te voy a leer una carta de mi padre que encontré bajo las monedas:

Escribo esto por si alguien algún día encuentra este tesoro que para mí ha sido inútil. Durante tres generaciones, o más, lo hemos acumulado a costa de grandes sacrificios. Moisés, mi padre, recibió gran parte de él de David, mi abuelo, que fue recolector de impuestos al servicio del Estado, en Hungría; único oficio que los gentiles permitían ejercer a los judíos, porque para ellos era despreciable rebajarse a cobrar dinero. Vivió estrujando ingresos, entre el odio del pueblo y el desdén de los aristócratas. Un día, después de contar sus ahorros, al mirarse en el espejo tuvo tal asco de su imagen que le creció un tumor en el ojo izquierdo. En menos de un mes quedó tuerto. Luego las manos se le llenaron de verrugas y la espalda de llagas. Dejó de comer hasta que murió flaco y blanco como una vela de parafina. Mi padre recibió en herencia el cofre de cuero, dos tercios lleno. Después de enterrar a David, huyó hacia Ucrania y se estableció en Odesa, como prestamista. Las monedas de oro se le multiplicaron a la par que el rencor de sus deudores. Al final, un noble, además de negarse a pagarle, hizo que sus lebreles le mordieran y sus sirvientes lo embadurnaran con excremento de puerco... Moisés llegó desnudo, maloliente y ensangrentado a la sinagoga en busca de consolación. Recitó desesperado el salmo ciento dos: “Soy semejante al pelícano del desierto, soy el búho de las soledades”. La voz se le transformó en resuello de bestia moribunda. Los rabinos clamaron junto con él: “Soy como el pájaro solitario sobre el tejado. Cada día me afrentan mis enemigos”. Moisés, contando con el apoyo de sus paisanos que lo cubrieron con un chal blanco, gritó desgarrándose las cuerdas vocales, mientras la seda se llenaba de manchas rojas, el fin del salmo. Justo en ese momento una abeja entró por la ventana y, después de revolotear por entre las velas del candelabro sagrado, se posó en el pecho del herido y, sin razón aparente –porque él no hizo ningún gesto brusco, concentrado como estaba en comunicarse con Jehová–, le enterró su dardo en el corazón. Mi padre sintió que toda la sangre se le acumulaba en ese órgano, luego que el pecho le explotaba y que una marejada hirviente le inundaba el cerebro. Cayó al suelo

temblando como un epiléptico. Aulló media hora, para después desmayarse tres segundos. Al despertar fue otro. Su personalidad estrecha se quebró dejando aparecer un ser sensible, mucho más vasto. Anunció que Dios le había dado un mensaje inoculándole el amor por las abejas. El dinero sucio obtenido de los préstamos sería sustituido por miel perfumada... Perdonó todas las deudas y se hizo apicultor. Ocultó el joyero lleno de oro en una colmena prometiéndose nunca utilizarlo mientras el negocio de la miel le diera para vivir a él y a la familia. Ruth, su mujer, no pudo aceptar el cambio, se aterró pensando en el futuro y después de hacerse cristiana huyó con un cosaco, dejándole en la cuna a su hijo único, yo. El bruto, durante una borrachera, al darse cuenta de que ella sufría por beber alcohol en sábado, le cortó la cabeza de un sablazo. Creo que desde entonces la Muerte se puso el rostro de mi pobre madre como máscara, desde entonces Moisés vivió cubierto de abejas para borrar su cuerpo del mundo. Él sólo fue para mí un manchón de insectos vibrantes. Ni siquiera puedo decir qué color de ojos tenía, ocultos como estaban por los resplandores del aleteo. ¿Cuándo murió? Nunca lo supe. Un día me di cuenta de que esa forma humana compuesta de abejas estaba vacía. Quizás, al sentirse morir, le pidió a los insectos que se lo comieran. Me introduje entre ellos, llené el hueco que mi padre había dejado y tomé el relevo. Nunca tuve que utilizar una sola de esas monedas. Firmado: Abraham Groismann.»

Alejandro y el Rebe estaban conmovidos y no podían comprender cómo mi abuela se aferraba al cofre de cuero... «Dejemos las cosas como están, Teresa. Tomaremos sólo una pocas monedas para reconstruir la casa y el resto lo guardaremos otra vez en la colmena. Vivamos de la miel, del milagro de estos animales, organizados y pacíficos como quizás lo sean algún día los seres humanos si aprenden a colaborar entre ellos.» «¡Basta!», interrumpió Teresa. «¡No soy una víctima profesional! Si seguimos aquí nos van a cortar el cuello, con la venia de tu Adonai. La Unión del Pueblo Ruso acusa a los judíos de robar sangre de niños cristianos y *Los Protocolos de los Sabios de Sión* se publican en todas las ciudades. El país entero está afilando los cuchillos del sacrificio. ¿Y qué es lo que defiendes? ¿Un traje negro? ¿Un gorro de pieles?

¿Una barba y unas patillas? ¿Un descanso sabático? ¿Unas cuantas fiestas basadas en cuentos de hadas? ¿Unos rezos en lengua muerta? ¿Un prepucio cortado? ¿Es eso ser judío? ¡Bah, somos tan asquerosos como los otros! ¿Por qué no mezclarse entonces? Nos iremos a Estados Unidos. Allí todos los ciudadanos viven en palacios y tienen los dientes forrados en oro. Nadie se fija en tu nombre ni te preguntan de dónde vienes. Sólo les interesa cuánto tienes. Y nosotros tenemos una fortuna. Seremos muy bien recibidos... Hoy mismo pediremos el permiso para viajar. ¡Vamos a cortar las raíces!» Al atardecer llevaron la bañadera, con los dos cadáveres enamorados y la miel, hasta el Dniéper y la depositaron en sus aguas. Como una pequeña barca blanca flotó llevada por la corriente hacia el sol rojizo. Las abejas, en una compacta nube negra, se fueron con ella.

Alejandro, Teresa y los cuatro niños, abandonando los panales vacíos, dejaron Odesa con sólo la ropa que llevaban puesta, aparte del joyero que mi abuela sostenía apretado entre sus senos, y arrendaron un cuarto de hotel en Elisabetgrad. No tuvieron dificultad en obtener un certificado gracias al apellido polaco y a la magia de unas monedas doradas: «Otorgo el presente Certificado al súbdito Alejandro Jaimovich Jodorowsky, natural del distrito de Zlatopol, Departamento Administrativo de Kiev, de treinta y seis años de edad, para acreditar que no existe ningún impedimento de parte de la Municipalidad de Zlatopol para que se dirija al extranjero con su señora esposa Teresa Jodorowsky, nacida Groismann, de treinta años de edad, y con sus hijos Benjamín y Jaime, nacidos el día veinticinco de julio del año mil novecientos uno, y Lola y Fanny, nacidas el cuatro de julio del año mil novecientos dos, en atención a que los antecedentes que obran en poder de la Municipalidad establecen que dicho señor y su familia no han sido sometidos a enjuiciamiento criminal o civil. Ante mí, Vladimir Grigorievich Shevcheuko, notario en mi estudio, situado en la calle Upenckaya número veintisiete, en Elisabetgrad, fue entregado el original y entrego copia a la familia Jodorowsky, que reside en el radio de la tercera Comisaría de Elisabetgrad... El día catorce de marzo del año mil novecientos nueve».

¡Qué inmensa felicidad! ¡Con ese papelucho podían llegar al otro

lado del mundo! ¡Una serie de estampillas, timbres, firmas y palabras rimbombantes que daban la libertad: Código, Documento, Certificado, Súbdito, Poder, Antecedentes, Enjuiciamiento, Comisaría, Administración!... «El hombre es un loco ridículo», comentó Teresa después del ataque de alegría y entró en una gran tienda para vestir a toda la familia al estilo *goy*.

Compraron boletos de tercera clase y llenando un par de canastas con víveres partieron en un tren que los dejaría en París. Allí conseguirían visas para Estados Unidos e irían a tomar un barco en Marsella... En el viaje aprenderían el inglés y olvidarían para siempre el yiddish y el ruso... Comieron arenques con crema, blinis, pepinos salados y un pastel de manzanas. Cuando sus estómagos estuvieron repletos, recién entonces levantaron la vista para observar a los otros pasajeros, los *goys*. Constataron, consternados, que el vagón estaba lleno de judíos de aspecto miserable. Haciendo como que los emigrantes no existían, Teresa lanzó un eructo, suspiró con satisfacción apretando aún más el precioso cofre contra su pecho, puso a dormir a los niños y, para atraer la atención de su marido, le pellizcó una pierna... «La noche va a ser larga, Alejandro. Ahora que estamos bien encarrilados tendré tiempo de contarte qué hicieron tus hijos estos últimos cinco años...»

Le costó una hora a mi abuelo poder concentrarse en las historias de su mujer. Ver a tantos judíos amontonados en los bancos estrechos, cargando paquetes envueltos en pedazos desteñidos de tela, dignos en su miseria, algunos con las cabezas vendadas, otros con los brazos sostenidos por echarpes, ojos amoratados, narices rotas, huyendo seguramente de un pogrom, le dio una tristeza agobiante. ¡Ah, esas mujeres maternales de grandes manos arrugadas lamiendo con amor de perra las heridas de sus nenes! ¡Ah, esos hombres desnutridos y apaleados, con la mirada ardiente que otorga el celo religioso! ¡Ah, esos niños vestidos de negro, inmóviles y sabios, enfrascados en sus Biblias, a las que ya conocen de memoria! ¡Todos como una tribu de justos, sufriendo a causa del crimen de amar a Dios por sobre todas las cosas!... El Rebe lamentaba no tener un cuerpo real para darle a los fugitivos calor con sus abrazos, para besar las llagas de sus pies. Volaba de

un sitio al otro lanzando quejidos desgarradores ante la desgracia de sus compatriotas.

Alejandro, pellizcado constantemente por Teresa, poco a poco fue absorbido por el relato... Benjamín y Jaime desarrollaron personalidades opuestas. Tenían una extraña necesidad de diferenciarse el uno del otro. Jaime (el que sería mi padre a los 28 años) se interesó en los trabajos manuales, en los juegos violentos, en la matanza de gorriones, gatos y hormigas. Se hizo especialista en coleccionar estampillas y romperle la cara a los mocosos del barrio... Benjamín observó la vida de las abejas, recopiló cuentos de hadas e hizo grandes esfuerzos por aprender a leerlos lo más pronto posible. Le gustaba regar las flores, siempre dormía con una vela encendida, no jugaba con amigos y el menor contacto con materias ásperas le hería la fina piel de sus manos... Sucedió lo mismo con las mellizas. Lola resultó callada, a tal punto que parecía conocer sólo dos palabras, «sí» y «no». Comía poco, le gustaba bañarse todos los días, aunque fuera en agua fría, pintaba bellos paisajes en las etiquetas de la miel, odiaba ayudar a su madre en la cocina pero adoraba poner la mesa, encender las velas o bordar pájaros diminutos en las servilletas... Fanny era violenta, chistosa, tragona; torcía gustosa el cuello de las gallinas y pelaba papas con velocidad sorprendente. Sus dedos regordetes manipulaban con asco la aguja de remendar. En cambio, carpinterear, remover la tierra, destapar la chimenea o, en el verano, robar frutas de los árboles de sus vecinos, le encantaba.

Los muchachos se llevaban mal, así también las mellizas. Se formaron dos parejas mixtas: Benjamín, el delicado, se aficionó a la compañía de la revoltosa Fanny. Ella, rápidamente se hizo capitán del dúo y protegió a su hermano en las batallas callejeras. Sabía dar puñetazos y patadas mejor que los pícaros en pantalones... Junto a Lola, el vigoroso Jaime cambiaba. Esa inquietud que lo hacía moverse sin cesar –saltillos, contorneos, juegos de manos– desaparecía y él se quedaba observando a su hermana menor, embelesado. Al contacto con esa fineza femenina, descubría en él anhelos insospechados, sentimientos sutiles, tendencias delicadas que lo angustiaban. Acababa dando un bramido para deshacer el

encanto y salía corriendo hacia la calle donde le partía la boca al primer niño que se le ponía delante.

Teresa hablaba entre dormida y despierta mientras el tren, avanzando contra el viento rudo, daba ronquidos de toro agonizante, se vaciaba en nubes de vapor, se detenía eternidades en estaciones oscuras. Subían más emigrantes. Pasaban policías gordos revisando pasaportes, despanzurrando paquetes, tratando a los judíos con desprecio burlón. Al menor error en los papeles bajaban familias enteras a culatazos y puntapiés. Pronto otros grupos venían a ocupar los lugares vacíos... Alrededor de los Jodorowsky, que pasaban por *goys*, gracias al Documento Certificado según el Código Administrativo, se había formado una frontera respetable. Los fugitivos, temiendo recibir improperios, no osaban mirarlos, sentándose lo más lejos posible de ellos. Los militares, al ver ese papel mágico, taconeaban estrepitosamente, saludaban con energía y hacían muecas de complicidad pidiendo disculpas por el abyecto vecinaje que tan dignos pasajeros estaban obligados a soportar. Resonaban a través de los vagones de tercera clase murmullos en dialectos de toda esa parte de Europa. El yiddish de Lituania, Polonia, Ucrania, Crimea, Bulgaria, Rumanía, Austria, Hungría... Pobre gente sin patria, huyendo quién sabe hacia dónde...

Teresa insistía en no darse por enterada. Hablando un ruso pronunciado con lentitud y cuidado para no mostrar un acento israelita, hacía de las palabras un escudo que separaba a su familia de una realidad que ahora, para ella, era una antigua pesadilla. Tomó el lóbulo izquierdo de Alejandro y le susurró al oído: «Si quieres que sobrevivamos tienes que cambiar. Olvida a los otros y ocúpate de nosotros. Ellos son culpables de lo que les sucede por andar disfrazados de justos creyendo en supersticiones. Dios les da mala suerte. La muerte se alimenta de los tontos buenos. Sigue el ejemplo de los *goys*: cada cual trabaja para sí mismo y el que tiene más saliva traga más frijoles. Deja de distraerte y escucha cómo Benjamín perdió todo el pelo:

Una mañana de primavera, arrastrado por dos caballos esqueléticos con penachos negros, pasó por nuestra calle, rumbo a

la plaza pública, un furgón de circo pintado como carroza fúnebre. Lo conducía un hombre disfrazado de esqueleto. Junto a él, una enana, vestida de ángel del Juicio Final, tocaba una melodía triste en una vieja trompeta. Atraídos por su aspecto tétrico corrimos a ver la representación. Esos volatineros sabían seducir al público. Un espectáculo alegre no habría podido competir con la Naturaleza emergiendo exuberante del letargo invernal. Entre la invasión de mariposas multicolores y flores lascivas, el alborozo abyecto de unos saltimbanquis no hubiera interesado a nadie. Pero así, tenebrosos, desdentados, miserables restos del frío glacial, nos daban la oportunidad de sentirnos saludables, bien alimentados, a salvo. El payaso famélico peleándose con un perro de trapo por un pedazo de salchichón nos hizo reír a gritos y también el hombre de goma disfrazado de gusano que haciendo toda clase de contorsiones dentro de un ataúd nos prometía con voz viciosa comernos algún día... La enana desplegó una alfombra en el centro del quiosco y puso sobre ella un canasto. Un hombre negro, flaco, seguramente el que habíamos visto de esqueleto, luciendo turbante, bata, pantalones bombachos y zapatillas con la punta enroscada, todo de un color rojo dorado, se arrodilló frente a la cesta y comenzó a tocar una flauta larga terminada en bola. Nunca habíamos visto una piel así, tan negra y brillante como las botas de los cosacos. Tampoco habíamos escuchado un sonido igual. Parecía el ulular de una lechuza, más el gemido de una parturienta, más el crujido de una puerta metálica. Habló un lenguaje incomprensible. La enana nos dijo que era sánscrito, el idioma mágico del Indostán. Por primera vez en Rusia se mostraría al distinguido público la doma de una cobra, reina de las bestias venenosas. Para darle ánimos al príncipe hindú pidió que llenáramos generosamente de monedas su trompeta. Mientras escarbábamos en nuestras bolsas y nos desprendíamos con esfuerzo de un poco de dinero, la melodía resonaba continua, sin silencios, acercándonos al país de los sueños... Terminada la colecta, la enana, haciendo tiritar sus alas de papel, abrió el canasto. Surgió una culebra enorme resoplando como gato furioso. Infló su ancha nuca y lanzó picotones hacia el negro que los esquivó con pericia intensificando el ritmo ondulante de la flauta. El animal, como nosotros, cayó en el encanto y allí se quedó tieso, erecto, en una beatitud terrorífica. Yo no sé lo que le

pasó a Jaime. Todavía no comprendo. Estábamos todos helados de miedo, hipnotizados por el hindú y su serpiente, no osando casi respirar para no romper el encanto, cuando este niño avanzó por el espacio vacío que creaba nuestro círculo y con una gran sonrisa estiró una mano hacia la cobra y comenzó a acariciarle la cabeza.

La enana, tensa, nos hizo un gesto para que no nos moviéramos. El animal, al menor susurro, podría recuperar su agresividad. El flautista, con terror en su cara oscura, siguió tocando una vez y otra la misma frase. Jaime besó el hocico de la bestia, la alzó y, mirándola con ternura en los ojos, bailó delicadamente con ella pegada a su pecho. Como la serpiente era mucho más larga que él, la cola le arrastraba raspando las losas del quiosco con un sonido metálico. A mí me pareció el castañeteo de los dientes de plata de la muerte...

Jaime se detuvo frente a Benjamín y con inocencia cruel le tendió el animal. Benjamín traspiraba de pies a cabeza, pero como su hermano se lo había acercado hasta ponerle el hocico junto a su boca, conteniendo llanto y asco, tomó al frío animal. "¡Baila! ¡Baila!", gritó Jaime. Benjamín, torpe, con las piernas tiesas, la boca abierta, el resuello corto, dio unos pasos. La enana hacía más y más señas para que no nos moviéramos. Nuestro silencio desesperado contagió al barrio, no se oía una carreta, los pájaros no cantaban, el viento dejaba quietas las hojas, el gemido de la flauta lo llenaba todo. Benjamín daba giros lentos, balanceándose como un oso herido a muerte, con la mirada honda de la cobra fija en sus pupilas. Un agua amarilla bajó por sus piernas y una mancha café le tiñó las asentaderas del pantalón corto. Jaime se cubrió la nariz y estalló en carcajadas. El reptil se volvió loco. Comenzó a golpear con su hocico la frente de Benjamín. Éste, enajenado por el terror, no lo soltaba. Por suerte, lo supimos después, el animal estaba sin veneno, desdentado. Pero los golpes que daba, tratando de picar, eran recios como martillazos. Con la cara baja para evitar las embestidas, Benjamín recibía el castigo en el cráneo. El hindú arrojó la flauta, corrió hacia el niño y trató de arrancarle el bicho de las manos entorpecidas. La cobra, sintiéndose estrangulada, trataba de soltarse golpeando más y más violenta, no sólo con el hocico sino también con la cola. Peligrosos latigazos que nos impedían acercar. El hombre de goma había sacado un cuchillo y se

preparaba, con gran riesgo para él y el niño, a degollar a la bestia. Yo no sabía qué hacer. Otra vez Dios me estaba robando un hijo. Comencé a maldecirlo. Lola, con una calma igual a la de Jaime, recogió la flauta y se puso a tocar. El sonido que salió fue suave, cálido, como una canción de cuna. La cobra (aunque, como lo supimos después, era sorda) se calmó inmediatamente. Benjamín pudo abrir los dedos. Del cuero cabelludo, surcado por una red de heridas, le chorreaba una cascada roja. El hindú trajo arcilla en polvo, le agregó agua y con esa pasta verdosa cubrió la cabeza de Benjamín. La sangre cesó de manar. Todos nos calmamos. Fanny se abrazó a una pierna del hombre negro y comenzó a llorar diciendo "¡Papá!"... Él la tomó en brazos y la meció. Ella no tardó en dormirse, sonriendo. El hombre negro nos dijo: "En una vida anterior, lejos en el tiempo, fui realmente su padre, un buen rey. Ella era un príncipe sabio que se llamaba Rahula... Quise un día comprobar su amor filial. Llamé a dos mil soldados y mediante un mantra los transformé en reyes idénticos a mí. El visir le dio un anillo y mostrándole la multitud de monarcas iguales, entre los que yo estaba disimulado, le ordenó: 'Alteza, id y poned esta sortija en el dedo anular de la mano derecha de vuestro padre'. Sin dudar un segundo, Rahula entró en el grupo y vino directamente hacia mí. Su amor verdadero no podía ser vencido por dos mil ilusiones...". El hombre negro tuvo un ataque de tos. Se repuso, me devolvió a Fanny y siguió hablando: "Ahora debemos marcharnos. Pronto, enfermo como estoy, entregaré el alma... Cuando esta niña cumpla diecisiete años será mi madre. Pero yo, fatigado de tanto reencarnar, sólo viviré nueve meses en su vientre y luego moriré en el parto...".

En las mañanas, durante muchos días, Fanny se escapaba, iba a la plaza, se sentaba en el centro del quiosco y se ponía a llorar murmurando "Papá"... El pelo comenzó a rizársele y a teñirse de un rojo semejante al traje del hindú... A Lola le tuve que comprar una flauta de madera. La niña descubrió que lo único que le interesaba en la vida era la música... Cuando le sacamos el casco de arcilla vimos consternados que Benjamín se había quedado calvo. Creímos que lo iba a lamentar. Por el contrario, se mostró feliz. "Mamá, cuando sea grande no quiero tener un solo pelo. Deseo que se me caigan las cejas y las pestañas, que nada me crezca en las axilas y el

pubis, que desaparezcan los dientes y las uñas. Seré feliz cuando no tenga rasgos animales en mi cuerpo...” Jaime por todo comentario prometió que cuando él fuera grande domaría leones, tigres, panteras y elefantes en un circo...»

Teresa con gran dificultad terminó su última frase pronunciando un largo y blando «circo» para caer dormida junto a los mellizos. El Rebe aprovechó para mostrarle a Alejandro un anciano, un hombre y un niño que oraban, con el cuerno negro de los *tefilin* en la frente. Junto a ellos, una mujer estragada daba de mamar a un bebé nervioso... Más allá, a derecha, a izquierda, en todo el vagón, de pie, los hombres imploraban a Dios. De cada una de esas familias justas, entremezcladas al sufrimiento, surgía una paz otorgada por el contacto permanente con la Verdad.

Alejandro, emocionado, siguiendo los insistentes consejos de su caucasiano, extrajo con gran delicadeza el cofre de entre los senos de Teresa y lo reemplazó por uno de sus zapatos. Luego, cojeando, se acercó a un religioso, abrió la caja y mostrándole su contenido murmuró: «Por cualquier clase de dinero, doy monedas de oro». Fue repartiendo su tesoro de grupo en grupo a cambio de piezas de cobre o níquel y billetes de escaso valor. Llorando de agradecimiento, quisieron besarle el pie que llevaba sin zapato pero él hizo callar a los miserables temiendo que mi abuela se despertara. Distribuyó la mayor parte del oro, dejando para su familia estrictamente lo necesario, es decir el precio del viaje a Estados Unidos y la estadía en Francia esperando la salida del barco. Verificó el peso del cofre: estaba más liviano. Le puso dentro una Biblia que llevaba escondida y retirando su zapato, que casi le quemó las manos, tanto lo habían caldeado los grandes senos, colocó el joyero otra vez en su sitio. Su mujer se despertó unos segundos, insultó a Dios como de costumbre y siguió soñando. Comenzó a nevar. Cesó de nevar. Llovió. Salió el sol. Cambiaron de tren, una vez, y otra más, perdieron la cuenta de los cambios. Jaime y Fanny comenzaron a disputarse a puñetazos. Benjamín y Lola se insultaron. Gran parte de los judíos descendió en Alemania. El resto de los refugiados fue recibido en París por miembros de la Alianza Israelita Universal... Alejandro, con disimulo y nostalgia, vio a sus

congéneres abrazarse y besarse llorando de emoción como si se conocieran desde la infancia. Sintió una punzada en el corazón cuando se dio cuenta de que ya no formaba parte de aquella familia. Solos, en ese inmenso andén remecido por latigazos de aire frío, desorientados, él, su mujer, sus cuatro hijos, el Rebe, ramas sin árbol, golondrinas desbandadas, manos cortadas flotando en el vacío. Lamentó haber usado el Libro Santo para aumentar el peso del cofre de cuero. Tenía ganas de no moverse nunca más, de hacerse tan inmaterial como su amigo, de hundir la nariz en el texto y quedarse sordomudo leyendo para siempre. Teresa y los niños, impresionados por esa estación de trenes, monumental y atrozmente ajena, se pegaron a él. ¿Dónde podían ir sin tener una dirección, sin hablar una palabra de francés? El Rebe se puso a recitar el salmo veintidós –Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado? ¿Por qué estás tan lejos de mi salvación y de las palabras de mi clamor?–, y de inmediato obtuvo una respuesta.

Un hombre elegante, con monóculo, bastón, abrigo de piel, polainas y sombrero de copa, secándose la transpiración del rostro con un pañuelo de seda, llegó trotando ante ellos para hablarles en un ruso refinado: «Perdonen mi tardanza, queridos compatriotas. Soy el enviado del Comité Ruso, cuya misión es la de guiar a los súbditos de nuestro noble país a través del dédalo parisiense. Un servicio gubernamental gratuito. He aquí una lista de hoteles, restaurantes, museos, tiendas, teatros, casas de cambio con todos los precios claramente indicados». Y besando la mano tiesa de Teresa, se presentó: «Conde Stanislav Spengler, a sus órdenes. ¿Con qué familia tengo el honor de hablar?».

Alejandro se puso a toser, apretó los labios y miró a su mujer con los ojos pidiendo socorro. Apenas pronunciara una palabra su acento judío los traicionaría. Teresa, para imitar la aristocracia, hizo pequeña su boca, tomó un aire perdonador e imaginándose vestida de condesa, es decir, con una ropa cuajada de diamantes, esmeraldas, rubíes, medallas de oro y lentejuelas, lanzó con voz aguda y nasal: «¡Somos la familia Jodorowsky, Alejandro, Teresa, Benjamín, Jaime, Lola y Fanny, de Odesa, comerciantes en miel, pero con antepasados nobles poloneses, gente de mucho dinero!». Y

movida por un oscuro impulso, extrajo el cofre de la quebrada de sus senos, lo paseó por el aire haciendo un gran signo de la cruz y lo devolvió al refugio. El monóculo del Conde cayó de su ojo derecho. Hubo un embarazoso silencio. Lo rompió Jaime acercándose al tren para lanzar un arco amarillo que resonó entre las ruedas de acero. Secamente, el enviado del Comité de Recepción les pidió los papeles oficiales. Los examinó con atención. Sonrió: «Bueno, voy a ser franco. Por más que tengan un apellido polaco, en su manera de hablar, señora, se nota que son israelitas. Le agradecería que no me hiciera perder tiempo negándolo. Bastaría mostrar para probarlo el sexo del niño que vimos orinar». Teresa lanzó una mirada furibunda a Jaime. Fanny y Benjamín rieron. Lola los miró con desprecio. Alejandro no pudo sino pensar en los botines del Conde. Nunca había visto un calzado tan fino y esa perfección cruel le dio terror.

«Tienen ustedes mucha suerte porque, a pesar de ser de noble cuna, no cultivo sentimientos antisemitas. Muy por el contrario, los considero como antiguos amigos. Mi señor padre se entretenía en los desolados inviernos de la Rusia Blanca estudiando lenguas muertas. Es así como se interesó en el hebreo. Un día descubrió que los judíos mantenían vivo ese antiquísimo idioma. Desde entonces por nuestra mansión desfilaron rabinos, banqueros, médicos judíos a los que recibíamos con el respeto que merecen los portadores de tan maravillosa cultura... No se preocupen. Aunque mi tarea se haga más difícil –no pueden ser recibidos por nuestro Comité, es sólo para rusos–, me pongo al servicio de ustedes. Hablaremos mejor en un apartado del restaurante que está junto a la estación. Vengan conmigo...»

Aliviados, sonrientes, siguieron al Conde, que imitando un guía de turistas les fue dando mil y una explicación sobre detalles insignificantes de la gran ciudad. Ya instalados frente a unas sopas de cebolla y un platón de papas fritas, en un rincón discreto, pudieron conversar con calma. Cuando Stanislav Spengler supo que deseaban irse a vivir a Estados Unidos, movió de derecha a izquierda su cabeza engominada, suspirando desalentado. «Con la leyenda que corre por Europa de que son trescientos magnates judíos los que dominan en secreto el mundo, cientos de miles de

israelitas se han visto obligados a huir hacia América. Es casi imposible obtener visas. Sin embargo, tengo un buen amigo en aquel consulado, el Secretario General, que nos puede hacer ese favor. ¡Pero costará mucho dinero, quizás más de lo que ustedes posean!»

Teresa respondió sonriendo: «Su precio será nuestro precio». Y colocó el cofre de cuero sobre la mesa. El Rebe huyó volando por una ventana. El rostro de Alejandro adquirió un tinte verdoso. Con gran orgullo mi abuela levantó la tapa. El Conde escudriñó el interior, luego dijo: «¿Una Biblia? ¿Confundirá usted, señora, tesoro material con tesoro cultural?». Teresa, enloquecida, tomó el libro entre sus manos temblorosas, lo arrojó al suelo, observó los billetes sucios, las monedas de cobre y vació el contenido de la caja sobre la mesa. Separó las pocas monedas de oro del resto miserable. Rugió mirando a mi abuelo: «¿Quién fue? ¿Tú o el fantasma? ¿O los dos juntos? ¿Qué hiciste con la mayor parte del oro? ¡No me lo digas, puedo adivinarlo! ¡Lo repartiste entre esos roñosos! ¡Ay, ay, ay! ¿Por qué me casé con un justo? ¿Justo? ¡Un loco, un idiota! ¡Protege más a los extraños que a su familia! ¡Pero él es inocente, la culpa la tiene el libro maldito!». Recogió el volumen, destrozó sus páginas, lo escupió, lo arrojó hacia la calle y se puso a llorar entre los brazos de su marido. Éste, incapaz de decir algo, cubrió su cara de besos. El Conde, empujando las monedas de oro con una esquina de su monóculo, se puso a contarlas. «Bueno, aquí tenemos bastante para los pasajes y algo más para el hotel y si lo elegimos de última categoría quizás sobre un poco para hacerle un regalo a mi amigo. El Secretario General me debe algunos favores. Trataré de convencerlo para que esta vez sea caritativo y ayude a una familia que cuenta con un padre de tan santa generosidad.»

El Conde secó sus ojos con el pañuelo de seda. «No perdamos tiempo. Aún es temprano. Iremos ahora mismo al Consulado americano.» Un tranvía los depositó frente a un lujoso edificio donde ondeaba la célebre bandera con sus franjas y estrellas. El noble les pidió que se sentaran en la sala de espera mientras subía a las oficinas del segundo piso para hablar con su amigo. Fue hacia la escalera y se detuvo. Regresó. «Señora Teresa, me ha venido una

buena idea. Le contaré a mi amigo la maravillosa historia del reparto santo. Facilíteme un momento el cofre para que pueda mostrarle al Secretario General las monedas de oro y el dinero sin valor de los emigrantes. Eso lo convencerá más que todo. Estoy seguro de que recompensará la bondad del señor Alejandro para con sus pobres hermanos de raza, dando gratis las preciosas visas.» Teresa, ceremoniosamente, puso el joyero entre las manos del Conde. Éste hizo chocar sus talones como los militares y, digno, tomó el ascensor...

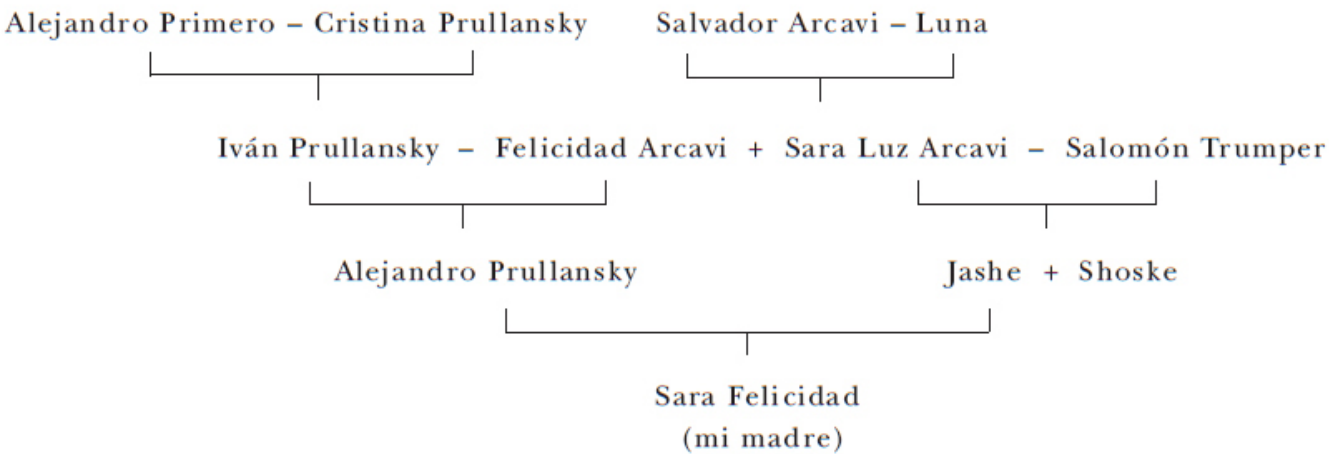
Esperaron y esperaron. El Conde nunca bajó. Cuando sonó el timbre anunciando el cierre del Consulado, treparon corriendo por las escaleras hacia el segundo piso. No había oficinas, sólo un gran salón para cócteles, vacío. Vieron una salida de escape. Comprendieron.

Se encontraron en la calle, desesperados, sin un centavo. A mi abuela se le vino el mundo encima. Le dio un puntapié a las maletas, se sentó en el suelo, cerro los ojos y dijo: «Arréglenselas como puedan. Yo ya no estoy»... «Bueno», respondió Alejandro, «si ya no estás recupero mi derecho de llamar al Rebe. Él nos sacará de apuros». «¡Bah!, otra estupidez. Ya te lo he dicho, el Rebe no existe, es tu imaginación.» «Mi imaginación o lo que sea, el Rebe es el Rebe. Si él no viene, nada puedo yo hacer.» «Concedido, llama a esa cosa. Me sorprendería que pudiera sacarnos de este mal paso...» Se tuvo que sorprender porque el Rebe les dio la única solución posible. «Busquen una calle comercial. Examinen las tiendas. Si alguna pertenece a un judío, con seguridad encontrarán un signo de nuestra religión. Hablen con él en yiddish...» Así lo hicieron.

Encontraron, caminando sin rumbo, una avenida con negocios. En el estante de una joyería vieron un candelabro de siete brazos. Entraron. Evidentemente que Moishe Rosenthal hablaba yiddish. Como Teresa odiaba volver a ser judía, se hizo pasar por muda. Alejandro contó sólo parte de sus miserias y, avergonzado, completó el relato con mentiras. Huyeron, disfrazados de *goy*, de un pogrom y ahora estaban perdidos en París, sin dinero, sin saber qué hacer, con hambre, sobre todo los niños.

Lo primero que hizo Moishe fue darles de comer en la cocina de la trastienda. Luego dejó a su mujer a cargo de la joyería y los llevó al barrio judío. Después de ofrecerles un poco de dinero, que Alejandro aceptó besándole las manos, los presentó en las oficinas del «Comité de Bienfaisance Israélite», fundado en 1809. Los trataron con solicitud maternal, los alojaron por dos días en una pensión modesta pero limpia, *kasher*, luego los enviaron a Marsella, donde fueron embarcados con otros refugiados en un navío que iba a Sudamérica y les dieron las únicas visas que habían podido conseguir, chilenas... Teresa no sabía nada de Chile pero estaba segura de que en ese país, que quedaba en el fin del mundo, todos los ciudadanos no vivían en palacios ni tenían los dientes forrados en oro.

II
Las raíces de mi madre


Alejandro Primero – Cristina Prullansky
Salvador Arcavi – Luna
Iván Prullansky – Felicidad Arcavi + Sara Luz Arcavi – Salomón Trumper
Alejandro Prullansky
Jashe + Shoske
Sara Felicidad
(mi madre)

Si Teresa se enojó con Dios, con Jashe, la madre de mi madre, por el contrario, fue Dios quien se enojó con ella y, junto con Él, todos los judíos de Lodetz, en Lituania... Como sus reglas comenzaban con precisión matemática el mismo día que las de Sara Luz, su madre, y las de Shoske, su hermana, fue descubierto de inmediato el retraso de tan sagrado fenómeno, orgullo de las mujeres jasídicas porque confirmaba que sus cuerpos estaban regidos por las mismas leyes que los astros. Lejos de los hombres, bailaban sin calzones bajo la luna para dejar escurrir el plasma por sus piernas y así enriquecer la tierra. Jashe confesó, entre lágrimas y quejidos de felicidad, su amor por el *goy*.

Mientras su madre, burlando la prohibición, vendía licor de ciruelas a los judíos banqueros, Jashe se paseó por las calles de Vilna. El olor de la ciudad era para ella el más excitante de los perfumes. Sin proponérselo, llegó frente al Teatro Municipal donde estaba comenzando la representación de *El lago de los cisnes* por el Ballet Ruso Imperial. La muchacha no había visto nunca una función teatral. Algo irresistible le hizo comprar un boleto, el más barato. Sintiéndose observada con lascivia por esos lituanos sin barba ni patillas rizadas, ocupó su luneta numerada de la última fila sin atreverse a despegar la vista del suelo. Estalló la música, oyó levantarse el telón y luego el golpeteo de las puntas de acero como una lluvia confusa, pero, poco a poco, entre esos pasos uniformes distinguió unos diferentes, rudos y a la vez sensibles, de alguna extraña manera familiares para ella. Una ola de calor le invadió el vientre y la obligó a mirar hacia el escenario. No vio los decorados ni las luces ni el grupo danzante ni el severo auditorio de los palcos. Vio nada más que un bailarín gigante de piel blanca, más que el mármol, con una cabellera de largos bucles dorados y unos ojos azules tan potentes que podía sentirlos cerca de su rostro a pesar de lo lejos que estaba, lejos, a millares de kilómetros en la última fila de la galería; cerca, mucho más cerca de él que de su propio padre. El sexo le palpitó con tal intensidad que, obedeciendo a sus pedidos,

se levantó de la butaca y, entre ángel sonámbulo y árbol ardiente, azotada por una tempestad invisible, buscó los camarines, entró en el que tenía un Cristo cojo clavado en la puerta, sorprendió desnudo al gigante y fijó en su miembro esa mirada milagrosa que da la entrega total. El ruso, arrobado, la desvistió lentamente. Aquel cuerpo pequeño, perfecto –Jashe medía menos de un metro sesenta–, con un sexo sin labios, raya mansa coronada de un triángulo de sombra salvaje, le produjo tal mareo que por unos instantes la pieza se le volteó y se vio colgado como lámpara del suelo vuelto techo. Alejandro Prullansky, sin saberlo, había estado esperando a esa mujer judía toda su vida. A pesar de que no tenía ninguna experiencia, sólo conocía el amor de los hombres, supo poseerla, llevándola muchas veces hasta el frenesí, en el sofá de terciopelo floreado... Cuando, exhausto, se durmió entre los brazos de Jashe, ésta, después de observar con una ternura que le surgía como un río el hermoso y blanco prepucio, sabiéndose prisionera de la Ley, huyó sin dejar nombre ni dirección. Por suerte para los enamorados, el éxito del Ballet Imperial alargó la temporada varias semanas más. Mi abuelo, primer bailarín, medalla de honor en todos los concursos, estaba todavía allí, ojeroso, desesperado, esperándola, cuando Salomón Trumper, el padre de Jashe, la depositó encinta, sin maletas ni dinero, frente al Teatro Municipal. La traidora había sido expulsada de la aldea y enterrada en el cementerio, simbólicamente, gracias a un ataúd lleno con sus trajes y objetos personales. Ahora sus familiares, durante una semana, se echarían ceniza en la cabeza, se sentarían en el suelo y, con los trajes desgarrados, bebiendo consomé de pollo, la llorarían como si estuviera muerta.

Alejandro agradeció al icono de la Virgen tan prodigioso regalo y se casó con Jashe en una iglesia ortodoxa; la novia vestida de blanco y el novio de negro, como una pareja cristiana vulgar. Con la diferencia de que él llevaba botines de un rojo chillón. Cuando mi abuela le preguntó el porqué de ese escandaloso calzado, supo que el encuentro de sus dos almas, pareciendo un puro producto del azar, se había estado preparando con siglos de anticipación. A medida que su marido le narraba los acontecimientos familiares que lo condujeron a usar zapatos colorados, Jashe buscó también las raíces de su amor. Viajó a través del tiempo conducida por la

memoria de su madre y llegó hasta España, antes del año funesto, 1492, en el que por culpa de esa bruja mala, ambiciosa, bandida, Isabel la Católica, que pierda en el infierno todos sus dientes menos uno para que le duela eternamente, los judíos que no aceptaron convertirse fueron expulsados de ese país. Sara Luz, en pleno siglo diecinueve, escuchó a su padre, Salvador Arcavi, lamentarse y maldecir todos los días a los reyes de Castilla y Aragón porque los privaron del paraíso. Sí, España, antes del casamiento de esos dos monarcas antisemitas, antes de la Policía Estatal, antes de la Inquisición, fue un paraíso para los judíos. Musulmanes y cristianos los toleraron. En el secreto de las juderías, libres como nunca, practicaron su religión. Buscaron nuevos caminos para satisfacer la sed de ese Dios inalcanzable. Entraron en el texto como amantes virulentos y lo hicieron explotar intercambiando vocales, delirando con los números, dándole un sentido abismal a cada letra. Se hicieron visionarios, orates, magos; abrieron las puertas interiores, se perdieron en los laberintos de la Creación haciendo de su contacto con el Pentateuco una aventura personal, dándose el derecho de interpretarlo como les diera la gana... En aquel buen tiempo, un Salvador Arcavi, el primero de una larga serie de Salvadores –ya que por tradición todos sus descendientes se llamaron así–, aunque respetuoso del Libro Santo, decidió no quedarse prisionero de las letras. Siguiendo la profecía de Jacob a su hijo –«Tu mano en la cerviz de tus enemigos; los hijos de tu padre se inclinarán a ti. Cachorro de león, Judá»–, se convirtió en domador de leones. Su manera de acercarse a Dios fue estudiar aquellas bestias y vivir de manera itinerante dando funciones donde la unión con sus animales llegó a tal grado que sobrepasó los límites de la realidad para llegar a lo milagroso. Los leones saltaban por aros de fuego, se equilibraban en la cuerda floja, bailaban en dos patas, subían los unos sobre los otros para formar una pirámide, componían el nombre de un espectador eligiendo letras de madera y, prueba máxima, tomaban entre sus fauces, sin dañarla, la cabeza del domador para arrastrarlo dejando en el aserrín un dibujo en forma de estrella de seis puntas.

El método de mi antepasado para hacerse amar de las fieras fue simple: nunca las forzó e hizo del entrenamiento un juego. Cuando quisieron comer, les dio de comer, y si ayunaron no insistió en

alimentarlas. Si desearon dormir les permitió echarse, y cuando entraron en brama, las dejó follar sin distraerlas. Fue adoptando el ritmo de los animales, con cautela, con ternura. Se dejó crecer una melena, comió carne cruda y durmió desnudo en la jaula abrazado a sus leones... Un día encontró a una española, Estrella, que embriagada por su olor a fiera dejó la religión cristiana y lo siguió para entregarse a él, en posición supina, cada vez que los animales entraron en calor. Nacieron cachorros al mismo tiempo que niños. A veces la mujer daba de mamar a los pequeños carniceros mientras que sus hijos gateaban hasta las tetas de las leonas para saciar la sed. Olvidaron el hebreo y usaron un español limitado a cien palabras. Los felinos aprendieron la mayoría de esas palabras y, en cambio, enseñaron a sus domadores una gama extensa de rugidos. Cuando los ensayos y las funciones terminaban, después de la cena, a medianoche, en la intimidad de la gran jaula, humanos y animales se sentaban frente a frente para mirarse fijo a los ojos. En ese momento el león era el maestro. Era él quien estaba ahí, presente, concentrado, sin interés en el pasado o el futuro, unido a la totalidad. En su cuerpo animal la esencia divina se hacía palpable... El león enseñó a los Arcavi la economía de gestos, la fuerza en reposo, el placer vital, la autenticidad del sentimiento, la obediencia a sí mismo. Por fin, viendo la nobleza de esa bestia, su majestuosa soledad interior, comprendieron por qué Jacob comparó a Judá con un león.

Los rabinos cabalistas de Toledo comprendieron a su vez que una nueva forma de interpretación bíblica había nacido. En silencio, con el mayor de los respetos, entraron en la jaula protegidos por el contacto milagroso de las manos de Salvador y meditaron mirando las pupilas leoninas. Pidieron permiso para traer a sus hermanos de estudio y con ellos llegaron hermosos viejos árabes vestidos de blanco y pálidos monjes católicos de ojos hundidos y ardientes. El Corán, la Tora y los Evangelios se eclipsaban ante esas imponentes fieras, capaces de quedarse tan inmóviles que las luciérnagas, huyendo del frío de la madrugada, venían a posarse en sus tibias pieles para convertirlas en estatuas fosforescentes.

Cuando el primer Salvador Arcavi comenzó a morir, pidió que

no lo enterraran, sino que cortaran su cadáver en pedazos y se los dieran a comer a sus leones. Estrella quiso hacerlo ella sola. Después que el último trozo de su marido desapareció en las fauces de los animales, fue al río para lavarse las manos enrojecidas, se desvistió, entró en las aguas y se dejó llevar por la corriente. Su hijo Salvador continuó el espectáculo y no tardó en casarse con una buena mujer a la que el día de la boda le cambió el nombre para llamarla Estrella, como su madre. El grupo de místicos de las tres religiones siguió viniendo a meditar frente a los leones. Pasaron los años. La situación política cambió. Hordas de fanáticos comenzaron a incendiar las juderías... Los miembros de la confraternidad dejaron de venir. Los carromatos de los domadores atravesaron ciudades donde ardían judíos conversos condenados por la Inquisición. Las florecientes comunidades se convirtieron en calles tristes atravesadas por rabinos oscuros y sigilosos como sombras.

Un instinto misterioso hizo que los Arcavi se dirigieran hacia Valencia. A medida que se iban acercando al puerto, centenares de familias, custodiadas por soldados, invadían el camino en melancólicos desfiles. Poco podían cargar, unos cuantos paquetes envueltos en telas bordadas, nada más. ¿Y para qué más? Habían sido expulsados del país por no querer convertirse y los policías estatales, al llegar al puerto, les quitarían la mayor parte de sus tesoros. ¡Ah, qué funesto año 1492! Dios los estaba castigando por haber querido echar raíces en tierra ajena –ellos, cuya misión era errar para sembrar en todos los países la Ley santa–, dándoles un rey y una reina ladrones. El oro que durante generaciones habían honestamente acumulado iría a engrosar las arcas reales. La única riqueza que podrían sacar del país sin que nadie los molestara sería el idioma español.

A ti lingua santa a ti te adoro mas ke toda plata mas ke todo oro. Si mi pueblo santo el fue kaptivado kon ti mi kerida el fue konsolado.

Llegaron a Valencia. Los judíos, por el dolor de entregar sus monedas, no se apuraban en embarcar. Como un lago negro y quieto, dormían apretujados en los muelles y malecones, rezando sin cesar para que un Mesías viniera a fulminar a Isabel y Fernando.

Pero el silencio de Dios era la única respuesta que obtenían sus dolorosos ruegos... Un ataque de esa multitud podría masacrar a los pocos soldados mas ningún religioso hacía el menor gesto de rebeldía. Sólo se balanceaban canturreando y mirando al cielo: ser humillados y despojados era para ellos algo normal. Habían debido cortarse la barba y quemar sus ejemplares del Talmud y la Tora. Una montaña de libros ardiendo lanzaba humaredas verduscas. Los Arcavi, para abrirse una avenida entre esa multitud impenetrable, sacaron a sus leones de las jaulas y avanzaron conduciéndolos como si fueran perros domésticos. Llegaron hasta el muelle donde los aduaneros desplumaban a los expulsados antes de dejarlos embarcar en precarios veleros. Cerca de ahí, entre las basuras, yacía un venerable anciano al que habían considerado inútil cortarle la barba porque estaba muriendo de fatiga, hambre o tristeza. Salvador lo reconoció. Era el cabalista Abramiel, jefe del grupo que los había seguido por casi toda España meditando en las noches frente a las fieras... Le acercó a la boca el pezón de una leona para lanzarle un chorro de leche caliente. El viejo tragó con avidez y luego vertió abundantes lágrimas que dejaron líneas blancas en sus mejillas cubiertas de tierra.

«¡Qué dolor, qué vergüenza, qué desesperación! Dolor porque todo se lo está llevando el viento. Aunque sepamos de memoria nuestros libros, es triste verlos arder. No por lo que dicen, puesto que un día los volveremos a escribir, sino por sus hojas a las que amamos tanto. Durante siglos nos lavamos las manos antes de tocarlas, fueron nuestras amigas íntimas, nuestras verdaderas madres. ¿Cómo pueden devorar las llamas a esos ángeles?... Vergüenza por aquellos que prefirieron convertirse, comer puerco, trabajar los sábados, no circuncidar a sus hijos, ellos pierden el sentido de la vida... Desesperación porque lo que habíamos logrado, la paz entre las tres religiones, se destruye quizás para siempre. Los libros sagrados se convertirán en justificativos de asesinos.» El anciano abrió una bolsa de cuero violeta. Miró a derecha e izquierda. Extrajo un pequeño paquete, envuelto en un pañuelo de seda del mismo color, que desplegó con devoción para mostrar un mazo de naipes.

«Este humilde juego al que hemos llamado Tarot resume, sin nombrarlas, las tres sabidurías: judía, musulmana y cristiana. Lo concebimos a la sombra de tus leones, cuando gracias a su ejemplo pudimos atravesar la hojarasca de las tradiciones para llegar a la fuente única. Mirando a las fieras, entre dormidos y despiertos, fuimos recibiendo los primeros veintidós arcanos. Cada una de sus líneas, de sus colores, nos fue enviada por Dios. Luego los integramos a un juego de 56 cartas árabes a las que modificamos según nos fue también dictado. Estos naipes son como tus bestias, hay que observarlos en silencio, memorizando trazo por trazo, tono por tono, para dejar que actúen desde adentro, desde la región sombría del espíritu. El conocimiento que te darán no será buscado sino recibido. "La caza está prohibida, sólo la pesca es permitida..." Miren la primera carta, Salvador y Estrella Arcavi, la que no tiene número: un bufón es seguido por un cachorro felino. Este loco sagrado marcha con él, solicitado por él, pero sin hacerle caso, por seguir un ideal ubicado fuera de sí mismo... Más adelante, en la carta número once, La Fuerza, una mujer de gran cabeza se une a un luminoso león amarillo. Ella, con la boca cerrada, escucha y él, con el hocico abierto, habla, transmite el mensaje que le vierte la Infinita Profundidad. La fiera, el cuerpo, y la mujer, el alma, se hacen un solo ser. El conocimiento, la visión de Dios, no se puede encontrar más que en uno mismo... Y por fin, en la última carta, El Mundo, vean al león coronado por una aureola, indicando la santificación del instinto. Lo que nos hace retornar a las palabras de Jacob: "Cachorro de león, Judá; de la presa subiste, hijo mío". Así, el hombre que comprende sacrifica sus intereses materiales y asciende, león convertido en águila, al espíritu pura para entregarse al cazador divino y ser devorado por Él.» Los Arcavi no comprendieron el lenguaje simbólico de Abramiel pero al observar los dibujos de las cartas se sintieron invadidos por un indefinible sentimiento que mezclaba la admiración al terror. «Hijos míos, ustedes se llaman Arcavi, lo que significa "Vi el Arca"... Llévense consigo este último navío, este templo que atravesará el diluvio transportando el conocimiento sagrado a través de los siglos. Cópienlo. Denlo a la gente vulgar. Siémbrenlo en el mundo. Disimúlenlo en el vicio para que, tomándolo por un simple juego, nadie lo persiga. Él, en agradecimiento, les dará de comer y los

mantendrá al margen de las catástrofes que se avecinan. Recuerden siempre que transportan un Ser que poco a poco, venciendo a la ignorancia, permitirá la unión de todos los espíritus humanos.» Mientras Salvador controlaba a los animales, Estrella guardó el Tarot en su pecho. El viejo sabio montó en la leona que le diera de mamar y pidió que lo llevara hacia la hoguera de los libros. Dócil, la fiera, seguida de las otras, lo condujo hasta la pira. Abramiel con el rostro radiante entró en el fuego y recitó un poema en hebreo mientras las llamas lo iban devorando.

Cada vez que su madre, Sara Luz Arcavi, le contaba a Jashe este sacrificio, sus ojos se ponían a derramar lágrimas que corrían incesantes cuello abajo para ir dejando una huella oscura en su delantal almidonado y caer entre los gatos que acudían a lamerlas con delectación. En ella no había sufrimiento. Sonreía con dulzura sabiéndose canal de una pena que venía del pasado atravesando los ojos de incontables generaciones para llegar quién sabe hasta dónde. Quizás no era un llanto de pena sino de admiración. Con la entrada del sabio en la hoguera el recuerdo se partía en fragmentos y la realidad se mezclaba a la leyenda. En la familia circulaban diferentes versiones del acontecimiento. Abramiel trepa por los libros ardientes como por una escalera, llega a la cima de la pira y abriendo los brazos en cruz se quema, bendiciendo al mundo, maldiciendo al mundo, dando carcajadas hasta convertirse en ceniza, lanzando llamas en forma de águilas que vuelan en bandada hacia Jerusalem... O bien abre una puerta en el humo, pasa por ella a otro mundo, desaparece... No... Era un alquimista que logró fabricar el elixir que permite, al beber una sola de sus gotas, vivir mil años. Abramiel, a modo de protesta, sacrificó varios siglos de existencia. Antes de inmolarse dio su precioso brebaje a la leona que lo cargó y por eso el animal continuó trabajando para los diferentes Salvador Arcavi sin nunca morir... No... Abramiel era en realidad el filósofo Isaac Abravanel, quien trató de suicidarse pero las llamas, por respeto ante su santa sabiduría, se negaron a consumirlo. Salió ileso de la hoguera y se embarcó con Estrella, Salvador y los leones en un barco tripulado por moros que prometieron llevarlos a Marruecos. Esta última versión era la que Jashe prefería.

Después de pagar el precio exigido, que a pesar de la urgente situación fue justo, ayudados con amabilidad por los tripulantes, colocaron las jaulas en la cubierta, cerca de la popa. ¿Cuántos leones eran? Mi abuela no tenía datos exactos. Podrían haber sido doce como las doce tribus o siete por el candelabro sagrado o cuatro como las letras del impronunciable nombre de Dios... Nadie en la familia había logrado ponerse de acuerdo. Lo que sí afirmaban todos era que los leones, con el correr del tiempo, a causa de los continuos incestos, comenzaron a nacer albinos. Sus ojos rojos y su pelambrera blanca infundían un hipnótico terror hasta en los guerreros más endurecidos... Con los Arcavi subió Isaac Abravanel, a quien la leche de leona y su impune paseo por el fuego habían dado nuevas energías. Lo siguieron suficientes familias como para llenar las bodegas y el resto de la cubierta. Los moros ofrecieron a cada pasajero un vaso de té con menta. La nave zarpó dejando atrás las costas de España. Las mujeres sollozaron, los hombres apretaron los labios, alguno sacó una guitarra y se puso a cantar con la voz quebrada un adiós a la patria perdida.

Pronto los pasajeros se fueron calmando, algunos bostezaron y una modorra general hizo que todos se tendieran a dormir mientras el velero hendía las aguas empujado por un viento piadoso. «Adonai parece cruel», dijo Isaac el Sabio, «pero en el momento del mayor dolor nos preserva haciéndonos dormir en pleno día como si fuera de noche. ¡Su amor es tan grande como su severidad!». Salvador, a pesar de estas palabras, estaba muy inquieto. Entre él y los leones nunca hubo diferencias. Si ellos tenían hambre, él comía; si fornicaban, él montaba sobre Estrella; cuando, sin razón, las bestias poseídas de una incontenible alegría se ponían a rugir, él no podía dejar de gritar a todo pulmón embriagado por un sentimiento semejante. ¿Entonces, cómo era posible que Dios le enviara el sueño, sin que sus fieras también se durmieran? Por el contrario, vivificadas por la brisa marina, no cesaban de jugar. Luchó lo más que pudo hasta que cayó como fulminado junto a su mujer que montada en un escarabajo gigante lo iba buscando por una selva virgen mientras roncaba con la boca abierta.

Los pasajeros, a causa de la droga que los moros habían disuelto en el té, durmieron dos días seguidos. Se despertaron encadenados.

Ya sin sus sonrisas amables, los navegantes mostraron lo que eran, mercaderes de esclavos. Los prisioneros serían desembarcados en Constantinopla y desde allí se negociaría su liberación con alguna congregación judía de Europa. Si el rescate era pagado, no corrían ningún riesgo, si no... Un silencio amenazador finalizó la frase. Salvador y Estrella, acompañados por sus leones, rugieron con ira y se negaron a salir de la jaula. Los moros trajeron arcabuces y juraron matar a las fieras si ellos no salían de allí. Los Arcavi acataron las órdenes. Los piratas ataron a Salvador con los brazos y las piernas abiertos y pusieron a calentar en un brasero la hoja de un puñal. Entre risas y bebiendo licores oscuros comenzaron a tocar tambores y a danzar empujando del uno al otro a Estrella que se defendía a arañazos y mordiscos. De pronto le arrancaron el vestido, la tumbaron, le separaron los muslos y delante de los judíos horrorizados se prepararon a violarla. Salvador se puso a chillar. Los piratas, enajenados, le quitaron la túnica de piel de león y dejaron al aire sus genitales. Un gordo sudoroso, mascullando improperios, tomó el puñal calentado al rojo y le quemó los testículos. Al ver a su hombre castrado, Estrella lanzó un suspiro de hembra moribunda y dejó de retorcerse. Uno tras otro, los borrachos trataron de poseerla, pero la mujer apretó con tal fuerza su vagina que ninguno pudo penetrar allí, a pesar de la extrema violencia de sus caderazos. Se arrodillaban ante ella, trataban y luego se levantaban humillados, entre las risas sarcásticas de los otros, con el pene tumefacto. Salvador se había desmayado. Lanzaron a Estrella como un saco de basuras junto a Isaac. Fueron a violar a otras mujeres y la fiesta continuó. Abravanel, con una voz calma y profunda, como si le hablara a una niña, le dijo: «Dios hará que comprendas, hija mía. Saca de tu pecho una sola carta del Tarot y dime qué ves...». Estrella, aletargada por el dolor, escarbó en el paquete y extrajo El Sol. «Dos niños... felices.» «Bien visto, Estrella. Esos dos niños son los hijos que vas a tener con Salvador...» Al oír esto, Estrella fue ahogada por un sufrimiento tan insoportable que se transformó en ataque de risa... Reía y reía tanto que los moros se contagiaron y sin saber por qué lanzaron carcajadas semejantes a ladridos. La mujer cesó de convulsionarse y con acento desesperado murmuró: «Ya no es hombre. Mi vientre ha muerto. Te burlas». «No, hija mía. El Tarot nunca miente. Cree en lo imposible, ten fe...» Y

atrayéndola hacia su pecho sacó la lengua, le dibujó con saliva un signo cabalístico en la frente y se puso a recitar palabras extrañas, «¡Hamag! ¡Abala! ¡Maham! ¡Alaba! ¡Gamah!», con tal intensidad que los quejidos, rezos, tamborazos, risotadas y cantos cesaron. El mar se encrespó. El barco comenzó a valsear. Las olas aumentaron de tamaño. Bajaron nubes negras del centro del cielo y un viento potente silbó palabras que, aunque nadie las comprendía, cortaban el aliento y estrujaban los corazones. Un pirata se lanzó hacia Abravanel alzando su cimitarra. Una mano invisible lo arrojó contra el mástil y el golpe fue tan rudo que su cráneo partido escupió el cerebro. «¡Suelten a mis hermanos o el barco se hunde!», bramó el viejo que, rodeado de una bruma verdosa, parecía un demonio.

Esta parte de la historia, a pesar de que la oyó de labios de su madre cuando era niña, a Jashe se le hacía increíble. Ella quería conocer la vida real de sus antepasados, no un cuento de hadas o un relato bíblico. Pero Sara Luz, sonriendo, le explicó que el pasado era una continua invención, que cada personaje de su árbol podía compararse a una piedra que, con el paso de los años y de cuento a cuento, iba elevándose hasta llegar al cielo y brillar como un astro para dar una luz más dulce que el azúcar. «Todos tus familiares, niña mía, al final de los tiempos estarán convertidos en campeones, héroes, genios y santos. Trata a tus antepasados como si fueran cofres y día a día deposita en ellos el tesoro de tu ferviente invención. ¿Qué prefieres, un viejo miserable calcinado en una hoguera o un mago? ¡Déjalo subir al velero para que, una vez estallada la tormenta, los moros se aterren y de rodillas imploren su clemencia! Acepta que los prisioneros sean desembarcados en Niza. Isaac el Sabio, desengañado de la filosofía, se vestirá de bufón y aceptará la vida errante de los domadores. Estrella quedará encinta y parirá dos niños. Esta vez no es un milagro: Salvador ha adquirido la astucia de sus leones. Cuando le aplican el puñal ardiente, recoge los testículos hacia el interior de su vientre, de tal manera que sólo le es quemada la bolsa de piel.»

Domando leones y leyendo las cartas, con intermedios cómicos a cargo de Abravanel, recorrieron la costa mediterránea de Francia a Italia. Al llegar a Padua, la peste les robó a uno de los mellizos. El

pequeñuelo, que no sabía leer ni escribir, antes de entregar el alma, murmuró en un hebreo perfecto: «Sabiduría ante todo; adquiere sabiduría... Engrandécela, y ella te engrandecerá... Adorno de gracia dará a tu cabeza; corona de hermosura te entregará»... Isaac le bajó los párpados y subió su mandíbula inferior mientras murmuraba con euforia contenida: «¡Recitó los últimos versículos del capítulo cuarto del Libro de los Proverbios! ¡Este niño analfabeto murió santo! ¡Aleluya!». Y con paciente trabajo, entre frases cortas y gruñidos, tradujo a los desolados padres el mensaje de su hijo... «¿Comprenden, mis amigos? El niño les pidió que aprendieran a leer nuestros libros sagrados. Basta ya de hablar como fieras. Recuperen la inteligencia humana...» Después de que los leones devoraron el pequeño cadáver, Salvador y Estrella tomaron su primera lección de hebreo. Se demoraron siete años actuando en Verona, Bassano, Roveretto, etcétera. Al llegar a Venecia ya sabían leer y escribir. Los leones, como ellos, también hablaban correctamente el hebreo.

«Sí, Jashe», le dijo severa su madre, «los leones aprendieron a hablar hebreo. Si quieres sacar un provecho de tu historia debes aceptar no sólo este milagro sino muchos otros más. En la memoria todo puede hacerse milagroso. No tienes más que desearlo y el invierno crudo se convierte en primavera, los cuartos tristes se llenan de tapices dorados, los asesinos se hacen buenos y los niños que lloran de soledad reciben piadosos maestros que son ellos mismos que se han desplazado desde la edad adulta hacia sus primeros años. Sí, hija mía, el pasado no es algo fijo e inalterable. Con fe y voluntad lo podemos cambiar, no borrando su oscuridad, sino agregándole luces, para irlo embelleciendo cada vez más como quien talla un diamante».

El gueto de Venecia, al que sólo se podía penetrar por un puente donde, en sus dos extremos, se erguían puertas custodiadas por guardianes, parecía, visto desde el exterior, una gran fortaleza con todas las salidas obstruidas y las ventanas tapiadas. Los Arcavi y Abravanel entraron en ese barrio tenebroso. Encontraron calles limpias pobladas por judíos tranquilos con la cabeza cubierta por el obligatorio gorro amarillo. Ese color luminoso emergiendo de sus chales blancos los hacía asemejarse a un campo de girasoles. La

llegada de los leones albinos fue considerada como un anuncio de la aparición del Mesías. Isaac Abravanel les propuso, para apresurar esta llegada, sumar las voces de las fieras y su magia a las oraciones cotidianas. Les fue dado albergue y, después de la medianoche, cuando cerraron las puertas del puente para que ningún israelita pudiera salir del gueto, en el secreto de la sinagoga, los rabinos se balancearon en trance, cada vez más rápido, mientras los leones repitieron con sus voces cavernosas y potentes las invocaciones y conjuros del filósofo disfrazado de bufón. Esta ceremonia se repitió durante meses.

La fortaleza parecía dormir, pero en realidad, sin que los guardianes se dieran cuenta, se escapaba de Venecia. Por el poder de las palabras cabalísticas, su materia quedaba detenida y de las piedras y los cuerpos humanos se elevaba la substancia astral. Invisible, el gueto atravesaba el cielo como una estrella fugaz e iba a posarse junto al muro de los lamentos en Jerusalem...

«Sí, Jashe, hija mía, que aquello que llamamos Dios te bendiga, te ruego que lo creas y así lo cuentes a tu futuro esposo, a tus hijos y a tus nietos: todas las noches, durante años, el gueto de Venecia visitó la Tierra Santa exigiendo la llegada del Mesías. Cuando al amanecer sonaba la Marangona, la campana más grande de San Marcos, el barrio espectral se reintegraba a sus piedras vacías y a sus habitantes en catalepsia y, al abrirse las dos puertas del puente, la vida recuperaba su aspecto normal.»

Isaac nunca perdía la esperanza y comunicaba su entusiasmo a los hombres y a las fieras: «Mañana el mundo se va a arreglar». El enviado divino vendría a unir todas las religiones, a impartir justicia, a darles paz, trabajo, salud y felicidad, a llevarlos de regreso a Israel... Una noche hizo tantos esfuerzos para apresurar el gran acontecimiento, invocó con tal exagerado fervor, exigió tanto a los planos superiores, empleó tan potentes encantamientos que un ángel apareció ante él lanzando rayos de furia... «Isaac Abravanel, has perturbado el equilibrio de los coros angélicos, has abierto en tu tiempo y en tu mundo la puerta de la locura. ¡Mira lo que hiciste!...» Y el mago fue transportado a las alturas y desde allí vio a

las congregaciones judías invadidas por energúmenos divinos, David Reubeni, Moses Hayyin Luzzatto, Asher Lamnkin, Mordejai Mokiah,

Yankiev Leibowitz Frank, Jacobo Querido, Sabbatai Zevi, Miguel Cardoso y muchos más, ejércitos de mesías aumentando como una peste, pidiendo guerras santas entre el fervor y la rapacidad, entre el orgullo y el miedo a morir, traicionando a sus seguidores. «Tu castigo será la lucidez», le dijo el ángel antes de abandonarlo. Isaac cayó sobre los bancos de la sinagoga como fulminado. «La magia no sirve para nada. He abierto el Arcano Quince y he desparramado los demonios en nuestro mundo. Busqué por el camino equivocado. La única esperanza es la de llegar a nosotros mismos, porque en nuestros corazones se oculta Dios. Lo que no se hace aquí no se hará más allá. Ningún mensajero milagroso vendrá a ofrecernos una patria. Nos expulsaron de la tierra para que la trascendiéramos y habitáramos en el espíritu puro, no para que continuáramos aferrados a las raíces, a la infancia, poniendo al pasado como ideal futuro. Un día todos los seres humanos serán ángeles errantes y danzarán por el Universo en luminosa libertad... Estrella, Salvador, ustedes tenían razón, perdónenme. Los he desviado, interpreté mal las palabras de su hijo moribundo. Él no las dirigía a ustedes sino a mi locura... Olviden los libros, vuelvan a ser leones, sigan viajando sin cesar a través de todos los mundos...» Abravanel, haciendo un esfuerzo sobrehumano, se despertó de la ilusión que es la vida y entró en la realidad de la muerte, dando una carcajada que se oyó a muchos kilómetros de distancia. Murió como lo hacen todos los verdaderos bufones: con las piernas hacia arriba en equilibrio sobre su cabeza.

Los Arcavi volvieron a sus antiguas costumbres olvidando poco a poco el hebreo. Como único recuerdo, Estrella guardó el Tarot, y Salvador, los zapatos rojos del sabio. Desde entonces él y su hijo y el hijo de su hijo y toda la descendencia los usaron en las funciones como parte importante del traje de domador. Fueron viajando durante dos siglos por Italia, Grecia, Sicilia, Egipto, Turquía. Lo hicieron con disimulo, generación tras generación, manteniéndose pobres, usando como lenguaje sólo sus cien palabras españolas. Así, como escorias de la sociedad, pudieron vivir en paz... En las

lecturas de Tarot, Estrella únicamente respondía a las preguntas prácticas: ¿dónde está la vaca robada?, ¿el novio resultará un buen o mal esposo?, ¿la cosecha será o no afectada por el clima?, ¿podrá haber enfermedades en la familia? El resto lo callaba. Después de tantos años de estudiar las cartas se le hacía fácil ver cuándo y cómo el cliente moriría. Ocultó ese poder. Era doloroso e inútil conocer el futuro porque nada se podía hacer para cambiarlo. A pesar de saber esto, se leyó las cartas a sí misma. Cuando el Arcano Trece salió junto a La Rueda de la Fortuna, La Fuerza y El Mundo, Estrella se puso fría. Había llegado el momento tan temido, el de la muerte de sus leones. Tiró una carta más: La Casa-Dios. ¡Sería en un terremoto!... Estaban en Esmirna. Huyeron hacia Constantinopla. El terremoto no fue en Esmirna sino en Constantinopla y una grieta se tragó a las bestias. Ya era tiempo. Sus cuerpos se había alargado y las pieles eran casi transparentes. Cada una de sus respiraciones, de tan profunda, parecía sollozo. De animales no les quedaba casi nada. Eran nobles ancianos con la serenidad humilde que da la adquisición de la conciencia.

Sin leones, los Arcavi tuvieron que convertirse en comerciantes, transportar canela y alcanfor por mares infestados de piratas; vender pieles, espadas, eunucos; exportar e importar textiles, sal, vino, arroz, miel, ovejas, caballos, pescado en escabeche, perfumes, lo que fuera. Por falta de un real interés, nada les duró mucho tiempo. Pasaban los años, los nacimientos y las muertes de Salvadores y Estrellas, sin que pudieran desprenderse de la nostalgia por sus leones... Los zapatos rojos, que los hombres nunca dejaron de usar, despertaban la desconfianza de sus socios. Ese calzado extravagante les revelaba que los Arcavi no eran judíos normales y poco a poco los fueron excluyendo de sus tratos. Se vieron obligados a llevar a China un cargamento de prostitutas. Salieron en barco de Constantinopla con la intención de atravesar el Mar Negro, desembarcar en las costas del Cáucaso y recorrer el continente hasta llegar a Chang-an. Por desgracia una tempestad los hizo naufragar. Salvador no sabía nadar, pero como esa Estrella era una turca de ciento treinta kilos de carne musculosa, se puso a flotar de espaldas y dejó que ella nadara jalándolo de los cabellos. La mujer, para no dejarse invadir por la desesperación, repasó en su mente, una y otra vez, las 78 cartas que se sabía de memoria...

Nadó dos días, sin cesar. El mar los arrojó en una playa de Crimea. Salvador salió del agua con sed de Dios. Se puso de rodillas en la arena y trató de rezar para darse cuenta de que no conocía ninguna oración, que el dinero ocupaba el sitio de Adonai. De judío no le quedaba nada. Sin definición, sin raza, el mundo se le estaba esfumando. A tal punto que su sexo era ya un pellejo inútil: llevaba más de diez años con su esposa sin que un hijo semejante a él hubiera nacido. Al reconocerse estéril lloró con tal fuerza que pareció vomitar el hígado. Estrella, tirada entre unas rocas después del monumental esfuerzo, casi agonizando de cansancio, vio a su marido ahogado en sí mismo, escudriñándose con angustia de castrado sin ni siquiera preocuparse de saber si ella estaba viva... Empleó un resto de energía en extraer de sus senos la bolsa de cuero violeta y arrojó el Tarot, con puntería certera, hacia la cabeza del hombre. El golpe lo devolvió a la realidad. Solícito, corrió hacia su mujer, su patria, su identidad. La tomó entre los brazos, le lamió la arena de la cara, le besó las manos, acarició su cuerpo helado. Ella no quiso reaccionar. Se dejó deslizar, suspirando con alivio, hacia la muerte. «Ahora que has sido salvado, Salvador, date cuenta de que yo tenía que desaparecer. Dios me hizo entrar en tu vida nada más que para mostrarte cuán profundo habías caído. Eras una repetición absurda, un hueso sin médula, un hombre sin tradición. Estudia, busca la Verdad y cuando la encuentres, verás junto a ella la mujer que te corresponde, la madre de tus hijos.»

Allí mismo enterró a la voluminosa muerta y con ella el poco dinero que le quedaba. Sin saber por qué, viajó a pie mendigando comida en las comunidades judías, hacia Lituania, como atraído por un imán. Una noche oscura, cubierto de polvo, después de haber caminado cientos de kilómetros, golpeó en la puerta de la escuela del Gaón Elías de Vilna, gran maestro del Talmud y la Cábala.

Nadie salió a recibirlo. Esperó cinco minutos y volvió a golpear. Ninguna respuesta. Durante media hora repitió sus llamados. Soplaba un viento fuerte haciendo aletear las hojas de los árboles con un murmullo metálico. Salvador distinguió entre ese ruido otro murmullo, también continuo, que venía del interior de la escuela. Eran voces humanas quejándose. Empujó la puerta, que se abrió sin ofrecer resistencia. Avanzó por un pasillo helado. Los lamentos aumentaron de volumen. Atravesó varias piezas con chimeneas

limpias, como si nadie, a pesar del invierno, quisiera usarlas. El sollozo colectivo se hizo intenso. Subió por una escalera y entró en un vasto salón con bancas dispuestas como en una sinagoga donde un centenar de rabinos sentados y con los pies desnudos sumergidos en baldes de agua helada rezaban, lloraban, desgarraban sus negras vestimentas... En el centro del aula, tan fría que de todas las bocas surgían nubecillas, sobre un zócalo hecho con libros, se veía un ataúd abierto donde reposaba, como dormido, el cadáver del gran maestro.

Entre sus ayes los discípulos enumeraban una y otra vez los méritos del Gaón de Vilna: «Tú que fuiste un maestro desde la edad de seis años...». «Tú que para estudiar más sólo dormías dos horas diarias...» «Tú que para evitar la pereza no encendías la chimenea y sumergías tus pies en un balde de agua helada...» «Tú que nos protegiste del jasidismo, esa mentirosa secta que cree en el éxtasis y las visiones...» «Tú que estudiaste siete mil libros y nos enseñaste a razonar...»

Salvador, sin que nadie se lo impidiera, avanzó hacia el difunto, resonándole en los oídos no el canturreo desolado de los estudiantes, sino las últimas palabras de Estrella: «Cuando encuentres la Verdad, verás junto a ella la mujer que te corresponde». Junto a Elías ben Salomón Zalman, vestida de un blanco que le pareció plateado, estaba la hija. Los latidos de su corazón le revelaron, repitiéndolo innumerables veces, ya para siempre, hasta más allá del día de su muerte, el nombre de la muchacha: Luna, Luna, Luna, Luna... Reina de la noche, suma de todas las Estrellas, de mujer en mujer los Salvadores se habían ido acercando a ella y ahora él, frente al sueño encarnado, no podía más que darle gracias a Dios por hacerlo llegar al fin del camino. Avanzó hacia ella, le tomó las manos y las separó del féretro para atraerlas hacia su pecho que estallaba a cada latido. Luna también supo de inmediato su nombre y al pronunciarlo, borrando el dolor por la muerte de su padre, le surgió una alegría tremenda que trajo por primera vez el calor a ese mundo frío: «¡Salvador!». En una sola mirada unieron las dos almas y ese encuentro, buscado desde hacía mil años, hizo cambiar al mundo.

Otro coro de voces llegó desde el exterior trayendo un canto jubiloso entre risas y gritos de éxtasis. Más de doscientos jasids,

oliendo a alcohol y tabaco, seguidos por robustas mujeres y niños, hicieron resonar en el aula sus botas de campesino. Al resplandor de las antorchas huyó la penumbra y las paredes grises se volvieron doradas. Un aire cálido disolvió las nubes que salían de las bocas abiertas de los rabinos paralizados por el sacrilegio. La horda eufórica era conducida por un viejo pequeño pero musculoso, coronado por un gran gorro de piel. Fumando una pipa y tambaleándose, se paró frente al Gaón de Vilna, agitó los brazos, lanzó una carcajada que hizo temblar las bancas, puso los ojos en blanco y dando un brinco lanzó una patada que arrancó varias tablas del ataúd. «¡Basta de comedias, Elías! ¡Te habla por mi boca Israel ben Eliezer, el Baal-Shem-Tov, aquel que conoce el nombre secreto de Dios! Yo no puedo nada, él lo puede todo. Cabalgando en mí, su montura, ha venido a demostrarte que estás equivocado.» El poseído levantó las manos: el ataúd se elevó en el aire y fue a pegarse al techo. Los campesinos aplaudieron pero un suspiro doloroso agitó a los rabinos. El jefe de los místicos borrachos no les hizo mayor caso y siguió imprecando al muerto. «Tú nos lanzaste el anatema haciendo gemir el cuerno mientras fuiste apagando las velas de tu escuela para que así se extinguiera nuestra vida espiritual. Tú decretaste que fuéramos malditos el día y la noche, al acostarnos y al levantarnos, cuando entráramos o cuando saliéramos. Tú pediste que Dios no nos perdonara ni nos conociera y que borrara nuestros nombres de la Tierra. Tú prohibiste que nos hablaran o nos escribieran, que nos ayudaran o que habitaran bajo el mismo techo que nosotros. Tú insinuaste que nos denunciaran a las autoridades cristianas para que nos eliminaran... Olvidaste que éramos hermanos. Cerraste las ventanas y te sumergiste en el frío y la vigilia. Asesinaste el lenguaje de los sueños. Ganaste la inteligencia pero perdiste el amor. Hace un mes que yaces ahí haciéndote el muerto. No te pudres porque estás vivo pero vencido por el aburrimiento. ¡Vuelve a respirar, despierta y ven a bailar con nosotros! ¡Alegría! ¡Alegría! ¡Alegría!» El ataúd cayó del techo al piso y se despedazó. El Gaón de Vilna abrió los ojos, miró a su público, le dio un ataque de risa, se levantó y corrió a darle un largo abrazo a su hija, otro a Salvador, los bendijo, bailó con el viejo y sus jasids, arrastró de la barba a los rabinos y los obligó a entrar en la ronda. Tocaron violines y panderetas. El vodka

humedeció las gargantas. Las mujeres trajeron un velo blanco y los hombres un toldo y un sombrero de terciopelo. Cubrieron la cabeza de Salvador con el sombrero y la de Luna con el velo. El Gaón, secundado por el anciano ebrio, se paró frente a la pareja y ofreció la Biblia al futuro esposo. «No puedo negar los sentimientos que consumen a mi hija. Demuestra que eres digno de tal incendio. Dinos qué ves en las siete palabras de la primera frase del Génesis.»

Arcavi, transpirando, temblando de pies a cabeza, abrió el Libro Santo. Él no sabía leer hebreo ni tenía sabiduría. En su alma, llena del amor por Luna, no cabía Dios... El viejo jasid le murmuró con la voz de Baal-Shem-Tov: «La primera y la última letra de la Tora forman la palabra corazón. No hay más conocimiento que el Amor. Tú puedes. Atrévete. Eres un domador y cada letra es un león». Salvador cesó de dudar. Con la misma concentración con que sus antepasados miraban a los felinos, fijó su vista en las letras sin tratar de adivinar lo que decían. Eran seres y no signos. La primera palabra comenzaba con un arco descendente, una base horizontal y un punto: K. Observó la forma vaciándose de sí mismo, dejando que sus ojos vieran sin la interferencia de su persona. Lentamente el arco y la línea se transformaron en un hocico abierto y luego, dentro de él, el punto vibró como un rugido de fiera, grito total, generador. Concentró su atención con tal fuerza que esa mancha diminuta creció y adquirió profundidad para convertirse en un túnel sin fin, garganta insaciable que comenzó a tragarse todas las otras letras. Al final, en la página sólo quedaba ese punto, enorme, hondo. Salvador sintió que el centro voraz lo absorbía extrayéndolo de su cuerpo. Se dejó tragar sin miedo y su alma penetró en ese corredor oscuro. Sintió que se disolvía, pero con fe siguió avanzando más y más. Al fondo lo esperaba una esfera de luz, inmensa, un sol que no quemaba. Al penetrar en ella comenzó a perder la memoria, pero los latidos de su corazón continuaron repitiendo: Luna. Su pecho era un templo de oro con un altar de carne viva en el centro y sobre él una copa de fuego llena de agua santa. Supo que nunca más tendría sed, que su boca era el arco, la línea y el punto, una fuente divina, y dejó que el amor desbordara y tuvo un placer que fue el estallido de su copa y el agua inundó el mundo y él se despertó predicando en español o en yiddish o en

hebreo, nunca lo supo, entre los rabinos que lloraban, los jasids que bailaban escuchándolo con éxtasis, y las mujeres que le besaban las manos y las colocaban sobre las cabezas de sus niños para que fueran benditos. El gran Gaón de Vilna se arrodilló ante él y con una voz de río profundo cantó para casarlo con su hija. Cuando terminó la ceremonia, le entregó las llaves de la escuela; pidió perdón por sus errores, se despidió de todos y emprendió un viaje a Palestina. Luna nunca más volvió a saber de él. La tristeza fue prohibida. Las reuniones solemnes se convirtieron en fiestas en donde se mostraba el agradecimiento a Dios ofreciéndole una alegría continua. Salvador y Luna tenían iguales trances y visiones que compartían con los humildes. Juntos curaron una multitud de enfermedades.

Por primera vez en la historia de los Arcavi, nació una niña. Como era el fruto de un año de matrimonio feliz, la llamaron Felicidad. Trataron de tener un hombre para bautizarlo Salvador según la costumbre. Dos años más tarde volvió a nacer una niña. Uniendo su mirada luminosa al nombre de la difunta madre de Luna (una santa que un día, en un ataque de fervor, devoró un tomo completo del Talmud. Nunca pudo digerir los espesos pergaminos y murió con una panza de mujer encinta) la llamaron Sara Luz. La primera nena recibió como talismán los zapatos rojos de Abravanel y la segunda, la bolsa de cuero violeta con el Tarot... Pasaron trece años. Las dos mujercitas, a pesar de la diferencia de edad, tuvieron sus reglas el mismo día, a la misma hora. Luna las despertó a medianoche y las sacó de la casa mientras Salvador se hacía el dormido. Un grupo de señoras las estaba esperando. La madre hizo que sus dos hijas se quitaran el camisón y también se desvistió. Otras mujeres que igualmente estaban con la menstruación se unieron a ellas. Comenzaron a danzar entre los surcos recién abiertos para que la sangre que se escurría por sus piernas hiciera crecer un buen trigo.

Estaban en lo mejor tocando tambores y cantando cuando vieron venir a lo lejos, agitando antorchas, un grupo de maridos. Se vistieron rápido y esperaron ansiosas. Hasta entonces, nunca esa ceremonia femenina había sido interrumpida por los hombres. Salvador, pálido, habló a las mujeres: «Lo sentimos mucho, pero tienen que volver inmediatamente a la aldea. Ha surgido un nuevo

brote de antisemitismo. En el pueblo vecino, después de violar a la viuda del rabí Schlomo, la despedazaron e incendiaron su cabaña». Mientras todos corrían a encerrarse en las casas, Felicidad dijo a su madre: «¡Papá debe organizar una colecta para que compremos armas!». «¿Armas? ¿Cómo una hija mía puede hablar así? ¡Dios te va a castigar! Si merecemos ser defendidos, Él lo hará. A nosotros, judíos, los sagrados mandamientos nos prohíben derramar sangre humana.»

Esa noche les costó dormirse. La luna llena teñía el cielo de rojo. Los perros no cesaban de aullar. Sara Luz sacó su Tarot, mezcló las cartas y eligió tres, con los ojos cerrados. Al abrirlos dio un grito. No quiso decir lo que vio... Pasaron las horas. Cerca de la madrugada, disimulándose en el ruido de una lluvia densa, diez sombras negras, con pericia profesional, abrieron la puerta de la escuela. En el primer piso encontraron tres familias que compartían las labores agrarias con los Arcavi. En un par de minutos ataron y amordazaron a los hombres sin que hicieran el menor gesto para defenderse. A las mujeres, tres adultas y cuatro niñas, las desnudaron y encerraron en el baño. Después salieron fuera de la casa para volver siguiendo con muestras de gran respeto a un hombre corpulento, con el rostro cubierto por una máscara de cuero y envuelto en un abrigo de piel de oso. Despótico, estiró su enorme mano y una sombra, haciendo venias, le entregó un afilado cuchillo de cocina. El enmascarado se despojó del abrigo y mostró su sexo erecto, de un tamaño descomunal. Sus servidores, a patadas, arrastrándola por los cabellos, sacaron a una mujer del baño. Al ver al monstruo, corrió hacia la puerta, salió a la lluvia y lanzó un largo chillido. Allí la alcanzó el agresor que de un solo tajo le cortó la cabeza, tomó el cuerpo del cuello y bebió los chorros humeantes que lanzaban las arterias. Luego se arrojó sobre la degollada para penetrarla dando gruñidos de placer. Tambaleándose como un ebrio volvió a la escuela. Con gestos brutales agitó el cuchillo. Soltaron a una niña. La persiguió hasta arrinconarla. La pequeñuela se puso de rodillas y le mostró su rostro bañado en lágrimas. La primera puñalada se la dio en un ojo. Luego siguieron noventa y nueve más...

Arriba, en el segundo piso, Salvador, Luna y sus dos hijas oían todo: los lamentos de las mujeres, sus pies desnudos revoloteando

por el piso frío, la respiración profunda del asesino, el arma hendiendo el aire, el ruido acuoso de las carnes al abrirse, las vísceras estrellándose contra los muros, la sangre cayendo sobre las tablas como una fuente de agua espesa, el cuerpo pesado de la bestia revolcándose sobre las tripas y su grito triunfal de orgasmo. Contaron las víctimas, siete. Y ahora el monstruo sediento subía por la escalera. Salvador, impotente, tembló rezando. Luna se desvistió para ofrecerse en sacrificio esperando así salvar a las niñas. Sara Luz corrió a esconderse bajo la cama besando repetidas veces su Tarot. Felicidad, con una ira tan grande que parecía a punto de hacer explotar su cuerpo menudo, se puso con lentitud precisa los zapatos rojos y encendió las velas del candelabro sagrado.

Un golpe violento abrió la puerta que fue a dar contra la pared desprendiendo costras de estuco. Con el cuerpo embadurnado de sangre y la boca de la máscara dejando escurrir un puré de vísceras, el criminal entró en la pieza. Su cuchillo, al reflejar las llamas de las velas, lanzó una araña de rayos dorados. Salvador abrió los brazos, sin esperanzas. Luna avanzó hacia el filo ofreciéndose con resignación. El asesino se agazapó para darle más fuerza al cuchillazo y por fragmentos de segundo el mundo se detuvo en un silencio eterno. Luego, todo se aceleró. Felicidad dio un grito de mando tan fuerte que las vigas del techo crujieron y una cortina se desgarró. «¡Alto!» Alzando su mano derecha extendida detuvo el impulso del criminal. Lo cortó de raíz. No había una parcela de miedo en su actitud sino un dominio perfecto. Una voluntad sobrehumana habitaba en ese cuerpecillo frágil. A través de ella se manifestaba el espíritu de todos los domadores de leones. Para Felicidad, descendiente de tantos Salvadores, el dominar a una bestia feroz era un acto natural, necesario. Nunca se había sentido mejor. El monstruo se detuvo, fijó su vista en los ojos ardientes de la pequeña mujer, lanzó un rugido y se tomó el vientre como si el hígado le hubiera estallado. Soltó el cuchillo, cayó de rodillas y hundió su cabeza enorme en el pecho de la joven. Con una voz dulce, transida de amor, murmuró en ruso: «Perdón». Los otros asaltantes, en tropel, subieron las escaleras y trataron de entrar en el aula. Un solo gesto de su amo los detuvo. Otro gesto los hizo inclinarse y un tercero los obligó a bajar y salir de la escuela. La muchacha tomó el cinturón de su bata, lo amarró al cuello del

gigante y lo condujo como si fuera un animal doméstico hacia el patio. La lluvia había cesado...

Salvador, Luna y Sara Luz oyeron un galope de caballos que se perdió en la lejanía. Felicidad desapareció de sus vidas para siempre. Nunca más se volvieron a cometer asesinatos semejantes en las aldeas...

Desde entonces la vida de los Arcavi ya no fue la misma. Mientras la congregación alababa el sacrificio heroico de la muchacha, ellos no podían olvidar su sonrisa de triunfo cuando amarró el cinturón al cuello del asesino. Además, éste no trató de llevársela. Fue ella la que lo obligó a bajar los escalones igual a un perro para hundirse en las tinieblas. ¿Qué pasó después? El loco pudo reaccionar zafándose de su encanto para despedazarla como a las otras. ¿Pero, entonces, por qué habían cesado los asesinatos? Luna, una madrugada, se despertó gritando. Abrazada a Salvador, con la respiración cortada y la mirada extraviada, le dijo: «Es atroz lo que pienso. La noche de los siete homicidios, vi en el encuentro del monstruo y Felicidad algo semejante a lo que nos pasó a nosotros: en sus miradas había amor, un amor grande, repentino, que dura más allá de la muerte».

Sara Luz no quiso nunca más oír hablar de magia. Guardó el Tarot en un cofre e hizo lo posible para olvidarlo. Los tres viudos pidieron su mano. De acuerdo con sus padres, eligió a Salomón Trumper, de mucha más edad que ella, por simple, por tranquilo. El día del matrimonio, de regreso de la ceremonia, el coche que llevaba a Salvador y Luna cayó por un barranco a causa de una libélula amarilla que se metió en la oreja del caballo. Murieron los dos. Un año más tarde, en la misma hora, día y mes del accidente, Sara Luz parió a Jashe. Y al año siguiente, también en la misma hora, día y mes, parió a Shoske. Jashe y Shoske, dos nombres comunes, sin mayor significado, elegidos así, para acabar con lo milagroso.

Las dos hermanas fueron criadas de la misma manera, durmieron juntas, las vistieron iguales, aprendieron a bordar, cocinar, plantar el trigo y limpiar la casa para que cada Sábado todo brillara. Shoske se complació en esa vida y odió cualquier acontecimiento que saliera de lo ordinario. Jashe comenzó igual, pero un día, mientras regaba el jardín, una libélula amarilla

comenzó a girar alrededor de ella acercándose cada vez más hasta que le introdujo su cabeza en una oreja y comenzó a zumbar como queriendo darle un mensaje. Jashe se imaginó que el mismo animal que causara la muerte de sus abuelos había venido a pagar su deuda. Creyó comprender lo que le estaba diciendo: «Perdón, niña mía. Nunca quise que Salvador y Luna murieran. Te voy a dar en cambio el más valioso tesoro del mundo». El insecto voló hacia la escuela. La joven lo siguió y subió en pos de él hasta el desván. Allí la libélula se posó en un viejo cofre, luego huyó por la ventana. Jashe abrió la caja y encontró el Tarot... Durante años, en secreto, observó las cartas y ellas se convirtieron en su Maestro, enseñándole a Ver. Todo cambió. Se hizo consciente de la locura en la que estaban sumergidos, la Ley religiosa le pareció un calabozo y trató de escapar, salirse de los múltiples y absurdos deberes, de las supersticiones, del matrimonio obligatorio. Deseó hacer santos todos los días y no sólo el Sábado, amar libre sin límites de raza, comer lo que le diera la gana, recorrer el mundo, no vivir una sola sino miles de vidas, recuperar la magia. Estaba en esa efervescencia cuando encontró la puerta, la luz, el camino: lo encontró a él, Alejandro Prullansky.

El bailarín ruso, apenas Jashe terminó de relatarle la vida de sus antepasados, la tomó entre sus brazos apretándola como si quisiera absorberla a través de su piel y dijo: «El azar es una forma sutil del Destino. Mi madre se llamaba Felicidad, era judía y fue robada por mi padre... La historia de mi familia no se remonta tan lejos como la tuya por una sencilla razón, mi abuela, Cristina Prullansky, quemó los documentos y retratos que la ataban al pasado».

Única mujer entre seis hermanos, mucho mayores que ella, descendiente de nobles, Cristina había sido educada por profesoras traídas de Alemania, que solían pasearse en las tardes melancólicas entre los pinos del gran parque de la propiedad con el vientre inflado a causa de las violaciones que su padre

Iván, viudo y jorobado, no podía dejar de cometer cuando se embriagaba. Al cabo de pocos meses, una carroza negra traía una nueva nodriza y se llevaba a la antigua, a la que nunca volvía a ver. Tuvo quince ayas en menos de diez años. En esas soledades, a más de cincuenta kilómetros de Minsk, con sus hermanos en el ejército y

un padre que no hablaba nunca, el único entretenimiento posible era azotar, por cualquier motivo, a las sirvientas. Les subía la falda, les bajaba el pantalón de lino y con el látigo corto y duro dejaba surcos granates en sus traseros lechosos. En su familia sólo había mujeres invisibles y soldados muertos por defender a Pedro el Grande, Catalina Primera, Iván Sexto, Pablo Primero, Pedro Tercero y otros zares, en las batallas contra Francia, Turquía, Suecia, Gran Bretaña y más países aún. Sus abuelos, sus tíos, sus hermanos, se fueron convirtiendo en retratos, medallas y condecoraciones póstumas tapizando las paredes de la enorme estancia. Únicamente su padre, hediendo a vodka, orina y vómito, se paseaba por allí avergonzado de ese cuerpo monstruoso que no le permitía tomar parte en la masacre continua.

Cuando Cristina cumplió quince años, la niñera francesa, importada como regalo de aniversario, fue violada la misma noche de su llegada. Iván, envenenado por el alcohol, con las nalgas llenas de excrementos, aullando como perro, partió la puerta a hachazos, se lanzó sobre la joven, le apretó los senos hasta reventarlos, la penetró de un caderazo asesino y, en el momento del orgasmo, le arrancó la nariz de un mordisco. El pedazo lo atragantó. A ella se le paró el corazón y él murió asfixiado. Cristina se quedó sola en medio de una multitud de intendentes, criados y siervos.

Enterraron a su padre en el panteón familiar y a la nodriza junto a unas rocas en el bosque. Ese año el invierno fue más riguroso que nunca. En tres ocasiones los lobos desenterraron el cuerpo de la víctima. Cristina veía en los largos pasillos de la estancia a la mujer sin nariz avanzar flotando como una barca silenciosa... Ya estaba comenzando a morderse las manos hasta arrancarles trozos de carne cuando llegó el mensaje invitándola a la coronación de Alejandro Primero. Ella ni siquiera se había dado cuenta del asesinato del anterior emperador. En el baúl de la nodriza encontró un traje de noche cuyo corte europeo permitía disculpar la modesta calidad de la tela. Las joyas de sus abuelas colmaron más que dignamente las carencias del atuendo. Durante todo el camino, así vestida de mujer, en ese coche severo construido para desplazar militares, ella, que dejaba pasar los días sin bañarse enfundada en los pantalones y botas de su hermano muerto en los Alpes suizos batallando contra

los franceses, se sentía extraña. Mientras los vigorosos caballos la acercaban a Moscú, tuvo la sensación de que esas pulseras, collares y aretes, esa tela ligera, esa ropa interior de seda, servían de abono para su carne. Comenzó el viaje con el pecho liso y ahora le estaban creciendo dos senos duros, grandes, con puntas tan sensibles que el frote del sostén, a cada salto del vehículo, le daba un placer que tenía que aceptar preocupada por una vergüenza humillante. Los poros de la piel de su pubis se abrieron para dar paso a un exuberante triángulo de cabellos y por primera vez sintió el calor de los labios de su sexo... Abrió lentamente las piernas y con el rostro enrojecido y los ojos convulsos reconoció que iba a la coronación del Zar en busca de un hombre.

La virginal belleza de Cristina deslumbró a la corte. Esa pequeña princesa delicada, con ojos que eyectaban una fuerza salvaje, atrajo a un enjambre de nobles dispuestos a amarla hasta el fin de sus días. Ella permaneció insensible. Ninguno la hizo vibrar. Había jóvenes hermosos como garañones, cuadragenarios inteligentes y protectores, viejos imponentes dispuestos a brindarle la embriaguez del poder... Todos le parecieron poco. Su nueva feminidad deseaba el amante total, la perfección encarnada. Cuando repicaron las campanas, roncaron las trompas y empezó la coronación, Cristina vio llegar a quien deseaba en la persona de Alejandro Primero... Era un ideal imposible pero su corazón no quiso oír razones. Otorgaría su himen al Emperador o a ninguno. Ante ese Cristo adolescente, delicado y tenso, mucho más sombra que cuerpo, ilimitado como todo corazón que ha encontrado la paz y al mismo tiempo un guerrero implacable capaz de transformar su alma en sable de hielo, todos los hombres se convirtieron en cadáveres. Bastaba que se acercaran a cortejarla para que el hedor que surgía de sus bocas la hiciera sorda a los elogios. Los vio roídos por gusanos invisibles. La nobleza rusa era un pudridero sostenido en pie por una fuente viva... Supo que amar al Zar era como amar al Sol: un sueño devorador. No le importó. Estiró su alma hasta convertirla en un hilo que enrollándose alrededor del dedo anular de Alejandro formó un anillo de bodas... Abandonó la corte sabiéndose casada para siempre con el Emperador. Obligó al cochero a reventar galopando a varios caballos. Quiso llegar a sus dominios lo más pronto posible, para comenzar a compartir, aislada del mundo, la vida de su

amado.

Hizo descolgar los retratos de sus antepasados y los quemó junto con sus uniformes, diplomas, medallas, cartas y cualquier documento que pudiera darles una partícula de existencia en su memoria. «Al que conoce el Océano no le interesan sus afluentes...» Cada noche, durante años, sin excepción, soñó que el Zar venía a sacarla de su dormitorio, para llevársela volando hasta la cima de un roble centenario y allí, sobre un lecho de ruiseñores, poseerla depositándole en lo más hondo de su vagina una moneda de oro con su efigie barbuda.

De acuerdo con las palabras de un sabio chino que le había enseñado una de sus tantas ayas, «La mesa ordenada de un buen escribano vale tanto como el país ordenado de un buen Emperador», empezó a seguir en su finca, paso a paso, la política del Zar. Cuando Alejandro Primero, dándose cuenta de la ignorancia del pueblo ruso, puso la educación a la cabeza del programa gubernamental, ella transformó el ala derecha de su caserón en escuela y obligó a los siervos a aprender el griego y el latín. Batalló sin escatimar latigazos, pero los brutos fueron incapaces de aprender más de tres palabras. Luego, cuando los consejeros del Zar pensaron en crear una nueva Constitución, ella pasó meses enteros dictando leyes. Quiso que los siervos aprendieran a autogobernarse. Para hacerlos experimentar la libertad, decretó dos días de independencia a la semana donde cada empleado debería tomar las decisiones que creyera oportunas. Logró que todos se emborracharan, fornicaran, se dieran de golpes e incendiaran algunas cabañas. Cristina se sintió perdida. Le faltaba la inteligencia de su ídolo para resolver los problemas sociales.

Donde terminaba su propiedad comenzaban los vastos terrenos de caza de la familia imperial. Para llegar a esos límites, ella debía cabalgar quince kilómetros. Así lo hizo cada mañana esperando ver al Zar en carne y hueso. Su deseo no se realizó nunca. A veces le llegaron los ladridos de una jauría lejana, nada más. Se tuvo que conformar con ese amante nocturno que le llenaba el vientre de monedas de oro.

La invasión de Napoleón le permitió colaborar mejor con el Emperador. La noche de la batalla de Borodino, Alejandro Primero llegó a visitarla acompañado de los cuarenta y dos mil muertos

rusos. Su dormitorio tuvo que crecer a lo ancho y a lo largo un par de kilómetros para contenerlos a todos. De rodillas observaron el coito habitual lanzando quejidos de perro triste. El Zar lanzó su moneda de oro con muy poca fuerza y en ella su efigie aparecía borrosa. Cristina le rogó que no perdiera la fe, que nunca se rindiera al enemigo. Se alzó del lecho y expulsó a latigazos a los fantasmas llorones. Su amado le prometió continuar la lucha. Cristina abrió las piernas y dejó caer en las nobles manos un chorro de monedas, todas las que había acumulado en las noches nupciales. Era ésa su manera de contribuir al esfuerzo de guerra del Emperador. Cuando Napoleón entró en el Kremlin y el ejército ruso se replegó, ella decidió atacar sola a las tropas invasoras. Hizo meter tres barriles de vodka en su coche y ordenó al conductor llevarla a Moscú. Avanzó por campos devastados. Vio a niños esqueléticos, vestidos con abrigos militares, cortando pedazos de carne de los caballos muertos. Pasó junto a los franceses borrachos ocupados en violar campesinas sin que nadie la molestara y atravesó la gran capital buscando el barrio donde el viento soplara en la dirección conveniente. El carruaje se detuvo en una esquina solitaria. Cristina aspiró con tristeza el olor de las casas de Moscú, todas de madera, vertió abundantes lágrimas y ordenó al cochero empapar con el vodka la mayor cantidad de paredes. Le bastó acercarles una antorcha. En pocos segundos ardía todo el barrio. El viento hizo galopar el fuego hacia el otro extremo de la ciudad. Ningún ruso quiso combatir el incendio. Moscú se convirtió en una rosa de llamas.

Después de la derrota de Napoleón, perdió la noción del tiempo. Se fabricó un uniforme militar exacto al de su ídolo, comenzó a hablar con voz de hombre. Una noche el Zar se presentó desnudo con el pubis ensangrentado y sonriendo tristemente le ofreció su miembro cortado para que fuera ella la que lo portara entre las piernas. Cristina se despertó dando un alarido. Alguien golpeaba la puerta de su dormitorio. Era un mensajero. «¡Alejandro Primero ha muerto!»

Babeando de furor hizo formarse a la servidumbre y dándoles latigazos en la boca los obligó a llorar. Más tarde, en la corte, circuló el rumor de que el Zar, cansado del poder, había huido a Siberia para vivir como santo ermitaño. El cadáver, con el rostro

podrido que el pueblo vio en el ataúd imperial, era el de su primo sifilítico... Cristina, para poder seguir viviendo, se obligó a creer en esas leyendas.

Cinco años después de la posible falsa muerte de Alejandro Primero comenzaron los asesinatos de ovejas. A cada luna llena, en las granjas cercanas al bosque imperial, aparecían hembras con el sexo y el ano destrozados mostrando huellas de esperma que un médico identificó como humano. Luego que los animales eran violados, se les destrozaba la garganta a dentelladas, se les abría el vientre y se desparramaban las tripas tratando de formar palabras. Cristina creyó leer un pedido de ayuda. Una noche, cuando el astro nocturno llegó a la plenitud, amarró un grupo de ovejas a la entrada del bosque y esperó escondida en una zanja. Al cabo de algunas horas surgió un hombre desnudo cubierto de barro y con gruñidos de bestia salvaje violó los animales, les arrancó las cabezas, les abrió el vientre, extrajo las tripas y escribió con ellas «Perdóname, Dios mío», para huir por entre los matorrales. Cristina, con pericia de cazador, comenzó a seguir sus huellas. Llegó hasta un enorme roble. El corazón le latió tan fuerte que pareció quebrarle las costillas. Ese árbol era idéntico al de sus sueños. ¿Cuántas veces en la cima del vetusto vegetal se había entregado a su amado? Ya no llevaba la cuenta... El hombre, en una pequeña vertiente, comenzó a lavarse con una delicadeza inesperada. Pronto el chorro helado le limpió el barro y la sangre. Cristina, disimulada por el matorral, pudo distinguir, gracias a la luz plateada, algunos detalles de ese cuerpo recio que parecía tener cincuenta años. Sumando la forma de las uñas, el arco de las cejas, el labio inferior avanzado, la piel marmórea, el lunar de la oreja izquierda, el azul de los ojos, una leve cojera y la arruga horizontal que surcaba la nuca, Cristina se dio cuenta de que ese hombre era Su Majestad Alejandro Primero, Emperador de Rusia... Retuvo un grito y tratando de no hacer ruido se arrodilló, en adoración.

El Zar entró en una abertura que tenía el tronco y no volvió a salir. Cristina esperó varias horas convertida en estatua. Unos ronquidos estruendosos que venían del árbol la sacaron de su inmovilidad. Entró con cautela en la abertura y encontró siete escalones que la llevaron a una cueva. En una esterilla de paja, sin frazadas ni almohada, Alejandro Primero, vestido con una sotana

blanca y un collar de huesos del que pendía un Cristo cojo, dormía profundamente, iluminado por una veladora. Aparte de tres culebras muertas colgadas de un gancho y un icono representando a la Virgen dando de mamar al Niño en medio de doce ovejas, el lugar se veía vacío, conmovedor por su pobreza voluntaria. El Zar, amo de la inmensa Rusia, vivía allí, solitario, comiendo reptiles, convertido en un santo, en un degenerado. Cristina se inclinó ante el esposo de sus sueños nocturnos, se persignó y salió reculando. Galopó hasta la finca. Una lluvia huracanada la caló hasta los huesos pero no se dio cuenta: su cuerpo y su alma ardían.

Despertó a los criados vociferando. Hizo arrojar al patio los muebles del gran salón y alojó allí a un rebaño de ovejas. Vivió un mes entre los animales con las ventanas cerradas, sin salir, sin importarle que los excrementos mancharan las suntuosas alfombras turcas. Tenía una idea fija: impregnarse del olor animal... Cuando llegó la luna llena, arreó las reses hasta los linderos del bosque, las ató al pie de un árbol y mató a una para descuerarla. Luego, desnuda, se cubrió con el pellejo tibio y se puso en cuatro pies dirigiendo su trasero hacia el roble. Había escogido un rincón cubierto por una enramada para que los rayos lunares no la iluminaran. Los balidos atrajeron al Zar que, transfigurado en monstruo, se arrojó sobre lo que le pareció la oveja más apetitosa. Cristina recibió el impacto reteniendo un grito de alegre dolor. Su himen endurecido por tantos años de espera estalló en fragmentos que la cortaron como vidrios. Eso no le impidió empujar hacia los testículos presionándolos para recibir el tan ansiado licor. El ermitaño eyaculó con monumentales espasmos y luego hundió sus dientes en la garganta de la hembra tratando de cortarle la aorta. Cristina había desarrollado músculos viriles y sus piernas, de tanto cabalgar, eran recias como troncos. Se deshizo del mordisco y luchó con su violador. Apretándole el torso entre sus muslos, le cortó el resuello. Luego lo ató de espaldas contra unas raíces. Sin hacer caso de sus aullidos de furia se sentó sobre él haciéndose siete veces más receptáculo del esperma. Al final del último orgasmo, el hombre lloró balbuceando «¡Perdón, Dios mío!», y se desmayó.

Cristina lo llevó en brazos hasta el gran roble y, después de bañarlo en el agua fría, lo bajó hacia su guarida, lo vistió con la sotana blanca y lo acostó. Pronto la fiebre hizo delirar al

Emperador. Veía ovejas lascivas que venían a devorarle los testículos, vestidas con los trajes de raso y armiño de su madre. Cuando, al amanecer, se enfrió y recuperó la razón, besó las manos de Cristina mostrándole su agradecimiento. Nada le había sido fácil. Dominado por su familia, casado a la fuerza, sin poder preñarla, con una mujer que no amaba; obligado a ser cómplice de los asesinos de su padre, agobiado por el poder, sin lograr conducir su pueblo a la libertad, abandonó todo tratando de convertirse en santo. Pero su alma estaba podrida. Cuando niño muchas veces lo enviaron a estudiar con su abuela, Catalina la Grande. En su regazo aprendió otras cosas aparte de la estrategia militar y política. La vieja, mientras le hablaba de sus campañas guerreras, de las intrigas cortesanas, del noviazgo de su nieta con el rey Gustavo de Suecia, deslizaba una mano artrítica bajo su pantalón y lo masturbaba. Luego, arrodillándose ante él, con una mirada avariciosa e imperativa, le clavaba sus dientes podridos en el prepucio. Él no osaba moverse temiendo ser amputado. Ella, después de un momento eterno, lo soltaba y reía como un cuervo, mostrando el fondo apestoso de su garganta.

Odió a su abuela, a su madre y a su esposa. Eran tres mujeres y al mismo tiempo una sola. Buscó refugio en la Virgen María. Creyó, en la soledad de su escondite vegetal, alcanzar la santidad pero una noche de luna llena la pesadilla comenzó. Poseído por un deseo bestial se vio obligado a violar y destripar rebaños de ovejas. Ahora, después de lo que Cristina había hecho por él, se daba cuenta de que bajo la piel de esos animales veía el cuerpo desnudo de las mujeres que ahogaron y pervirtieron su juventud, Catalina, María Fedorovna e Isabel.

Cristina, con los ojos húmedos, escuchó sin pronunciar una palabra. No era un emperador el que le hablaba, era Dios. Alejandro Primero tomó un báculo, la besó en la frente y se despidió de ella, del mundo. Caminaría hasta Siberia, más lejos aún, alcanzaría los hielos polares para morir en la blancura y el frío purificador. Cristina lo vio alejarse por entre los árboles. Las hojas verdes al ocultarlo lo hicieron desaparecer de su vida. Sintiéndose encinta regresó al caserón, reunió criados y administradores para anunciarles que viviría en el bosque como ermitaña, les prometió visitarlos cada mes lunar para vigilar el buen funcionamiento de la

propiedad y regresó al roble de sus sueños...

Allí, vestida con una sotana blanca, reza, se baña en la vertiente, come culebras, pare a Iván, corta el cordón umbilical con sus dientes y devora la placenta. Sigue viviendo así durante quince años. Le crece un bigote blanco y una barba de finos cabellos transparentes. No enseña a su hijo ni a leer ni a escribir. Cuando al niño le negrea el pubis y padece erecciones cada vez que mira hacia el icono de la Virgen, Cristina le obsequia una oveja para que se desfogue. El muchacho no toca al animal durante muchos días, pero al venir la luna llena se lanza sobre él, lo ensarta dando rugidos rabiosos, eyacula y le abre el vientre a dentelladas gozando con derramar las tripas. Su madre piensa que es un milagro porque cree que en el cuerpo de Iván vive el espíritu del Emperador. Le sigue trayendo ovejas hasta que el muchacho, convertido en un gigante poderoso, se revuelca desnudo en el barro y saltando de árbol en árbol se aleja hacia las granjas de sus siervos. Al amanecer regresa cubierto de sangre. Duerme sonriente, satisfecho. Cuando, en la mañana, Cristina va al caserón y termina de propinar el castigo mensual a su servidumbre, oye decir que la noche anterior ocho mujeres fueron violadas y destripadas. Cristina toma un cuchillo de la cocina y cabalga hacia el roble para castrar a su hijo. La sorprende una tormenta de nieve. Al llegar extenuada al refugio, un oso hambriento la ataca. A sus gritos Iván sale del tronco justo para ver cómo la enorme fiera corta de una dentellada la cabeza de su madre. Recoge el cuchillo de cocina y lo entierra en el corazón de la bestia. Se siente feliz como nunca. Mira hacia el cielo y dice: «Te perdono, Dios mío». Con la piel del oso se fabrica un abrigo y una máscara. Toma posesión de la finca y entre sus siervos elige a los diez más musculosos. Les corta los testículos y los convierte en su guardia personal. Para que las autoridades no sospechen, comete sus asesinatos en las aldeas judías, encubierto por el antisemitismo... Un día asalta la escuela del Gaón de Vilna... Al ver a Felicidad se da cuenta de que todo su ser, transformado en fiera, buscaba un domador. Esa frágil mujer es su alma. Destruirla significa sumergirse para siempre en las tinieblas. Se entrega a ella como sólo un animal sabe hacerlo. Su ferocidad ahora es obediencia, Felicidad es la Ley. Si ella lo deja suelto, se verá

obligado a destripar al mundo.

Felicidad, descendiente de innumerables domadores, comprende que su ser adquiere significado sólo dominando a la bestia. Esa bestia que es parte de sí misma, su base, su fundamento. Si antes languidecía, sin aguas pantanosas que nutrieran su flor de fuego, ahora, frente a ese hermoso monstruo, se siente renacer. Dominando al vicio aportará la virtud al mundo. Virtud que no es más que podredumbre transformada. Para que el hombre se haga luz, la mujer tendrá que enterrar su lámpara en las tinieblas. Unirá su vida a la del asesino para calmar su voracidad, hacerlo soltar la presa, convertir sus rugidos en rezos, enseñarle a dar y recibir al mismo tiempo, transformarlo en prisma que absorba las luces de colores para convertirlas en un solo rayo transparente.

Iván hizo amontonar en el jardín todos los muebles del caserón y les prendió fuego. Luego puso a sus eunucos a pintar las paredes, los techos y pisos de blanco. El blanco era el único tono que ahora toleraba, los otros lo hacían vomitar. La piel de Felicidad, sin una mancha, hacía verse sucia hasta la nieve. En ese espacio deslumbrador se encerró con su domadora. Ella decidió nunca más salir al exterior. Su misión era, en la soledad más grande, fabricar la piedra que transformaría los metales viles en oro: un hijo profeta.

Iván y Felicidad se prepararon durante meses, años quizás, sin hablarse, mirándose a los ojos, inmóviles noches enteras. Él sólo comió frutas; ella, carne cruda. Cuando sintió que la unión espiritual estaba consumada, Felicidad se tendió en el piso blanco y ordenó a Iván entregarse al único acto sexual que tendrían durante el transcurso de sus vidas.

Con lentitud, delicadeza, ternura, el hombre entró en la mujer, que se fue abriendo cada vez más hasta perder los límites y confundirse con la tierra entera. El semen descendió hacia el fondo del planeta, cayó en un abismo oscuro donde danzaban las galaxias. El universo absorbió la lluvia de fuego. Felicidad estaba encinta. Iván ya podía desaparecer. «Quiero que me cortes en pedazos y que me comas», le dijo a su amada y suavemente expiró en sus brazos. Ella enterró su cadáver en la nieve y durante los nueve meses del embarazo se fue alimentando de él.

El huérfano nació al revés. La matrona lo trajo al mundo de un jalón. «Sus pies serán más importantes que su cabeza», dijo. Felicidad comprendió: Alejandro Prullansky sería un gran bailarín, no un profeta. Para la humanidad, el Arte era más importante que un Dios inalcanzable. Un arte que transformara la materia en alma. Su árbol genealógico relataba los intentos dolorosos de unos seres sensibles en busca de la belleza, resplandor de la oculta Verdad. Gracias al sacrificio del instinto asesino, la violencia podía transformarse en poesía. Y no había poema más grande que un cuerpo danzando... Cuando el niño cumplió cinco años, lo envió a la Escuela del Ballet Imperial de Moscú.

Esa mañana, Felicidad abrió las ventanas y dejó penetrar el aire helado y fragante que venía del parque cubierto de nieve. Todos los cabellos de su cuerpo se habían vuelto blancos. «Nunca más volverás a verme», le dijo a Alejandro. «No voy a morir, voy a fundirme en el blanco. Recuérdame siempre...» El niño vio desnudarse a su madre, que de tan pálida parecía una estatua de yeso. La vio pegarse a las paredes y confundirse con el estuco blanco. Cuando ella cerró los ojos, únicos puntos oscuros, ya no la pudo distinguir del resto. Corrió hacia los muros, palpándolos con desesperación. Sólo sintió las paredes lisas.

El bailarín gigante se puso a llorar entre los brazos de Jashe, por la falta de caricias maternales, por las torturas del aprendizaje de la danza clásica, por los muchachos que se hacían besar el sexo en los camarines, por ese coreógrafo viejo que a los once años lo violó detrás del piano. Cuando le daban un cuarto con paredes blancas se golpeaba contra ellas hasta hacer sangrar su frente. Podría haber muerto de tristeza si no hubieran existido los zapatos rojos de Abravanel. Esos botines ingastables, centenarios, que cambiaban de tamaño adaptándose a sus pies de niño para irse estirando a medida que ellos crecían, le probaban que él era el portador de un alma colectiva, que se le había dado la oportunidad de llegar hasta el fin del Tiempo, más allá de todos los espacios, allí donde sólo existe la Verdad.

Jashe puso el calzado rojo sobre la bolsa violeta conteniendo el Tarot y junto a esos objetos sagrados se acopló con su marido para

darle oportunidad a mi madre, Sara Felicidad, de encarnarse en una materia habitada por el amor.

El despertador no funcionó. Los recién casados salieron corriendo del hotel casi a medio vestir y lograron llegar justo a tiempo para tomar el tren que los llevó hasta el puerto de Bremen. Allí subieron al *Weser*, un barco imponente que en primera clase llevaba como pasajeros a los integrantes del Ballet Imperial, que iba a Buenos Aires para debutar en el famoso Teatro Colón, brindándoles camarotes estilo chino-francés, cenas amenizadas por un cuarteto de cuerdas, baños de vapor, espaciosas salas de entrenamiento y largos pasillos de madera imitando el ébano. En tercera clase, es decir las bodegas y la cubierta de popa, viajaban hacinados mil doscientos judío-rusos aceptados por el gobierno de Argentina con la condición de que trabajaran en la pampa como granjeros.

Apenas puso Jashe sus pies en la escalera del paquebote sintió su felicidad amenazada. Alguien, desde el grupo de bailarines que los observaba subir, apoyado en la barandilla del piso alto, le estaba enviando una invisible larva llena de odio. Alejandro sintió también el sombrío ataque. Con el rostro demudado le dijo entre dientes: «Marcha detrás de mí y carga las maletas como si fueras una sirvienta, luego te explico». Cuando entraron en el espacioso dormitorio que le correspondía como danzarín principal, el gigante abrazó a Jashe balbuceando disculpas. La situación era compleja, él en cierta forma pertenecía al Ballet Imperial, a los integrantes del conjunto no les estaba permitido casarse, claro que eso no se escribía en los contratos pero se aceptaba como ley oral... El Director General, de quien nadie conocía su verdadero nombre –se hacía llamar Vladimir Monomaque en honor al ancestro de los príncipes de Moscú que se distinguió en el siglo once por su talento de organizador y administrador–, los tenía sometidos a una disciplina feroz exigiéndoles ensayar el día entero sin preocuparse que no tuvieran tiempo de realizar sus necesidades emocionales. Los celos de Monomaque excluían la participación de extraños en la vida íntima del Ballet. Igualmente posesiva era la sublime primera bailarina Marina Leopoldovna, regalona del tirano, a quien se le permitían variados caprichos porque de ella dependía el éxito de las

giras. Su talento inmenso aunado a una técnica perfecta atraía multitudes en todos los países. Bueno, le estaba contando esto porque había algo muy desagradable que él debía confesar. Una tarde, accediendo a los ruegos de la temperamental diva, Vladimir Monomaque entró en su camarín y haciendo pesar todo lo que le debía a él y a la Escuela, refugio de su orfandad, le ordenó satisfacer los apetitos sexuales de Marina que la embargaban en forma dolorosa el día 21 de cada mes... Al Director General no se le discutía... Desgraciadamente, por la precipitación de los acontecimientos no había tenido tiempo de comunicarle a –llamemos por su nombre a las cosas– su amante la noticia del matrimonio. Noticia que, estaba seguro, le acarrearía una gran cantidad de dificultades porque, conociendo como conocía a Marina, ésta primero iba a desmayarse para despertar a los pocos segundos echando espumarajos de ira; después, se negaría a danzar, y por fin, obligada a hacerlo por el férreo Director, promovería una guerra sorda sembrando el odio entre el conjunto hasta hacerles la vida imposible. Esto podría cesar si Vladimir le encontraba otro amante en el grupo, cosa imposible porque eran todos afeminados... «Lo siento mucho, Jashe. Tienes que comer y dormir en el área de los criados. La travesía será larga, durará 35 días, y la gira, seis meses o más. En el barco nos acariciaremos cuando me traigas el desayuno y en tierra firme, si nos dan un día de descanso a la semana, iremos a algún hotel discreto. Al finalizar la gira, de regreso a Moscú, por fin podremos volver a la normalidad, porque si la estrella cae en crisis al saber la verdad, Monomaque encontrará de inmediato en la Escuela alguien que puede reemplazarme.»

Jashe retuvo su llanto amargo sabiendo que debía resignarse porque la situación por el momento no tenía arreglo. Lo único que no podía comprender era que su marido le hubiera mentido diciéndole que ella era su primera mujer. Él bajó la vista avergonzado durante cinco minutos que parecieron cinco horas. Al fin murmuró con una voz quebrada: «Mañana será un 21. El deseo de Marina Leopoldovna se manifiesta con precisión matemática. En cualquier momento entrará en este camarote. Tú deberás irte sin mirar hacia atrás y esperar encerrada en tu lugar hasta el día siguiente. Te aconsejo que no hables con los criados porque te

llenarán los oídos de chismes obscenos. ¡Ah, Jashe, qué martirio! ¡Tienes que creer que esto me repugna y que sufro tanto como tú!».

El amor de Jashe no conocía límites. Se arrojaron el uno en los brazos del otro y consumaron una relación más apasionada que nunca. Sonó un gong llamando a la cena. El transatlántico ya se balanceaba en altamar. Se despidieron con un beso profundo y cómplice. Jashe, a pesar de su aparente fragilidad, era una mujer de impecable fuerza moral. Tomó su maleta y entrando en el área de la servidumbre aceptó las miradas desconfiadas de las viejecillas encargadas del vestuario y no discutió cuando le dieron un camarote exiguo, sin ventanas e infectado por un montón de remolachas podridas. Impasible, abrió la llave del lavatorio, inundó el piso y se puso a limpiar para dejar todo brillante. De vez en cuando algunos tramoyistas abrían la puerta y le lanzaban miradas entre lúbricas y burlonas. El jefe de ellos, un ucraniano gordo que respiraba por la boca emitiendo una queja leve y continua, la vino a buscar para llevarla al comedor y darle un sitio en la mesa colectiva. Ella, que acababa de lanzar al mar, reteniendo el vómito, un saco de remolachas gelatinosas, tuvo como única compañía de sus escalopas apanadas algunos de esos rojos tumores. Un vino agrio, fabricado con agua y polvos, circuló sin restricciones. Hombres y mujeres, ebrios, comenzaron a imitar un ballet clásico. Mostrando sus culos, que llevaban desnudos bajo pesadas y largas faldas, las ayudantas, maquilladoras, modistas, abrieron sin pudor las piernas para que los obreros metieran sus manos callosas en las manchas oscuras de sus sexos y las alzaran como torpes cisnes. Allí, en lo alto, imitaron vuelos, para luego estallar en groseros graznidos y dejarse caer sobre la mesa apechugadas con sus hombres. Jashe se levantó tratando de no llamar la atención y marchó por los corredores vacíos hacia su camarote. Como un pelícano inmenso le cayó encima el ucraniano hediendo a sudor azucarado. La arrastró tambaleándose hacia la cubierta para tenderla bajo un bote salvavidas. Ella no resistió. Se dejó levantar la falda y arrancar los calzones. Abrió los muslos y tomó a dos manos el miembro gordo como para indicarle el camino. Delicadamente deslizó los dedos hacia los testículos y los apretó con energía asesina tratando de hacerlos estallar. El gañán se retorció aullando pero ella no cesó de presionar hasta que lo vio desvanecido. Entonces fue a su pocilga y

durmió tranquila. A la mañana siguiente pidió un desayuno en la cocina de la primera clase y se lo llevó a su marido, al que no le contó nada para no hacerlo sufrir. Después de tomar el té con limón, él miró con cierta angustia hacia afuera, corrió las cortinas y puso el picaporte. Luego la desvistió y la metió en la cama. Al cabo de una hora, cuando los dos habían olvidado en qué lugar estaban, Marina Leopoldovna golpeó con urgencia la puerta del camarote. Jashe apenas tuvo tiempo de vestirse, tomar la escobilla, arrodillarse ante la taza del excusado y hacer como si lo estuviera limpiando. Alejandro, sin ocultar su desnudez, la dejó entrar. La diva se paró en medio del dormitorio golpeando el suelo con su pequeño pie. La punta de acero al chocar contra el linóleo produjo un redoblar de trueno. Jashe salió con la cabeza baja y cerró la puerta mordiéndose los labios. El clic del cerrojo lo sintió como un cuchillazo y los menudos pasos con que la bailarina corría para arrojarse en los brazos de su gigante, como balazos en el pecho. Avanzó con dificultad por el pasillo, blando, pegajoso, hacia su pieza oscura. Tuvo ganas de vomitar, de lanzar por el sexo en un violento chorro toda su sangre. El rostro se le puso rojo violeta, le ardieron las plantas de los pies. Tragándose un rugido, dio media vuelta y con dientes de fiera se acercó a la cabina y espió por la ventana.

La bailarina, con un rictus despótico, apoyada de espaldas en el amplio pecho de Alejandro, tironeándole los cabellos, se hacía morder la nuca, tarea que él ejecutaba con cara de penitente. Jashe no pudo controlar su odio hacia esa mujer de lascivia cruel y un dolor de tripas le impidió ver claro. Como envuelta en una bruma, la rusa se arrodilló frente a su hombre y tragó el órgano sagrado dando quejidos de niña. Luego, con un gesto de actriz trágica, arrojó la bata de seda japonesa que cubría su desnudez y como un gusano blanco, esquelética, subió gateando a la cama y ofreció su posterior imitando los ladridos de una perra... La bruma se disipó y el odio fue sustituido por una tremenda indignación. Lo que vio le dio tal energía que se sintió convertida en el Arcano Ocho, la Justicia, y con una balanza en la mano y en la otra una espada, no por invisible menos implacable, decidió ese mismo día hacer imperar la Verdad en el mundo. Justicia era darle a cada ser lo que

se merecía y Marina Leopoldovna merecía el escándalo. Fue a la sala de ensayos y se ocultó detrás del piano. Pronto, madame Teodora, una anciana intensa y eficaz, hizo resonar su pandereta y en pocos segundos todo el cuerpo de baile, con disciplina militar, se colocó en líneas regulares. La maestra interrogó con su mirada a Vladimir Monomaque y éste inclinó afirmativo la cabeza engominada, satisfecho de su inspección. El pianista tocó una mazurca. Nadie se movió esperando que la Leopoldovna, delante de la primera fila, diera los pasos iniciales para después imitarla con admiración y envidia. La eximia sólo alcanzó a esbozar un *plié* porque fue interrumpida por Jashe que, dando un salto de gata furiosa, emergió del piano para caer sobre ella y desgarrarle el tutú. Voló la faldilla de tul sin que los danzarines intervinieran, paralizados por la sorpresa. Pero cuando cayó en pedazos el calzón blanco y el azabache del pubis mostró su animalidad en ese cuerpo que con adiestrados movimientos daba la sensación de ser inmaterial, todos lanzaron una exclamación de horror. El Director, haciendo volar los botones de su camisa, se despojó de ella y corrió a tapar el vientre desenmascarado. Demasiado tarde. La verdad ya se había abierto paso. El secreto que él mantuvo guardado tantos años, compartiéndolo sólo con el primer bailarín, su único amante, había sido violado. Nadie dejó de ver ese pene delgado, fláccido, rojo carmín que pendía entre las piernas de la bailarina. Sí, la célebre, la sublime, la ingrávida Marina Leopoldovna era un hombre.

Jashe tomó de la mano a su esposo y lo llevó por entre los anonadados rusos hasta ponerlo frente al déspota que calmaba a su sollozante maricón abrazándolo con una ternura insospechada. Mi abuela comprendió lo que nadie había sido capaz de imaginar. Con un acento judío pleno de majestad le dijo en ruso: «No se puede ocultar el sol con un dedo. Ese pobre ser es tu hijo. Mira lo que tu ambición ha hecho de él. Le robaste la virilidad para convertirlo en tu mona amaestrada. Sólo mereces el desprecio del mundo. Quiero que sepas que este hombre es mi esposo y que en su vida privada ya no tienes derecho de reinar. ¡Alejandro Prullansky ha cesado de ser tu esclavo!». El Director General miró fijo en los ojos de Alejandro que, por primera vez, le resistió la mirada. «¡O esa mujer o yo!»

Respondió sin vacilar: «¡Jashe!», y alzándola en sus poderosos brazos se fue con ella hacia la cubierta para respirar el embriagador aire del océano.

Abandonando su eterno tono protector, Vladimir Monomaque habló con el Ballet Imperial. Del silencio de cada participante dependía ahora la existencia del conjunto. Un escándalo acabaría con ellos para siempre. Con sincera humildad les rogó que borraran de sus memorias lo que acababan de ver. Muy pronto, ese mismo año, cuando llegaran a San Francisco, donde la ciencia quirúrgica estaba muy adelantada, Marina se sometería a una operación que extirparía el molesto detalle haciendo de ella una mujer como todas las otras. La compañía aplaudió... A Alejandro Prullansky se le expulsaría inmediatamente previo el pago de una importante suma que aseguraría su silencio. La compañía volvió a aplaudir... Marina no cesaba de llorar presa de incontrolables convulsiones. Su padre le dio una cachetada y le puso un nuevo tutú. Recuperando el vozarrón, más severo que nunca, le ordenó que continuara el ensayo o le demolía el trasero a patadas. La Leopoldovna sopló sus mocos en las manos de Tito, el fiel vestidor, y comenzó a danzar. Pronto la mazurca fue general, más entusiasta que nunca.

Jashe, seguida por Alejandro que cargaba las maletas y escondía un grueso paquete de billetes de cien dólares en sus calzoncillos, descendió hasta la tercera clase. Ningún religioso se dignó saludar a esa pequeña renegada acompañada por tan enorme *goy*. Si ellos iban huyendo de los pogroms, ¿con qué derecho les imponía la presencia de un ruso? Era como introducirles una espina en la llaga. No hicieron un solo gesto para darles sitio y continuaron frotando entre sus manos delicadas pedazos de cuerda áspera para crearse callos que los hicieran tomar por granjeros.

Mis abuelos tuvieron que refugiarse en el rincón maldito, el antro del pecado, un fondo de bodega, entre cajones de manzanas, donde estaba relegado Icho Melnik y sus seis prostitutas judías. «No sólo de Tora vive el hombre», dijo guiñando un ojo y les ofreció un trago de vodka mientras las muchachas, entre murmullos picarescos, extendían los sacos que les iban a servir de lecho.

Jashe consiguió un pedazo de jabón y un balde de agua y, usando en lugar de esponja un cinturón de tela enrollado, lavó al gigante como si fuera un niño. «No estés triste», le dijo, «Argentina es un gran país. El trabajo abunda. Invertiremos el dinero que nos dieron y nos haremos ricos. Tú fundarás tu propio ballet». Alejandro abandonó su tristeza y se puso a reír. Durmieron abrazados. En la bodega sin calefacción los pasajeros se helaban. Poco a poco las rameras se fueron acercando a la pareja para pegarse a sus cuerpos caldeados por el amor. Icho Melnik, ebrio discreto, abrió unos cajones y se fabricó un colchón de manzanas. Un grupo de ancianos, entre balanceos fatigados, cantando quejumbrosamente, leía la última plegaria de la noche. Antes de roncar con estruendo el alcahuete farfulló: «Es inútil pedir a Dios lo que uno puede obtener por sí mismo».

III
El país más lejano

Después de atravesar el Atlántico y el estrecho de Magallanes para dejarse llevar por las corrientes heladas del Océano Pacífico frente a una costa tan fragmentada que el Rebe, con cara de mal agüero, exclamó «*Oi vei*! ¡Dios le dio de patadas a este culo del mundo!», el barco ancló en el puerto de Valparaíso.

Teresa, tras cuatro semanas de hacerse la muda, sentía la boca pesada, llena de una piedra de insultos comprimidos. Obligada a escuchar cada día, entre balanceos y chorros de humo, las *shachris* (oraciones matinales) y las *minjes* (oraciones de la tarde), acompañadas por los graznidos de buitre con que vomitaban los místicos mareados, siempre con sus *garteles* en la cintura, esos cordones de seda negra que servían para separar el cuerpo en dos, las partes espirituales, las manos, el corazón y el cerebro, dignas de servir al Altísimo; de las profanas como el estómago, el sexo y las piernas; siempre convirtiendo en *shil*, sinagoga, cualquier sitio, por vulgar que fuera, para moscardonear sus ruegos a Dios hora por hora, las 24 enteras, «Oh Terrible, cumplimos nuestros 613 mandamientos para que no nos fulmines; somos justos porque estamos embebidos de miedo, tú nos guías a puñaladas, balazos y mordiscos; enséñanos con tu furia y tus maldiciones», Teresa odiaba a Dios más que nunca. ¡Miren hasta dónde el Anciano Cruel los había llevado!

¿Qué significaba ese puerto casi sin terreno plano con millares de casas que no daban la sensación de haber sido construidas sino crecido como tumores, llenando las faldas de los cerros? Si los rusos eran peligrosos, por lo menos no comían carne humana... Pero los indios de aquel país, quién sabe. ¡Quizás caníbales no, pero ladrones, todos! Al fin qué importancia tenía aquello si de los pocos dólares que les dio Moishe Rosenthal no les quedaban ni las migas. Para no tener que codearse con esposas judías (que no sabían vivir sin hacer cambalaches entre ellas, un chaleco de lana por tres calzoncillos, medio pan con cebolla por seis naranjas podridas; invadiendo la cocina para freír sus *latkes*, bizcochos de papa, cocer

su *kasza*, masa de sémola hervida, hornear el *matze*, pan ázimo; dando bofetadas a sus hijos; dejando escurrir un hilo incesante de proverbios: «Golpeando el culo, entra en la cabeza», «En la pregunta está la respuesta», «Dios castiga a los que ama»... y espantando *sheidim*, espíritus malignos, de cada cuchara, cuchillo, tenedor, plato y cacerola), Teresa pagó a un mozo del restaurante de la segunda clase para que les llevara comida *goy* en marmitas. Al ver a esos renegados devorar alimentos impuros los inmigrantes se retiraron de su proximidad prefiriendo apretujarse un poco más para dejar alrededor de ellos un anillo de dos metros de ancho. Alejandro, mientras su familia dormía, dejaba que el Rebe le colocara la boca en el centro del corazón para que allí, siguiendo el ritmo de los latidos, recitara oraciones que al irse navegando en su sangre le purificaran todo el cuerpo.

Cuando el barco empezó a entrar en la ensenada que llegaba hasta la avenida principal, los cuatro niños corrieron hacia la barandilla abriéndose paso sin dificultad entre la cacareante turba yiddish que se apartaba de ellos con asco. Dignamente, Teresa tomó a Alejandro del brazo y se acercó hacia sus excitados vástagos para dar un despreciativo vistazo al puerto. Junto a la escalera de desembarco voceaban vendedores ofreciendo plátanos, uvas, cerezas y muchos frutos de nombre extraño, chirimoyas, nísperos, paltas, caquis... Otros agitaban ramos de hierbas y flores. Sus ropas estaban remendadas y no tenían zapatos. Tampoco plumas ni arcos ni flechas. Un poco más lejos, grupos de personas elegantes, bajo sombrillas multicolores, esperaban a los pasajeros de la primera y segunda clases... Había barcos cargando y descargando, italianos, ingleses, alemanes, suecos, franceses... Mujeres pintarrajeadas jalaban los brazos de los marineros arrastrándolos hacia los bares del puerto. Los edificios de la exigua parte plana, al contrario de las casas severas que cubrían los cerros, semejaban por su lujosa construcción las mansiones de París.

Esa ciudad civilizada, floreciendo en un aire transparente, acariciador, sabroso, perfumado, entre el relumbrar de la roca cordillerana y el murmullo del mar, obligó a Teresa a gruñir ya no a través de una mueca de rechazo sino de una sonrisa que, aunque tensa por el esfuerzo de no manifestarla, daba a su cara la apariencia de una soleada manzana. Y mientras una orquesta que

incluía guitarras y arpa tocaba una especie de polca acompañada por el público de palmoteos, gritos y danzas agitando pañuelos, Alejandro y los niños la estrecharon embargados de un júbilo incontenible.

Los pasajeros comenzaron a bajar y a ser recibidos entre abrazos y caricias. Un grupo de personas bien vestidas a la manera *goy* recibió a los inmigrantes agitando banderolas con estrellas de seis puntas y dando a cada uno de ellos un paquete que evidentemente contenía alimentos y ropa. Se besaron como hermanos, lloraron, cantaron un himno en yiddish y fueron hacia el puerto. A Teresa se le volteó el arco de la sonrisa para convertirse en una mueca de rencor. Sacudió de su cuerpo al marido y los hijos como si fueran polvo y dejó de ser muda:

–¡No me vengan con alegrías idiotas! ¡Recuerden que ya no somos judíos! ¡Hemos llegado al Infierno y ningún diablo nos está esperando!

Alzando una maleta descendió altiva para someterse a las formalidades aduaneras. Su familia la siguió tratando de imitar su dolorosa dignidad. Nadie les revisó los bultos. Unos hombres morenos de bigotes negros timbraron distraídos sus pasaportes y les indicaron, riendo entre ellos, la puerta de salida. Eran las nueve de la mañana. Estaban en medio de la calle en Valparaíso, el último rincón del mundo, sin hablar una palabra de español, sin dinero, sin amigos. ¿Qué hacer? Teresa, igual que en París, se sentó en el suelo, cerró los ojos y dijo: «Arréglenselas como puedan. Yo ya no estoy». Fanny, Lola, Benjamín y Jaime miraron a su padre. Éste respondió: «Bueno, creo que se me pide que otra vez llame al Rebe para que nos saque de apuros». El caucasiano, en esta ocasión, se mostró inseguro. Ese mundo le era desconocido. Dudó... «Si un sabio es una persona que sabe que no sabe, en este momento soy un sabio. Veamos... Todo gira alrededor del dinero y de la muerte. Escarba en tus bolsillos, Alejandro, una llave de oro abre mil puertas, quizás te quede un billete olvidado.» Mi abuelo revisó metódicamente sus profundas bolsas. En el pliegue del fondo de su casaca de cuero encontró una monedita. Medio cópec, igual a nada.

Alejandro cerró los ojos y se dejó caer sentado en el suelo junto a Teresa. Una exclamación jubilosa del Rebe lo volvió a poner de pie... «*Mazel tov*! ¡Medio cópec, qué maravilla! Adonai nos llama.

Recuerda, Éxodo, capítulo treinta, versículos del uno al dieciséis: "Cada hijo de Israel dará al Eterno el rescate de su persona para que no haya en ellos mortandad. Todo el que sea contado dará medio siclo. Ni el rico aumentará ni el pobre disminuirá el medio siclo cuando dieren la ofrenda. Y tomarás de los hijos de Israel el dinero de las expiaciones y lo darás para el servicio del Santuario...". ¿Comprendes, Alejandro, una moneda de plata, medio siclo, medio cópec, el mismo símbolo, ricos y pobres dando una mitad, la mitad mortal, reciben la totalidad de la vida eterna. Parecía que habías perdido todo, pero Adonai dejó en el rincón más oscuro de tu ropa lo esencial, el medio siclo de la ofrenda para que entres en el Santuario y establezcas la unión que te sacará de la mortandad. ¡Ánimo, Dios nos espera! ¡Tú, yo, tu familia; somos siete, el candelabro de oro, la *menorah*! Vamos a ordenarnos y en correcta disposición subir hasta la cima de aquel cerro. ¿Ves el Templo? Allí depositaremos tu óbolo y recibiremos del Eterno el impulso hacia la nueva vida...»

Alejandro frunció los párpados tratando de ver en lo alto de ese cerro, cubierto por racimos de casas, lo que indicaba el Rebe. Distinguió un caserón gris, rectangular, provisto de una chimenea de la que se escapaba una humareda blanca. «El fuego de los sacrificios.» Como de costumbre mi abuelo creyó a pie juntillas lo que el caucasiano le decía. Se puso de rodillas y abriendo los brazos avanzó hacia Teresa que persistía en mantener los ojos cerrados. Un coro de voces cristalinas acompañó su corta e incómoda marcha. Un enjambre de niños morenos, entre los que había dos o tres rubios, harapientos, acompañados por perros esqueléticos, los rodeaba pidiendo limosna a gritos. «¡Una chaucha! ¡Un cinco! ¡Un pan!» De pronto un durazno podrido explotó en la calva de Benjamín. Todos rieron y continuaron disparando basuras.

–Teresa, ya sabes que el Rebe siempre nos saca de apuros. Si quieres sigue jugando a no existir pero haz con los ojos cerrados lo que te solicito. Tenemos que ir formados en el orden que él me pidió hasta la punta de aquel cerro. Allí Dios nos dará la ayuda que necesitamos...

Teresa, decidida a ser estatua de sal, tensa, implacable, respirando el mínimo, no se movió ni contestó. Alejandro sabía que la voluntad de su mujer era inflexible, los mellizos también. Pero la

pulpa negra de un viejo plátano se estrelló contra su rostro empecinado. Mi abuela abrió dos ojos feroces, lanzó un rugido, dio un brinco de fiera, descargó un maletazo en la cabeza de un perro, atrapó al niño más grande, le bajó los pantalones y, acostándolo sobre sus rodillas, le enrojeció las nalgas a palmadas. Lo soltó, cuando consideró que el castigo era suficiente, para que alcanzara a sus compañeros que huían en desbandada.

Con ese rostro terrible que podía paralizar a un ejército, Teresa miró a su esposo, hundió a Fanny y Lola entre sus tetas y dijo, tratando de dar a sus palabras la dureza de rocas: «A-lejan-dro-Jo-do-rows-ky, por culpa tuya estamos donde estamos.

Esa locura del Rebe nos ha conducido a la miseria. Aquí los consejos de tu fantasma no valen nada. Y yo no quiero que sigamos viviendo como parásitos de la colonia judía. ¡El pasado, pisado! ¡Mundo nuevo, vida nueva! Por última vez voy a aceptar la ayuda del engendro. Me formaré como lo pides y nos iremos a la punta del cerro. Vamos a ver si allá arriba el Altísimo Canalla nos da la ayuda que necesitamos a cambio de medio cópec. ¡Pero juro por mi vida que, si nada sucede, te dejo a Jaime y Benjamín, tomo a las niñas, me voy con ellas a un bar del puerto y nos hacemos putas para siempre!».

Alejandro tragó saliva, trató de besar la mano de Teresa, que la retiró iracunda, y acomodó a su familia en una línea. Junto a Teresa, Fanny y junto a Fanny, Lola en el extremo izquierdo. Junto a él, Benjamín y junto a Benjamín, Jaime en el extremo derecho. El caucasiano iba en el centro.

–Ya hemos formado el candelabro de oro. Nuestras almas son las siete llamas... Ahora, tomados de las manos, subamos para depositarlo en el Templo.

–Antes pregúntale a tu Rebe, si es él quien va a cargar las maletas.

Fanny y Jaime rieron al escuchar a su madre. El Rebe inmediatamente sopló a Alejandro: «El sabio Hillel dijo: Si quieres poseerlo todo no quieras poseer algo en nada. ¡Abandonen lo que tienen!».

–Teresa, mi alma. Como dijo un sabio, para poseerlo todo no poseas nada. Debemos abandonar nuestras maletas.

–¿Es eso lo que te aconsejó tu Rebe? ¿Dejar que roben lo poco que nos queda? ¡Que le echen sal en los ojos, pimienta en la nariz y piedras en el corazón! ¡Que le saquen las tripas del vientre, que las enrollen en su cuello y con ellas lo cuelguen de un árbol! ¡Que tú te conviertas en pájaro y él en gato para que te devore, se atragante y mueran los dos juntos!

–¡Basta, Teresa! ¡Me prometiste obedecerle por última vez! –Ya es casi seguro que nos vamos a prostituir. Arruinarás mi vida y la de tus hijas. Morirás de vergüenza...

–Confío en él. ¡Vamos!

La calle serpenteaba subiendo entre casas pequeñas de un piso o dos, con macetas de geranios y helechos en las ventanas. Comparado con los otros, en los que se divisaban mansiones, jardines, iglesias, ése era el cerro más modesto de Valparaíso. Los chilenos no se mostraron agresivos. Desde el interior de sus habitaciones los miraron pasar por en medio de la calle, en línea horizontal, tomados de las manos, como un desfile al que le hubieran cortado el cuerpo y le quedara sólo la cabeza. Sonrieron, estiraron hacia ellos vasos de agua o vino y pedazos de melón. Teresa, con un resoplido, obligó a los mellizos a no recibir nada a pesar de que a ella también, bajo los rayos de ese sol de una fuerza que nunca antes había conocido, se le secaba la garganta y se le partían los labios.

El caserón gris, rectangular, provisto de una chimenea de latón de la que se escapaba una humareda blanca, resultó no ser un templo sino un cuartel militar con dos soldados de guardia custodiando sus puertas metálicas... Después de una decepción mal disimulada, observando mejor, Alejandro se dio cuenta de que la chimenea no pertenecía al cuartel sino que, pegada al muro, iba a dar a una casucha de madera donde había un horno de barro y un mesón con sillas. Un viejo calvo ofrecía, mostrando sus tres últimos dientes, una mercancía indicando hacia dos canastos tapados con sacos de harina vacíos.

–Ten fe –le dijo el Rebe–. Nada nos es dado, debemos ganarlo. Dios se oculta para que lo busquemos. Aprendiendo a verlo en todo, vamos naciendo. El templo es un cuartel militar porque obedecer la ley de Dios es la única libertad. Y esa casucha modesta que nos ha

llamado con el humo que sale de su horno purificador es un lugar santo entre los santos, el altar del sacrificio. Este viejo que nos convoca es el sacerdote del santuario. Dame el medio cópec del rescate para, en nombre de la familia Jodorowsky, ir a depositarlo en sus manos consagradas...

Cuando Teresa vio a Alejandro caer en trance, adoptar los gestos refinados, la voz aguda y la mirada ardiente del caucasiano, comenzó a arrancarse los cabellos.

–Antes decía «Dios mío», ¿ahora qué puedo decir? Mi marido se ha vuelto loco y estamos solos en el mundo. ¡Me voy a matar! Es mejor ser una leona muerta que una perra sarnosa viva.

El Rebe, con sonrisa de beato, le respondió:

–Si Dios nos dio la sed, nos dará el agua. Si nos puso dientes, nos dará el pan. Ven al altar.

Teresa, vencida por la fatiga, siguió a su marido. El viejo desdentado sacó de cada canasto un pastel triangular y dijo:

–De queso, de carne.

El Rebe no conocía ese manjar chileno hecho de masa de harina cocida al horno y rellena con carne picada o queso, la empanada, pero lanzó un «alabado sea», maravillado. Dios le estaba hablando con símbolos. ¡El signo más sagrado, el escudo de David, estaba ante ellos! Olió la empanada de carne. «Éste es el Eterno manifestado en la materia...» Olió la empanada de queso... «Y éste es el Eterno manifestado en el espíritu...» Tomó de manos del viejo los dos triángulos y colocando uno sobre el otro formó una estrella de seis puntas. El *maguen* David, la unión del cielo y de la tierra, del fuego y del agua, del cuerpo y del alma... «Dios es el alimento que nunca nos faltará. Devorémoslo.» Y pidió que cada miembro de la familia diera un mordisco en cada una de las seis esquinas. Luego les dejó comer hasta que el símbolo desapareció. El viejo sacerdote se puso a recitar en español un salmo de gracias, incomprensible para ellos:

–¿Quién me pagará las dos empanás?

El Rebe pidió que la familia, en coro, repitiera las palabras

sagradas. Las bocas aromadas por queso, cebolla y carne cantaron agradecidas:

–¿Quién me pagará las dos empanás?

El viejo estiró la mano abierta agitándola con apremio. El Rebe comenzó a irse. «He cumplido mi misión. Dale el óbolo y el Eterno se manifestará...» El Rebe desapareció. Alejandro, con sonrisa feliz, colocó el medio cópec en los dedos resecos. El viejo miró la minúscula moneda, su rostro se convirtió en un océano formado por las múltiples ondulaciones de sus arrugas, la boca hizo una mueca de media luna caída y se preparó a lanzar un insulto... pero, antes de que pudiera despegar los labios, el suelo comenzó a temblar.

El foco de la casucha, que colgaba de un alambre oscuro cagado por las moscas, se bamboleó con furia; cayó una lluvia de hojas secas, los perros ladraron con tal fuerza que parecieron arrojar los intestinos por los hocicos, emergieron del suelo monstruos de polvo. Luego vino un ronquido gigante acompañado de remezones mucho más intensos. Cayeron algunas casas. Comenzó el griterío humano mezclando espanto y dolor. Todo el puerto se puso a valsar. Olas inmensas enviaron a los barcos contra los malecones. Y vinieron latigazos aún mayores. Nadie podía mantenerse en pie. Los cerros se abrían como frutos maduros mostrando grietas rojo-oscuras. Los caballos caían por los barrancos. Millares de ciudadanos ennegrecieron las calles, corriendo de un sitio para otro, eludiendo las murallas que se desplomaban. Estallaron tanques de gas. Explosiones y llamaradas que aumentaron el pánico. Otros vaivenes, más feroces. El puerto entero se inclinó a babor y estribor como un barco en la tormenta. No quedó edificio entero. Se derrumbó el galpón militar. Los dos soldados guardianes continuaron firmes en su sitio, como si tuvieran raíces, hasta que una placa de metal les cortó la cabeza. Alejandro arreó a los niños hacia un banco de acero que estaba atornillado en el suelo. Allí, amontonados entre sus patas, esperaron que pasara el terremoto. Mi abuelo se puso a recitar unas palabras que le dictó el Rebe. El desencarnado conocía un tratado de magia que enseñaba encantamientos que podían calmar la furia de los temblores.

«KADAKAT, ARAKADA, DARENAK, AKESERA, KAMERAD, ADAKARA, TAKADAK.» Todos, zarandeados, temblando de terror,

repitieron los vocablos. Teresa, al oírlos, enloqueció de furia. Se paró sobre el banco y conservó el equilibrio con pericia de marinero. No le importó que junto a ella cayeran troncos, trozos de cemento, ventanas, pedazos de vidrio y tuberías cortantes como yataganes. Levantó sus puños hacia el cielo vociferando: –¡Que todas las maldiciones que tu boca asesina ha lanzado desde que hiciste este mundo caigan sobre ti mismo! ¡Mira cuánto estás destruyendo para doblegarme! ¡Pero no lo lograrás! ¡Haz saltar al planeta entero si quieres, a mí no me importa! ¿Qué puedes contra una mujer que tiene el corazón reseco? ¡Mátame de una vez porque ni a punta de terremotos lograrás que yo te abra mi alma!

Echando espumarajos, con el rostro color sábana, temblando más que el suelo, Alejandro agarró las pantorrillas de Teresa, la hizo caer en sus brazos y con fuerzas de loco la metió debajo del banco dándole un beso desesperado para hacerla callar.

Un crujido ensordecedor anunció que el cerro se estaba partiendo. El viejo sacerdote, dando chillidos porcinos, fue tragado por una grieta. El banco de acero partió calle abajo atornillado sobre un enorme pedazo de cerro. La familia Jodorowsky dio un grito extraño donde se mezcló el fervor religioso de Alejandro, la ira de Teresa, el terror de Lola y Benjamín, demasiado delicados para esas exageraciones telúricas, y la euforia de Fanny y Jaime. Estos dos, al comprender que estaban en un tobogán que iría acelerando, pensaron sólo en sacar el máximo de placer del deslizamiento sin pensar que abajo los esperaba un choque disgregador o una sumergida fatal en el océano. Salieron de entre las patas y se pararon sobre la plancha de acero haciendo equilibrios como si navegaran sobre la cresta de una ola. Las toneladas pétreas empezaron a destrozar faroles, aplastar perros y gente, demoler casas, dejando una estela de ruinas y sangre. La carrera se hizo vertiginosa al mismo tiempo que Teresa, en el refugio, con Benjamín y Lola guarecidos bajo el techo de sus dos senos, aumentaba el volumen de los improperios. Alejandro, haciendo un esfuerzo sobrehumano, salió del banco y tomando a Fanny la protegió con su cuerpo. Jaime no se dejó atrapar, saltó de su pedestal metálico para correr hacia la punta del veloz peñasco y ponerse a esquivar, entre exclamaciones de triunfo, los trozos de pared, pedazos de vidrio, vigas y miembros humanos que éste hacía

saltar.

Fueron a estrellarse contra una fábrica de calzado. El edificio, de construcción modesta, compuesto principalmente de planchas de cemento unidas por delgadas columnas, ofreció, al comprimirse por el impacto, un freno elástico al pedazo de cerro y lo aprisionó como en una cuna. El banco se detuvo en perfecta horizontalidad. En la carrera hubiera podido transportar un vaso de agua sin derramar una gota.

–¡Milagro! –dijo el Rebe–. ¡*Tohu Bohu*, el Caos, es un huevo de donde nace el orden! ¡La nueva vida comienza!

Sin oírlo, Alejandro permaneció con su familia debajo del banco un tiempo eterno, lo que duró el remezón. Fueron segundos, minutos, horas. Nunca lo supo, ni trató de saberlo. Su raza conocía innumerables catástrofes y un instinto secular lo hacía entregarse al tiempo verdadero, aquel que no se puede medir, donde veinte años pasan como una hora y un segundo como mil años. Sabía que el dolor y el placer de toda una vida no duraban más que un instante pero que cada paso que daba sobre tierras siempre extranjeras demoraba una eternidad.

Cuando el suelo cesó de moverse, vino un silencio que les hirió los tímpanos y luego empezó a surgir, entre las risas de Jaime que los invitaba a bajarse del peñasco lanzándoles toda clase de zapatos, un tejido de lamentos, miles de voces humanas quejándose del castigo elemental entrecruzadas con aullidos de perros comunicando a través del país, por montes y valles, la presencia de la muerte, tarántula invisible cubriendo Valparaíso... Alejandro verificó que todos estaban bien, salió del banco, le dio una cachetada a Jaime –la primera y la última de su vida pero que marcó un punto desde el cual se estableció, milímetro por milímetro, una definitiva separación– y hurgó entre los escombros para ver si había alguien a quien salvar. Encontró cuerpos aplastados, deformes, despanzurrados. Venció su intensa curiosidad –algo, su parte animal quizás, lo impulsaba a escarbar en los despojos y oler la sangre, ver el misterio del cuerpo, las vísceras secretas revelando sus formas a plena luz–, porque acataba la Voluntad Superior y creía que lo que Dios puso en el interior oscuro del organismo, protegido de la mirada, debía ser respetado... Es una

obligación ver lo que ha sido revelado, pero lo otro, lo que aparece en el dolor de la catástrofe, debe evitarse. Necesitamos ser prudentes con los sentidos. Hay cosas que no podemos observar ni oír ni olfatear ni tocar ni comer. Una gran vigilancia nos es solicitada respecto a los órganos de percepción y también al deseo, a las necesidades, a los sentimientos y a las ideas. No se puede pensar sin límites. «Preocúpate de lo que te es permitido conocer y olvida las cosas misteriosas.» ¡Ah, el buen Talmud...! Un quejido lo hizo correr entre los escombros y descubrir a un hombre que tenía una viga enterrada en el pecho. Su piel, cada vez más blanca, contrastaba con el río de sangre que se le iba yendo. El moribundo aferraba el mango de un maletín de cuero. Con la mirada sabia de los que están entrando en el reino de la muerte, se lo ofreció murmurando palabras que mi abuelo no podía comprender pero sí sentir... Ese hombre le estaba dando lo más precioso de su vida, sus útiles de trabajo. ¿Por qué? En los ojos del obrero había un ruego profundo y a la vez la felicidad intensa de ofrendar su conciencia a la muerte, como una flor silvestre, un sacrificio puro y simple, desaparecimiento eterno, devolución del préstamo, serpiente en la roca, pájaro en el cielo, barco en el mar, sin dejar huella, nada de qué aferrarse, sólo un pequeño legado, a todos, a alguno, sus instrumentos, más valiosos que la existencia, ellos, su verdadero ser... Saber que unas manos tan reverentes como las suyas continuarían el trabajo con esos angelitos de madera y metal, sabios, serviciales, santos, le permitiría sumergirse en el abismo con toda paz... Alejandro abrió el maletín, extrajo las herramientas, las fue besando y colocando con respeto sobre su corazón mientras el zapatero moribundo, con un hilillo de voz, le iba dando el nombre y uso en un español tan lleno de amor que lo comprendió como si fuera ruso... Martillo para aplanar el cuero, pinza para colocar el modelo sobre la horma, tenacilla para el pespunte, alisador para el empeine, espátula para extender la cera en los talones, escoplo para cortar la suela, lezna para agujerear el cuero, tenazas redondas, gubia, una caja de betún, un paquetillo de pez y una bobina de lino. Al ver a mi abuelo guardar otra vez las herramientas en el maletín y tomar posesión de ellas, el hombre dio un resuello largo y entregó la vida con una sonrisa. El Rebe dijo: «¿Ves, Alejandro? Dios te ha dado un oficio. Ya eres zapatero». Mi abuelo apretó el maletín

contra su pecho y dejó escapar un llanto convulsivo.

Teresa y los niños lo llamaron a gritos. Había curiosidad y temor en sus voces. Alejandro, saltando entre vigas filosas como navajas, llegó hasta el peñón y trepó hacia el banco de acero. Su familia, sentada allí como en un teatro, indicaba hacia un ser que se acercaba dando saltos y moviendo el trasero para agitar una cola peluda que pendía de su traje de payaso. Hablaba como un humano pero su rostro de frente estrecha y saliente, sus ojillos hundidos, su nariz chata, su boca grande y sus orejas levantadas eran de mono. «¡Apresúrense, vengan! ¡Puede volver a temblar!», gritaba en español. Teresa movió negativamente la cabeza e hizo gestos de no comprender. El simio les dijo lo mismo en italiano, francés, alemán, inglés, holandés, portugués, polaco y, por fin, en ruso...

–¡Apresúrense, vengan! ¡Puede volver a temblar! Corrieron hacia el extraño políglota. Éste los hizo trepar en un carromato adornado con árboles recortados en latón para imitar una selva tropical donde un payaso simiesco parecía balancearse sobre las copas verdes. Les tradujo las grandes letras rojas que llenaban la puerta trasera: «El Cara de Mono. Circo individual». Luego dio un suspiro de alivio.

–¡Uf, tuvimos suerte! En esta calle todos estiraron la pata. Pero mi carromato y los caballos quedaron intactos. Hay que irse rápido de aquí. Después del sacudón inicial siempre viene otro. No hay primera sin segunda, dijo el piojo. Ustedes dos siéntense junto a mí y pongan a los cuatro niños sobre los sacos de paja, excelente alimento para los equinos. ¡Ahora, patas en polvorosa! ¡Arre, Blanco! ¡Arre, Negro!

El caballo llamado Blanco era negro y el Negro era blanco. Los animales, gracias a la mínima energía obtenida por el «excelente alimento», movieron sus huesos lo más rápido que pudieron, un tranco cansino, y resollando salieron de Valparaíso. Justo donde empezaba un valle de tierra oscura, casi colorada, con árboles de hojas duras que relumbraban como cuchillas, estalló el segundo revolcón. Aparte del ronquido terrorífico de las entrañas telúricas, los nubarrones de polvo y las grietas que se abrían en largas sonrisas sarcásticas, les llegó el aullido de las víctimas que estaban siendo aplastadas en el puerto. «Así deben quejarse en el infierno los pobres condenados», dijo el simio y, como tenía las manos ocupadas en aferrarse de la carreta para que los sacudones no lo

arrojaran al suelo, se persignó con el pie derecho. Era tan flexible que el dedo gordo le llegó hasta la frente. Cesó de temblar. Los grillos y los pájaros cantaron. Blanco y Negro, ocupados en su difícil digestión, siguieron trotando.

–No estoy muy contento. Con este terremoto el negocio se hunde. Entre Valparaíso y Santiago hay muchos pueblitos donde doy mi función. Pero ahora los campesinos deben haberse lanzado hacia el puerto para desvalijar las casas y los cadáveres antes de que llegue el ejército. En fin, a mal tiempo, buenas muecas...

Rió y bruscamente cambió de tema:

–Bueno, ustedes no hablan ni gota de español, ¿verdad? ¿Pero tienen amigos en Chile, parientes, alguna sociedad, alguien que los recoja?

–No, señor.

–¿Les queda dinero?

–Ni medio cópec.

–¿Ropa que vender?

–La que traemos puesta.

–¿Alguna joya, un objeto de valor?

–Estas herramientas de zapatero.

–¡Ah, eso no, caballero! Con ellas se puede ganar la vida en Santiago... ¿Y usted, señora?

Serafín, así había dicho que se llamaba el cara de mono, miró hacia la profunda grieta entre los pechos de Teresa donde se hundía una cadenilla de fierro niquelado. Mi abuela, para sorpresa de mi abuelo, que nunca la había visto en tal estado, se ruborizó. Como todo en ella era exagerado, el flujo sanguíneo, borrando la blancura, dio a su rostro el aspecto de una máscara de cerámica roja. Los niños estallaron en carcajadas. Serafín detuvo de un chiflido a Blanco y Negro y con las manos juntas, en actitud de rezo, se inclinó frente a Teresa musitando: «La Santa Virgen del alba», y un gemido profundo, de animal herido, pareció salir de sus entrañas.

Mi abuela rompió ese extraño momento lanzando un estruendoso eructo.

–¡Me he vuelto loca yo también! Este terremoto desgraciado ha hecho que olvide a mis hijos. Hace una eternidad que no comen...

El cara de mono abrió una caja de cartón, sacó cuatro plátanos y se los dio a los niños. A Teresa y Alejandro les pasó dos manzanas.

Después que todos hubieron comido, mi abuela extrajo el reloj del abismo de sus senos. Allí dentro estaban las siete pulgas amaestradas: Baroco, Barono, Naprepeshev, Sedila, Casque, Barila, Semudalalá. Semudalalá era la graciosa. Antes de picar daba una serie de veintiséis saltos mortales... Bajo las miradas curiosas de sus familiares y sobre todo del cara de mono, puso junto al reloj abierto su muñeca derecha y llamó: «¡Baroco!». Una pulga saltó para picarla en la región donde se toma el pulso. Colocó la muñeca izquierda y llamó: «¡Barono!». Otra pulga saltó para comenzar allí su cena. Púdicamente alzó su falda y acercó la pequeña caja a la concavidad detrás de su rodilla derecha. Viendo relumbrar una piel de mármol blanco, Serafín se inclinó otra vez rezando: «¡La Virgen de las nieves!». «¡Tu cena, Naprepeshev!» Y la tercera pulga saltó. La otra pierna fue ofrecida a Sedila que también obedeció al llamado. Entonces mi abuela se abrió el escote y dejó salir sus dos sandías nacaradas. El cara de mono tuvo un soponcio y cayó de espaldas entre los sacos de paja. Alejandro rápidamente se quitó la chaqueta y ocultó a su mujer. «¡Casque, Barila!» Y la quinta y sexta pulga se apoderaron cada una de un pezón. Teresa empujó a su marido, se arremangó la falda, bajó un poco su calzón, mostró un ombligo profundo y con una sonrisa de niña murmuró: «Semudalalá». La última pulga dio su serie de saltos mortales y se metió en el delicioso agujero. Los niños aplaudieron. Alejandro transpiró. Serafín se puso a temblar como poseído por una fiebre de cuarenta grados. Las siete pulgas, terminada su comida, sin recibir ninguna orden, brincaron hacia su refugio. Teresa cerró el reloj, lo hundió otra vez entre sus senos y se arregló el traje. El simio jadeaba. Alejandro, mojado de pies a cabeza, perdió la razón. Los ojos se le inyectaron de sangre. Su bragueta se infló. Parecía como si el hombre mono le hubiera contagiado la fiebre. Teresa volvió a ponerse roja. Su marido la tomó de una mano, imbuido de una autoridad capaz de doblegar un tifón, y la hizo saltar del carromato para arrastrarla hacia una pequeña loma cubierta de cactus. Se perdieron de vista entre las espinosas plantas.

El hombre mono detuvo los caballos y cayó otra vez de espaldas, como en éxtasis, sobre los sacos de paja. Los niños bajaron para seguir con disimulo las huellas de sus padres... Les hubiera sido imposible penetrar en el tunal sin ser atravesados por las púas, pero

la intensidad de la pasión de Alejandro le había permitido abrirse paso impunemente dejando tras sí un sendero supurando espesa baba verde. Por allí los niños avanzaron, vigilando cada paso para no resbalar e ir a clavarse los ojos en las espinas. El viento cambió de rumbo y, junto con el crujido viscoso de los cactos desgarrados, les trajo la voz del padre, furiosa, doliente, en celo, arrullando, insultando, rogando.

–Eres mía, sólo para mí, ¿entiendes? Algo raro te pasó con ese mono. Le mostraste las tetas y el ombligo. ¿Cómo es posible? Nadie debe mirarte, ni siquiera un monstruo. Eres para mis ojos, para mi tacto, para mi boca. No quiero cosas misteriosas. Enrosca tu voluntad alrededor de la cintura, no dejes que la demencia se apodere de tu sexo ni el desorden ni las tentaciones extrañas. ¡Dámelo todo!

En su tono celoso había nubes negras, rayos, vendavales. Mientras hablaba, gritaba, cantaba, la había ido desvistiendo y arrojando sus ropas cual cáscaras sudorosas de un fruto azucarado. Los niños, recogiendo las prendas, llegaron a lo alto de la loma y entonces los vieron rodar desnudos, intensamente encajados, por sobre el mar de espinas. Las puntas aceradas al rozar sus pieles caían quemadas y los gruesos tallos agresivos reventaban para hacerse colchones babosos y fragantes. Alejandro daba caderazos que hacían temblar el monte.

–¡Recíbeme! ¡Todo! ¡Más adentro! ¡Más adentro aún! ¡Hasta lo infinito del fondo! ¡Trata de tragarme el esqueleto!

Era el deseo desesperado de que a Teresa se le abriera la piel y lo cubriera con ella como un ala disolviéndolo en su sangre, para así poder recorrerla entera, que nada le fuera negado, que se le otorgara hasta el más secreto rincón; no buscaba el placer, buscaba el estallido de su mujer en miles de grietas ardientes, que el goce que le iba a dar le reventara el alma.

Sus movimientos furiosos, más que de animal eran de loco... En cada empujón parecía querer dar la vida. Caían sobre su tensa espalda enormes erizos vegetales produciendo chasquidos de látigo y no le importaba. Teresa le respondía golpeándole las costillas con sus senos inflamados, estrujándole la cintura entre unos muslos de yegua, moviendo las caderas como un remolino voraz. Pero la desesperación de Alejandro no cesaba, más le daban, más pedía.

Sabía que su mujer conservaba un baluarte secreto, inexpugnable. Ahora sus caderazos sonaban como disparos, parecía que los huesos de la pelvis de mi abuela estallaban uno a uno... Atraídas por el zumo azucarado de los cactos molidos se acercaron cientos, miles de lagartijas, una mancha verde y brillante alrededor de ellos como un halo vivo. Todas esas lengüitas saboreando el jarabe producían el ruido cristalino de un arroyuelo. Mi abuelo no pudo más. Echó la cabeza hacia atrás arqueando la espalda como si quisiera con su ronco gemido atravesar el centro del cielo y se hundió entero en el vientre de su mujer. Ella le dio tal empujón que lo lanzó de espaldas dos metros más allá, con su sexo reventando en un arbolito blanco.

–¡No me siembres adentro! ¡Una vida más es otra muerte!

¡No quiero fabricar cadáveres para el Asesino!

El semen cayó al magma vegetal en goterones pesados que se hundieron creando pequeñas y efímeras coronas verdes. De cada una de ellas nació una mariposa blanca. El enjambre de alevillas trató de elevarse para ir en pos de la luz pero las lagartijas saltaron con destreza y se las llevaron todas, agonizando, en sus hocicos húmedos.

Alejandro volvió en sí. Hundió su cabeza entre los senos de Teresa y se puso a reír avergonzado. Ella lo calmó como a un niño.

–No es nada, mi loquito... Es el terremoto, es esta nueva tierra, otro cielo, otro sol... Pronto nos acostumbraremos y volveremos a ser los mismos. Ven, vístete.

Los niños se acercaron mansamente a sus padres para entregarles la ropa. Teresa verificó si las siete pulgas estaban en su sitio y satisfecha se cubrió. Su marido también. Tomaron a sus hijos de las manos y volvieron al carromato marchando lentamente como si pasearan por los jardines floridos al borde del

Dniéper, en un año sin pogroms.

El cara de mono, recuperado del desmayo, esperó que subieran y echó a andar otra vez a los caballos. «¡Arre Blanco, arre Negro!» Luego, con sus ojillos plenos de tristeza humilde, rogó a la pareja:

–Por favor, doña Teresa, don Alejandro, no me comprendan mal, no me presten instintos bestiales, nunca he conocido una mujer, ¿quién de ellas hubiera querido de mí con este aspecto? Soy casto y a pesar de mis treinta años no tengo más experiencia que un niño. Señora, permita que le explique mis reacciones, nada hay en ellas

de lujurioso... Según lo que me contaron, mi madre me arrojó a un tarro de basuras, por feo. ¿Era pobre? ¿Rica? ¿Enferma? ¿Víctima de una violación o de un incesto? No lo sabré nunca... Un mendigo me encontró y fue a depositarme a la Cruz Roja. Causé conmoción. Tenía dos días de vida y estaba cubierto de pelos. Me hicieron toda clase de exámenes para saber si era un mono superior o un humano degenerado. Aceptaron la segunda hipótesis. Lo lamento todavía. Si hubieran preferido declararme animal evolucionado la habría pasado mejor: jaulas de lujo, educación de primera, notoriedad, respeto mundial. Como humano, el Orfelinato Nacional me recibió a regañadientes y no hicieron mucho para conservarme en vida. Crecí en un cuarto más pequeño que una gavia de zoológico. Los guardianes me hablaron sólo para despreciarme y los huérfanos para burlarse de mí. ¿Y cómo no iba a ser así si hasta los perros ladraban y los gatos bufaban con los pelos erizados al verme? No tuve más amigos que una araña, un ratón, una paloma con el ala rota... En los desfiles oficiales, fiesta nacional, día del trabajo, aniversario de la batalla naval de Iquique, me dejaban encerrado en el orfanato con prohibición absoluta de asomarme... Allí, en las soledades hurañas del vasto edificio, donde los rincones oscuros ocultaban sórdidas amenazas y las sombras acusaban como jueces, no teniendo qué hacer, me refugiaba en la capilla de las tres Marías. Era un gimnasio largo convertido en templo. Sobre el altar reinaban tres vírgenes. Como los cuidadores eran hombres y en la institución los niños vivían en un edificio y las niñas en otro, esas estatuas eran las únicas mujeres que había visto en mi corta vida. Una era blanca, de mármol, la Virgen de las nieves. La otra, de porcelana roja, la Virgen del alba. Y la tercera, negra, tallada en ébano, la Virgen de la noche... Todas hermosas, con la más dulce de las sonrisas. Aprovechando la soledad, me trepaba sobre el altar para estrecharlas con mis pequeños brazos y cubrir sus bocas de besos imaginando los labios de mi madre. El mármol, la porcelana y el ébano no tenían la tibieza de la carne pero a mí esa frialdad me parecía mucho más cálida que el desprecio de los cuidadores y los huérfanos. En cierta ocasión pude robar un tubo de somníferos en la enfermería. A altas horas de la noche me deslicé por los pasillos, llegué a la capilla y arrodillado ante las tres Marías decidí poner fin a mi insignificante vida. Iba a echarme el puñado de pastillas en la

boca cuando un chorro de leche me bañó la cara. Al comienzo no vi nada, enceguecido por el continuo golpeteo del líquido tibio en mis ojos. Luego me di cuenta de que la leche surgía de un seno de la virgen negra. Cuando cesó ese milagro vino otro, la virgen blanca empezó a llorar. Dos hilillos de agua se escurrían de sus cuencas. Me precipité a besar esas lágrimas, temblando de fiebre. Cuando lamí las últimas gotas, en la frente de la virgen roja brotaron innumerables rubíes. Apoyé allí mi pecho para que se tiñera de aquella preciosa sangre. Mis tres madres, a su manera, me habían hablado. «Deposita en nosotras tu dolor físico, tu sufrimiento espiritual y aliméntate de nuestro amor. No estás solo en el mundo, existes para nosotras. Por eso, vive para nosotras.» Así lo hice. Arrojé el veneno y me decidí a vivir... Aquel milagro para mí, para mí solo, sería el aliciente secreto que me permitiría enfrentar la sociedad. Dios Padre me había abandonado, la Santa Trinidad Maternal, por infinita piedad, me adoptaba... Pensé: tengo mayor oportunidad si en lugar de tratar de ir hacia arriba, me precipito cuesta abajo. En lugar de luchar por obtener mi legítimo sitio humano, debo exagerar la conducta animal, hacerme más mono que hombre, sobrepasar sus burlas, rebajarme a mí mismo mucho más de lo que ellos pueden hacerlo. Si exagero el sarcasmo, castigando mi dignidad, sumiéndome en lo grotesco, me encontrarán simpático. Aunque mi soledad se haga definitiva, estaré rodeado de risas... A la hora de la cena, todos los huérfanos tenían derecho, después de la sopa anémica y el magro guiso, a un postre, mermelada de guayaba o jalea de membrillo con queso o alfajores o, en invierno, picarones en almíbar caliente, menos yo. A mí siempre, entre risillas malvadas, se me traía un plátano. Así quedaba de manifiesto mi atroz cara. Era como si cada tarde, después que yo, con actitudes pulcras y gestos demasiado finos, tratara de disimular mi aspecto simiesco, me desenmascararan. Dice el refrán: «Aunque la mona se vista de seda, mona se queda». Yo me quedaba encogido, con la vista fija en el plátano y no lo comía. Me iba a dormir sin un codiciado postre. Esta vez, encomendándome a las tres Marías, cuando colocaron ante mí el insultante fruto, dejé escurrir un hilo de baba, me di puñetazos en el pecho, lo olí exageradamente, hice muecas de incertidumbre, me lo froté por todo el cuerpo como si fuera un jabón, traté de comérmelo con

cáscara y lancé fuertes chillidos de disgusto. Por fin lo pelé y observé la pulpa amarillenta, en trance, como si estuviera viendo al mismísimo Dios. Saqué lo más que pude la lengua, me lamí los labios, mordí y, mascando con el mayor de los placeres, caí de espaldas en la mesa rascándome el culo. El orfanatorio entero aplaudió entre risas estruendosas. Había ganado mi primera batalla. Desde ese momento sería más mono que los monos... Mediante muchísimas horas de entrenamiento aprendí a usar los pies como lo hacen algunos mancos. Un día pude comer el plátano usando sólo mis extremidades inferiores. ¡Qué triunfo! Para que repitiera la gracia, los niños me regalaron sus postres. Pude regodearme y comer tantos como quise, al precio de algunas indigestiones... Pronto me vi obligado a enriquecer mi repertorio: cada día debí comer el plátano en forma distinta. Con rabia: daba mordiscos feroces interrumpidos por un masticar de amplia sonrisa. Esta mezcla de odio y placer agradó a la concurrencia... Con angustia: después de esconder como sin darme cuenta el plátano bajo la servilleta, dando gemidos lo buscaba por todos lados, incluso entre mis piernas. Mis quejas les estrujaban el alma y cuando al fin levantaba la servilleta y chillaba feliz todos aplaudían... Pero el número que más gustó y que tuve que repetir incontables veces, aceptando para eso no sólo postres sino también bolitas de cristal, trompos, emboques y estampillas, fue el del plátano envenenado... Daba con angurria, embargado por la esperanza de azucararme el hocico, una tarascada para agarrar entre los dientes un trozo pequeñísimo (risas), para después mascarlo largamente como si fuera enorme (más risas), tragarlo lanzando un eructo de satisfacción y, al segundo, tomarme el vientre como asaltado por un dolor atroz y retorcerme desgargantándome. Aguantando el sufrimiento volvía a salivar, sonreír y dar otra tarascada. Así, de pedazo en pedazo, de eructo en eructo, de retortijón en retortijón, iba aumentando los ataques hasta morir. Muerte muy celebrada porque en el mayor dolor, con los músculos tensos, los ojos blancos y una mueca horrible, daba una última dentellada antes de aplastar con un regio frentazo el resto del plátano asesino... En fin, mi popularidad creció tanto como mi soledad interior. Los gestos humanos me eran prohibidos. Creían que dándome paquetillos de maní me hacían feliz... Una tarde, el director del orfelinato vino a

cenar con nosotros, obligado por algún párrafo del reglamento, y vio mi número. Le tocó «El plátano amargo»... Yo, pobre mico ingenuo, hambriento, iluso, creía encontrar el más dulce de aquellos frutos. Lo pelaba entusiasta y llevaba su carne a mi boca. ¡Puaj, qué desilusión! ¡Gusto a hiel! Caminaba por entre las mesas y recogía la mayor cantidad de azucareros. Volvía a mi lugar y comenzaba a ponerle azúcar al plátano, un poco, mucha, muchísima, chorros... pero por más que endulzara su superficie, en el fondo seguía siendo amargo. Acababa yo, impotente, dando chillidos que parecían ya no de mono sino de perro en duelo. Gracias a un pedacito de cebolla que guardaba escondido en la palma de una mano, al frotarme los ojos podía derramar lágrimas auténticas. En medio de las risotadas y silbidos que festejaban mi infortunio otro que lloró fue el director. Mi actuación le había tocado una cuerda sensible. Se retiró de la mesa, me llamó y amablemente, tomándome de la mano, me condujo a su oficina, lugar misterioso, terrible, sagrado, en él nunca había penetrado un huérfano. La pieza, color verde oscuro, era severa: un fichero, unos diplomas en el muro, el retrato del Presidente de la República, un escritorio de metal, un florero con rosas blancas, tres sillones de cuero, y sobre una mesita baja, la fotografía de una mujer joven, vestida de novia, de piel transparente, casi luminosa, con rizos de cabello rubio asomando por debajo del velo blanco.

»El director me preguntó:

»–¿Cómo te llamas, muchacho?

»–Serafín, señor.

»–¿Por qué? Ese nombre no te va.

»–Me lo pusieron así para que en mi fealdad hubiera por lo menos algo bello.

»–Comprendo... Sabes, Serafín, posees un gran talento. Eres un verdadero artista. Lo que hiciste en el comedor tiene un significado profundo. Es ni más ni menos el retrato de la vida de todos nosotros, pobres mortales. Tratamos de endulzarla pero lo agradable se queda por fuera porque ella, siempre, es amarga por dentro. Fíjate en este retrato, era mi esposa. La amé como sólo un hombre treinta años mayor que su mujer sabe amar. Yo tenía cuarenta y siete y ella diecisiete. Decir que la idolatraba es poco. Accedió a casarse conmigo sin importarle la inmensidad de tiempo

que nos separaba. Me hizo rejuvenecer, te lo aseguro. Cada caricia suya me quitaba años de encima. Todo era dulce hasta que la realidad mostró sus tripas acibaradas. Al tercer día de casados, Rocío, en un ataque de alegría, se puso a danzar, tropezó y cayó por la ventana. Vivíamos en un apartamento del décimo piso. Historia idiota, un pequeño resbalón y el océano de hiel. He pasado años tratando de reponerme, divertirme, volver a amar. Imposible. Como tú, ya no me queda más que aullar frente al fruto que nunca podrá satisfacerme.

»–Lo siento mucho. La señora era muy bonita. Desde mi humilde condición, lo envidio, señor Director. Esos tres días en su memoria serán eternos. Yo nunca viviré algo así, ni siquiera tres minutos.

»–Otra lección que me das, Serafín: siempre hay la posibilidad de estar peor... Me caes bien y voy a hacer algo por ti. Considero que ya tienes un oficio: eres un buen payaso. Puedes vivir de tus chistes... Te voy a regalar un carromato y dos caballos para que te vayas a recorrer los caminos. Haciendo muecas te ganarás el pan. Dime cómo quieres adornar el vehículo y con qué nombre te anunciarás. Haré que los encargados de los talleres lo realicen.

»Sacó una botella de pisco de uno de los cajones del escritorio.

»–Ahora vete, Serafín, que me voy a emborrachar... »Y así fue: me regaló este carromato. No lo volví a ver pero supe que se había suicidado tirándose por la misma ventana. Llevo muchos años recorriendo los caminos como él quería. La gente es pobre. Cuando paso el sombrero, entre monedas de escaso valor recibo una zanahoria, un huevo fresco, un par de peras. Así he ido viviendo. Solo como mi alma... Terminada la función nadie se acercaba a hablarme, ¿qué interés hubieran podido tener? Debía contentarme intercambiando relinchos con mis fieles Blanco y Negro. Mucho sufrí cuando murieron de viejos, pero el cariño que les tenía no me impidió cortar su carne en rebanadas para desecarlas al sol y hacer charqui. Mi estómago fue su tumba... Por suerte había ahorrado y los repuse con otros dos caballos de igual color. Dando representaciones en Valparaíso me di cuenta de que en la zona roja deambulaban marineros de toda clase de nacionalidades sin saber una palabra de español. Se quedaban mudos emborrachándose junto a sus prostitutas. A veces mostraban fotos de mujeres, niños, perros y las agitaban entre hipos alcohólicos. Encontré ahí otra

oportunidad de obtener un poco de calor humano: hacerme intérprete. Recé a las tres Marías para que me ayudaran dándome un profesor que me enseñara muchos idiomas. El milagro se hizo: encontré al Ácrata, un hombre sabio y generoso que me dio un conocimiento rápido y gratis. Dividí mi trabajo en dos partes: durante el verano y la primavera fui payaso. Durante el otoño y el invierno, traductor, mascota de putas, marinos y contrabandistas. Es cierto que nadie se preocupaba por conocer mi corazón, sólo se interesaban en que yo transportara de una lengua a otra lo que ellos sentían, nada más. Otra soledad acompañada, pero esta vez de más cerca. Podía sentir en mi piel intocada el calor de sus alientos embebidos en tabaco y alcohol. Contacto mínimo para los seres normales, enorme para mí... ¿Me comprenden ahora? Gracias al terremoto, por primera vez alguien sube en mi maloliente carromato. La gente solitaria se descuida y confieso que no me limpio ni me baño muy a menudo. Cuando usted, señora, se puso roja, vi a la Virgen del alba. Cuando dio de comer a sus pulgas y mostró la carne blanca, la confundí con la Virgen de las nieves. Sé que algún día se pondrá negra, no imagino cómo, y hablará a través de usted la Virgen de la noche. Mis tres santas la han enviado. Este encuentro es milagroso. ¿Dígame, por favor, qué saben hacer sus pulgas además de responder a sus nombres?

–Saben saltar atravesando aros en llamas, tocar tambores, jugar a la pelota y adivinar el futuro.

–¡Genial! Ustedes me caen de perlas. El circo individual se agranda. Si nos asociamos y la señora Teresa presenta sus animalitos, tendremos éxito en Santiago y las otras grandes ciudades. ¡El cara de mono y Madama Ochichornia con sus pulgas mágicas! Ganaremos muchos pesos que dividiremos en partes iguales. Y así ustedes podrán alimentar a su familia...

Alejandro oyó esto sin saber cómo reaccionar pero los niños estaban fascinados. Teresa, extrañamente nerviosa, indecisa, sentía una picazón por todo el cuerpo. Convertirse en pitonisa era una idea que, sin saber por qué, la llenaba de alegría. Al ver que su proposición no despertaba una negación indignada, el cara de mono lanzó un suspiro de alivio.

–Sin un no, existe la posibilidad del sí. ¡Qué alegría! Les voy a proponer algo bueno. Tengo en Santiago un cuarto vacío para que

se alojen y unos cuantos vecinos que pueden serles útiles, entre ellos el Ácrata. Don Alejandro buscará un rincón donde instalar su zapatería y yo les presentaré una enana que se puede encargar de los niños mientras usted, Madama Ochichornia, se va en gira conmigo para volver cada semana con una buena cantidad de dinero y alimento. ¡Ya somos socios! ¡Arre Blanco, arre Negro, que mañana por la tarde tenemos que llegar!

A Lola le pareció oír que las moscas de ese camino cantaban con diminutas voces de mujer una melodía celestial.

Serafín vivía en un conventillo del barrio Independencia. En la entrada había un letrero que decía: «Sociedad de Hermanos Libres. El Estado no es nosotros». Cuando por «conventillo» se les tradujo al ruso «pequeño convento», Alejandro y Teresa no comprendieron el porqué de tal nombre. El sitio era sucio, miserable. Su arquitectura parecía más bien inspirada de una cárcel que de un templo, con un largo pasillo central y cuartos ordenados como celdas alrededor de él. Las familias vivían hacinadas en esos espacios sin ventanas que eran todo al mismo tiempo, salón, dormitorio, cocina y cagadero. –El Ácrata les explicará mejor que yo la situación. Chile no es Europa. Aquí hay dos realidades separadas. Unos pocos viven en el Paraíso, y el resto, en la mayor de las miserias. Sólo los ricos pueden hacerse más ricos; a nosotros los pobres únicamente nos espera hacernos más pobres...

–¿El Ácrata?

–Primero instálense en este cuarto, luego se los presento. Traeré unos sacos de paja para que les sirvan de cama. El resto de los muebles deben fabricarlos con algunos cajones vacíos que he recogido de la basura del mercado. Aquí hay un martillo y clavos. Y también unas cebollas, queso de cabra, zanahorias y un poco de caldo de porotos. Traten de usar la cocina a carbón lo menos posible, es malo para los pulmones. Organicen el espacio y luego vuelvo a buscarlos para que conozcan a sus vecinos. ¡Ah, me olvidaba! En este hoyo del rincón pueden hacer sus necesidades. No es muy higiénico mezclar en la misma habitación los olores del alimento que entra con los del que sale, pero así lo decidieron los señores propietarios para economizarse la construcción de sanitarios y aumentar el número de cuartos. El dinero manda. En fin, verán que se acostumbran más rápido de lo que creen.

Mis abuelos estaban felices; por espantoso que fuera, un techo es un techo. Tenían un poco de comida, un intérprete, vecinos quizás amables y nuevos oficios. ¿Qué más necesitaban para recomenzar sus vidas en ese país desconocido? Teresa, en poco tiempo, con los cajones hizo una mesa, sillas, armarios. Alejandro preparó mientras tanto, con gran devoción, su banco de zapatero. Cuando volvió con los sacos de paja, el hombre simiesco trajo, además, retazos de tela, hilo y agujas, para que mi abuela fabricara, uniéndolos, colchas, manteles y cortinas. También les dio una colección de tarros vacíos para que les sirvieran de ollas y platos. En seguida los llevó a visitar a sus vecinos. Comenzaron por el Ácrata. El cara de mono les contó:

–Dicen que este señor viene de una de las familias más ricas de Chile, pero que le tomó asco al dinero obtenido explotando a los pobres. El hecho es que se vino a vivir en nuestro conventillo atraído por el nombre del barrio: Independencia. Y en lugar de ganar abominables pesos, a cambio que le paguemos el arriendo y le demos de comer, inventa nuevos oficios para que nos ganemos la vida... Ya verán; es un gran hombre. Él fue uno de los pocos, los cuento con los dedos de un solo pie, que reconoció mi inteligencia humana. Como es un sabio y conoce más de treinta idiomas, me enseñó lo estrictamente necesario de varios de ellos y me hizo intérprete. Dinero, amor, comida, vicio, ¿qué más hay que saber? Sus discípulos hemos formado el Comité de Hermanos, que no considera que la libertad es la rebelión sino la conservación de una imaginación sin límites bajo las restricciones que impone el poder. Bueno, él les explicará mejor... Pasen, con confianza...

Les abrió la puerta del cuarto nueve donde estaba escrito: «Sin Nombre. Ácrata. Inventor de oficios». Los recibió un hombrecillo de edad indeterminada, calvo, con espesos anteojos bajo sus largas cejas negras, mordisqueando sus labios finos y agitando unos dedos pálidos, casi azules, manchados de nicotina. Las paredes de ese cuarto estaban ocultas por pilas de libros que iban del suelo al techo. En lugar de sillas, unas enciclopedias. La mesa era también un montón de libros así como lo que debiera haber sido una cama.

–Salud, hermanos rusos, vuestra patria otrora profunda ahora gesta el nuevo error mundial: la verdad amordazada por un poder centrípeto dictando relaciones de obediencia vertical... Por suerte ustedes, parias de la historia, han caído en óptima compañía y

pertenecen desde ya a nuestra fraternidad anarquista. Pero entiéndanme bien...

Alejandro y Teresa, con los cabellos a medio erizar y los pies fríos, oían a ese ente extravagante, perdido en un barrio miserable de Santiago de Chile, el último rincón del mundo, perorar en el ruso más refinado que habían escuchado nunca... De política no sabían nada. Cuando escucharon el «entiéndanme bien» trataron de disimular sus caras de burro abriendo redondos los ojos y levantando con un índice el pabellón del oído. –No somos unos anarquistas que nos rebelamos contra Dios, la Ciencia o el Estado. Nada de eso. Aquella lucha sólo consigue para el pobre una lluvia de palos y balazos... El Estado, y a través de él, el capital, tome la forma que tome, ha ganado ya la pelea por dos o tres siglos. Nada cambiará el curso de la Era Industrial. Los gusanos han comenzado a comerse el queso y nadie los puede parar. La producción no cesará hasta el deterioro completo del planeta. Pocos sobrevivirán. En un futuro cercano los pobres tendrán quizás mejores trajes, habitación y comida, pero seguirán siendo pobres; es decir, cada vez más endeudados con el poder, si ya no pagando con sangre y pulmones, dando, en cambio, algo tan precioso como su risa, y también la inteligencia. El pobre se convertirá en un acomodado tonto grave. ¿Conclusión evidente? ¡Lo principal es sobrevivir! Que el desmoronamiento de la sociedad no nos destruya... Pero siéntense, les voy a explicar...

Como taburetes les pasó dos historias de la filosofía, una en francés y la otra en alemán. El cara de mono le dio a los niños un saco de bolitas de vidrio y los envió a jugar a la calle. Alejandro y Teresa seguían sin entender gran cosa.

–Nosotros, mano de obra, en lugar de continuar siendo explotados por los ricos, debemos descubrir cómo explotarlos a ellos, por supuesto no robándoles. Nada de eso. Tenemos que actuar donde ellos no pueden ni saben hacerlo. Ésta no es una solución de mayorías, es sólo para unos pocos piojos que tengan talento. El cerdo debe comer basura para fabricar sangre. Los piojos, sin ensuciarse, chupan la sangre del puerco. Bueno, cuando asan al animal también se queman los parásitos... por tontos. Podrían haber saltado a tiempo y pasarse a la cabeza de los carniceros. Pero vamos al grano: el poder no es creativo y los ricos se aburren. Lo tienen

todo menos a sí mismos. Y es lógico. Para encontrarse hay que soltarlo todo y ellos están por el contrario apropiándose de todo. ¿Ven?

Alejandro y Teresa, dando parpadeos, dijeron con un exagerado convencimiento:

–¡Sí, señor, vemos!

–Cualquier hombre con oficio conocido, zapatero, panadero, minero, carpintero, pintor, relojero, médico, ingeniero, etc., es presa para el Estado, quien lo explota hasta chuparle la médula. Tener un oficio normal es perder la libertad. Hay que ejercer oficios desconocidos, que no intervengan en la vida material, sino que produzcan estados de conciencia. Debemos crearles nuevas necesidades a los ricos. Para ello no necesitamos otra materia prima que la imaginación. El puerco es hábil pero tonto. De su tontera podremos vivir hasta que él llegue a la autodestrucción. Visiten por favor a mis colactáneos, les he dado actividades nuevas. Podrán sobrevivir con ellas a cualquier derrumbe de la economía mundial. Esas tales crisis sólo afectan a los pobres y a los capitalistas menores. Los pocos grandes, la flor y nata, no pierden el poder, es decir, no pierden nada. El chancho atraviesa el cambio tan campante. Mis discípulos, en esos oscuros momentos, se aferrarán más que nunca a sus cerdas...

Los rusos iban a salir, guiados por el cara de mono, que había escuchado la perorata aplaudiendo de tiempo en tiempo con manos y piel, cuando el Ácrata los detuvo.

–Hermano Alejandro, permítame preguntarle algo: me ha dicho su acompañante que usted quiere ser zapatero. ¿Es cierto?

–Así es, señor.

–No vale la pena. Es un oficio conocido. El Estado terminará explotándolo. Cuando terminen sus visitas, vuelva. Le crearé un nuevo oficio, «Endulzador de vacíos» o «Corrector de sombras», algo.

–Gracias, señor, no es necesario. Creo que, de la manera en que voy a trabajar, zapatero será un oficio nuevo.

El saltimbanqui paseó a Teresa y Alejandro por el conventillo presentándolos a los miembros de la Sociedad de Hermanos Libres. Conocieron al «Desinfectador de espejos», al «Profesor de

invisibilidad», al «Biólogo fantástico, inventor de cuerpos», al «Payaso de funerales» y muchos otros que no pudieron explicar en qué consistía su actividad porque el cara de mono, aceptando un trago en cada puerta, tambaleándose de borracho, olvidó no sólo el ruso, sino también las otras lenguas y tradujo en un idioma extraño compuesto de eructos, hipos y babeos... Al comienzo lograron por lo menos enterarse de lo que hacía el «Domador de pecas».

Era un hombre regordete, moreno, con un fuerte olor a vino como todos los otros *goys* que verían en el conventillo. Lo acompañaba una mujer de pocos dientes y ocho pequeñuelos que correteaban sin angustia por el único cuarto. El domador hacía sonar un tambor pequeño y abriendo los ojos con brillos raros ordenaba al lunar que se moviera de su sitio. Efectivamente muchas señoras deseaban tener su peca junto a la comisura de los labios o en un cachete o entre los senos o bien en lugares más secretos. Se le afirmaba a la incauta cliente que, dándole tiempo al tiempo, la mancha se desplazaría, milímetro por milímetro, hasta llegar a la meta que se le indicara. Claro que el tambor, la mirada brillante y las órdenes hipnóticas del domador no bastaban. La cliente debía también rezar con fe. Al cabo de algunas sesiones se le afirmaba rotundamente que el lunar se había desplazado ya varios milímetros. Si la señora se cansaba por el gran número de reuniones requeridas o empezaba a quejarse por la lentitud del progreso, el domador se encogía de hombros como si estuviera ofendido a muerte y respondía que la culpa no era de él sino de los rezos sin fe... Y se iba en busca de otra víctima. Nunca le faltaba una dama ingenua para obtener el pan de su numerosa prole... A veces, muy pocas, las pecas sí cambiaban de sitio. Después de visitar a sus correligionarios, Serafín, cada vez con más sed, los llevó a un cuarto, al fondo del pasaje, igual a todos pero con un letrero grande: «Bar del Corazón Contento»... Unos cincuenta *goys*, hombres y mujeres, sin zapatos, con las ropas remendadas, apretujados hasta formar un bloque sudoroso y de olor áspero compraba, con exiguas monedas, vasos de vino que un andaluz corto de altura y ancho de panza extraía de un barril pintado de rojo que era el corazón de la pieza. Con pericia de navegante, el casi mono se deslizó entre esa ola de carne y volvió, saltando sobre el pie derecho, con tres copas llenas, dos en las manos y la tercera cogida por el pie izquierdo. Se

bebió la de la extremidad inferior y ofreció las dos de las extremidades superiores a sus rusos. Alejandro inmediatamente hizo un gesto de negación. Ciertos principios religiosos le impedían beber en un bar. Los cincuenta *goys* pusieron cara de ofendidos y uno de ellos insistió:

–No nos haga un desprecio, compadre... Presintiendo que se anunciaba una tempestad, Teresa alzó su copa y de un trago la vació hasta la última gota. El bloque de cuerpos aprobó con un alegre gruñido. El Rebe aconsejó a mi abuelo:

–Mira, Alejandro, Hillel el Sabio dijo: «Entre los vestidos anda vestido y entre los desnudos anda desnudo». El vino para ellos es una forma de comunión. No creo que puedas negarte. Quizás te maten. Bebe y aplica el proverbio «Puesto que pecas, por lo menos chúpate los bigotes».

Entonces Alejandro tomó el vino y con placer lo tragó. Le dieron cinco tiritones y un ardor terco lo acosó de la garganta al estómago. Se puso a toser. Risa general. Aplausos. El cara de mono volvió con tres copas más. Y los «Bebamos por la felicidad» duraron horas. Mis abuelos, sobados, estrujados, acabaron formando parte del bloque humano, tarareando tonadas chilenas, entre ataques de risa y vómitos. La fiesta se acabó cuando el tonel de vino quedó seco. Despertaron al día siguiente, tirados en el suelo de cemento de su exiguo albergue con la lengua pastosa y un tremendo dolor de cráneo. La nueva vida había comenzado. Los niños tenían hambre.

Pasaron cinco años donde Alejandro fue zapatero y Teresa sibila. Madama Ochichornia salió en giras de tres o siete días, a veces quince, y regresó siempre con una amplia sonrisa y un canasto lleno de huevos, pollos, panes amasados, frutas, verduras, dulces y otros víveres amén de algunos buenos pesos. Gracias a la veneración del cara de mono que no cesaba de verla como ídolo, aprendió bastante bien el español, guardando eso sí su acento ruso para mejor impresionar al público. Las pulgas predecían el futuro con increíble precisión y cuando llegaban a los pueblitos, precedidos ya de cierta fama, los pobres hacían cola para consultar casi siempre las mismas cosas: ¿Fulano me ama de verdad? ¿Me equivoqué al elegir esa mujer? ¿Volverá mi cariño perdido? ¿Me curaré de esta enfermedad? ¿Encontraré un mejor trabajo? ¿Qué me reserva de

bueno la vida? Benjamín, Jaime, Fanny y Lola la sentían llegar por el ruido de los cascabeles de Blanco y Negro y corrían calle arriba gritando alborozados para recibirla. También ellos ya hablaban español porque iban a la Escuela Pública que estaba obligada, aparte de la instrucción, a darles un desayuno gratis. En cambio Alejandro sólo había podido aprender una palabra del nuevo idioma: «miércoles». Cada vez que un cliente le preguntaba «¿Cuándo estarán listos mis zapatos?», él respondía: «miércoles». «¿Cuánto cuesta la reparación?», «miércoles»... «¿Hacebuen tiempo, no?», «miércoles»... Pero si no estaba dotado para las lenguas, como zapatero poseía cualidades más que brillantes.

Rechazó la proposición del Ácrata y no endulzó vacíos ni corrigió sombras, pero le propuso, en cambio, desarrollar su afición zapatera de otra manera que la común, es decir, confeccionando un calzado de medida no sólo al servicio de los pies sino del alma. Y también sin un precio fijo. «Que cada cliente pague lo que quiera o pueda. Eso lo obligará a tener una actitud moral, elegir entre dar lo mínimo, lo correcto o lo máximo, que le servirá para conocerse a sí mismo...» Al Ácrata le gustaron estas ideas y otorgó a mi abuelo el título de «Zapaterólogo».

Alejandro fue al basurero de la ciudad y recogió cuanto pedazo de cuero y tela gruesa pudo encontrar. También pieles de ratas, gatos, perros. Y trozos de palo y tablas. Esos serían sus materiales para crear modelos o hacer reparaciones... Se tendió a meditar, de regreso a su cuartucho, y dejó desfilar las botas y zapatones que lustrara en el ejército durante doscientas sesenta semanas. Vio cómo estaban hechos y analizó sus partes. Primero que nada una suela, plataforma portátil, sostén protector que debía hacerse invisible para que la planta del pie sintiera su existencia como una segunda piel, segura, invulnerable, sensible y sobre todo llena de amor. Suelas como madres pariendo cada paso con voluntad férrea, dando la total esperanza de llegar donde se quiere, productoras constantes del camino, suelas patrias... ¿Y el talón? Debe sostener recio, inspirar confianza absoluta, ser un muro que corta del pasado y ubica el paso en plena realidad, el resplandeciente ahora, dejando que el tacón soberbio conquiste el sitio, penetre, tome plena posesión, se haga centro del estallido alegre de la vida. Pero al mismo tiempo sin hacerlo duro, tajante, sino tan delicado como

poderoso, no sólo impulsando el pie hacia adelante, el futuro, mas también absorbiendo el empuje oceánico del pasado... ¿Y las puntas? Deben ser finas sin dañar los preciosos dedos, para que penetren con la mayor facilidad en el mañana, lo que nos espera adelante, que es siempre un premio, porque el fin de todos los caminos es Dios y no la muerte, que es sólo una transformación... Que cada paso que den con mis zapatos los lleve a su felicidad, benditos sean...

Sus primeros clientes fueron pobres diablos que venían por una compostura. Alejandro aceptaba los encargos, por humildes que fueran, y de esos amasijos de parches hacía escarpines lujosos. Poco a poco llegaron compradores de la clase media y al fin, con aires de vivir una aventura exótica, aparecieron damas y caballeros de la aristocracia. Alejandro tuvo que buscar ayudantes. Los eligió en el mismo conventillo, así trabajaban sin tener que salir de sus cuartos. Todo aquel que no tenía trabajo podía participar en la confección de un calzado enteramente hecho a mano, cosido y pegado, nada de clavos, y con materiales simples pero nobles...

Mi abuelo juró nunca utilizar una de esas impersonales máquinas. Cada par de zapatos debía ser una obra realizada con amor y completamente diferente de los otros. Un hombre tiene huellas digitales que le pertenecen, únicas en el universo, así deben ser sus zapatos, para él y nadie más. El dinero recibido –«¿Cuánto cuestan?» «Lo que sea su buena voluntad»– lo repartía en partes iguales entre él y sus obreros. Recibía, a pesar de trabajar un número impresionante de horas cada día creando los modelos, tanto como el más humilde de los ayudantes, aquel que preparaba los moldes en cartón. Al final llegó a tener más de cien socios obreros laborando con sonrisas en los labios.

Teresa, cada vez que volvía de una gira, con turbantes más barrocos, más anillos, pulseras y collares; más rímel en los ojos y con las uñas largas pintadas de violeta, se ponía furiosa. «¡Esto es estúpido! Hay algo que no funciona bien en tu cabeza. Ese maldito Rebe debe ser la causa. ¿Cómo es posible que tengas un aumento constante de clientes, que cien personas trabajen para ti y que ganes siempre lo mismo: una miseria? Cinco años han pasado y aún no te enriqueces. Los ricos te explotan, es divertido para ellos pagarte menos que una limosna, no te ven como santo sino como estúpido.

¡No hay derecho! Tengo que extenuar a mis pulgas haciéndolas ver el porvenir sin esperanza de miles de indigentes para que, entre lo que yo gano y lo que tú nos das, podamos vivir de manera apenas diferente de la miseria... Sigues tratando de hacer méritos ante los ojos despiadados del Gran Canalla. Por querer ser un justo no gozas de la vida. Nos has metido a todos en tu tumba mística. ¡Dios sólo ama a los muertos! ¡Tienes que volver a la realidad!». Mi abuelo sonreía, besaba en la frente a su mujer y continuaba soñando despierto en cómo mejorar sus obras. ¡Ahora buscaba la fórmula que le permitiera fabricar zapatos que al marchar rezaran!

De pronto apareció el Chato Eremberg, el primer judío que mi abuelo viera en todos esos años. Era verdaderamente repulsivo, con una cabeza enorme, piernas cortas, torso largo, sin cuello, panzón, peludo, con un ojo café y el otro verde. Agitaba su muñeca para mostrar un reloj de oro que parecía despertador, creyéndose, gracias a eso, muy atractivo para las mujeres. Se pavoneaba delante de las obreras como si a un tronido de sus dedos fueran a dejar caer las suelas para abalanzarse hacia su bragueta... Llegó por curiosidad –unos amigos le habían hablado del loco que trabajaba por lo que le dieran–, para hacerse un par de botines. Cuando los recibió, ofreció diez veces menos de lo que valían. Alejandro lo miró con sus ojos ardientes y sólo le dijo, indicando hacia los cuartos de sus ayudantes, «Gracias por ellos». Eremberg, sorprendido, avergonzado, dio unos pesos más, tartamudeando «Para la propina», y luego estalló, vociferando en yiddish:

–¡Pero, por favor, don Alejandro! Mis amigos me dijeron que usted estaba loco y tenían razón. ¿Qué significa esto? ¡Cuando divide lo que gana, todos, hasta el mocoso que limpia los hoyos que sirven de excusados, reciben lo mismo que usted! ¿Es ésa una conducta digna de un judío? Porque usted es tan ruso como yo soy polaco. ¡Fuera caretas! ¡Me parece que ha tomado a los *goys* por jasids y confunde degeneración con santidad! Un verdadero fabricante fija precios altos y salarios bajos... ¡Estamos en la Era Industrial, mi amigo! Se abren grandes oportunidades para la clase media. En este país de flojos, nosotros los extranjeros podemos hacer fortuna. La mano de obra no cuesta casi nada. Estos analfabetos no tienen sindicatos ni garantías sociales. Los militares nos protegen. Si se declaran en huelga, basta darles bastonazos. Ya

ve lo que pasó en María Elena, quisieron amotinarse y se les aplastó como a mojones. Además, se puede poner una tienda al lado de la fábrica y pagarles con fichas, de esta manera se verán obligados a gastar lo que ganan con nosotros, a los precios que queramos. La situación es ideal. ¡Aproveche, don Alejandro! Con el talento artístico que usted tiene y con mi habilidad para los negocios podemos hacernos millonarios. Si nos hacemos socios, Dios no necesitará ayudarnos...

Alejandro sonreía, no decía ni sí ni no, continuaba trabajando y de pronto susurraba con dulzura, emocionado de volver a emplear el yiddish:

–Hablaremos de esto un miércoles, señor Eremberg, tengo que pensarlo...

El Chato se encogía de hombros. Era evidente que mi abuelo, absorbido como estaba en inventar un modelo distinto para cada cliente, no lo iba a pensar jamás. Sin embargo, una vez por semana, volvía a la carga.

Todo parecía haber entrado en un ritmo invariable, eterno, cuando llegó la carta. La trajo un niño vago al que le habían dado un huevo duro para que la depositara en manos de Alejandro. Aunque el zapaterólogo no sabía leer ni escribir, reconoció la letra de Teresa que había aprendido a hacerlo con el cara de mono. Era voluminosa, importante, seguro; si no, ¿por qué se daría ese trabajo su mujer? Un presentimiento doloroso le oprimió el pecho y dejando caer las herramientas corrió donde el Ácrata para que se la leyera. El profesor recorrió con la mirada los papeles en un par de segundos –leía a velocidad vertiginosa–, movió con pena su cabeza calva, hizo sonar la campana que llamaba a reunión y arrastró a Alejandro hacia el bar. En «El Corazón Contento» lo esperaban los Hermanos Libres formando un bloque alrededor del tonel de vino. «Compañeros», dijo el Ácrata, «éste es un momento delicado en la vida de un varón. Veremos desmoronarse lo que cree ser, su personalidad rutinaria, y aparecer el otro, el que va oculto debajo de la piel, el hombre hecho de corazón que sólo se despierta si lo dañan casi mortalmente. Ustedes no comprenderán lo que yo lea

porque se lo voy a traducir al ruso –su esposa ya domina el español; las hembras aprenden los idiomas por una especie de ósmosis, en cambio nosotros, pobres machos, tenemos nada más el torpe intelecto para esos menesteres–, pero, viendo las reacciones faciales de este amigo, al que tenemos que compadecer profundamente –la herida que causa una mujer es más dolorosa y profunda que un tajo de sable–, se darán cuenta de lo que se trata». Y continuó en ruso: «Estimado don Alejandro, no beba vino, tome esta botella de pisco y vaya vaciándola. Para soportar la carta tendrá que estar bien borracho. Sí, ya sé, sus creencias le impiden beber aquí. Hoy haga una excepción o se nos muere. ¡Venga, una copa! ¡Salud! Empiezo mi traducción:

Marido, te conozco. Mucho te sorprendió recibir carta mía. Claro, si en persona nunca hablamos más de tres o cuatro frases sobre el dinero, los niños o tus zapatos, ¿qué te puedo decir por escrito? Has pensado que era algo terrible y corriste donde el Ácrata. Ahora estás escuchando la traducción. Al cabo de unos momentos me pedirás piedad, no podré dártela. Te lo tengo que decir de golpe, aunque no lo creas y te hagas repetir varias veces la lectura de esta línea: Serafín y yo nos hemos enamorado, ya soy su amante. Es un sentimiento tan intenso que no puedo seguir viviendo contigo ni con los niños. Ustedes representan mi pasado, una época que ahora veo hundida en las tinieblas. Creí amarte pero era sólo una necesidad animal, deseos del miembro de un hombre, de tener hijos, instintos parecidos al de las vacas. Nos unimos, nunca nos vimos. Yo engordando, acumulando frustraciones, luchando en cada uno de los acoplamientos por estallar en forma de cataclismo, feroz, sin ningún refinamiento. Ni tú ni yo supimos acariciar, ser tiernos, fundirnos el uno en el otro. Tú en lo tuyo, el Rebe, Dios, la fábrica de calzado; yo en lo mío, el pan, la casa, el excremento, el odio a la Creación; separados. No conociste lo que yo era, lo que llevaba dentro; viste una santa rumiante en medio de un hogar que era tumba no templo; dejaste que me aburriera, no te importaron mis sueños, nada. Nos comportamos como primitivos, simples, monocordes; perdimos la sal de la vida, el goce tierno. Yo me estaba secando. La felicidad que no tenía inflaba mi cuerpo. A veces miraba a otros hombres como si fueran frutos maravillosos pero

prohibidos... Culpable, hipnotizada, me ahogaba en ti, en tu vacío, tu brutalidad de analfabeto inconsciente aceptando sin dudar el sacrificio de los mejores años de mi juventud. Te buscaba los ojos con los míos para que viviéramos otra cosa, una unión fuera de este mundo, pero no, sólo sabías poseerme con la furia y la prepotencia que te enseñó Jehová. Todo lo que podías imaginar era proporcionarme un monstruoso orgasmo y allí ibas dando caderazos, buenos para partir rocas pero no para enamorar a una mujer. Fuiste insensible y torpe. Yo no me daba cuenta porque no tenía experiencia ni posibilidad de comparación. Sumida en la miseria, aquella que nos proporcionó tu locura de ser un justo, ¿qué esperanza me quedaba? Pero el milagro, no divino sino humano, existe. El amor es un milagro... que tú no pudiste ver por estar únicamente preocupado de ti mismo. Me pusiste a tu servicio, así como lo hiciera tu padre con su esposa y el padre de tu padre, obedeciendo al Gran Canalla que niega sobre todo el mágico placer de la carne. Es cierto que en mi estado animal creí quererte, pero de Serafín me enamoré como un ser humano. Eso es algo grandioso que no sabes conocer... No creas que no fui sincera, que te engañé. Cuánto hubiera querido serte fiel hasta la muerte para que no sufrieras como sé que en este instante estás sufriendo. Mas contra la naturaleza no se puede luchar. Sucedió de golpe, sin premeditación, una catástrofe tan grande como el terremoto. Serafín, cuando nos recogió en Valparaíso, ¿recuerdas?, miró mis senos y yo me puse roja. Sin darme cuenta, en sus ojos ardientes reconocí mis deseos contenidos. Su mirada me llegó hasta los ovarios y mi sexo se llenó de agua. Yo no quería, de ninguna manera, que me pasara eso, sobre todo con un ser tan feo. Con gran esfuerzo me hice seca y rechacé a esa hembra desconocida que se apoderaba de mi vagina. Pero un momento más tarde, cuando alimentaba a mis pulgas, me acometió un deseo intenso de mostrarme desnuda ante él. Lo sentía temblar a la aparición de cada centímetro de mi piel y su emoción incontenible me hacía vibrar las células, hervir la sangre. Tú, oscuramente, te diste cuenta de que yo estaba en celo y me poseíste con la fuerza de la desesperación, porque sin saberlo ya me sentías perdida para siempre. Y me robaste un orgasmo que debió ser para él y no para ti. Ese placer me dolió como si me hubieras arrancado una muela. Me creí loca, me convencí a mí misma de que el

terremoto había afectado a mis nervios y no dije nada porque lo de Serafín me pareció absurdo, vergonzoso. Volví a ser lo que había sido siempre, una madre sumergida en la seca realidad familiar. Continué acumulando grasa para contener con ese escudo inerte la desesperación que me quemaba por dentro. Sin amor, mis ojos estaban desiertos, mis oídos marchitos, mi tacto áspero, el aire era venenoso y cada nuevo día un puente negro que atravesar montada en una yegua ciega. Las giras con Serafín me calmaron un poco, pero no queríamos reconocer la atracción mutua que nos hería. Él, sintiéndose indigno de ser amado, se ponía a mi servicio, humilde, vulnerable, triste, con una delicada actitud de monstruo. Yo estaba convencida de que él era el hombre más feo que había visto en mi vida... Hace una semana dimos una función en la mina de carbón de Lota. Los mineros quisieron que bajáramos a los túneles profundos para que la risa y el saber habitaran por una vez en ese mundo sombrío. Serafín actuó como nunca usando también la prestidigitación: fue un nuevo rey Midas que todo lo que tocaba lo convertía en plátano. Sentí que estaba diciendo: “Todo es alimento, hasta el dolor”. Luego yo leí sólo amables predicciones dando a cada uno de esos topos la promesa del aire y de la luz. Nos quisieron mucho y como muestra de amistad nos colocaron sus gorros metálicos y nos embadurnaron la cara con hollín. De regreso, en el carromato, Serafín me miró, tuvo convulsiones y cayó de rodillas ante mí, murmurando: “La Virgen de la noche”. Le acaricié su peluda nuca. Gateó como un niño y se instaló entre mis tetas. Sollozante, me pidió: “Haz el milagro, dame tu leche santa”. Y, cosa increíble, conmovidos por la dulzura infinita de su voz, mis senos comenzaron a manar bañando su cuerpo con el jugo blanco. Luego lloré. Lengüeteando mis lágrimas murmuró: “La Virgen de las nieves”. Entonces de mi frente brotó sangre, como si me estuvieran clavando una corona de espinas. Dijo en trance: “La Virgen del alba”. La luna llena nos volvió plateados. “Eres mía, mírame por primera vez”, rogó y yo, ebria, con el corazón casi saliéndoseme por la boca posé mis ojos en él. Y de pronto los prejuicios se esfumaron, lo vi de verdad y me di cuenta de su hermosura sublime. Si Serafín es comparado con los otros hombres y se le aplican los viejos cánones de belleza, es un monstruo. Pero si se le abstrae del medio y se le ve aislado, sin referencias, en sí mismo, es un ser perfecto.

Sus ojos profundos poseen una bondad angelical, sus rasgos bien delineados conmueven el alma, su carne musculosa y su pelambre de seda son infinitamente agradables al tacto, su aliento es dulce y muy perfumado cuando se despierta, sus movimientos tienen la gracia de la danza, cada palabra que dice entra en mi cerebro con el esplendor de una joya, en realidad nunca habla porque su voz canta... Cuando sintió el calor de mi mirada, se despojó del traje de payaso y me mostró su cuerpo entero, una escultura viviente. En medio del arrobo que me producía esa desnudez, estiré las manos y dejé que su sexo reposara en mis palmas húmedas. Estaba acostumbrada a tu miembro voluminoso, duro, insensible, de arrogante cabeza desnuda. El pene de Serafín era pálido, delgado, suave y, sobre todo, completo. Su tierno prepucio le daba un secreto sensual, una modestia unida a un atractivo poderoso, en fin, la tranquila normalidad animal, sin el cuchillazo de la religión, sin ningún compromiso con Dios. Cuando tú me penetrabas venía Jehová contigo. Él había ordenado que te cortaran un pedazo para apropiarse de tus placeres. Besé esa piel con deleite, con fervor y le ofrecí todas las aberturas de mi cuerpo. No sólo mi concha lo ansiaba sino también mi boca, mi ano, mis orejas, mi ombligo, mis poros, mi alma. Lo conduje hacia mí así como una madre guía a su niño y lentamente él, que nunca había conocido mujer, me ofrendó su celestial pureza. Ninguna brutalidad, ningún apuro, ternura, sensualidad, respeto... Cuando estuvo entero dentro de mí, se convirtió en el único interés de mi vida. Serafín dejó de moverse, de buscar el frote placentero, la descarga final y, mirándome fijo en los ojos, embriagándome con su aliento, comenzó a hablar. Su voz, la más delicada que había oído en mi vida, me reveló los sentimientos que ocultara desde el instante en que enrojecí por vez primera. Escuchándolo así colmada lo amé tanto que pude tolerar, más aún, aceptar que nos uniera a Dios. Sí, aunque te cueste creerlo, gracias a él, al placer encantador que me daba, perdoné al Gran Canalla por haber permitido la existencia del amor. Serafín me dijo, nunca olvidaré sus palabras: “No hay límites entre tú y yo, nuestros principios claroscuros se entrelazan, danzan en el océano eterno. Somos dos gritos afinados musicalmente que surgen como una alhaja de esta muerte que no es más que otro antifaz de Dios. Tú y yo somos la alegría, manifestada en materia, de la Divinidad. Entre

nosotros existe la confianza, el logro de lo sagrado, el advenimiento de la esperanza y la eclosión de la fe. Somos la mano izquierda y derecha de la gran obra que es la unificación del mundo y la ofrenda del perdón. A través de nuestro placer, Dios se complace en manifestar su amor. Somos el camino convertido en luz. Somos dos soledades que avanzan perfectamente enlazadas. Nuestro placer es un santuario". Y me besó y su boca fue dulce y comencé una cadena de orgasmos, cada vez mayores, como ondas recorriéndome desde el comienzo hasta el fin de los tiempos. Cien veces estallé, sin culpa, sin remordimientos, olvidada de todo menos de él. Reímos a carcajadas, gemimos, gritamos, lloramos de alegría... Desde entonces no hemos cesado de acoplarnos, a toda hora, en cualquier sitio, incontables veces, siempre distintas... Cuando su miembro no está sumergido en mi sexo, me siento incompleta. Somos dos hogueras que brillarán años. Queremos viajar, conocer América, Argentina, Perú, qué sé yo. Poco necesitamos para vivir y el milagro es continuo. Ahora amo la tierra, el cielo, los amaneceres en sus brazos, el sabor del aire, las plantas y hasta los seres humanos. Quiero ir a fiestas, divertirme, fumar un cigarrillo, estar presente. Cada día pierdo medio kilo. Serafín me quiere ágil y delgada, lo voy a satisfacer... Adiós para siempre, pobre Alejandro. Lamento que nunca hayas sabido amar... No me busques, porque la Teresa que conocías ahora no existe. Piensa que he muerto. Los niños ya no me necesitan. Que crezcan, que descubran...

Firmado: Teresa de Serafín.»

Durante la lectura de la carta que el Ácrata tradujo con una voz llena de compasión, a mi abuelo, contraído por el dolor, se le quebraron tres costillas, sonando como tiros de fusil. A sus lágrimas sin sollozos se mezcló una saliva ensangrentada. El bar, lleno de compañeros apretujados alrededor del «ruso» para sostenerlo cuando las rodillas le flaqueaban, parecía silencioso a pesar de la respiración honda, de toro herido, de mi abuelo y del murmullo suave de la voz del sabio. Esos pobres comprendían el dolor y con respeto piadoso asistían a la demolición de un corazón. El vino corría por sus gargantas borboteando como un manantial. El Domador de pecas, para endulzar el ambiente, se puso a silbar imitando a un canario. Sin cesar, para que resistiera tamañas

revelaciones, le daban al zapaterólogo grandes vasos de pisco. El suelo comenzó a valsear, las paredes se hicieron permeables y dejaron entrar el ruido del mundo, risas de niños, comadreos de mujeres, vehículos destartalados, gritos de vendedores ambulantes. Allí dentro, un marido agonizaba, afuera, la ciudad continuaba su marcha indiferente. Uno se puso a cantar, otro a tamborilear en el tonel, el bloque entero comenzó a bailar, estalló la fiesta. De abrazo en abrazo se pasaban a la víctima embrutecida que besaba a los hombres como si fueran sus parientes, buscando manos que lo estrujaran para no deshacerse en un río amargo que desembocaría en la muerte. Vomitó a chorros, sangre y pisco, y cayó desmayado. Le abrieron la boca con una cuchara y le vaciaron media botella más en la garganta. Estuvo siete días ebrio. Visitó uno por uno los cuartos del conventillo y abrazó a cada familia, viejos, niños, hombres, mujeres, gatos... Le permitían hacerlo, sonriendo, porque allí el borracho con mal de amores era sagrado. Destrozó su ropa y desnudo insultó a la luna. Correteó a cuatro patas con los perros vagos. Lanzó todos sus zapatos a una acequia y lloró, lloró, lloró.

Cuando se le pasó la borrachera, se encontró en medio de su cuarto con los muebles fabricados por Teresa convertidos en un montón de tablas quebradas. Tenía la boca amarga, no por efecto del trago, sino por la tristeza. Una tristeza que se le aferraba al interior del pecho como un cangrejo sombrío. Las imágenes de la carta lo perseguían, zumbaban en su cerebro, el sexo de su mujer recibiendo un falo de goy, toda húmeda, dando gritos de felicidad, tragando semen, con las piernas abiertas, ofrecida, lamiendo, pujando, olvidándolo en el goce de ser penetrada hasta el fondo por otro, más joven, más bello, más inteligente, más hábil. Ella, Teresa, tan buena, capaz de otorgar un cariño honesto, caricias puras, regalando su vida a un monstruo, dándole a ése lo que a él nunca le dio... ¡Ay, qué lanzazo, qué golpe tan grande...! La consideraba culpable, después inocente, luego se golpeaba la cabeza, por mi culpa, no supe ni siquiera besarla entregándome al licor de sus labios, no le di mi alma entera, preferí otorgársela a Dios, no la acaricié, no le ofrecí su sitio de reina total, no pegué mi boca a su sexo como simuriera de sed, la hice girar alrededor demí, la sumergí en el deber, la aburrí, le di por hogar un témpano, la poseía empujones de chivo, escupí en su vientre mi esperma, no

temblamos de emoción ante ningún paisaje, no sacrificamos el sueño para estar desvelados en la noche, conversando de nada, pero oliéndonos la piel y mirándonos a los ojos. La he perdido. Y ahora que no está, sé por fin cuánto la quería. Sentiré toda la vida su ausencia. Amo su vacío, donde ella falta es ahora mi sitio. Se acabó la luz...

Perdió el apetito. Comía apenas un trozo de queso y una lechuga al día. Se le curvó la espalda, empezó a nadar dentro de su traje. Trató de odiarla pero no pudo. Quiso entonces odiar al cara de mono. Tampoco pudo. Ese inocente, tan huérfano como él, no era culpable. En el amor ardiente no hay culpables; es un regalo de Dios. Trató de estar feliz, pensando en la dicha de Teresa, cada día copulando con un ser al que encontraba tan bello, gozando por fin de la vida... pero el cangrejo sombrío le oprimió el pecho con sus pinzas. Se dejó caer entre los escombros del cuarto decidido a no moverse de ahí hasta morir. Los anarquistas golpeaban a su puerta. Gritaba «¡Nada!» y no les abría. Venían los obreros zapateros. «¡Nada!» Sus cuatro hijos. «¡Nada!» Esa pena, esa humillación, porque humillación era, a tal punto que le dolía el falo como si le hubieran dado un tajo, no se le pasaría nunca. Nada lo ataba a la vida. «¡Nada!»

El único que logró penetrar en ese cuarto convertido en fortaleza fue el Rebe. Se plantó en medio de la mente de Alejandro y por más que éste se retorció, insultó y vomitó insultos, de ahí no se movió, esperando que el agotamiento lo paralizara para lograr hacerse oír...

–Amigo, conozco tu organismo. Esta desgracia te ha deteriorado el corazón y pronto, como lo estás queriendo, vas a morir. Pero antes, tienes que ponerte bien con Dios. Tu dolor lo ofende porque Él, bendito sea, sabe lo que hace y sus designios son misteriosos. Has olvidado que eres judío. Antes de desaparecer tienes que volver al seno de la comunidad, que te rechazó a causa de tu esposa. Te hiciste *goy*, y mira lo que te ha pasado... Debes, como penitencia, dejar inscrito tu nombre entre los benefactores de nuestra raza... Mientras estabas ebrio fui a echar un vistazo a la sinagoga. Figúrate que en esta ciudad rezan sin tener una Tora auténtica, en piel, copiada a mano, enrollada en un lujoso estuche. ¡Qué tragedia, una colonia judía sin su Libro Santo! Olvida tu dolor, ve a Argentina y

trae una verdadera Biblia... Después, muere si quieres. Tu vida habrá servido para algo.

¿Argentina? Tendría que atravesar la enorme cordillera de los Andes, ida y vuelta, cargando los rollos en una mula. Se levantó. Su cuerpo entero, su ser, pedía una excusa para seguir viviendo, para llenar el vacío universal dejado por Teresa. El Rebe tenía razón. Le demostraría a todos que servía para algo. Cumpliendo esa gran obra recuperaría la dignidad. Quizás su mujer se enteraría de su acto heroico y lo admiraría un poco... ¡No! ¡Basta! No debo darme esperanzas, agravan mi dolor. Tengo que volver a la realidad, aceptar la ruptura y cumplir ese acto, sólo para mí y para Dios.

Salió de la pieza, se sentó frente a su banco de zapatero y, sin reaccionar ante el regocijo de sus obreros, se puso a trabajar. Haría un par de botas forradas en piel de oveja para el frío de la noche. Nunca más iba a dormir. La tristeza del abandono, la pena de imaginar a su mujer en los brazos de otro, le cortó esa capacidad. El sueño desapareció para siempre y estar en vigilia se hizo borroso, igual a vivir dormido. Cuando terminó las botas, después de treinta horas de laborar sin cesar, tenía ojeras púrpuras y sus ojos hundidos parecían velados, estaban y no estaban en el momento, el dolor de existir los encerraba en sí mismos, cárceles ambulantes, porque la menor huella de Teresa se les clavaba en las pupilas que ardían como llagas.

Llamó al Chato Eremberg y firmó con él un contrato en español sin entender una palabra de lo escrito. El Chato le aseguró que todo estaba en regla. Los judíos entre sí podían tenerse confianza. Él se ocuparía de la organización, de cobrar y repartir el dinero como de costumbre. Alejandro le dejaría una colección de modelos y las direcciones de su clientela. De los niños no debía preocuparse. Una amiga suya podía cuidarlos...

Mi abuelo le pidió al fabricante de empanadas que le regalara las pieles de perro que escondía. Con ellas se hizo un abrigo largo. Provisto sólo de un báculo y sin un centavo –los pocos ahorros que tenía se los confió a Eremberg para que los entregara a los mellizos en caso de un accidente fatal–, partió hacia Viña del Mar con la intención de seguir a Quillota, Llay-Llay, Río Blanco, Portillo, el Paso del Bermejo, atravesar la cordillera de los Andes y continuar por el extenso valle argentino hasta Mendoza y, de allí, llegar a

Buenos Aires... ¿Serían dos mil kilómetros a pie? No lo sabía ni le importaba. ¿Cuánto demoraría? Ya no tenía más tiempo, se le había escapado, vivía fuera de él.

Recorrió largas distancias alimentándose con las moras que crecían al borde del camino. Encontró también granadas, higos y manzanas. Algunas carretelas lo llevaron cortos trechos pero su figura estrafalaria infundió miedo y los campesinos prefirieron eludir su compañía. Muchos niños lo persiguieron lanzándole piedras, otros le dieron agua y huevos de gallina recién puestos. Caminaba de día, caminaba de noche, oyendo cada vez con más claridad los latidos de su corazón. ¡Cuánto le dolía! Trataba de no pensar en ella pero como una avispa cruel lo perseguía para mostrarle imágenes insoportables y darle con su aguijón. La saliva de otro hombre en su boca. Ayúdame Dios. Esperma blanco, espeso de pasión, regando su vulva. Ayúdame Dios. Ella comparando la belleza de los dientes del otro con los suyos, amarillos y carcomidos. Ayúdame Dios. Ella durmiendo extenuada, saciada, con los testículos de su amante en la mano. Ayúdame Dios. Ella, entregada, corriendo detrás de él como un corderito tras su madre. Ayúdame Dios. Marchar. Marchar. Tratar de olvidar.

Sucio, barbudo, cubierto de polvo, iba convirtiéndose en espectro. Para que los carabineros no lo detuvieran, caminaba por las sombras, agazapado, febril. Tomó, por fin, el camino hacia la cordillera. No encontrando frutos silvestres para calmar las cornadas del hambre, comió mariposas, moscas, hormigas, gusanos, escarabajos, arañas. El cielo se cubrió de nubes y la noche se hizo oscura. Sin ver casi nada avanzó a tientas buscando las subidas. Cuando apareció la luna llena se encontró en medio de las montañas nevadas. El viento soplaba insidioso. Piedras y más piedras. Nada parecía vivir allí, aparte del frío. Las botas forradas y el abrigo de piel de perro no bastaban para preservarlo. Hubiera muerto congelado pero esa hoguera de celos que ardía en su vientre lo salvó. Aunque le era imposible odiarla –ella tenía la razón–, había en su corazón furia y pena, incesante manantial de aflicción que se transformaba en fiebre. Siguió avanzando, contra la escarcha, el viento, la nieve, las lluvias heladas del alba; contra el intenso dolor de sus piernas que, de todas maneras, era menor que el de su alma... Perdió el camino. Días más tarde, con el vientre

vacío y la garganta seca, cayó entre unas rocas, muriendo de inanición. Llamó al Rebe.

–Tú me metiste en esto. Quiero terminar lo que he comenzado. Haz un milagro.

–Hay un solo milagro, Alejandro. ¡El milagro de la fe! No cejes. Confía hasta el último. Mientras te quede un hilo de vida, hay esperanza. Insiste. Si respiras es que Dios te está ayudando...

Alejandro sonrió con amargura. «Sí, Dios me está ayudando...» Se oyeron pasos de animales y ladridos. Tres enormes perros salvajes se precipitaban hacia él, saltando entre las rocas, con los colmillos descubiertos, prestos a destrozarlo. El Rebe lanzó una risilla considerando la situación embarazosa, repitió «¡Ten fe!» y huyó a los entremundos. A mi abuelo le dio una rabia inmensa. El ataque de las fieras vino a colmar el vaso. Lo estaban acosando demasiado, le habían quitado todo, revolcado, castrado, hundido en la fosa y ahora, para terminar, se lo iban a comer los perros. ¿Y por qué no? ¿Acaso merecía una muerte digna, él, despreciable nulidad, incapaz de hacerse amar de la propia madre de sus hijos? No valía más que un can y como tal se iba a comportar. Ya las bestias, dando dentelladas, estaban llegando junto a él. Se puso de pronto a cuatro patas, mostró los dientes y agitándose como un animal salvaje lanzó aullidos atronadores, con tanta ira que el eco, al multiplicarlos, provocó a lo lejos un alud. Los tres perros, sorprendidos, se detuvieron y, con los pelos erizados, se quedaron mirándolo, gruñendo. El zapatero, enloquecido, volvió a ladrar y se abalanzó hacia ellos con sed de sangre. Quería abrirles el vientre a mordiscos y arrancarles las tripas, no a ellos, sino a través de ellos a Dios. Los canes retrocedieron. Los llamó sollozando, los persiguió un kilómetro, quería morir quitándoles la vida, quería mostrarle al Supremo en qué su crueldad lo había convertido. Las bestias se perdieron saltando entre los riscos. Mi abuelo se sentó en el sendero pedregoso y hundió su rostro barbudo entre las manos, avergonzado de ese odio al Hacedor. Cuando su respiración se calmó y el silencio de las montañas le reveló cuán amarga era su infinita soledad, algo le frotó las piernas. Eran los tres perros que habían regresado para aceptarlo como amo. Movían las colas, lo lamían, lo festejaban esperando humildes una caricia. «¡Milagro!», gritó jubiloso el Rebe, «¡los llamaremos Kether, Hokhmah y Binah, como los tres primeros

sefirotes del Árbol de la Vida!». Alejandro lanzó un gruñido. El caucasiano, con la cabeza gacha, regresó a su escondite astral. «Los llamaré Alegría, Tristeza e Indiferencia», dijo mi abuelo y, agotado, apenas pudo darles una caricia en el lomo. Durmió profundamente, como no lo había hecho durante semanas. Cuando despertó, allí estaban los perros, se diría que sonriendo, y junto a sus pies, una gran liebre muerta. Con una piedra filosa la descueró, la dividió en cuatro trozos y compartió el festín de carne cruda con sus nuevos amigos. Después que devoraron hasta los huesos, fueron a lamer nieve en un picacho. Alejandro continuó su marcha. Alegría, Tristeza e Indiferencia se encargaron de alimentarlo y, de vez en cuando, tras mucho gemir, lo obligaron a descansar protegiéndolo con el calor de sus cuerpos mientras él velaba y ellos dormían. Para ahuyentar las imágenes de Teresa –a quien veía de más en más enamorada del cara de mono, oliéndole los sobacos, tragando litros de semen, dejándose poseer por el ano, mirando el reflejo de las estrellas en sus ojos–, comenzó a rezar usando el ritmo de los latidos de su corazón. «Soy-de-ti... Ten-piedad-de-mí...» Desde ese momento no cesó de repetir estas palabras las veinticuatro horas del día. El dolor continuó allí, agazapado entre sus costillas, pero ya no le molestó tanto.

Una noche se encontró con un grupo de hombres montados en mulas. Tenían machetes en el cinturón y fusiles en las monturas. Uno se apeó para palparlo. Quiso quitarle el abrigo y las botas pero el olor que despedían le provocó una mueca de asco. Preguntó al que parecía ser el jefe: «¿Le corto el gaznate?». El bandolero respondió: «Mejor déjalo. Es un loco. Jesucristo protege a los locos porque él también lo fue. Pídele que nos bendiga». «¿Ya oyó, santo cabrón? ¡Bendíganos!» Alejandro, que no entendía lo que le estaban diciendo, abrió los brazos con las manos extendidas para mostrar su ignorancia de la lengua. Los salteadores tomaron el gesto como un signo sagrado, se santiguaron y continuaron su camino. Alejandro se dio cuenta de que hubiera preferido ser degollado... Él ya no era él. Se había perdido a sí mismo. La herida se lo estaba comiendo. Trataba de verse y encontraba en su sitio a un desconocido.

Poco a poco, olvidó el ruso y el yiddish. Más bien se desprendió de esos idiomas como de pieles muertas. Ya no pensó, dejó que sus latidos rezaran y él ladró. Así, un perro más entre los otros, buscó

huevos de águila, comió lagartijas y culebras, bebió en los lodazales... Por fin, llegó a los límites de la cordillera donde comenzaba la pampa argentina. Alegría, Tristeza e Indiferencia se pararon sobre la última roca, levantaron el hocico hacia el cielo y lanzaron aullidos como si alguien hubiera muerto. Eran animales cordilleranos y en las tierras planas no podían sobrevivir. Los campesinos los eliminarían a balazos. Mi abuelo también aulló para expresar la pesadumbre del adiós. Luego arrancó tres pedazos de piel del interior de su abrigo en los sitios más sudados y los lanzó a sus camaradas. Cada uno atrapó un trozo al vuelo y con él en el hocico se internaron en las montañas.

Otra vez Alejandro estaba solo. Rezó con más intensidad agregando «Yo-confío-en-ti» a su ritmo cardíaco. De allí a Mendoza y de Mendoza a Buenos Aires no sintió el camino. Lo recorrió durmiendo despierto. Atravesó maizales, viñedos, manzanares, ríos, arroyuelos. Algunos campesinos, al verlo pasar dando borborigmos de mudo o de tarado, le dieron pedazos de pan, carne seca y también yerba mate. La gente le tenía un respeto supersticioso. Lo dejaban pasar, se persignaban y de vez en cuando un jinete galopaba para alcanzarlo y arrojarle una botella de leche o vino... Llegó a Buenos Aires sin saber si había marchado días, semanas o meses. Una nube de moscas, como neblina negra, lo rodeaba hostigándolo sin cesar. Fatigado de espantarlas dejaba que se le posaran en la cara y tenía los párpados cubiertos de esos bichos. Así, preguntando de lejos, porque los ciudadanos se tapaban la nariz, llegó al Club Israelita, donde estaba la Sinagoga.

Al comienzo, confundiéndolo con uno de los tantos vagos que venían del interior de la república a mendigar en la capital, lo quisieron expulsar de la puerta empapándolo con la manguera del jardín. Pero cuando, poseído por el Rebe, que lo quiso sacar de apuros, comenzó a recitar de memoria, palabra por palabra, el primer tomo del Talmud, comprendieron que era un compatriota. Aquello provocó una conmoción. La colonia israelita, preocupada como estaba de mostrar a los argentinos una apariencia decente, se avergonzó de un paria semejante. Le compraron ropa y le ofrecieron toallas, jabón, tijeras para el pelo y entrada libre en los baños. Todo lo rechazó Alejandro. Se quedó parado ante la puerta de la Sinagoga recitando ya el tomo segundo del Talmud... Un joven rabino abrió

una ventana del templo y le preguntó sin ambages «¿Cómo te llamas? ¿De dónde vienes? ¿Qué quieres?». Las dos primeras preguntas mi abuelo no las pudo contestar, había olvidado su nombre y su pasado, la tercera brillaba como un punto de fuego en su conciencia. «Quiero una de las dos Toras que ustedes poseen, para la Sinagoga de Santiago de Chile.» El joven rabino rió. «Nada menos... Es cierto que tenemos dos. Supongo que la quieres comprar. Es cara. Muy antigua. La trajeron de Polonia.» «Pagaré con mi trabajo.» Toda tu vida no alcanzaría, aunque trabajaras doce horas diarias, para juntar la suma.» «Trabajaré veinticuatro horas diarias.» «Basta de bromas. Yo no puedo hacer nada. El Gran Rabino está encerrado estudiando los comentarios de Rachi al Libro Santo y no aparecerá en público antes de dos meses.» «Esperaré aquí.» La decisión era inapelable. ¿Qué cara pondrían los dignos socios del Club viendo a tal loco tirado en las escalinatas de la Sinagoga? Expulsarlo a la fuerza no se podía, era un judío y un judío sabio porque, entre frase y frase, ya iba en la recitación del tercer tomo del Talmud... Consultó con otros dos rabinos jóvenes. Le ofrecieron un cuarto y tres comidas diarias. No aceptó pero, haciendo un titánico esfuerzo, les habló en yiddish:

–¿Tienen perros guardianes?

–Por supuesto.

–Entonces quiero dormir y comer con esos animales. Lo que le den a ellos será bueno para mí.

Nadie pudo hacerle cambiar de idea. Respondía a todos los argumentos avanzando en su recitación del Talmud. Al oírlo llegar al cuarto volumen, cedieron y lo dejaron instalarse en la caseta de los perros, que lo recibieron, quizás por su abrigo, como a un hermano.

Allí, durante dos meses, rezando con los latidos de su corazón, permaneció acurrucado, sin cerrar los ojos, bebiendo agua a lametones, mascando huesos, piltrafas y restos de comidas. A veces, cuando reaparecía Teresa, desnuda, con una caliente cara de orgasmo, estallaba en desesperados aullidos que lograban embrutecerlo. Los jóvenes rabinos, creyendo que ladraba por hambre, le lanzaban pedazos de carne cruda que él tragaba sin masticar, como los perros, tratando quizás de morir ahogado.

El Gran Rabino terminó su lectura anual de los comentarios de

Rachi y con un rostro luminoso, la vestimenta pulcra, oliendo a agua de colonia, visitó su Sinagoga. La inspección lo satisfizo: sus ayudantes mantenían el sitio en orden sin una mota de polvo en los rincones. Decidió verificar si el patio, donde estaban las perreras, había recibido igual trato. Los jóvenes se pusieron a temblar. No habían osado contarle la presencia del loco hediondo rodeado de una nube de moscas, recitando a esas alturas el decimocuarto tomo del Talmud. Cuando el Gran Rabino entró en el recinto, Alejandro se irguió alto como era y con ojos ardientes estiró las manos tanto que parecía estar tratando de arrancarse los brazos de los hombros. «Quiero una de las dos Toras para la Sinagoga de Santiago de Chile...» El anciano sabio se puso pálido y, derramando lágrimas, sin pensar en la mugre ni en las moscas, estrechó al estrafalario, ante la sorpresa de los otros rabinos. «Sinuosos son los caminos de Dios e inexplicables. Anoche me dormí junto a las Escrituras, benditas sean, y soñé que un ser mitad hombre y mitad perro surgía de los rollos. Una voz me ordenó: ¡No desprecies a mi enviado porque es la corona de mi corazón! ¡Concédele lo que te pida! ¡Por la boca de los locos hablo Yo!» Alejandro partió de Buenos Aires, montado en una mula cargando el Libro Sagrado envuelto en finas mantas dentro de una lujosa caja. Por orden del Gran Rabino se le dieron dos mulas más, abarrotadas de salchichones y todo tipo de alimentos *kasher* de larga duración. Rehizo el camino deteniéndose sólo para dar descanso a las cabalgaduras. Compartió muchas veces sus manjares con vagabundos que avanzaban por la pampa sin rumbo fijo. Dejaron por hastío su trabajo y se lanzaron con los bolsillos vacíos a recorrer el mundo. Algo había en ellos –quizás una paz humilde de corazón que ha perdido la esperanza– que le daba un poco de calma... Llegó de noche a los pies de la cordillera con los sacos casi vacíos. Las dos mulas suplementarias se le hicieron una carga inútil. Vio un rancho donde parpadeaba un candil. Se acercó para regalar los animales. Nadie vino a recibirlo. Empujó la puerta y entró. En un mísero camastro yacía una mujer gimoteando. Alejandro le tocó la frente, ardía. Exigió la presencia del Rebe. «Tú sabes medicina. Ayúdame a curarla. Esta mujer representa a Teresa. Quizás ella, en algún lugar del mundo, también esté sufriendo.» El Rebe examinó a la enferma. «Es muy grave. Contagioso. Puedes atrapar el mal.» «No. Es una enfermedad de seres humanos y yo soy

un perro...» Pasaron una semana junto a ella calmándole la fiebre con trapos embebidos de agua fría colocados en el vientre y dándole de beber litros de jugo de hierbas que el caucasiano elegía en los terrenos rocosos. Cuando la temperatura le bajó más de lo necesario y comenzó a tiritar, Alejandro la tomó entre sus brazos y durmió con ella. Le dio la ternura que nunca supo darle a su esposa. Al octavo día, la mujer recuperó la razón. Era una viuda, sin hijos, que acababa de enterrar a su marido. Sin esperar agradecimientos, mi abuelo le indicó las dos mulas, hizo un gesto de dádiva, otro de adiós y se fue a pie halando el animal que cargaba la Tora. Al cabo de unos minutos oyó los pasos de la mujer. Corría hacia él, con los pies desnudos, trayendo algo envuelto en una manta. Al llegar a su lado desenvolvió el paquete y le ofreció una cruz con un Cristo de madera laqueada. Como Alejandro no quiso recibirlo, ella lo ató a las cuerdas que sujetaban la Tora y se alejó corriendo. Mi abuelo quiso deshacerse de ese muñeco sacrílego pero notó que tenía bajo sus pies sangrantes una inscripción en hebreo. Le pidió al Rebe que se la tradujera. Éste leyó en ruso: «¿Padre, por qué me has abandonado?». Luego corrigió: «Dios mío, ¿por qué me has desamparado?». Alejandro se tragó un desgarrador lamento y continuó su camino conservando el crucifijo pero envuelto en la manta que la mujer había dejado tirada... Saltando por entre las rocas nevadas llegaron Alegría, Tristeza e Indiferencia. Fue para esos canes un momento de felicidad casi insoportable. Temblaban, sacaban la lengua, daban latigazos con las colas, se frotaban contra las botas de Alejandro, le ponían las patas en el pecho, le llenaban la cara de baba. Bruscamente corrieron hacia una cueva y después de buscar dentro volvieron al galope, cada uno con su trozo de abrigo en el hocico. Su amo los guardó en prenda y continuaron juntos por el abrupto sendero. Ellos le traerían la caza y él la repartiría en cuatro partes iguales.

Atravesaban un desfiladero cuando estalló una tormenta de viento y lluvia. Caían, de un solo golpe, lagos enteros. Como patas de araña gigante saltaban chorros de agua barrosa por sobre las rocas. Para proteger el Libro Sagrado, Alejandro, guiado por sus perros, se guareció en una grieta y descargó la mula. El socavón resultó inmenso y la luz de una vela brilló en sus entrañas negras. Ahí estaban los bandoleros esperando que pasara el temporal. Se

acercaron a mi abuelo mostrando sonrisas socarronas.

–El viejo loco otra vez. Parece que le gusta el aire puro de la cordillera. Debería tener cuidado, ya ha perdido la cabeza, quizás ahora pierda las tripas. Hay brutos que gozan despanzurrando. ¡Ja, ja!

Acariciaron la mula. Observaron la carga que estaba junto a ella.

–Vaya, viejito, parece que te has enriquecido. ¿Qué hay en este paquete grande y en este otro chiquito? ¿Regalos para nosotros?

Desenvolvieron la Tora, su caja tenía incrustaciones de oro. Con rostros brutales brillando de codicia, la abrieron. Los caracteres hebreos los hicieron retroceder. Su instinto de analfabetos les permitió captar la fuerza de esas letras. «Se me hace que es brujería», murmuró uno. Abrieron el bulto pequeño. A la luz de la vela, el Cristo se mostró en todo su dolor. El esmalte laqueado había resistido el agua que atravesaba la manta pero la pintura roja, quizás de otra calidad, estaba disolviéndose. Como gotas de sangre se escurría de las heridas de la frente, del costado, de las manos y de los pies. Los salteadores cayeron de rodillas. El jefe murmuró:

–Les dije que este loco era un santo. Ahora creo que también es un hechicero. Tiene las llagas de nuestro Señor...

El frío había partido la frente y la palma de las manos de Alejandro. Abrió los brazos como el crucificado y se entregó a los asesinos. Desde que Dios lo abandonara se había sentido atravesado por lanzas, clavos y espinas. Sin Teresa, su alma estaba sangrando como el cuerpo de Cristo. Ellos dos, la escultura y él, eran uno. El mismo desencanto los unía... Si lo querían destripar que lo hicieran ya. Total, su misión había fracasado. Esos hombres sin fe usarían el crucifijo y el Libro Santo para hacer una hoguera y calentarse...

–La tempestad amaina. Vámonos mejor, no sea que el Cielo nos dé el castigo que merecemos...

Los salteadores dejaron a los pies de Alejandro seis manzanas, una botella de vino y un pedazo de charqui. Desaparecieron entre las sombras de las montañas. Mi abuelo estrechó el Cristo contra su pecho y durmió abrazado a él, cubierto por Alegría, Tristeza e Indiferencia. Despertó tres días más tarde. El cielo estaba sereno y un sol esplendoroso convertía a las flores silvestres en joyas. Por todas partes brotaba el amarillo y un zumbar de abejas, multiplicado por el eco, transformaba la mañana en fiesta. En el

suelo yacían tres liebres muertas y sus amigos, coleando, esperaban el reparto. Alejandro, quizás por el descanso, se sintió un poco mejor. El dolor había desaparecido de sus entrañas, pero, sin embargo, a pesar del júbilo de esa naturaleza ebria, ahora lo embargaba una pena densa, como si tuviera los pulmones llenos de aceite. Le dio a cada perro un cadáver y él se contentó, a modo de almuerzo, con chupar una piedra redonda. Se dio cuenta de que nunca más podría comer carne roja. Sin saber por qué le parecería devorar a Teresa... Con gran cariño llevó el Cristo hasta la cima más alta y lo plantó allí frente al paisaje inmenso.

–Amigo, yo bendigo la Tierra como tú la bendices. Y también como tú, bendigo a la humanidad. Nuestro sacrificio será útil un día. Eres de madera. Sé que pronto echarás raíces y luego ramas, hojas, flores y frutos. Me voy pero me quedo contigo...

Mi abuelo descendió de la cumbre saltando de roca en roca como perro salvaje y continuó su camino. Volvió a alimentarse de insectos y ortigas. Su piel adquirió un tono verdoso. En una charca descubrió que su melena y barba se habían vuelto blancas... Al bajar de la cordillera hacia el lado chileno, los tres perros ladraron exigiendo sus pedazos de abrigo. Se los entregó cubriéndolos de besos. Luego cerró los ojos para no verlos alejarse hacia las cumbres. Llevado por el declive, caminó a ciegas. Cuando separó los párpados ya anochecía. Como la mula necesitaba descanso se estacionó bajo una higuera, luchando con todas sus fuerzas para que el olor de los frutos maduros no le devolviera el gusto por la vida... Al amanecer continuó su viaje. Cayó en una especie de trance donde, ni dormido ni despierto, avanzaba transparente como el viento. Una madrugada llegó a Santiago, atravesó media ciudad y fue a golpear en la puerta de la Sinagoga. Un conserje gordo, en camisa de dormir y sombrero hongo, abrió pensando que a esas horas inconvenientes le traían un telegrama nefasto. En yiddish, con enormes esfuerzos, porque sentía que su lengua era de madera, mi abuelo balbuceó:

–Adonai envía este santo presente a la comunidad judía chilena. Despierta al Gran Rabino y hazle saber que la Tora que le hacía falta ha llegado.

–¿Pero quién eres tú?

–Nadie. Habla el viento. Soy un sueño de Dios. Y Alejandro se

fue dando saltos y aleteando los brazos, aliviado por haber cumplido su misión. El conserje, con los ojos velados por las legañas, lo vio volar. Los pelos de perro del abrigo le parecieron plumas. Corrió a sacar de la cama al Gran Rabino para contarle que un ángel les había traído del cielo la preciosa obra. Más tarde los religiosos murmuraron que era el mismísimo Moisés quien vino a traerles el Libro Divino.

A Alejandro no le hacía falta que lo reconocieran. Lo único que quería era llegar al conventillo y sumergirse para siempre en la hechura de sus zapatos. No encontró el letrero «Sociedad de Hermanos Libres. El Estado no es nosotros». En su lugar había otro: «Gran Fábrica de Calzado Varsovia». Estaba clareando el día. En su cuarto, los cuatro niños dormían desnudos acompañados por una docena de gatos. Alejandro los observó con lágrimas en los ojos. Ahí tendidos se veían sanos, más grandes. A las muchachas ya les abultaban unos brillantes senos. En el pubis de Fanny crecían pelillos rojos. Observó los restos de comida: porotos, queso, costillas de puerco. Le dieron ganas de vomitar. Se sentó bajo el dintel a esperar la llegada definitiva del día. Apenas los primeros rayos del sol doraron su barba blanca, un automóvil con chofer depositó al Chato Eremberg delante del conventillo. Éste miró los tres relojes de oro que tenía en su muñeca y, apresurado, abrió una caja empotrada en el muro e hizo ulular una sirena. Las puertas de los cuartos se agitaron como lenguas sucias y doscientas mujeres vestidas de uniforme azul salieron a saludar al patrón. Luego volvieron a entrar en sus celdas para que saliera de ellas el ronroneo seco de diferentes máquinas. Alejandro cogió a Eremberg por las solapas y lo remeció. Para hacerlo tuvo que inclinarse porque él era grande y el polaco casi enano.

–¿Máquinas? ¿Sirenas? ¿Uniformes? ¿Dónde está el Ácrata? ¿Y los Hermanos Libres? ¿Qué pasó con el «Bar del Corazón

Contento»?

–Suéltame, Alejandro. Esto es legal y no puedes hacer nada. Muy en claro quedó en el contrato que firmaste que yo soy el que decide todo. Tú, sin hacer nada si quieres, recibes un sueldo de empleado... ¡Ponte en la realidad, artista! ¡Estamos en pleno mil novecientos doce: la Era Industrial! La clientela ya no quiere productos fabricados a mano. La máquina es el presente y el futuro... ¡Abre los

ojos, no estás en tu aldea! ¡Vives en una gran capital! ¡Aquí nadie quiere ser santo y no hay más Dios que el dinero! Los sueños anarquistas se acabaron. Vino la policía y expulsó a tus amigos a palos. Creo que los más exaltados fueron relegados a la Isla de Pascua... He arrendado todo el conventillo. En cada cuarto hay máquinas de coser o sierras eléctricas para cortar cuero, fabricar tacones, etc. Es una maravilla. Nos llegan pedidos sin cesar. Fabricamos cientos de pares al día. ¡Y las obreras marchan al paso! Por tres pesos trabajan una jornada de diez horas y media, sin tener derecho a ningún beneficio social. Apenas aparece un agitador, lo mando preso. ¿Qué te parece? Deja esa cara de entierro y alégrate. Tus hijos están bien, aunque casi nunca los veo. Llegan sólo a comer y dormir pero se ven sanos y contentos. ¿Qué más quieres? La Varsovia, en cierto modo, también es tuya. Puedes trabajar o no, de todas maneras recibes un sueldo. No sólo eso me debes agradecer: conservé tu cuarto intacto. Hubiera podido meter una máquina dentro.

Desde entonces Alejandro no habló más. Se sentó frente a su banco, en medio del rechinido mecánico, y fabricó a mano y a la medida zapatos para los pocos clientes que tuvo. Pocos, no porque su obra ya no interesara, sino porque, empecinado en lograr botines perfectos, llegaba a demorarse un año en terminar un par. Los armaba, corregía, destruía, volvía a comenzar, incesante, sin estar nunca satisfecho. El comprador, cansado de venir a probarse tantas veces, acababa por no regresar. Los pares perfectos yacían cubiertos de polvo en un rincón del cuarto.

El Chato Eremberg se conmovió. No podía soportar ver a su socio sumido en tal soledad. Él ya tenía seis relojes de oro, dos automóviles, un chalet en las afueras de la ciudad y cuatro amantes obreras que por una pequeña dieta se prestaban a sus caprichos.

–Vamos, Alejandro. Pierdes tu tiempo. La perfección no es de este mundo. Acepta que la realidad ha cambiado. Anda, ven a dar un vistazo conmigo. Verás qué hermosas son nuestras máquinas. Y a veces también las muchachas que las manejan. Aún eres joven. Ni cincuenta años tienes. Haz un esfuerzo... Y el polaco jaló a mi abuelo de una mano y lo llevó al fondo del pasaje, al cuarto donde antes estaba el bar, para mostrarle orgulloso la máquina para calar figuras en el cuero. La manejaba Fresia, la más joven de sus

amantes, trece años, pecosa y de ojos globosos.

–¿Por qué no tratas de operarla tú, Alejandro? Verás qué fácil y agradable es. Aprietas unos botones y el dibujo se graba solo. Ensaya, por favor. ¡A ver, Fresia, déle su sitio al señor!

Fresia le mostró a mi abuelo cómo producir el calado y lo dejó frente al aparato mientras ella seguía al Chato hasta detrás de una cortina para proporcionarle las caricias bucales que él había pedido con un gesto altivo de sus dedos regordetes... En el momento en que lanzaba un chorro de magma tibio en la garganta de la señorita, escuchó un aullido y la máquina tosió como atascada. Fresia y el Chato acudieron de prisa. Encontraron a Alejandro desmayado, con la mano derecha prisionera en los engranajes. Para sacarla tuvieron que desmontar gran parte de la máquina. Mi abuelo se despertó en el hospital aquejado por intensos dolores. Los médicos le pidieron una autorización para amputarle su extremidad, Alejandro se negó. Volvió al conventillo con la mano colgándole, muerta. Se sentó en el umbral de su puerta y allí se quedó, mudo, sin ni siquiera comunicarse con sus hijos. Eremberg siguió enviando a Bertita, una de sus amantes, señora de cuarenta años, bigotuda y con un culo de yegua, a cocinar para los niños. Ellos llegaban como sombras angurrientas, comían y se iban otra vez a la calle. Alejandro, en otro mundo, no daba nada, no pedía nada. Al caer la tarde prendía una vela y atrapaba, con un gesto hábil de su mano izquierda, las mariposas nocturnas para devorarlas. Ése era su único alimento... Pasaron tres meses. Una mañana encontraron el umbral vacío. Nadie en el conventillo pudo imaginar dónde había ido. Volvió después de mediodía y se sentó de nuevo, pero algo había cambiado en su mirada. Un fuego vehemente ardía en sus pupilas. En el dorso de la mano paralizada se había hecho tatuar un corazón con el nombre TERESA.

Los primeros que se dieron cuenta de que Alejandro hacía milagros fueron los niños vagos. A uno que cayó ante sus pies revolcándose de dolor después de comer basura, le colocó la mano muerta sobre el vientre y el cólico desapareció. Días más tarde se le acercó otro que tenía sarna en las piernas. La mano muerta también lo curó... Empezó a correr la voz. Una niña le trajo su gata aplastada por un auto. La gata revivió. Un muchacho le presentó su rostro cubierto de granos purulentos. Al cabo de cinco minutos del

frío contacto se fue con la piel limpia... Los adultos comenzaron a venir. Sometieron a su mano inválida tumores, fiebres, impotencias, todo tipo de malestares físicos. Alejandro, con una sonrisa dulce y el fuego en los ojos, siempre mudo, alzaba lentamente la diestra, besaba el corazón tatuado y la depositaba con una delicadeza profunda, humilde, solícita, en las partes enfermas, que siempre sanaban. A un feto condenado a nacer por los pies, lo hizo darse vuelta y asomar primero la cabeza. No aceptaba pago ni en dinero ni en objetos, flores o alimentos. Las «gracias» lo hacían cerrar los ojos y empalidecer. El amor por Teresa había pulverizado los diques y ahora se extendía hacia toda la humanidad. Comprendiendo mejor que nadie los dolores emocionales logró también calmar las depresiones, los celos, los rencores, los odios. Un corto contacto de su mano en el pecho mártir y la gente se iba con una esperanza nueva... Allí, en ese umbral miserable estuvo dos años curando sin interrupción a cuanto enfermo se lo pidió. El Rebe no tenía nada que ver con esos milagros. Su cabalgadura había llegado a la santidad. Por discreción lo dejó solo durante ese tiempo, pero ahora debía darle una triste noticia...

–Buen Alejandro, llegó el momento final. Tienes el corazón completamente deteriorado. Vas a morir.

–Estoy listo. Ya viví todo lo que tenía que vivir porque Dios me enseñó a amar. A grandes males, grandes remedios. Yo era de piedra, me hizo sensible a los golpes. Mi agradecimiento es infinito.

Después de interrumpir así su silencio, pidió que sacaran la máquina caladora y que le pusieran un lecho en lo que había sido el «Bar del Corazón Contento». También le pidió a su socio que colocara junto a él un gran barril de vino. Se acostó y entró en una plácida agonía. Las obreras y sus compañeros comenzaron a llegar y beber en bloque como en los viejos tiempos. El Ácrata, que andaba escondido, apareció de pronto con anteojos oscuros ocultando un ojo de menos. No dijo nada pero, de rodillas junto al camastro, besó la mano muerta. El bar se fue llenando de flores silvestres. Se abrían paso entre las diminutas grietas del cemento y ocultaban el gris con un manto multicolor. Benjamín, Lola, Fanny y Jaime, acompañados de Eremberg y sus cuatro queridas, entraron bien peinados y limpios, tristes. Alejandro sonrió. El Rebe le dijo: «Al final todo regresa». Alejandro volvió a sonreír. La multitud se separó

lentamente para no pisotear las flores. Una silueta delgada vaciló en la puerta. Los niños gritaron «¡Mamá!», y corrieron hacia ella para estrujarla en sus brazos ávidos. Teresa traía la cabeza rapada, estaba en los huesos, vestida con un traje de hombre y la cara sin afeites. No lloraba, pero las lágrimas corrían sin cesar por su rostro inexpresivo, se diría que paralizado.

Alejandro estiró el brazo derecho y su mano inerte cobró vida. Los dedos blancos recuperaron el color de la carne viva y perdiendo la frialdad se movieron lentamente llamando a Teresa. La mujer avanzó sin desprenderse de los niños y arrodillándose colocó su rostro en la palma resucitada. Alejandro la palpó con devoción, tratando de dar al hueco de su mano la dulzura de una cuna. Murmuró:

–No te perdono porque no hay nada malo que perdonar. Obedeciste a la vida. Todo lo que es natural es bueno. Tu alma es pura luz. Te doy gracias por existir. No me cuentes por qué has vuelto. Ya no queda tiempo. Has llegado y basta. Voy a morir por ti, no a causa de ti. Te convertiste en mi maestro. Lo único que hice bien en este mundo fue aprender a amarte. Me voy satisfecho. No pongas mi nombre en la tumba. Quiero una lápida simple con una estrella de seis puntas. En el centro de los dos triángulos entrelazados haz grabar: «YO SOY TUYO Y

TÚ ERES MÍA».

Teresa lo besó en la frente. Mi abuelo sonrió otra vez y comenzó a entregar el alma. El Rebe, inquieto, lo llamó a gritos:

–¡Espera! ¡Resiste un poco más! Tú te quieres ir pero yo quiero quedarme. La nada eterna no me conviene. ¡Traspásame!

–¿Traspasarte?

–¡Eso es! Yo soy tu mejor legado: la tradición. Dame a uno de tus hijos.

–¿Cuál?

–Así como van las cosas, tus mellizas nunca serán madres y Benjamín morirá casto. El único que a su vez podrá también traspasarme a un hijo es Jaime.

Alejandro le hizo una seña para que se acercara. Jaime no estaba conmovido. Un resentimiento sordo le impedía sufrir. Muchas veces había tratado de acercarse a su padre topándose siempre con una barrera de incomprensión. Eran distintos, ¿y qué? Él tenía derecho

de no querer ser un justo. En una sociedad de ladrones y explotadores el egoísmo no sólo estaba permitido sino que era lo único inteligente que se podía hacer. Una vez, sin embargo, para darle gusto, se dio el trabajo de fabricar un par de botas. Tres meses, en secreto, se dedicó a esa penosa tarea. El resultado no desmerecía de lo que lograba

Alejandro. Orgulloso le mostró su obra y esperó que, después de las felicitaciones, las guardara de recuerdo, en un armario. No fue así: al día siguiente su padre, por un precio irrisorio, las vendió a un cliente pobre.

–Los buenos zapatos deben estar en los pies y no en un armario. No se los fabrica para exaltarse a sí mismo, sino para servir. Recuerda, hijo, servir es el mayor valor humano.

Jaime no se lo perdonó nunca. Sintió que despreciaba su obra, que se negaba a darle el reconocimiento que merecía. Juró nunca más hacer un zapato, nunca servir a alguien.

–Ven, hijo mío.

–(Me va a dar un beso de despedida, pero ahora para qué me sirve si nunca lo hizo antes. Hubiera preferido caricias que iniciaran algo, no finales...) Voy, padre.

Apretó sus labios y acercó el rostro al del moribundo. Éste, con la mano resucitada, lo tomó de la nuca y le inmovilizó la cabeza. Siguiendo las instrucciones del caucasiano, pegó su boca en la nariz y sopló, un último resuello, largo, interminable. El Rebe entró por las fosas nasales al espíritu del niño. Alejandro murió. Jaime cayó al suelo pataleando de furia y chillando:

–¡No quiero tu locura! ¡No! ¡No la quiero! ¡Fuera de mí, fantasma de mierda!

Una vieja pálida, agitando un periódico, vino a anunciar que había estallado la guerra en Europa.

Teresa ya no quiso ocuparse de sus hijos. Nunca más tomó un baño ni salió del pequeño apartamento que el Chato Eremberg le había dado a cambio del porcentaje de la Varsovia que correspondía a su esposo. Pasaba su tiempo mirando por la ventana hacia la nada. Si hablaba sólo era para lanzar improperios guardando en secreto contra quién los dirigía... Fanny, Lola y Jaime, cansados de

ese mal humor incesante, buscaron, cada uno por su lado, cómo ganarse la vida y pronto dejaron de venir. Benjamín soportó ser maltratado y trabajó de vendedor en una librería para alimentar a su madre. Comenzaron a dormir juntos en la misma cama.

Lola se puso a estudiar guitarra con la ciega del cuarto 28. Esa anciana conocía un sinnúmero de canciones y pasaba por los bares ofreciendo su cascada voz. Los clientes, ebrios, agobiados por penas del corazón, le pedían melodías que les recordaban a la mujer traicionera y ella siempre se las sabía... Una memoria asombrosa... Lola, tarde en la noche, convertida en lazarillo, acompañaba a la vieja, de cantina en cantina, cantando a dúo con ella.

A Jaime, que se había vuelto violento rechazando las apariciones del Rebe con ataques de epilepsia, lo tomó como alumno el Caballo González, un retardado mental con cara larga, de gruesos labios y dientes enormes, que fuera campeón de box. La energía agresiva del muchacho le permitió ganar unos buenos pesos con ese deporte. Participaba en competiciones clandestinas: antes de las peleas de perros, los organizadores presentaban dos o tres combates de niños porque eran apreciados por los apostadores homosexuales... El Caballo tenía métodos de entrenamiento muy personales. Iba con Jaime a la fosa común del Cementerio General para robar cráneos. Luego, en la pieza 35, toda pintada de blanco, con carteles y trofeos cubriendo las paredes, transformada en «gimnasio», hacía que su alumno demoliera las calaveras a puñetazos. «Recuerda: tus golpes deben atravesar la carne, que es ilusión, para quebrar los verdaderos huesos...» Cada finta o esquive le provocaba reflexiones que, a pesar de ser dichas con una voz aguardentosa y una dicción bizca, enseñaban a Jaime cómo pelear contra ese enemigo feroz que era la vida.

Fanny aceptó que Rubí De La Calle, la ramera del conventillo, la educara. La sensual enana le dijo: «Con ese pelo rojo, ese cuerpo y esa cara, tu futuro está asegurado. Tienes piernas largas, labios gruesos, pubis enmarañado, tetas llenas y culo redondo, es decir, ¡todo! Lo único que necesitas es aprender a conocer a los hombres. Conociéndolos podrás dominarlos. La que se los sabe se hace madre de ellos y dóciles aparentan mandar, pero obedecen... Y el mejor medio de arrastrarlos por la nariz es darles placer sexual. Te voy a enseñar todas las técnicas. Eres una niña, pero memorizarás lo que

te diga y más tarde te será precioso, oro puro. Cada pene es distinto y tiene una forma especial de obtener satisfacción. Tú te harás dúctil, maleable, cambiante, no serás una, sino miles y tus músculos y orificios estarán adiestrados para dar el máximo de goce. Tampoco desdeñarás el uso de ciertos objetos... Desde ahora te esconderé en mi armario y por un agujerillo verás lo que hago con mis clientes. Hasta al gañán más rudo logro convertirlo en príncipe. Si le quitas el carbón, cada hombre es un diamante». A Fanny le interesó tanto ese aprendizaje que decidió llegar a ser la mejor ramera de Chile.

Teresa nunca contó por qué había regresado hasta que, muchos años después, desesperado por los malos tratos y los ataques de rabia absurda, Benjamín le dio un puñetazo en la cara, la amarró al catre y con un embudo la obligó a tragar medio litro de vodka. El alcohol le soltó por fin la lengua:

–Después de enviar a tu padre esa carta de ruptura, olvidé, debo confesarlo, a toda la familia. Sentí algo así como si una piel seca se desprendiera de mi cuerpo para dejarme nacer otra vez. Durante cuarenta días detuve las relaciones sexuales con mi amante y me tendí en la oscuridad del carromato a esperar que me creciera un nuevo himen... Me levanté libre, perfectamente sellada. En ese momento íbamos pasando por un pueblito llamado Las Ventanas. De la calle me llegaron olores de pan y vino. Todo en mí, ahora, era virgen, hasta el olfato. Esos perfumes de trigo y uva, transformados por la cocción y la fermentación en manjar y elixir sagrados, me conmovieron profundamente. Deseé con la totalidad de mi ser recibir el esperma de Serafín para engendrar un hijo perfecto, fruto del amor y no como tú, Benjamín, del deber.

»Serafín no se comportó como yo lo veía (un ángel enviado por Dios, que para llegar al establo donde lo esperaba desnuda, brindándole mi cáliz sediento, había tenido que atravesar el Universo entero, deslizarse entre el gemido de las galaxias nacientes, cabalgar sobre cometas desbocados y caer en la materia densa de la Tierra atraído por un centro más brillante que el Sol, mi luz interior), sino que, insistiendo en ser mono, se colgó con los pies de un árbol y, cabeza abajo, chilló de rabia: «Te burlas de mí, Teresa. Ninguna mujer puede desear hacer un hijo conmigo, nunca. Nacería otro monstruo...». ¡Yo quiero! Para resplandecer he

eliminado el dolor. Ahora, en este sitio, soy lo que soy, sin nombre, sin problemas, flor abierta en el presente, transida de amor hasta la última partícula de carne y por eso mismo inexistente cuando es separada. Confía en mi sexo abierto: entra entero en él para darle contenido a mi forma vacía...» «Ese amor tuyo, inmenso como es, no basta para convencerme de que la disformidad es belleza...» «¿A quién le crees, a los que te desprecian o a mí? Si te guías por lo que ellos piensan, eres tú el peor de tus enemigos. ¡Cesa de odiarte y acepta el milagro! Somos las dos luminarias del sagrario, nuestro hijo será un dios. Quiero que se parezca a ti...» Tomé un palo y lo desprendí del árbol como un fruto maduro. Cayó sobre mí, mordiendo, arañando, echando las entrañas, para al final, succionado por el océano negro que se agitaba en mis ovarios, con un quejido de placer-dolor, lanzar su licor ardiente, derrumbarse exangüe junto a mi pecho y dormir durante nueve meses. Yo deseaba con tal intensidad concebir que sentí claramente el momento en que su esperma me fecundó. En lo profundo de mi matriz vibró un punto de energía inmensa que, abriéndose como una puerta hacia otra dimensión, recibió un río formado por millones de universos. Toda mi carne, ante ese potente fulgor, sintió el ahogo de la muerte, la angustia de haber vivido en la penumbra, separada. Esa nueva energía me inundó los huesos, las vísceras, la sangre, purificando y fortificando cada célula, eliminando las impurezas y el dolor. Mis movimientos se hicieron delicados, prudentes: yo era el cofre que llevaba adentro un diamante. Creí ver un haz de rayos finos emerger de mi vientre para iluminar el sórdido carromato. Me embargó una paz milenaria... Como un ave que inicia su migración, mi espíritu emergía de la podredumbre. Pronto ese ser divino iba a nutrirse de mi carne: yo debía llegar a la extinción total para ofrecerle una materia producida en la luz del perdón. Si no eliminaba el rencor, ese veneno se volcaría en las células del niño afectando su formación. Para perdonar tenía que comprender y comprender era reconocer el amor esencial. Recuperé más que nunca a Dios y dejé de verlo como un asesino: siéndolo Todo, no puede terminar; y si nosotros abandonamos la soledad para sumergirnos en Él, no morimos. Me desprendí de José, mi pobre hijo ahogado. Hacía ya muchos años que no lo dejaba partir volviéndolo cómplice de mi odio al Padre. Permití que se disolviera

en el Principio Divino y como tal lo sentí participar en la creación del nuevo ser. Con fe invulnerable, confianza absoluta, calma soberana, me abrí en una escucha total. Ese niño no era la confirmación de mi existencia, era él mismo y para sí. Él dirigía, él sabía. Yo, en plena ignorancia, estaba sólo para obedecer. Mi vagina, mi útero, mis trompas, mis ovarios, llenos de Dios, iban engendrando al salvador del mundo... Mientras tanto Serafín seguía durmiendo. En sus sueños, me lo contó después, aparecía como un sabio carpintero, de aspecto bondadoso y noble, fabricando una cuna con madera de árboles que llegaban volando de las cuatro esquinas de la Tierra.

»A medida que mi panza se desarrollaba, sentía más y más el espíritu del niño. Él se comunicaba conmigo y los huesos de mi pelvis le respondían separándose para prepararle una perfecta salida. Un goce inmenso invadía mi cuerpo. Mis pulmones ingerían el aire viciado y eyectaban oxígeno puro: a través de ellos mi hijo estaba limpiando el planeta. Mientras él se encarnaba, el corazón del mundo se iba formando.

»Las siete pulgas amaestradas me dieron dinero para sobrevivir. Serafín no bebió ni comió durante esos nueve meses, durmiendo junto a mí, arropado, como un feto más... Me entregué de tal manera a esa maravillosa sinfonía de sensaciones que es la gestación, que no sentí pasar el tiempo. Comenzó a llover con ferocidad. Los goterones, al chocar contra el barro, producían el ruido gelatinoso de sapos reventando. Salió el sol. Un cuervo blanco me trajo una rama de canelo. El momento de parir había llegado... «Éstos son los últimos instantes donde tú estás en mí. Tendremos que separarnos. Bendíceme...» Sí, le pedí al feto que me bendijera porque, siendo él infinitamente superior, a mí no me correspondía hacerlo... Agarrándome de una cuerda que pendía del techo, me puse en cuclillas para alumbrar. Le dije: «Desde ahora tú eres tú y yo soy yo. Colaboremos. Entre los dos vamos a realizar un parto perfecto». «¡Entre los tres!», exclamó Serafín que justo entonces despertó. Se colocó frente a mis muslos abiertos y extendió las manos para evitar que el niño cayera al suelo. Temblando, trataba de no cerrar los ojos, de no escapar otra vez hacia el sueño, enfrentando heroico su miedo de ver salir un monstruo... El niño se adaptó con inteligencia a mi cuerpo doblado y comenzó a efectuar

un lento movimiento de rotación que al ir avanzando se convirtió en espiral. Mi vagina acarició cada milímetro de su cuerpo con un amor infinito. En el momento en que el cráneo apareció entre el óvalo de la vulva formando con ella un ojo, Serafín retrocedió un tanto para no estar frente a él. Murmuró con veneración: «Te recibo de costado para que veas el mundo, ya que de él eres y no mío». El niño dio un giro, sacó el brazo izquierdo, luego el derecho y terminó la rotación ofreciéndose como un crucificado. Serafín lo jaló delicadamente por la nuca y lo extrajo de mis labios que besaron con adoración sus diminutos talones. Respirando con dificultad, tanto era su orgullo, lo alzó tal un trofeo: el niño, porque era efectivamente un hombre, como siempre lo habíamos supuesto, tenía una gran belleza. Su piel oscura, casi verde; sus ojos amarillos como las flores de un girasol; sus rasgos finos, orientales; su cráneo alargado y su expresión serena lo hacían parecerse a una escultura precolombina... Derramando lágrimas, Serafín, junto conmigo, pronunció el nombre que a los dos nos llegó de pronto, sin buscarlo: Almo... Recibí a Almo sobre mi pecho y allí se quedó tan tranquilo que su corazón fue arrastrando a la lentitud al mío, y cuando nos acordamos en el mismo ritmo beatífico, corté el cordón umbilical con mis dientes porque nunca, por respeto, hubiera osado terminar nuestra unión sagrada con un cuchillazo... Serafín, de rodillas, le rezó: «Hijo, eres mi Maestro. Enséñame a ser, enséñame a vivir, enséñame a crear, ábreme el alma para que ame aún más». Entonces Almo abrió sus piernas... Justo debajo de los testículos y antes del ano, tenía un perfecto sexo femenino.

»«¡Un hermafrodita!», exclamó consternado Serafín. «Lo sabía. Tú pariste antes hijos normales. Soy yo el que tiene el semen envenenado. ¿Qué podía salir de mí sino una aberración? ¡Hay que matarlo!» Él estaba tan desesperado y yo tan fatigada que me sentí incapaz de convencerlo de que su hijo-hija era más bello que cualquier humano normal; que un andrógino realizaba el sueño máximo de todo individuo: poseer al mismo tiempo los dos sexos, como Dios... Me di al *Destino*... Sin protestar alcé al niño y lo ofrecí a la furia asesina de su padre. Éste lo tomó, decidido a arrojarlo al suelo para aplastarle el cráneo a patadas... Pero Almo le clavó la mirada en los ojos y al instante el rostro de Serafín se transfiguró, pasando del odio bestial a una paz balsámica, porque esas pequeñas

pupilas doradas le llegaron a la esencia y lo transportaron a un nivel mental que nunca antes había conocido... La *Muerte* desapareció para siempre, el alma se reconoció invulnerable y el sufrimiento se disolvió en un océano dulce que era el *Tiempo* incesante ofreciendo su presente eterno, la *Vida*. Serafín creyó adivinar los pensamientos del recién nacido y los repitió en voz alta: «Con esta mirada sello mi alianza contigo. Te acepto como padre. Te doy todos los derechos, puesto que mereces mi confianza, para que eduques al niño en el que Yo Soy». Sonriente, colocó a Almo junto a mi seno izquierdo y lo vio mamar por primera vez. Una nube de melancolía oscureció su felicidad. Entonces le ofrecí mi seno derecho. Cayó sentado gimiendo y aceptó el pezón para recibir por fin la leche que cuando niño le fuera negada.

»Decidimos olvidar por el momento que nuestro hijo era hermafrodita, ya veríamos más tarde cómo tratar el problema... Quizás el mismo Almo, nuestro Maestro, nos guiaría... Comenzamos a viajar hacia el Norte, huyendo de las lluvias y la exuberancia del Sur. Teníamos necesidad de un clima seco. Estábamos tan llenos de espíritu que sólo podíamos soportar un paisaje desértico... Fuimos dando funciones por toda la costa del país pasando por Coquimbo, La Serena, Copiapó, Taltal, Antofagasta, Tocopilla, hasta que llegamos a Huantojaya, un mineral de plata cercano a Iquique... Nos prestaron el gran gimnasio de la Escuela Mixta n.º 28. Allí iban los hijos de los trabajadores de las minas de toda la región: «La Descubridora», «La San Juan», «La Laura», «La San Pedro», «La Despreciada»... Nombres de prostitutas o de santos, como si excavar una galería fuera para ellos buscar el vicio y lo sagrado al mismo tiempo... Serafín, recorriendo la comarca, había notado que los mineros no eran un público normal. El polvo, el sol, la hostilidad de los socavones, el estampido de las explosiones de dinamita, las jornadas extenuantes, los había endurecido dando a sus rostros la consistencia de rocas. Los sábados entraban en las cantinas de los lupanares para jugar a las cartas, perder el dinero que habían ganado en la semana, beber un mínimo de dos docenas de cervezas, acumulando las botellas vacías para demostrar su aguante y caer dormidos junto a los urinarios sin haber pronunciado una palabra. Hacerlos reír parecía imposible... Serafín me rogó que esta vez participara en su acto. Tenía que presentarles un número fuerte,

grosero, que lograra arrancarles risas a la fuerza, como si fueran muelas. Yo sería el guardián perezoso de un racimo de plátanos. Le pediría a un mono que me ayudara a trasladar los frutos de un lado al otro del improvisado escenario. Mientras él realizara su tarea, yo dormiría una siesta. Siesta que el mico aprovecharía para hurtar un plátano y tratar de esconderlo, sin encontrar dónde en ese tinglado vacío. Al querer guardarlo en su traje se daría cuenta de que no tenía bolsillos. Por fin, en el colmo de la ansiedad, al verme a punto de despertar, se bajaría los pantalones para introducirlo en su ano. (Serafín había fabricado con un tubo de goma un dispositivo especial que, escondido debajo de su falsa cola, le permitiría, con gran realismo, imitar esa penetración.) Terminado el trabajo, yo lo registraría para ver si ocultaba un plátano robado... Satisfecho de la honestidad de mi empleado, le daría la mano y lo despediría pagándole una minúscula moneda. El mono, ya solo, con aires triunfales trataría de eyectar el plátano, pero éste se negaría a salir. Después de grandes esfuerzos, pujidos, quejas, lograría excretarlo con tremendo dolor. Dando brincos de alegría, a pesar de tener roto el ano, pelaría el fruto y trataría de comerlo. Pero con muecas de asco lo arrojaría lejos porque ahora tendría un insoportable olor a excremento...

»La noche de la función, los quinientos bancos de la escuela fueron ocupados por una multitud silenciosa de hombres, mujeres y niños. Todos, ahí sentados, serios, inmóviles, parecían piedras en medio de un desierto. Cuando entré cargando los plátanos convertida en guardián soñoliento, gracias a unos bigotes de lana y un uniforme fabricado con sacos teñidos de azul y botones de metal que eran tapas de cerveza, las familias aplaudieron. Sus manos duras y resecas sonaron como castañuelas de hueso. Nerviosa por mi estreno, me sentí paloma recibiendo los disparos de quinientos rifles. Serafín entró. Lo aplaudieron como a mí, pero nadie rió. Exageró sus muecas. Nada. Persiguió su cola tratando de morderla. Silencio sepulcral. Comenzó entonces con impudicia a rascarse los testículos. Ataque de risa. Se rascó con furia. Nuevas risas. Mientras más hurgaba en sus bolas, más el público se carcajeaba. Pero como no podía seguir así toda la noche, en medio de un ambiente otra vez taciturno comenzó el acto que teníamos ensayado. Esos espectadores de granito nos pesaban toneladas. Hicimos los

primeros gestos en forma mecánica agobiados por el fracaso. Ni siquiera estábamos seguros de que nos miraban realmente con sus ojos desprovistos de expresión. Pero cuando el simio robó el plátano y trató infructuosamente de esconderlo, el público, interesado, emitió un murmullo extraño. Luego, cuando el animal introdujo el fruto en su ano, algunos gruñeron protestas que no logré comprender. Al tratar el mono de excretar el hurto con dolor, comenzaron a patear y silbar. Y cuando trató de comer el fruto maloliente, grupos de minenos furiosos se lanzaron hacia el escenario con la evidente intención de demolernos a golpes. Serafín y yo no comprendimos. La mayor parte de esos trabajadores no tenían una moral religiosa y pasaban la mayor parte de su tiempo libre sumergidos en el alcohol, la coca, el juego y las prostitutas. ¿Qué podría haberlos ofendido? Ya comenzaban a zarandearnos cuando una voz recia gritó: «¡Alto, camaradas! ¡Estos buenos payasos no han pretendido burlarse de ustedes! ¡Siéntense y escuchen porque lo que les voy a decir es importante!». Los mineros conocían y respetaban esa voz porque nos soltaron y volvieron otra vez a sus bancas.

»Un hombre de estatura mediana, cabellos y bigotes negros, ojos penetrantes, entrecejo fruncido y porte desgarbado, subió al escenario. Usaba pantalones anchos y los bolsillos de su chaqueta parecían llenos de papeles. Nos dio la mano con sincero respeto y, como si tuviera mil años por delante, se plantó frente al público mirando uno por uno a cada espectador. Cuando terminó ese profundo y mudo contacto dijo severo: «Buenas noches, compañeros». La mayoría respondió: «¡Buenas noches, Recabarren!». El hombre sacó de sus bolsillos unos pequeños periódicos. «Aquí les traigo el ejemplar número uno del diario obrero *El Despertar de los Trabajadores*, al módico precio de veinte centavos, menos que una cerveza... Acostúmbrense a leer, compañeros, y dejen de dormir. El obrero chileno no tiene defensa contra los industriales, ni sindicatos ni leyes sociales. Y aunque saben que deben luchar contra los patrones porque los explotan sin piedad, en lugar de organizarse en cooperativas, dan la pelea en forma individual, equivocada. La única rebelión que practican es el robo... Por eso estos saltimbanquis los molestaron tanto. Se vieron reflejados como en un espejo... No pongan caras de inocentes. Les

voy a refrescar la memoria: moldean las pepas de plata hasta darles la forma y el tamaño de un cigarro puro. Luego las envuelven en un trapo que cubren con sebo y se las introducen igual como lo hizo este simio con su plátano. Después pasan delante de los custodios de la mina sin que ellos noten el hurto... No me interrumpan, aún no he terminado: una vez fuera de la mina expulsan el cigarro con gran dolor pero a veces no puede salir y tienen que acudir a los médicos de Iquique que por la operación les piden la mayor parte del producto de la piedra... El dinero que así obtienen los rebaja, porque para conseguirlo han sacrificado su hombría. No es justo que castiguen a un payaso porque les recuerda que viven culeados. Deben más bien agradecerle. ¡La plata robada huele a mierda, compañeros! ¡El bienestar que merecemos lo conquistaremos por la vía honesta, formando sindicatos, creando un partido obrero, cesando de vender nuestro voto y organizándonos para ganar las elecciones! Hagan circular *El Despertar de los Trabajadores* y formen desde ahora una cooperativa. Juntos lograrán lo que uno solo no puede... Y aplaudan a estos dos humildes mamarrachos porque son sus hermanos, hijos de la misma hambre.»

»Los mineros aplaudieron. El llamado Recabarren bajó para repartir sus periódicos. Almo comenzó a llorar pidiendo teta. Lo teníamos disimulado en un rincón del escenario. Mientras Serafín pasaba el sombrero, le cambié al niño los pañales y le di de mamar. Los obreros se fueron, discutiendo con el líder. Serafín volvió feliz agitando un billete de diez pesos. «Me lo dio Recabarren, en nombre de los mineros para evitar mis agradecimientos. Ese hombre es extraordinario, no quiere nada para sí que no sea para los otros y lucha para que la justicia reine en este injusto mundo. Si tuviera que elegir un padre sería Recabarren. Sigámoslo adonde vaya.» Un indio delgado, lampiño, tuerto, con larga cabellera ordenada en una trenza, vestido de tocuyo blanco, un sombrero de paja y un poncho de lana de vicuña, surgió de la sombra. «Perdonen ustedes esta interrupción... Me presento: Rosauro, curandero para muchos y brujo para algunos. Puedo sanar con hierbas todos los males, hasta tumores internos, también compongo huesos, doy masajes, deshago el mal de ojo y hago volver al amante perdido. Conozco las leyendas...» Después de presentarse así, el indio se quedó silencioso, mirándonos con una extraña intensidad, reteniendo una emoción

que le humedecía el único ojo. Nosotros dos, desconcertados, también lo miramos inmóviles sin saber cómo reaccionar. Serafín rompió el silencio con una breve presentación: «Teresa, Serafín, para servirle, señor». El brujo se quitó el sombrero, cayó de rodillas ante Almo, murmuró con esfuerzo «Yeco, por fin has llegado» y, enroscando su cuerpo hasta parecer una bola, estalló en sollozos convulsivos... Serafín, preocupado, le trajo un vaso de agua. El indio bebió un sorbo, se acostó de bruces en el suelo, tomó mis pies y los cubrió de besos... «¡Eres la madre de Dios!» Confuso, Serafín lo alzó. «¿Qué ha dicho usted, buen hombre?» «¡La verdad! Me iba a instalar esta noche en un rincón del escenario para no pagar un hotel –ando siguiendo a Recabarren–, cuando vi a la señora Teresa cambiarle los pañales a su hijo. Pude darme cuenta de que era el hermafrodita anunciado por la *Tradición*. Aquí en el Norte Grande creemos en una profecía que viene de la época de la Colonia: antes del año dos mil aparecerá en el desierto un niño color verde oliva, de ojos amarillos y doble sexo... Será Dios encarnado otra vez, un nuevo Cristo que vendrá a vencer a los opresores del pueblo: el Yeco, cuervo de las aguas saladas y de las aguas dulces. Plumas negras que por el vuelo se hacen luz. Como ave de los ríos es la *Energía*, como ave del océano es el *Equilibrio*. Yeco salado quiere disolverse en Yeco dulce, que se despierta y comienza a volar... Al batir las alas, crea las cosas; pero al posarse, destruye todo. Y de nuevo se duerme para que el otro lo despierte. Y así y así... Cuando ya le aburre aniquilar, se disuelve en sí mismo... No hay dos cuervos diferentes. Hay sólo uno, el del océano... El de los lagos viene y se funde en él. Un pájaro es macho y el otro hembra. Al final Yeco tiene los dos sexos... Es una leyenda, pero muy real. Este niño divino unirá a los mineros e iniciará con ellos la Revolución Proletaria. ¡Se acabará la pobreza, seremos socios y no empleados, un jardín surgirá de la aridez! Usted, don Serafín, no necesita seguir a Recabarren, es un magnífico agitador, pero no posee el magnetismo de un dios. Él solito nunca podrá unir a unos hombres consumidos por el trabajo y el vicio. Recabarren los hará avanzar un paso y después ellos retrocederán dos. Para sacarlos del alcohol, las prostitutas, el juego, el robo, se necesita algo más que un ser humano. ¡Yeco lo hará! Alrededor de él, la masa obrera se unirá y obtendrá la victoria...» «Pero, señor...», le respondió Serafín, tan

conmovido que su frente, nariz y pómulos, la poca piel que en su cara no tenía pelos, estaba blanca, «...a usted nosotros no lo conocemos y, aunque quisiéramos con todo el corazón creerle y aceptar que Almo viene a cumplir una profecía, no podemos dejar de pensar que, por razones extrañas, se está burlando de nosotros, pobres cómicos»... Yo asentí con la cabeza, apretando contra mi pecho al pequeño. Sin embargo, a pesar de esa desconfianza natural, me embargaba un gran bienestar puesto que siempre había creído en el destino superior de Almo. Las palabras del indio eran la confirmación de mis sueños.

»«Amigos, en esta sociedad maléfica no hay más verdad que la del dinero. Dejemos que él hable», dijo y, descubriéndose, sacó de su sombrero un grueso fajo de billetes... Serafín lanzó un silbido de asombro. «¡Nunca en mi vida había visto tanta plata junta!» «En realidad no es mucha, señor, pero bastante para lo que queremos. Les explico: aquí en el norte, en la región de las minas, vivimos algunos brujos. Somos los guardianes de la *Tradición*. Sin nosotros, el legado de la raza se perdería. Los extranjeros han invadido con su capital nuestra tierra. Ahora el salitre, el cobre, el fierro, la plata, el oro, pertenecen a ingleses y norteamericanos, asociados con el Gobierno, que es de los ricos. Nosotros, los curanderos, hemos ahorrado durante años la mayor parte del dinero ganado, esperando la llegada del Yeco, para ofrecérselo como ayuda en su guerra contra la oligarquía... Pero el tiempo no pasa en vano. Tanta miseria e injusticia social nos hizo perder la paciencia y decidimos dejar de lado nuestra hermosa leyenda para actuar en la fea realidad. Se me envió aquí con los ahorros para dárselos a Recabarren y así ayudarlo a crear el Partido Obrero Socialista... Felizmente Dios quiso que me alojara en el escenario y viera desnudo al niño... Este dinero es para ustedes. Acéptenlo. Les permitirá arrendar un cuarto cómodo en Iquique, comer bien y vestirse decente, durante cuatro meses. Tiempo que necesitamos nosotros para recorrer la región anunciando la buena nueva y prepararles una recepción triunfal... Lo único que les voy a pedir es que en el puerto lleven al niño donde un fotógrafo amigo mío para que le haga un retrato mostrando sus dos sexos... Le sacaremos copias que distribuiremos en todas las oficianas. Los obreros se darán cuenta, por fin, de que el milagro existe; que Dios ha bajado

otra vez y está entre nosotros...»

»Ese rollo de billetes, viniendo de un hombre humilde, nos convenció. Una nueva vida comenzaba. Una vida con un ideal inmenso... Fuimos, como él nos dijo, a Iquique. Nos acompañó. Durante todo el camino no habló una palabra, en cuclillas siempre, horas de horas, sin despegar los ojos de Almo... En un pequeño hotel del puerto nos permitieron guardar en el patio a Negro y Blanco y nos dieron un cuarto con cocina, baño y ventanas frente al mar. Rosauro nos llevó donde su amigo, especializado en fotos para cédulas de identidad, y obtuvo un retrato de su Yeco, con las piernitas abiertas mostrando el pene y la vagina. Nos dio una cita: «El veinticinco de diciembre, los espero en el cantón Altos de San Antonio, uno de los más prósperos de la pampa salitrera. Busquen la oficina San Lorenzo. Sean puntuales. Esa fecha es importante. Yeco debe traernos la luz que iniciará la huida de las tinieblas». Se despidió de nosotros compartiendo una botella de pisco y partió hacia el desierto.

»Los cuatro meses pasaron rápido, pero en Serafín se produjo un cambio notable. Por fin se sentía reconocido por la sociedad. Su hijo no era un monstruo, sino un Dios. Todas las injusticias que había padecido en la vida las atribuía a una dictadura disfrazada de democracia que él iba a ayudar a derrocar. Su abominable pobreza y su exclusión llegaban al final. Ahora lo esperaba un paraíso obrero, libre, donde imperaría la igualdad. Todo eso gracias al maravilloso Almo... Dejó de vestirse de payaso. Compró un par de trajes grises, camisas, corbatas, un sombrero de fieltro y una navaja. Rasuró lo pelos de su cara, del resto del cuerpo y con tela adhesiva se pegó las orejas al cráneo. Aunque a mí no me gustó el cambio, lo comprendí. Ahora pasaba desapercibido en la calle. Era, con deleite para su alma, un humano más... Después de aprovechar las vacaciones comiendo deliciosos mariscos, tomando el sol en la playa y amándonos mejor que nunca, tomamos el carromato y partimos para la San Lorenzo, calculando llegar en la fecha y a la hora indicadas.

»En esas altas soledades, la noche llegó de improviso. Pareció subir del océano a las montañas como una ola negra. Podíamos vernos las caras, pero no los pies: la camanchaca, exudada por los terrenos resecos, luchaba por llegar al cielo, pero a causa de su

densidad, no podía elevarse; era una nube con raíces. El vapor se hizo tan espeso que devoró el camino y los caballos. «Detengámonos, seguir adelante es peligroso, podemos rodar cerro abajo, piensa en el niño», le dije a Serafín. «Precisamente», me contestó, «con Almo aquí, nada nos puede pasar. Dios nos protege. Éste es el momento de mostrarle nuestra confianza». Y a latigazos obligó a Blanco y Negro a galopar... Al comienzo me helé de terror. Luego, como el carro parecía sacudirse sin avanzar, la neblina compacta y la negrura sin luna no se dejaban atravesar por nuestro farol impidiéndonos ver deslizarse hacia atrás el paisaje, me entregué con tranquilidad al bamboleo como si estuviera en una gran cuna... Creo que Serafín también se durmió.

»Despertamos al borde de un precipicio de rocas blancas, un inmenso socavón escalonado como un estadio de donde extraían el caliche. Nos rodeaba un grupo de mineros con antorchas. Rosauro estaba entre ellos. «Yeco hace milagros. Aunque no se ve casi nada, llegaron en la hora exacta justo al sitio donde los estábamos esperando. Sígannos...» Nos guiaron hasta el campamento. «Bájense, por favor. Algunos compañeros se ocuparán de los caballos. Pasen por aquí...» Entramos en una cantina llamada «Las Coquimbo». Allí nos esperaban, apretujados, un centenar de mineros, atendidos por tres amables señoritas, hijas del viejo matrimonio dueño del lugar. Era increíble que ese hombre y esa mujer, con el rostro surcado por arrugas de centenario, pudieran tener hijas tan jóvenes. Viéndolos moverse nos dimos cuenta de que no era la edad sino la sal la que les había tajado la cara. Rosauro, emocionado, nos arrebató a Almo, lo desvistió, le abrió las piernas y exhibió su doble sexo. Los obreros cayeron de rodillas murmurando: «Es cierto... Es el Yeco. Bendito sea Dios». Rosauro nos dijo: «Estos compañeros son de confianza. Vienen de las diferentes minas de la región. Han oído discursos de Recabarren y han querido luchar por los derechos de los trabajadores, mas les ha faltado la unión. Pero en lo alto, en el Yeco, todos los ideales convergen. Ahora sí, gracias a la presencia de este niño, pueden actuar como un solo hombre. Mañana mismo vamos a declarar la huelga en San Lorenzo. Luego la extenderemos a las otras oficinas. Aquí los hermanos Ruiz, que representan a los obreros, entregaron ayer una petición de aumento de sueldo al administrador de la mina, Mister Turner, un inglés que no quiso

responder sin consultar a la intendencia, en Iquique. Los Ruiz, de viva voz, le explicaron que por una jornada criminalmente larga los mineros ganan cuatro pesos, costando cada marraqueta de pan un peso. Es decir, la cuarta parte del sueldo diario. Así no se puede vivir... Hoy, a primera hora, el gringo nos comunicó que la Compañía negaba el aumento. ¡Eso era lo que queríamos...! Nuestra finalidad no es ganar unos pesos más, sino iniciar la Revolución Total que derrocará a los explotadores y se apoderará del Gobierno de Chile. Y ya tenemos el motivo para comenzarla... Con la presencia del Yeco, llama sagrada, podremos hacer estallar el gran incendio. Seremos millares los que abandonaremos el trabajo. Bajaremos a Iquique como un mar de hormigas. Las autoridades se verán obligadas a escucharnos. Así ganaremos la primera batalla. Volveremos a las minas, pero exigiremos el derecho de formar sindicatos. Lo que nos será negado. Entonces provocaremos en todo el país un paro general. Los soldados rasos, ellos también son del pueblo, desobedecerán a sus jefes y nos ayudarán a derrocar al Presidente y su corte de ladrones... ¡Mañana comenzaremos la revuelta y no nos detendremos hasta la victoria final!».

»Tuvimos tiempo de dormir cuatro horas antes de que amaneciera. Apenas clareó el día se puso a sonar el pito que despertaba a los obreros. En lugar de los tres toques cortos habituales, se oyó un alarido que duró cinco interminables minutos. Era el anuncio oficial de la huelga. El grupo de líderes que conocimos en «Las Coquimbo» salió en romería agitando banderas chilenas y carteles hacia la oficina Santa Lucía que, a ocho kilómetros de distancia, estaba trabajando. Serafín y yo, alzando a Almo como un estandarte, encabezamos la peregrinación. La presentación del niño-dios logró que la totalidad de los mineros se plegaran a la huelga. Como una inundación creciente, recorrimos la pampa, durante tres días, de oficina en oficina. Los obreros nos seguían, llevando con ellos a sus mujeres y su prole. Esa multitud que engrosaba de hora en hora debió pasar las noches frías en plena pampa, a la orilla de improvisadas fogatas. Como el fuego no bastaba para calentarlas, las parejas se pusieron a follar entre sus hijos dormidos. Aquel bosque de amantes febriles hizo temblar la tierra, dándole vida a su rigidez salina. Serafín también me tendió en el páramo vibrante. Mientras me poseía, vi al desierto

convertirse en jardín: los millares de ovarios de tantas compañeras, como los míos, eran las flores de esa región nunca más estéril... La enorme cantidad de cuerpos desnudos embellecidos por la garúa nocturna, que convertía sus pieles en espejos donde se reflejaban las llamas de las hogueras, carnes ardiendo sin consumirse, aumentó la excitación de cada pareja y durante horas las olas gigantes del orgasmo recorrieron ese mar humano embravecido.

»Al cuarto día de huelga se corrió la voz de que el intendente de la provincia subiría al Alto de San Antonio a discutir con los obreros. Era una noticia falsa que Rosauro, en complicidad con los líderes, había echado a correr. Tomás Eastman, el intendente, se hallaba en Santiago y lo reemplazaba un secretario sin autoridad que nunca osaría subir a entrevistarse con los huelguistas... La unidad obrera, gracias al Yeco, comenzaba a consolidarse, pero aún estaba verde. Para hacerla madurar se necesitaba una gran rabia... Por el momento la huelga parecía fiesta pagana. Viéndose en tan gran número, todos estaban seguros de que la crisis se resolvería en unas cuantas horas: la industria no podía permitirse un paro de esa magnitud. Irían en masa al Alto. El pueblo bulliría con la animación de los trabajadores. Oradores improvisados hablarían desde el quiosco de música. El aumento del miserable salario sería dado por seguro... Sucedió tal como lo previera Rosauro. La horda minera invadió el pueblo, con ganas de fiesta. Las muchachas Coquimbo, que sabían cantar y tocar la guitarra, organizaron un baile colectivo. Comisiones revolucionarias requisaron las cuatro cantinas y corrió el vino gratis. Las cuecas y la borrachera duraron hasta el alba. Entonces el indio salió del telégrafo agitando un falso mensaje que uno de los hermanos Ruiz le había enviado desde otra oficina... «¡El intendente no se digna subir aquí! ¡Desprecia a los pampinos! ¡No le da importancia a la huelga! ¡Compañeros, no nos dejemos humillar! ¡Si ese hijo de gringo no viene hasta nosotros, nosotros iremos hasta él!» Un grito de ira surgió de las gargantas y la muchedumbre, como un solo hombre, emprendió la marcha hacia Iquique... El camino era largo, caliente, un horno, de día y gélido de noche. Las piedras puntudas herían los pies y espesas nubes de moscas se apoderaban del espacio dejando pasar apenas la luz del sol... La ira hizo que los huelguistas partieran sin preocuparse de llevar alimentos. Para llegar al puerto tendrían que ayunar dos días.

A nadie le importó. De tanto vivir entre las rocas se habían hecho tan resistentes como ellas. Sus cuerpos resecos estaban acostumbrados a soportar el hambre. Cuarenta y ocho horas de ayuno no eran nada. Y la sed sería fácil calmarla en la noche lamiendo las piedras humedecidas por la neblina.

»Rosauro se reunió de urgencia con los líderes. «Es necesario correr la voz de que nadie baje armado. Hay mucha dinamita en la región y es posible que un exaltado quiera usarla.

Les recuerdo que esta primera fase de la Revolución debe parecer inofensiva. Les demostraremos a los patrones, pacíficamente, que sin nosotros la industria no anda. Al vernos así unidos, nos aumentarán el sueldo, es seguro. Luego volveremos a las minas y poco a poco nos armaremos esperando la fase final... También, para evitar desmadres, tenemos que darle al cortejo una cabeza inteligente. Por las calles del puerto, primero irá el Yeco con sus santos padres, luego nosotros. Después un grupo de compañeros que ustedes elegirán por ser ellos conscientes del problema político gracias a las enseñanzas de los anarquistas o de Recabarren, no serán más de dos mil. Y por último la enorme masa obrera que sólo conoce como guía la miseria y a la que tenemos que aprender a controlar...» Se adoptó este orden de marcha por unanimidad. El brujo tenía dotes para general.

»Al quinto día de huelga, un domingo, aparecimos sobre los cerros del puerto como una marabunta. Fuimos bajando por las laderas, sin dar un grito, tiñiendo de oscuro la tierra parduzca. Los iquiqueños llenaban las calles con gran expectación. Cuando entramos en la ciudad y nos organizamos, siguiendo las consignas, en un desfile lento y mudo, ni siquiera nuestros pasos resonaban en el asfalto porque casi todos habíamos perdido los zapatos destrozados en las piedras picudas, corrieron a ofrecernos canastas llenas de víveres diversos, comentando con calor el heroísmo que significaba el que los pampinos realizaran esa larga y sacrificada marcha por sus ansias de justicia... Las autoridades, en cambio, con una despreciativa frialdad, nos trataron como si fuésemos un pequeño grupo de peregrinos deschavetados. Pero entre esos tiesos burócratas temblaba Guzmán García, el secretario de Tomás Eastman, desmintiendo tal altivez. Los hermanos Ruiz se acercaron a él para exigirle una decisión inmediata. Con la ropa empapada de

sudor, el secretario respondió: «Yo no puedo decidir nada. Pero el intendente ya salió de Santiago y mañana llegará al puerto. Trae instrucciones precisas para arreglar el problema».

»Los cuarenta mil huelguistas dieron por ganado el combate. Comenzaron a abrazarse y estalló el jolgorio. De nada sirvió que los dirigentes corrieran de un lado para otro: no pudieron impedir que las botellas de vino se descorcharan y las canastas con víveres se vaciaran. Muchos obreros, convencidos del casi inmediato triunfo, intentaron regresar a la pampa. Durante unos minutos imperó el caos. Lo detuvo la llegada de un ejército de soldados montados y de infantería siguiendo a una bulliciosa banda militar. Cuando nos rodearon y cesó la música, la alegría popular se había helado. Guzmán García, a gritos nerviosos, a pesar de que en ese silencio de muerte se podía oír hasta el runruneo de las moscas del desierto, propuso albergue a los dirigentes en la escuela Santa María y a la gran masa en el hipódromo Sporting Club. El municipio nos prestaría cocinas de campaña y nos obsequiaría vino, pescado y porotos... Aplaudimos y dentro del mayor orden, en una columna que llenaba la calle, custodiados a ambos lados por los soldados, enfilamos primero hacia el establecimiento educacional cuyos alumnos al parecer se hallaban en vacaciones. Los dos mil obreros dirigentes llenaron las salas de clase y se pusieron a dormir una siesta sobre los bancos escolares para descansar de la esforzada marcha. Los otros trabajadores, llegando al hipódromo y viéndose libres de la vigilancia de los compañeros severos, se desparramaron por el extenso terreno y recomenzaron la fiesta, aceptando con placer la llegada de un enjambre multicolor de prostitutas endomingadas. Las hermanas Coquimbo accedieron a cantar y el zapateo de la cueca hizo temblar la pista como si corrieran por ella tropeles de caballos dementes.

»Dos horas más tarde, en la escuela, el indio Rosauro despertó a todo el mundo y ayudado por los hermanos Ruiz organizó grupos de trabajo, para buscar fórmulas de arreglo al conflicto. Aparte del aumento de salario pedirían mayor seguridad en el trabajo –los accidentes eran numerosos y muchos mineros, entre los que se contaban algunos niños, habían sido despedazados por la dinamita– y mejores condiciones higiénicas: el polvo del salitre afectaba los pulmones del trabajador, sin que le dieran asistencia médica, y su

miserable vivienda estaba invadida por pulgas y piojos... Pero mientras la cabeza elucubraba, el cuerpo se entregaba a la borrachera. Rosauro nos propuso, para que los obreros no olvidaran, en el ardor de la juerga, cuál era la finalidad de la lucha, que Serafín, yo y Almo visitáramos el Sporting Club, pero con disimulo porque, para evitar las represalias de los patrones sobre el niño, su cualidad mesiánica había sido ocultada. Cuando bajó de los cerros, la multitud, con obediencia ejemplar, calló cualquier grito que revelara el maravilloso secreto. El Yeco los unía con un silencio que era más poderoso que diez mil discursos inflamados... A pesar de que las calles estaban llenas de policías, ninguno nos detuvo. Voltearon con interés un segundo los rostros hacia nosotros y volvieron de inmediato a su indiferencia como si sólo hubieran visto pasar tres esqueléticos perros callejeros... En el hipódromo, el jolgorio era tremendo. Los cuerpos se agitaban extrayendo insospechadas energías del fondo del agotamiento. Las hermanas Coquimbo, con voces estentóreas, impensables en sus gargantas delicadas, cantaban versos más fuertes que lanzazos. En los rincones se vomitaba y se fornicaba... Serafín, al ver la multitud desbocada, comenzó a tartamudear. «Espera un poco, Teresa. ¿Qué hemos venido a hacer aquí? Estos fiesteros nunca se fijarán en nosotros. Además, ya cumplimos nuestra misión. La huelga está ganada. ¡Vámonos ahora mismo!» Y dominado por su timidez me tomó como si me protegiera y quiso emprender la retirada. Pero una pareja interrumpió el contoneo y corrió hasta nosotros murmurando: «La Santa Familia. Benditos sean». Besaron la manta que envolvía al niño y enseguida, con un respeto sincero, nos invitaron a que iniciáramos una vuelta a la kilométrica pista de carreras. Otros obreros nos rodearon con tal fervor que no pudimos negarnos. A medida que íbamos pasando, las parejas cesaban de bailar, juntaban las manos en actitud de rezo y susurraban, obedeciendo la consigna de guardar el secreto: «Gracias, Diosito Santo». Cuando les dábamos la espalda, volvían a bailar descoyuntándose. Teníamos la sensación de portar una isla de paz a través de un océano tormentoso. Nos demoramos mucho más de una hora en dar la vuelta completa. La veneración disimulada de esos millares de humildes chilenos nos inyectó un optimismo sin límites, colmando nuestras necesidades primordiales de seguridad,

amor, integración y reconocimiento social. Por una vez «nosotros» era mucho más importante que «yo». Sentí que de la planta de mis pies brotaban raíces. Esa tierra se había hecho mía... Serafín me dijo: «Después de esto, no me importa morir. Un pueblo me ama y respeta, ¿qué más puedo pedirle a la vida? Nunca soñé con llegar a tanto. Todo te lo debo a ti». Le respondí con un beso largo y volvimos a la escuela, dándonos cuenta de que no era por azar que se llamaba Santa María... Rosauro y los compañeros nos agradecieron el sacrificio y, puesto que en verdad estábamos agotados por la larga marcha, nos dieron la oficina del director para que durmiéramos en sus confortables sillones.

»La enorme farra duró toda la noche. Recién al alba volvió a imperar el silencio. Iquique entero durmió hasta las dos de la tarde del lunes. Interrumpió el profundo sueño un bocinazo largo y ronco. Era el barco de guerra que traía al intendente. Corrimos en desorden hacia el muelle llenando los malecones. El ejército nos siguió como una sombra gris. Bajaron del acorazado trescientos marineros armados con fusiles brillantes para, en doble fila, formar un camino por donde luego pasó Tomás Eastman. Era un viejo delgado, enjuto, vestido de negro que, con pequeños pasos, caminó hasta la Intendencia sin levantar la vista de las polainas sepias de sus guardiamarinos. Nosotros nos amontonamos al pie del balcón principal con un nudo en la garganta, inquietos por los cañones que nos apuntaban desde el buque. Eastman se asomó, lanzó una sola frase y volvió a entrar: «Traigo instrucciones oficiales del Gobierno para arreglar el conflicto, vuelvan a la pampa». Una alharaca jubilosa opacó el ruido de las olas y, dando por terminada su participación en la huelga, ahora le tocaba a los cabecillas obtener las mejores condiciones, el gentío se volcó hacia una explanada por donde pasaba la línea del ferrocarril. Se sintieron silbidos de tren y dos locomotoras arrastrando una larga cola de carros planos hicieron alto. En ellos se apretujaron los mineros y sus familias. Parecían rebaños de animales. Detrás del primer convoy partieron muchos otros más. La Compañía salitrera había organizado un transporte eficaz pero indigno. El grupo de los dos mil obreros con conciencia política corrió hacia el cerro La Cruz, que dominaba la explanada, y desde allí, agitando banderas, gritó: «¡No somos ovejas para viajar así! ¡No se vayan compañeros! ¡Nada está asegurado

aún!»... Pero nadie les hizo caso... Apenas habían desaparecido los trenes entre las montañas rocosas cuando ya el ejército, anunciando la declaración del estado de sitio, arreaba al resto de los revolucionarios hacia la escuela Santa María. Rosauro hizo correr la voz de que todos obedeciéramos, nada estaba perdido y no había que darle motivo a la autoridad para que justificara el empleo de la fuerza... En cuanto entramos en la escuela, los militares rodearon el edificio. Entre soldados, marineros y policías habría unos ochocientos hombres. No contentos de apuntarnos con sus fusiles y ametralladoras, trajeron un cañón que colocaron frente a la puerta principal. «¡Victoria, hermanos!», exclamó el indio... «Si muestran tantas armas es porque nos tienen miedo. ¿Y de qué, puesto que saben que estamos desarmados? ¡Le temen a nuestro espíritu! Quizás algún espía les contó lo del Yeco. Cosa de la que me alegro porque ha llegado el gran momento. La predicción, que hasta ahora se ha cumplido etapa por etapa, dice que ante los pies del *Enviado* se prosternarán todos los ejércitos. Si enviamos a don Serafín y a doña Teresa con el niño para que lo muestren a la tropa, éste se pondrá a brillar como un sol, apareciendo en toda su majestad. Al verlo, un coronel montado en un caballo blanco caerá fulminado y los soldados rasos, dándose cuenta de que somos hermanos, dirigirán sus armas contra los explotadores...» En ese preciso momento sonó una corneta. Nos asomamos a las ventanas y vimos llegar a un coronel montado en un caballo blanco que, con voz de castrado, nos gritó: «Aquí les habla el coronel Roberto Silva Renard. Les ordeno terminantemente evacuar de inmediato esta escuela para que sean trasladados al hipódromo, donde se les juzgará por insurrección. Tienen cinco minutos para salir a la calle. Si desobedecen ordenaré que comience el fuego». Al ver que la llegada de este Napoleón coincidía con la leyenda, los mineros sonrieron aliviados. Todo se iba realizando como un sueño maravilloso. El indio propuso abrir unas botellas para brindar en honor de nosotros, la Sagrada Familia. Bebimos un vaso de vino. Luego los obreros nos abrazaron emocionados y nos acompañaron hasta la puerta principal. Cuando comenzaron a abrirla, sentí que las piernas me flaqueaban. Perdí las fuerzas y tuve que pedirle a Serafín que cargara a Almo. Me dio una insoportable vergüenza. Nunca había sido cobarde y no comprendía cómo ahora, cuando

más valentía necesitaba para dar el ejemplo, la cabeza se me ponía a dar vueltas. Tomé el brazo que me ofrecía Rosauro y tartamudeando le dije: «Amigo, por lo que más venere, impida que me caiga. No quiero que los compañeros se den cuenta de esta debilidad y piensen que dudo. Yo, más que nadie, tengo fe en el poder de mi hijo». «No se preocupe, señora», me susurró al oído. «Iré con usted, sosteniéndola hasta que se le pase. Ánimo.» Y dando a los huelguistas una explicación que no oí por estar reteniendo el vómito, salió a la calle con nosotros.

»Éramos cuatro seres humanos contra un ejército armado hasta los dientes. Bajo mis pies sudorosos, el suelo se movía como la cubierta de un barco en alta mar. Mi lengua, seca, estaba convertida en un pedazo de madera. Serafín alzó al niño y le abrió las piernas para que mostrara sus dos sexos. Respiré profundo y concentré mi voluntad tratando de no desmayarme. Almo sonrió... Esperé que brillara como un sol para que el coronel cayera fulminado... De pronto Rosauro me tomó por la nuca y brutalmente me obligó a correr hacia los soldados. Yo estaba tan débil que no pude ofrecerle resistencia. En el momento en que los militares, sonriendo, nos abrieron paso, Silva Renard aulló «¡Fuego, mierda!» y un cañonazo hizo trizas a mi amante y a mi hijo. Tenía que ser una pesadilla. El indio reía.

Allí, en la calle, como una lluvia lenta, estaba cayendo en trozos la carne de mis dos seres amados.

»Las ametralladoras comenzaron a ladrar. Los soldados lanzaron granadas y gases. Se pusieron máscaras. Calaron sus bayonetas. El cañón volvió a tronar. La puerta se convirtió en un sol de astillas. Olvidé mi nombre, perdí la ubicación, una imperiosa necesidad de dormir me hinchó los párpados. Sabía que el corazón se me iba desgarrando, pero ese dolor lo sentía lejano, allá arriba, mi cuerpo convertido en superficie de un pozo negro donde estaba sumergida mi conciencia. Soldados y marineros se precipitaron hacia el interior del edificio. Todo se mezcló. Gritos de rabia y agonía. Jaurías de perros viniendo a lamer la sangre. Hombres, mujeres y niños acribillados en las azoteas. Mineros corriendo por la calle con sus tripas en las manos. Soldados bestiales ultimando heridos a cuchilladas. Enmascarados grises arrastrando cadáveres por los cabellos. Empiezo a desmayarme. El indio me carga como un bulto,

entra en la Intendencia, sube hasta una oficina, cierra la puerta con llave, me arroja en un sillón, me alza las faldas, destroza mis calzones y, estrujándome los senos, me posee tres veces seguidas. Yo le vomito en la cara. Él ríe y me arrastra de un pie hasta el baño. Me quita las ropas, me desviste, abre la ducha y, bajo el chorro de agua fría, vuelve a violarme. Silbando «Nosotros, que nos amamos tanto» me regresa al sillón. Caigo en un sueño profundo. Cuando Rosauro me despierta comienza a anochecer. Apenas lo reconozco. Ya no es indio ni tuerto, su piel se ve más clara, tiene el pelo corto, viste un traje de corte inglés, camisa rayada y corbata verde con un broche en forma de escudo chileno. Ante mi sorpresa, gira como un maniquí, lanza una carcajada agresiva, me toma por la cintura y, desnuda como estoy, me obliga a asomarme por la ventana. Mientras los soldados, con caras inocentes, amontonan cadáveres en los camiones de la basura, él, de pie detrás de mí, me fornica como un animal salvaje. El odio se mezcla al sufrimiento, pero el placer, un placer sólo ubicado en mi sexo, aumenta y no puedo hacer nada para impedirlo, es como una jaiba blanda que crece en mis entrañas estirando más y más sus patas nauseabundas. Mi organismo me traiciona. Estallo, quiero morir, castigarme. Intento saltar por la ventana. Él me da puñetazos en los senos y me arroja perniabierta en el sillón. Me penetra otra vez y sin recato ruge y babea hasta eyacular. Vocifero insultándolo. Entonces me ata los pies, me pone esposas en las muñecas, acerca una silla, se sienta frente a mí y enciende un cigarrillo: «No ganas nada con gritar, Teresa. Nadie vendrá. Supongo que esperan que te mate. Aún hay sitio en el último camión de la basura. Tú también debes estar queriendo morir. Pero te voy a decepcionar, he decidido guardarte un tiempo. Desde que te vi amamantar al crío en ese escenario miserable, decidí apoderarme de ti. Una rusa como tú, con tamañas tetas, culote y piel más blanca que su leche, no se encuentra todos los días en este país... Te pedí como premio si cumplía mi tarea. Hacía tiempo que el Gobierno deseaba atajar a ese desgraciado de Recabarren. Con sus periódicos infectos, aprovechando el eterno descontento de los rotos, estaba produciendo una agitación política muy peligrosa para las Empresas Mineras. Sin embargo, a pesar de ser fácil, no era conveniente asesinarlo. Vuelto mártir acabaría uniendo a los trabajadores en torno a su mito. Mejor

desprestigiarlo. La policía secreta me envió disfrazado de indio, para que tratara de pillarlo en una movida chueca. Lo seguí meses, me hice sombra de sus pasos, inútil. El cabrón es más derecho que mi verga. Hasta parece santo. No fuma ni bebe para no hacerle el juego a la industria burguesa. Si le ofrecen cocaína la rechaza furioso. Es fiel a su compañera y carece de hijos a los que hubiéramos podido conducir a la degeneración. Nunca va a fiestas y sólo le gusta leer. Ese traidor de mierda es un loco iluminado... Ya iba a arrojar la toalla cuando te vi limpiarle el trasero a tu retoño. Al principio me dio asco su doble sexo. Luego me alegré porque un plan genial acudió a mi mente, un plan que me valdría un ascenso, dinero, vacaciones y tu culo... Inventé al vuelo una leyenda, al estilo huevón de los mapuches, y ustedes, como todos los padres que se ponen babosos con sus hijos, tragaron el anzuelo. Los mandé cuatro meses a Iquique para tener tiempo de sembrar el cuento entre los supersticiosos mineros y convencerlos, mostrándoles la foto del monstruo, que era Dios encarnado. Me comuniqué con mis jefes, coordinamos la acción con el intendente, la municipalidad y el ejército, y el plan resultó. Pudimos eliminar a todos los dirigentes. El dragón perdió sus dos mil cabezas. La gran masa, que sólo piensa en fornicar y emborracharse, quedará satisfecha con el aumento de unos pocos pesos. Recabarren necesitará muchos años para volver a encontrar seguidores... En fin, lo que tú creías cobardía era el efecto del somnífero que te puse en el vino del último brindis. Te estoy hablando, pero no quiero que me contestes. Lo que pienses o sientas me importa un pepino. Para aprovechar bien tu cuerpo te exijo que permanezcas muda. A la menor palabra que digas te romperé los dientes... Vamos a pasar dos meses junto al mar, alejados del mundo, en un chalet que me han prestado, entre Iquique y Tocopilla. Te voy a poseer por lo menos seis veces diarias. Cuando me canse te venderé para que trabajes como puta en Perú o Argentina. Si me haces de todo podrás envejecer en esos cabaretuchos, si te pones difícil, te reviento los sesos».

»Me sometí. Algo se había roto en mi cerebro. Dejé de pensar o tener emociones. Actué como una perra. A tal punto que cuando mi verdugo iba a comprar provisiones, dejándome encerrada, yo gemía junto a la puerta hasta su regreso. Necesitaba seguirlo adondequiera que fuese. Cuando él limpiaba la pistola, yo me tendía a sus pies,

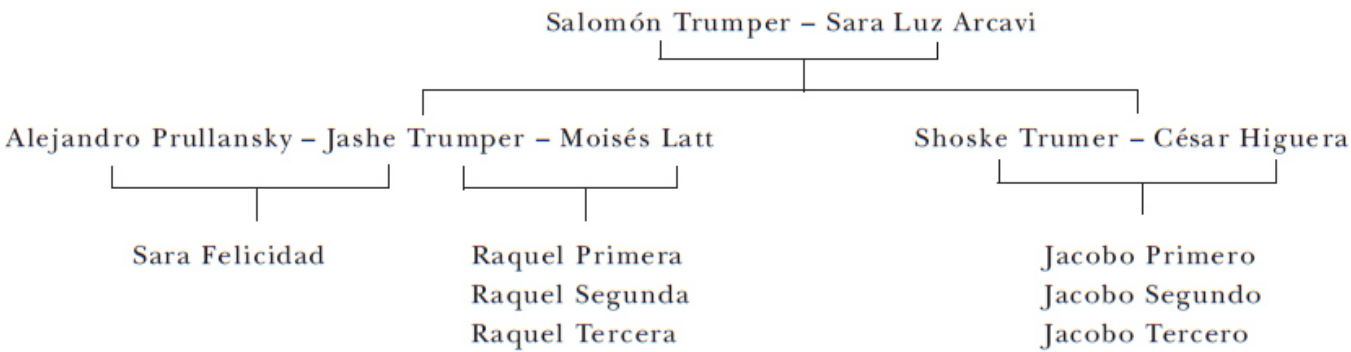
desnuda, esperando ser violada. Llegué a limpiarle las botas con mi lengua y aceptar sonriendo que me orinara en la cara... Un día, después de beber una docena de cervezas, se durmió entre mis brazos. Yo, de pronto, recuperé la conciencia, el rencor, la furia y de una dentellada le corté la yugular. Se levantó y corrió por la playa dejando tras de sí una línea roja. Cayó en la arena convertido en roca blanca. A pesar de que ya estaba muerto, descargué la pistola en su cabeza, que se abrió desparramando una masa grisácea sobre la que se precipitaron los cangrejos. Dejé que comieran hasta hartarse. Luego arrastré sus restos hacia el cerro, cavé una fosa profunda y lo enterré. Al echar la última paletada, me di cuenta de que no conocía su verdadero nombre... Limpié las manchas sanguinolentas, entre su ropa elegí un traje, una camisa, zapatos, un sombrero. Puse el resto de sus pertenencias en dos maletas y también las enterré. Así sus jefes creerían que se había largado conmigo a otro país. Me corté el pelo y disfrazada de hombre, con el poco dinero en efectivo que encontré, compré un billete de tren para Santiago. En el viaje nadie me molestó, porque con una botella vacía en la mano, fingí dormir haciéndome el borracho. Si hubiera tenido otro sitio adonde ir, no vuelvo al conventillo, a un pasado que ya no era mío. Llegué cuando Alejandro estaba agonizando, el último ser en el que todavía hubiera podido confiar. No me importó que estallara la guerra mundial. Quizás me alegré, considerándola una forma de venganza. Me sabía para siempre aislada, desolada, inútil. ¿La vida? Nacer sin motivo, sufrir siempre, morir ignorante. ¿Dios? Existente pero inalcanzable. Ciego, sordo y mudo para sus criaturas. ¿La sociedad humana? Una cárcel llena de locos, bandidos y borrachos... ¡Todo y todos sólo merecen mis imprecaciones!

»Ya lo ves, Benjamín. Querías saber la Verdad, aquí la tienes con olor a podredumbre. Deja de suspirar, desátame, trae más vodka y bebamos juntos... Lo mejor en este mundo es no nacer.»

Mi tío soltó a Teresa, trajo otra botella y comenzaron a vaciarla. Se había sentido retratado en las últimas palabras de mi abuela. Comprendió que mucho más que odiar a los otros, se odiaba a sí mismo. Era un ángel transparente caído en una cloaca inmunda, su cuerpo. Antes de roncar, con la nariz metida en el ombligo de su madre, balbuceó:

Viene la noche con sus furores de loba prometiendo el nacimiento de un sol enamorado pero la sombra sólo puede parir sombras nada nace nada muere y es olvido lo creado.

IV
La pampa prometida


Salomón Trumper – Sara Luz Arcavi
Alejandro Prullansky – Jashe Trumper – Moisés Latt
Shoske Trumer – César Higuera
Sara Felicidad
Raquel Primera
Raquel Segunda
Raquel Tercera
Jacobo Primero
Jacobo Segundo
Jacobo Tercero

Los treinta y cinco días de viaje pasaron rápido. El *Weser* era un barco potente y hendía las olas con la misma facilidad con que los mozos de la primera clase cortaban rebanadas de su colección de quesos franceses. A la hora de las comidas esos olores mixtos de leche y estiércol descendían como ondas aceitosas por la escalera metálica y llegaban hasta las bodegas para llenar de saliva las mil doscientas bocas resecas de los emigrantes judíos. Pero Alejandro Prullansky, sin envidiar el lujo que rodeaba a sus ex compañeros del Ballet Imperial, continuó con entusiasmo sus ejercicios diarios. Apoyado en una cuerda estirada entre dos enormes cajones, repitió durante horas sus trenzados, cabriolas, gambeteos, siguiendo el ritmo que generosamente le daba Icho Melnik con su armónica. El alcahuete conservaba en su memoria innumerables melodías de Chopin, Liszt, Mozart y otros. Cuando los labios comenzaban a dolerle de tanto soplar en su pequeño instrumento, revelando una cultura que en un hombre de su oficio parecía absurda, se ponía a recitar rítmicamente, para que su amigo continuara entrenándose, pensamientos de Séneca: «El trabajo no es un bien en sí. ¿Entonces, qué es un bien en sí? ¡El desprecio del trabajo!». Icho reía para enseguida continuar: «En cambio, los que se esfuerzan en obtener la virtud sin dejarse abatir merecen el aplauso». Y cuando pronunciaba «virtud» hacía con los dedos un gesto de contar dinero. Jashe observaba con alegría el cuerpo perfecto de su marido. El espléndido funcionamiento de esos músculos sabios produciendo gestos de una delicadeza sobrehumana le provocaba un placer que le hacía olvidar la corrupción de la carne, la maldad, el hambre. No le temía al futuro y, sabiéndose preñada, se entregaba con dulzura a la nueva vida. Su Alejandro era un templo viviente y su danza cambiaría al mundo... Las seis rameras le prodigaban tiernos cuidados haciéndole el viaje lo más cómodo posible porque ella les leía el Tarot, respondiendo con profundidad a sus alocadas preguntas: «¿Mejorará el negocio si me tiño el pubis de rojo? ¿Tendré un viejo que me regale joyas y pieles? ¿Conoceré el

amor?». A dos de ellas les predijo matrimonio con militares; a una, la más alta y fornida, Marla, la vio emparejada con un político importante; a las otras tres, disimulando su pena bajo risas nerviosas, les mintió, prometiéndoles largos años de vida, salud y riqueza. Le creyeron porque el gigoló comenzó a hacerlas trabajar durante el viaje. En las noches las enviaba hacia los camarotes de los oficiales o del personal de servicio. Volvían a la madrugada trayendo frutas, cigarros, caviar, champaña y chocolates. Todo lo compartían... Icho, con el vientre hinchado y una sonrisa que le unía las orejas, citaba antes de caer profundamente dormido: «La vida es una obra de teatro. Lo que importa no es que dure mucho, sino que sea bien actuada».

Cuando apareció la costa argentina y el barco enfiló hacia el Río de la Plata, perseguido por un grupo de matronas sosteniendo a su madre, que se arrancaba los cabellos chillando con desesperación, llegó junto a ellos Simón Radovitzky, un muchacho alto, narizón, de orejas despegadas y flaco como un fideo. Ante sus ojos negros, brillantes, saltados, fanáticos, el resto de su cuerpo, al cabo de unos momentos, se hacía invisible. Cuando habló, las palabras parecieron salir por sus pupilas:

–Señores, a ustedes sus buenas mujeres los rasuran cada mañana. Por favor, permitan que a mí también me corten la barba. Quiero sacarme de encima esta tradición supersticiosa.

El pasado es una jaula.

Mientras la madre se retorcía los dedos y lanzaba desgarradores «¡oy!», empapando con lágrimas panzudas el chal de lana que cubría la cabeza de sus comadres, entre alegres gorjeos las jóvenes prostitutas jabonaron la cara y la cabeza de Simón. Su madre intentó convencerlo por última vez, recitando en yiddish algunos refranes: «La estupidez del hombre complica su camino... Con una mentira se va lejos pero sin regreso... Si le das un pelo al diablo luego quiere toda la barba», pero las muchachas, después de despojarlo de su abrigo negro, su chaleco con flecos y su gorra de cuero, comenzaron a afeitarlo. Cuando cayeron los *payes*, esas largas patillas rizadas, la señora balbuceó «¡Estás perdido!», y curvándose, se agarró el vientre como si fuera a abortar. Sus amigas la sostuvieron para que no cayera. Haciendo un esfuerzo supremo, la mujer se recuperó. «Es molesto cargar una joroba, pero doloroso

separarse de ella. Este hombre ya no es mi hijo. Es un borracho, un *shikker* más. ¡Que su madre sea una de esas siete *kurvehs*! ¡Que su cerebro se reseque, que los gusanos comiencen a comérselo en vida, que marche sobre las manos tantos años como anduvo sobre los pies y que el resto se arrastre sobre el trasero!» Las matronas judías salieron de la bodega sin mirar hacia atrás, recitando versos mágicos para purificarse del aire sacrílego que habían respirado.

Simón Radovitzky observó feliz, en el espejillo con marco floreado que le presentó Marla, su rostro desnudo y su cráneo mondo. Exclamó:

–¡Ser judío es mucho más que un disfraz y una pelambrera! ¡Uno no puede pasarse la vida creyendo en cuentos de hadas y dioses vengativos! ¡Estamos ya en el siglo veinte! Vamos llegando a un continente joven. Tenemos que dejar de separarnos, de vivir en un universo imaginario. Raza, nacionalidad, religión, costumbres, son límites nefastos. Somos del mundo y el mundo es nuestro, como también son nuestros todos los seres humanos... Abramos los ojos porque del despertar de la *Conciencia* depende la *Justicia*.

Vistiéndose con un pantalón blanco y una camisa amarilla de lunares azules que le pasó Icho Melnik, el nuevo Simón Radovitsky, acompañado de lejos por mis abuelos y las rameras, corrió hacia la cubierta de popa para mostrarse ante los religiosos, ofreciéndose como ejemplo. Todos huyeron, sin mirarlo, apenas se acercó a ellos. Abrió los brazos gritando a todo pulmón:

–¡Hermanos, no soy un lobo y éste no es un gallinero! ¡Óiganme, se lo ruego! Yo también he buscado ser santo, pero no hay santidad que se logre separándose. Con las narices metidas en la Tora ustedes sólo pueden verse a sí mismos, cortados como están del mundo por ese texto «sagrado». Por no querer darle nada, por lavarse continuamente las manos deseando no participar en el pecado, han dejado de ser útiles a la sociedad. Pero como la ley universal es que todo sirva, la sociedad los usa para convertirlos en víctimas. Se han fabricado un destino de payasos que reciben bofetadas ajenas. ¡Basta! Yo me uniré a los horrores de la vida. Lo que le sucede a los otros me sucede a mí. Denunciaré por todos los medios posibles, cartas, periódicos, a gritos en las calles si es preciso, la injusticia económica que permite a unos pocos egoístas vivir en el ocio explotando la fatiga de los trabajadores. Exigiré sin cesar la

abolición de ese monstruo autoritario que es el Estado. Vomitaré sobre la mentira matrimonial, un contrato mercantil legitimando la unión sin amor; sobre la mentira patriótica que exagera el afecto natural por el país nativo para convertirlo en estupidez fanática e impedir que los proletarios comprendan que la cuestión social es cosmopolita; y sobre la mentira religiosa que fomenta en las multitudes el servilismo y la resignación para que soporten las iniquidades de los bandidos terrenales con la esperanza de una gloria celestial. ¡Clamaré siempre contra la política necrófaga, a favor de la anarquía vital!

Los religiosos barbudos murmuraron, tocándose la sien con el índice: *«Michígene»*, y lo borraron de su memoria. Simón escupió hacia ellos y volvió al rincón de las rameras para blandir un cuchillo que había robado en la cocina, jurando: –Desde ahora mi vida cesa de estar al servicio de la muerte y pongo a la muerte al servicio de la vida. Los tiranos se hacen vulnerables ante un individuo decidido...

Para mi abuelo, esas frases lanzadas por el joven fanático fueron una revelación. Él, encerrado desde los cinco años en la elegante cárcel de la Academia Imperial, sin más horizonte que la danza, desconocía el dolor del mundo. La vida le parecía una fiesta continua. Le bastaba moverse para experimentar el placer de la obra de arte. Todo lo veía como un baile donde astros, paisajes, multitudes, animales, máquinas, se entremezclaban en una armoniosa cópula... Pero el discurso inflamado de Simón lo sacó de su ingenua iridiscencia y lo sumergió en las brumas de la locura... El *Weser* comenzaba a rasar las márgenes del río entrando en los suburbios de la inmensa Buenos Aires, un amasijo de habitáculos proletarios y fábricas insalubres, una gusanera humana. De esos lugares sombríos salían desechos, líquidos químicos, cueros podridos, latas grasientas, excrementos, haciendo del agua un magma color brea. Al borde de acequias pestilentes se amontonaban las basuras y enjambres de ratas chapoteaban en el suelo convertido en barrizal por las inundaciones. Los vapores de las curtiembres, las humaredas y el hollín de las chimeneas entoldaban el cielo. Flechas de moscas verdes abrían surcos en esa atmósfera densa y gris zumbando con angurria asesina... El bailarín gigante, ocultando las orejas en el pecho de su pequeña mujer, cayó de rodillas. Así,

inmóvil y blanco, pareció un cadáver desangrado. No fue el tropel de hombres, mujeres y niños famélicos, trabajando en el tremendo laberinto de manufacturas sórdidas, lo que le afectó, sino el balido de las reses que estaban sacrificando en los frigoríficos para congelar su carne y enviarla al extranjero. Eran millares y millares de ovejas, en colas kilométricas, conducidas hacia la muerte. Sus gemidos angustiados, sus chillidos de terror, sus quejas agónicas, los ríos de sangre oscura, las montañas de tripas y cráneos, el cuererío sucio, los olores fétidos, se sumaron en la mente de mi abuelo a los espectros de otros millones de cuadrúpedos que habñían sido ya asesinados, día a día, durante años... Pirámides de cuchillos gastados hasta el mango, torrentes de dientes amarillos, ojos reventados flotando en lagos de pus, planetas de carne disolviéndose en gusanos, ¿por qué esa inconsciencia? Sufren, son seres, parte de mí mismo. Allí están frente a mí, bestias desolladas, patas abiertas en cruz, un océano de Cristos con el ano sangrante, santos desmembrados por cortes matemáticos. Yo conozco el dolor de las ovejas, las vengo violando desde que estuve en el esperma de Alejandro Primero, mi abuelo demente escribiendo con las tripas de sus víctimas un pedido de socorro. Y luego en el licor vital del degenerado de mi padre, asesinando mujeres y niños, como los dueños de aquellas fábricas. El perdón ya fue concedido, mi madre devoró el cadáver de mi progenitor y lo purificó sumergiéndose en el blanco. ¡Blanco! ¡Blanco! ¡Yo te amo! ¡Dios mío, perdona a los argentinos porque no saben lo que comen; porque no se figuran que su patria vive de la producción de cadáveres congelados...! De pronto vio mi abuelo galopar hacia él, por sobre las aguas del Río de la Plata, a miríadas de ovejas convertidas en canes furiosos. Y cuando comenzaron a darle dentelladas hasta que le devoraron el cuerpo y no quedó de él más que una voz saliendo del vacío, se puso a aullar.

–¡Porque ando en valle de sombra de muerte temo todos los males si tú no estás conmigo! ¡Libra del poder del perro mi vida! ¡Dios mío, apresúrate a socorrerme!

Jashe, desesperada de ver a su marido sumergirse en la locura, le puso un seno en la boca para que mamara como si fuera su hijo y le colocó los zapatos rojos. Apenas tuvo en sus pies el antiguo

calzado, mi abuelo sonrió satisfecho y comenzó a roncar... El mosquerío se disgregó espantado por las sirenas del puerto. El *Weser* estaba entrando en la capital de Argentina. Los barcos se apretujaban como un enjambre de hormigas gigantes, pero muertas, secándose frente a los malecones desiertos. Ningún ser humano se paseaba entre los cerros de mercaderías que se acumulaban en los muelles. Cinco mil vagones con productos agrícolas esperaban, bajo un sol asesino, ser descargados en los depósitos. Un gran letrero de tela tiritaba lacio acariciado por el escaso viento: «¡Obreros sí! ¡Esclavos no!». Cuando el *Weser* ancló, lanzó un pitido largo y sin bajar las escaleras de desembarco pareció replegarse sobre sí mismo como una tortuga dormida. Pasaron las horas. Anocheció. Vino la madrugada. Marla, favorita del capitán, junto con un gran queso suizo y una caja de turrón italiano, trajo las noticias: la Federación de Estibadores había comenzado un paro, apoyado por los cocheros y otras agrupaciones obreras, que degeneró en huelga general. El conflicto estalló porque se obligaba a los estibadores, durante jornadas de catorce horas, a cargar bolsas que pesaban casi cien kilos, so pretexto que los importadores de África del Sur exigían bultos grandes porque contaban con cargadores negros más resistentes que un camello. La Federación exigió la limitación de setenta kilos máximo de peso y jornadas de diez horas, reivindicando enérgicamente para sus obreros el derecho de ser considerados como seres humanos y no como bestias de carga. Los patrones se encolerizaron tomando una actitud inflexible, consideraron a los huelguistas como extranjeros perniciosos y propusieron al Gobierno un proyecto de ley de expulsión. Ahora el Congreso estaba encerrado en una sesión extraordinaria para aprobar esa ley, declarar el estado de sitio, obtener la facultad de allanar el domicilio de los ciudadanos, disolver tumultos y reuniones agresivas, acudir en defensa armada de «lo más caro que tiene el país: su gran cosecha» y, sobre todo, aplicar la censura a la mayor parte de los diarios...

Icho Melnik alzó los hombros sonriendo y citó un pensamiento de Mecenas: «Háganme manco, háganme cojo, agréguenme una joroba en la espalda, aflojen mis dientes, clávenme en una cruz... si me dejan la vida me sentiré bien». Simón

Radovitsky enrojeció de ira:

–Este período de Argentina será lanzado al tarro de basuras de la historia. En el futuro ningún ciudadano querrá recordarse de tal infamia. Sólo algunos eruditos, al leer en los documentos polvorientos de ciertas bibliotecas estas canallescas peticiones del Congreso, apretarán avergonzados los párpados por miedo a agarrar una infección. ¿Cómo un ser humano puede obligar a otro ser humano a cargar paquetes de cien kilos durante catorce horas diarias por un sueldo de hambre? ¡Estos parásitos millonarios se han vuelto locos: creen que son el alma del país cuando en realidad se lo están devorando!

A mediodía comenzó a temblar el asfalto y un ruido metálico, pesado, hizo salir de la sombra a miles de estibadores. En unos cuantos minutos un mar de cuerpos humanos llenó los muelles caldeados por el verano implacable. El agotamiento y la angustia habían convertido a los obreros en un rebaño manso... Aparecieron cinco coches llenos de soldados y policías que bajaron apresurados para apuntar a la embrutecida masa con sus fusiles. «¡Qué insolencia!», exclamó Simón... De una motocicleta custodiada por un automóvil blindado y un grupo de matones, descendió el jefe de la policía, coronel Roberto Falcón. Inmediatamente salieron del mar obrero unos veinte hombres y corrieron hacia él para entregarle papeles. «¡Los asquerosos delatores!», refunfuñó Simón. «¡Ahí le pasan sus abominables listas negras!»

Roberto Falcón subió sobre un barril y con desprecio feroz miró a los huelguistas. Su traje impecable, sin una arruga, su negro pelo engominado brillando como un casco, sus botines de charol, su corbata rayada con un prendedor de perlas, su bufanda de seda blanca, agredían con desprecio la suciedad y la pobreza de los silenciosos obreros. De pronto el coronel se puso a dar gritos de domador, como si le hablara a perros:

–¡Se acabó el jaleo, maricones! ¡Perdieron la batalla! ¡El Congreso, por unanimidad, nos ha dado facultades legales para emprender la campaña de represión más vasta que haya conocido hasta este momento nuestra patria, la Argentina! ¡Se liquida la huelga general! ¡Limpiaremos el país de anarquistas, militantes activos de los sindicatos obreros, líderes de trabajadores, redacciones de prensa contestataria, sedes laborales y demás! ¿Oyeron, gringos boludos? ¡Vuelvan inmediatamente al trabajo y

dejen, si quieren salvar el cochino pellejo, que procedamos al arresto de los facinerosos agitadores cuyas señas tenemos en las listas que nos han presentado nuestros sagaces informadores!

Los milicos penetraron en la muchedumbre guiados por los soplones, que declamaban a grandes gritos los nombres de los culpables. Éstos, sin intentar huir, se presentaban con la vista baja ante los uniformados que primero los molían a bastonazos para encerrarlos después en unos carromatos negros. El resto de los estibadores se dirigió hacia los cerros de bolsas y comenzó a cargarlas. Los dardos solares haciendo brillar esos paquetes les daba aires de caparazones, convirtiendo a los entristecidos obreros en lentos saurios... Los barcos, sacudiendo su letargo, se llenaron de marinos. Las grúas chirriaron, los puentes de desembarco extendieron sus brazos ávidos, y el puerto, con temblores de parturienta, entonó un lúgubre quejido... Una compacta esfera de moscas, lanzando reflejos verdosos, se estacionó por sobre la cabeza del coronel. Éste extrajo de su bastón un delgado estilete y lo clavó en el planetoide zumbante. Las moscas se separaron y huyeron a posarse en los vagones de legumbres podridas.

–Bichos de la gran puta. A la fuerza se disuelven. No entienden más razón que el silbido de las armas. Recuerden mi nombre, harapos vivientes. En mi apellido Falcón hay un halcón. El que no obedezca caerá en mis garras y recibirá los picotazos que merece. A mal entendedor, ensalada de palos. Ustedes son la escoria de sus países. Si quieren vivir en esta patria, no se comporten como parásitos alzados. Los gringos no tienen derechos aquí. Ni voz ni voto. Den gracias de que les perdone la vida. El que hoy cese de trabajar, aunque sea para mear, será acribillado a balazos. La ley dura es impareja, como se debe. ¡Malos días!

Soberbio, el coronel se aferró de los hombros de un joven chofer con perfil de escultura griega y partió en su motocicleta, rumbo al centro de la capital. La fuerte pedorrera del tubo de escape dio escalofríos a Radovitzky. Blandió su cuchillo de cocina, mascullando:

–¡Malos días los que a ti te pudran el alma, Roberto Falcón! Ya sé que no hay que odiar al perro sino a su amo, pero tu asqueroso deber lo cumples con demasiado agrado. Al castigo legal añades la tortura sólo para inflar el globo hediondo de tu imagen de poder.

Un día daré la puñalada que lo reventará haciéndote regresar a lo que siempre has sido: un muerto.

–Cálmate muchacho y esconde ese cuchillo –le dijo Icho–. Lo que dices del coronel vale para todos los seres... «¿Qué otra cosa es la vida sino una muerte lenta...?»

Mi abuelo se despertó muy descansado, pero demoró diez minutos en recuperar la razón. Mientras tanto, Jashe peinó su cabellera rubia y le hizo una trenza en la nuca. Luego examinó con intensidad esa obra. Al ver la transparente belleza del bailarín, sus ojos azules como un amanecer constante derramando sobre el mundo un amor inmemorial, esa sonrisa de recién nacido, ese pecho poderoso respirando con tal delicadeza que el aire infecto salía de su boca convertido en bálsamo, mi abuela lloró con arrobamiento y agradeció al cielo que Alejandro no hubiera visto el atroz apaleo. Ella hubiera querido ser un mago para limpiar la fealdad del mundo y ofrecerle al hombre divino una vida a la altura de su pureza.

Los pasajeros de la primera clase comenzaron a desembarcar. El Ballet Imperial fue recibido por una comitiva elegante que llenó los brazos de las bailarinas con ramos de rosas de todos los colores. Marina Leopoldovna, bajando la escalera, lanzó una rápida mirada hacia los emigrantes apretujados en la cubierta, y al ver al gigante rubio resplandeciendo como un loto en la charca de alquitrán formada por los abrigos negros de los israelitas, musitó maligna: «Se acabó tu carrera. Nunca más volverás a bailar. Mi padre se encargará de cortarte las piernas». Subieron todos en una docena de coches de alquiler y salieron del puerto rumbo al encolumnado Teatro Colón. Al paso del cortejo, los trabajadores se quitaron las gorras y saludaron a las bailarinas como si fueran abstracciones mágicas, mariposas de carne humana, embajadoras de un paraíso por venir. Viendo tan tremendo embeleso, Vladimir Monomaque creyó satisfacer a la multitud lanzando puñados de monedas que, por dignidad, nadie se agachó a recoger. Marina Leopoldovna, rehuyendo prodigar su famosa sonrisa, prefirió hundirse en el sillón del coche y, pretextando un ataque de estornudos, se tapó las narices con su chal.

Cuando desapareció el Ballet y su comitiva, ocho inspectores de inmigración subieron al barco para recibir a los granjeros judíos. Al ver esos trajes extravagantes, esas barbas pobladas, esas

interminables patillas, esos cuerpos secos, quedaron perplejos, luego estallaron en improperios: «¡Pedimos que nos enviaran granjeros y no una bola de locos! ¡Estos gusanos enclenques no podrán levantar ni una pala!». Los inmigrantes agitaron sus manos pálidas mostrando los callos que habían adquirido durante el viaje, frotándolas con cuerdas. El inspector jefe chilló: «¡Capitán, envíe peluqueros! ¡Con barba, patillas y melena, no baja nadie! ¡Y que todos, para saludar nuestra bandera, se quiten esos sombreritos ridículos!». Cuando algunos camareros acudieron blandiendo navajas y tijeras, las mujeres se arrodillaron lanzando lamentos perrunos y los hombres se aglomeraron detrás de ellas decididos a morir antes que dejarse cortar un pelo. No sabiendo qué hacer, los encargados de la inmigración subieron a la cabina de mando para comunicarse por telégrafo con las autoridades superiores.

Icho Melnik dijo: «Nuestros compatriotas se preocupan mucho por muy poco. ¿En el fondo, qué importancia tiene evitar más o menos tiempo lo que es inevitable? ¡Terminarán rapados!», y abrió los brazos para recibir a su hermano Yumo que llegara a Buenos Aires tres años antes. Él le había enviado los pasajes. Regentaba en el centro de la ciudad un prostíbulo para la clase adinerada. Todas las muchachas eran extranjeras, de preferencia judías, por ser las más solicitadas... El gordo gigoló habló con su hermano en voz baja y luego dijo a sus nuevos amigos:

–Alejandro, Jashe, Simón, según lo que enseña mi maestro, el sitio donde nos detengamos importa poco, siempre que podamos agenciarnos una buena salida... Ustedes por el momento no tienen donde alojarse. Les conviene venir a nuestro lupanar. Allí nadie los incomodará y a cambio de pequeños servicios se quedarán el tiempo que les sea necesario. Las piezas vacías abundan. Mientras Jashe ayuda en la cocina y Simón hace las camas y lleva toallas limpias a los cuartos, Alejandro puede dar clases de baile a nuestras protegidas para que les engorde el trasero. ¿De acuerdo? ¿Bueno? Entonces bajen con nosotros. Las autoridades, tratándose de putas y de dinero otorgado con disimulo, nos darán todas las facilidades para desembarcar.

En el coche que los llevaba al centro de la ciudad, alejándolos de los barrios miserables y acercándolos a construcciones barrocas donde se mezclaban multitud de estilos y materiales lujosos,

Alejandro descubría en su espíritu un campo infinito de nuevas posibilidades. Sin poderse contener, depositaba en los oídos de mi aterrada abuela palabras de tal optimismo que, en ese mundo siniestro por lo desconocido, relumbraban como joyas dementes:

–Sabes, Jashe, hasta ahora nunca pensé. Viví como un animal, sólo sintiendo las cosas. Pero el discurso de este joven anarquista ha provocado en mi alma un terremoto moral. Tú dijiste que mi cuerpo era un templo y tenías razón, en mi interior ha aparecido Dios. Él me habla sin cesar. Oye lo que dice: Hijo mío, eres lo que eres en el presente, deja atrás el pasado, no cargues culpas. Elimina toda ansiedad por el futuro. Prepárate a trabajar por tu evolución hasta el último instante de tu vida. No le rindas cuentas a nadie, sé tu propio juez. Si quieres triunfar aprende a fracasar. Nunca te definas por lo que posees. Nunca hables de ti sin concederte la posibilidad de cambiar. Piensa que no existes individualmente; que lo que haces, se hace. Sólo aceptando que nada es tuyo serás dueño de todo. Conviértete en una total ofrenda. Da, pero no obligues a recibir. No hagas sentir culpable a nadie, eres cómplice de aquello que sucede. Deja de pedir y comienza a agradecer. Obtiene para repartir...

Con lágrimas en los ojos, Jashe besaba a su gigante sin que éste pudiera cortar su monólogo. Los cuatro labios se pegaban y él depositaba en la garganta de ella su incesante collar de frases...

–Descubre las leyes universales y obedécelas. No elimines, pero transmuta. Enseña a los otros a aprender de ellos mismos. Con lo poco que tienes, haz el máximo que puedas. Da de comer al hambriento, pero no lo retengas en tu mesa. No te preguntes dónde vas, avanza dando pasos justos. Saltar es tan bello como reptar: no te compares, desarrolla tus propios valores. Cambia a tu mundo o cambia de mundo...

Era tanto lo que le decía Alejandro que Jashe, con una pena profunda, guardó en su memoria sólo una mínima parte... Llegaron al prostíbulo. Una casa suntuosa rodeada de rosales, de aspecto decente, pero con una lámpara roja en la puerta. Fueron recibidos por doce muchachas vestidas con trajes brillantes y maquillajes exagerados que a esa hora del día no ocultaban sus rostros marchitos. Atravesaron un salón cubierto de cortinas doradas con muebles tapizados de terciopelo rojo. Subieron cuatro pisos. Les

dieron una buhardilla decorada estilo bohemio con muchos cojines y una gran cama a ras de suelo frente a un enorme espejo. Alejandro, en trance, no se dio cuenta de nada. Como un río inagotable habló, sin comer ni dormir, durante tres días seguidos...

–Lo que es necesario, es posible. Si quieres acabar con los vicios de los demás, purifícate tú mismo. Lo que ves es lo que eres. Las enfermedades son tus maestros. No toques el cuerpo del otro para obtener placer o para rebajarlo, tócalo para acompañarlo. No te vanaglories de tus debilidades. Actúa por el placer de actuar y no por el resultado favorable que la acción pueda producirte. Perdona a tus padres...

Después durmió otros tres días. Mientras tanto, mi abuela, que ya había aprendido en el barco, de labios de Marla que hablaba judeo-español, el lenguaje necesario para subsistir en ese país, con energía inquebrantable hizo imprimir unos volantes alabando las cualidades del ex primer bailarín del Ballet Imperial y los distribuyó entre la gente que formaba inmensas colas frente a las boleterías del Teatro Colón. Encontró cerca del burdel un gran estudio, lo arrendó y recibió las inscripciones de las entusiastas muchachas y jóvenes afeminados que deseaban aprovechar esa oportunidad de aprender la danza clásica con un profesor de gran categoría... Al cuarto día despertó a su marido trayéndole a la cama un desayuno de frutas frescas. Ciento cincuenta alumnos estaban esperándolo en el gimnasio. Alejandro comió una piña entera, se vistió apresurado y notó con sorpresa que uno de sus zapatos rojos, el derecho, se había vuelto azul. «Comienza el gran cambio. De la intervención estoy pasando a la recepción. No enseñaré técnicas clásicas porque corresponden a las trabas que la sociedad impone. Por el contrario, liberaré a los cuerpos para que vuelvan a encontrar su natural expresión. Los animales son una danza continua. Así es el hombre. Dios crea los gestos, por eso cada movimiento sincero es una revelación.»

Los alumnos argentinos, hijos de ricos, conocían poco la historia de la danza y no pretendían dedicar su vida al arte. Más bien buscaban un barniz cultural que justificara sus vidas de ocio. Y para aquello las clases del ruso eran una excusa perfecta... Alejandro, sin darse cuenta de la frivolidad de sus discípulos, dedicaba su ser entero al ejercicio. Sentía entre su cuerpo y el cosmos una

interacción constante, llegando a creer que un mínimo movimiento de sus dedos podía influir en el destino de las galaxias... Una noche abrazó emocionado a Jashe: «Te voy a contar un milagro: hoy hice un encadenamiento de pasos tan hermoso que allá en el cielo nacieron dos soles».

Fueron pasando los meses. Alejandro, sin desmayar, como un pastor de cabras montaraces, se enfrascaba en su academia haciendo ensayar, una y mil veces, un ballet llamado *La Vida* a sus inconstantes alumnos. Sólo llegaba al burdel para besar a su mujer que lucía cada vez una panza más hinchada, abrirla de piernas, visitar el templo secreto, depositar rápidamente su ofrenda y luego dormir como una piedra. Icho Melnik y su hermano Yumo subían de vez en cuando a la buhardilla, que Jashe había convertido en un palacio encantado adornándola con flores de papel y trozos de botellas, para tomar té con limón, muy azucarado, hirviente; quejarse de las crueles manías de sus clientes y consultar el Tarot... La buena vida hacía engordar a Icho de día en día. En la cocina tenía un congelador personal lleno de carne de vaca premiada, un centenar de kilos, y en cada comida devoraba seis bifes aparte de los otros platos del menú. Justificaba tal gula citando a Séneca: «Si no te apoderas del tiempo, éste huye». Yumo prefería la moderación. A pesar de su pelo rojo tirando a zanahoria, su cara plagada de pecas y su torso musculoso sobre piernas flacas, intentaba vestirse con elegancia. Para él, la prostitución era un negocio respetable y se había hecho imprimir tarjetas de visita que debajo de su nombre indicaban «Proveedor de belleza femenina. Importación»... No tenía vergüenza de visitar la sinagoga a pesar de que, sin expulsarlo del templo, los asistentes se negaban a dirigirle el saludo por considerarlo un *temeim*, impuro. Él argüía: «No comprendo vuestro desprecio. Mis muchachas son tan sagradas como la Tora. Los judíos somos un pueblo elegido y nuestra misión es conducir a los *goys* a la santidad. En las profundidades del sexo femenino hebreo se esconde Dios. Cada vagina es un sagrario. Cuando el miembro entra en ella, recibe ese bautismo de fuego del que tantos hablan sin saber de qué se trata. En cierta manera, los clientes al poseer a mis hetairas mueren... y al retirarse de ellas, en realidad son paridos. Una nueva vida los espera. Eyacular en las putas judías es hacerlo, hermosa comunión, en el hueco abierto de

Dios». Nadie se dignaba oírlo.

Simón Radovitzky también venía a visitar a Jashe, pero muy de tarde en tarde. Siempre ocupado, cumplía su trabajo con la misma concentración fanática con que defendía el anarquismo. Cada cama que hacía era una obra maestra: colchones apaleados, pliegues geométricos, ausencia total de arrugas. Entregaba al cliente toallas perfumadas y luego esperaba ante él, con dignidad impecable, haciéndose invisible para sólo dejar flotar sus ojos ardientes. Cuando le daban la propina, agradecía con una inclinación elegante de cabeza. Elegancia que se hacía cómica porque la vergüenza de estar reducido a tal mendicidad le ponía las despegadas orejas color carmín... Durante su poco tiempo libre, sobre todo temprano, las putas dormían de siete de la mañana a tres de la tarde, se dedicaba, sin ganar un centavo y vendiendo los ejemplares con peligro de su vida, a escribir en la prensa anarquista clandestina. Aparte de atacar a la tiranía gubernamental y sus «bárbaros esbirros de sable y pito», los arrestos en masa y las expulsiones de «extranjeros perniciosos» eran pan de cada día, repudiaba la posición de los socialistas, esos «traidores y cobardes que aprovechan las persecuciones para acusar de violentos a los anarquistas y encaramarse en la conducción de los sindicatos obreros»... Un mes de mayo se desató una huelga, realizada por mozos de restaurante contra una ordenanza municipal que los obligaba a rasurarse el bigote. Simón, a pesar de que ya no conservaba ese ornamento viril, porque había decidido no sólo vivir fuera de las costumbres religiosas sino también de la seducción («Nunca adornar. El hombre libre no se vende, no produce efectos, no solicita, crea lazos, cortándolos, para formar archipiélagos de islas-fieras, es sin más allá ni más acá. Su encuentro con la mujer debe ser mágico, instantáneo, sin cálculo, definitivo y total. ¿Para qué buscarla si todas las fuerzas del Universo se la tienen reservada?»), aceptó que los huelguistas consideraran esa imposición como un agravio y opusieran al corte de la parte pilosa una enérgica resistencia: la oligarquía necesitaba eunucos como servidores y en ese caso testículos y bigotes adquirían el mismo significado.

Desde las páginas de *El Sol*, único periódico obrero que no había sido clausurado porque su director era un conocido poeta argentino nativo, Simón, con artículos redactados en ruso y traducidos, aparte

de al español, también al italiano, alemán, inglés y francés, la mayoría de los obreros eran inmigrantes, fustigó a las autoridades. «La cobardía ambiente engendra las tiranías. Si todos dicen "acatemos" se constituyen en cómplices de la erección del machete, en árbitros del pensamiento. Este intento infame de castrar a los trabajadores proviene de las altas clases sociales que, para borrar la fuerza espiritual del individuo, lo uniforman. Todo uniforme, sea religioso, militar o laboral, es un atentado contra la naturaleza siempre distinta de cada ser. ¡Protesten, hermanos! Por conservación propia, por egoísmo, porque mañana ha de medirse a todos con la misma vara, porque el abuso cometido contra cualquier miembro de una colectividad, así sea el más humilde, truécase en vergüenza y baldón para quienes lo toleran.» Las palabras de Radovitzky causaron en sus lectores el mismo efecto que un fósforo encendido cayendo en un lago de alcohol.

Se unieron a la huelga de los mozos los cocheros y los cortadores de calzado. Luego los obreros portuarios, marineros, fogoneros y estibadores. Todos pedían respeto humano y un aumento de salario del diez por ciento... Con el auspicio de la policía, las grandes compañías, adoptando una postura intransigente, comenzaron a emplear rompehuelgas. Para evitar que los barcos fueran descargados, los huelguistas atacaron a los traidores. La reyerta se extendió por los muelles. Simón Radovitzky, mezclado al tumulto, sacó un revólver y disparó. Algunos obreros que portaban armas, siguiendo su ejemplo, se atrevieron a hacer uso de ellas. Pero la timidez de esos trabajadores, acostumbrados a bajar la cerviz, hizo que sus tiros volaran en abanico por sobre la cabeza de los policías y fueran a incrustarse en las montañas de melones podridos que esperaban ser embarcados... La saña feroz de los militares, su falta de imaginación y su inteligencia cortada sobre el mismo patrón hizo que sus balazos de respuesta se incrustaran todos en el corazón de Paolo Zapoletti, emigrante italiano, que cayó de espaldas con el pecho convertido en colador. Una mancha roja, enorme, le fue rodeando el cuerpo hasta convertirse en un halo semejante al de las vírgenes. Cesó el combate. Ese único muerto creció en la mente de los espectadores hasta convertirse en un gigante. Múltiples manos levantaron al caído y lo pusieron en una camilla para iniciar con él un desfile lento y silencioso, interrumpido de vez en cuando por la

voz de un macho ronco cantando versos revolucionarios con tal desgarramiento que parecían saetas. Así, lo pasearon durante horas por los barrios pobres. Se agregaron a la marcha funeral más de diez mil nuevos huelguistas. Simón comenzó a gritar «¡Ojo por ojo, muerte por muerte!». La multitud lo imitó, repitiendo más y más fuerte ese lema. Los policías, temerosos de que el furor público aumentara y comenzaran a atacar los cuarteles, con un destacamento de caballería pararon el cortejo, lo disolvieron a sablazos y se llevaron al cadáver... Pasado el susto, entre los pobres se desató una ola de furor. Siendo mucho más numerosos que sus enemigos, se habían dejado amedrentar por una pequeña manada de caballos y unos cuantos pitidos. Simón aullaba:

–¡Compañeros, para quebrar huesos hay que sacrificar un poco de carne! ¡Seamos capaces de morir unos cuantos para exterminarlos a todos! ¡Atrevámonos! ¡Sigamos la huelga hasta acabar con el Estado!

Espíritus más modestos pidieron que el mitin se disolviera para tener tiempo de que las diferentes asociaciones se reunieran y lanzaran una manifestación de protesta respaldada por los elementos organizados de la masa trabajadora, Partido Socialista, Federación de Dependientes, sindicatos, grupos anarquistas, etc. Los obreros de Buenos Aires, prescindiendo de sus diferencias ideológicas, desfilarían unidos, como un cuerpo colosal, denunciando los abusos de los polizontes para hacer comprender a las clases explotadoras que la cuestión social no se podía resolver con prisiones, vejámenes o deportaciones. Dos días más tarde, con autorización del Gobierno, se inició la manifestación. Por haberse recibido una ordenanza de Roberto Falcón, no se enarbolaron banderas rojas y se aceptó reprimir las críticas violentas contra los medios adoptados por la policía durante el estado de sitio, para evitar provocaciones que podrían originar represalias sangrientas... Más de cuarenta mil obreros desfilaron con calma severa desde la plaza Constitución a la plaza Lavalle. A todo lo largo del trayecto fueron apostados policías y muchos agentes a caballo siguieron de cerca a los manifestantes. Cuando llegaron a la plaza Lavalle y los oradores empezaron a ocupar sus lugares en un improvisado escenario, Simón Radovitzky sacó una bandera roja que traía oculta bajo su abrigo de cuero y la enarboló frente a uno de los esbirros

montados a caballo. El militar lanzó su animal hacia él con la intención de hundirle los sesos con las pezuñas. Varios manifestantes se interpusieron queriendo evitar el incidente. El orejudo no se arredró. Agitó su trapo como frente a un toro y en su precario español le gritó:

–¡Si me encuentras, te encuentras, bárbaro a caballo! ¡Dame tus golpes asesinos, llena mi piel de manchas moradas para que leas en ellas tu destino!

Esas palabras fueron incomprensibles para el gañán uniformado que, tomándolas por una sarta de insultos, desenvainó el sable y amenazador dio tajos desordenados. Simón, soltando un alarido eufórico, disparó cinco tiros al aire. Roberto Falcón, en su motocicleta, montado detrás del ayudante con perfil griego, le murmuró al oído. El conductor dio tres bocinazos. Inmediatamente los policías abrieron fuego contra la concentración. Una sola andanada bastó para que cayeran muchas víctimas. En medio de un enorme alboroto comenzó una retirada general que se agravó al llegar compañías de bomberos que con manguerazos potentes rasgaron las filas de los manifestantes. Volvió a sonar la bocina de la motocicleta. Silencio... El coronel Falcón sonrió satisfecho. Decenas de heridos y muertos arrojaban una sangre que con sus manchas parecía escribir una melodía en las cinco rayas paralelas del empedrado. El único que supo verla fue Radovitzky, que observaba la masacre oculto en una carreta cargada de alcachofas. Copió la frase musical en un cuadernillo, vio pasar en su ridícula motocicleta al jefe de la policía, probablemente rumbo a una conferencia de prensa para comunicar una versión oficial de los acontecimientos que calmara a la opinión pública, descendió de la carreta pegándose a las paredes sombrías y se alejó satisfecho dando pasos ligeros hacia el lupanar. Provocando ese derramamiento de sangre obrera, había logrado crear mártires, que a su vez engendrarían odio y deseos de venganza. Para él, el arma más poderosa de una rebelión eran las víctimas inocentes. «La vida de muchos se gana con la muerte de unos pocos...» No se sentía culpable porque él mismo estaba dispuesto en cualquier momento a sacrificarse. Hacía ya un tiempo largo que había donado su existencia a la humanidad.

Apenas llegó a la mansión de la luz roja, le pidió a Icho Melnik,

sin revelarle su origen, que interpretara en su armónica la frase musical creada por la sangre obrera... Surgió un lamento altivo que, en ritmo de tango y arreglado para acordeón y trío de cuerdas, se convirtió en himno de la casa y amenizó las borracheras sensuales de los clientes... Jashe, en vísperas del parto, toda vestida de blanco, se tomaba el enorme vientre y danzaba con su hija ese tango lancinante que venía del piso bajo. A falta de Alejandro, que llegaba después de medianoche, le daba un beso en la frente y se derrumbaba en la cama para, por primera vez desde que se conocían, dar ronquidos de locomotora, mi abuela conversaba con el feto comunicándole sus esperanzas... Para ella no había ni pasado ni presente, sólo futuro. Nada existía aquí y ahora, ni allá ni antes. Todo era en ninguna parte y después... Sí, un día las cosas llegarían a ser. El dinero ahorrado les daría para comprar un terreno con mansión, jardines y cementerio particular. Los cipreses crecerían alrededor de esa casa transparente, y sus hijos y sus nietos, tocando trombones, tubas y cornetas, los meterían, a ella y su marido, cadáveres, en un reloj de péndulo, para arrojarlos, entrelazados, al pozo-mausoleo que llegaría al enorme corazón de agua dulce que era el centro del planeta.

El bailarín gigante, infatigable, con una barba rubia y una melena también de oro acariciándole la cintura, se mantenía perseverante tratando de montar su ballet *La Vida*. Era como querer trazar con un dedo y para siempre una estrella en la superficie de un lago. A sus inconstantes alumnos no les gustaba ensayar ni dar mensajes filosóficos, pero pasaban horas enteras frente al espejo admirándose en sus mallas, faldellines, calcetas de lana, cinturones anchos, zapatillas con punta de acero... Alejandro los sacaba del autoembeleso golpeando el piso con su largo bastón para, una y mil veces, hacerlos repetir las cuatro partes de la coreografía. Primero, «El Gran Sí» expresaría la lucha contra la duda, por la aceptación incondicional de la existencia. Segundo, «El Ilimitado Gracias» mostraría el cese del pedir y el éxtasis de la gratitud constante. Tercero, «El Rápido Adiós» describiría el abandono de toda posesión y la entrega tranquila a la muerte, haciendo de ella el momento más hermoso de la vida. Por fin, «El Instantáneo Regreso» mostraría la rápida reencarnación de las almas, no como un castigo sino como un medio de progreso... Pero los bailarines argentinos creían que la

danza era un espectáculo circense y sólo les interesaba competir por elevar la pierna más alto o dar más giros sobre la punta de un pie. Alejandro, en su escaso español, trataba de abrirles la conciencia, revelarles que Dios los habitaba y convencerlos de ceder sus cuerpos al misterio, para que realizaran movimientos que la razón era incapaz de imaginar. ¡Inútil! Encerrados en su orgullosa mediocridad, no podían dejar que las piernas, los brazos, el torso, las caderas, vivieran su propia vida, como organismos autónomos alimentados por la sabiduría de los astros... Mi abuelo, a veces en medio del inepto grupo, se arrodillaba sollozando desesperado. Sus alumnas se peleaban por enjugar sus lágrimas con lengüetazos delicados, acompañados de suspiros tan calientes que el rubor le encendía el rostro. Se alzaba colérico para sacudir el cuerpo, tratando de desprenderse de los significados sexuales como si fueran pulgas.

Jashe parió ayudada por la partera del prostíbulo, una vieja alemana, Bettina la Tortuga, apodada así porque un argentino celoso le había cortado las orejas y la nariz... Nació mi madre Sara Felicidad, un bebé blanco como el mármol, con dos grandes ojos lapislázulis y cuatro tetillas que más tarde se convertirían, creo, en cuatro grandes senos donde yo podría mamar, si no es un falso recuerdo, una doble cantidad de leche... Alejandro no se dio cuenta de que ya era padre. Estaba tan emperrado en lograr su obra que alrededor de la danza el mundo se le fue esfumando y ya no vio personas sino bultos de niebla. Se paseó por el mundo sin pertenecerle, escuchando el interminable río de frases que le dictaba Dios:

–Soy la suma de tus llamadas... Presente es la completa percepción de ti mismo... No quieras ser en el otro, deja que el otro sea en ti... Nunca expreses más de lo que sientes... Dar es saber recibir...

Jashe, tranquila, amamantaba a su hija invisible, preparando monumentales ensaladas de frutas que Alejandro, vuelto vegetariano, devoraba directamente del plato servido en el suelo, a cuatro patas como un rumiante. La mujer tuvo que armarse de paciencia, porque a mi abuelo, tratando de expresar sin riendas su animalidad, le dio por defecar en los rincones, o en un sillón y, a

veces, debajo de la mesa... Jashe, en el mismo momento en que sucedían estas cosas las veía como pasado y, pensando en el futuro de cordura y felicidad que los esperaba, limpiaba de buena gana esas excentricidades. Ella sola se dedicó a educar a Sara Felicidad. Clavó en la pared junto a la cuna las setenta y ocho cartas del Tarot para que aprendiera rápidamente a contar señalando las copas, los *deniers*, los bastones y las espadas. A los seis meses, la niña dijo su primera palabra: «MAT», y al año ya sabía hablar un poco de ruso y mucho de español. En lugar de papá le encantaba decir paraíso y en lugar de mamá, maravilla. Al año y medio comenzó a cantar, primero imitando al ruiseñor de Marla, luego al violín del cuarteto de tangos, después a las gatas en celo y por fin a Bettina la Tortuga, que durante el mes de mayo entonaba en las procesiones católicas el «Venid y vamos todos con flores a María» para que la Virgen le concediera el milagro de hacerle crecer otra nariz y dos nuevas orejas... La aguda y cristalina voz de la nena hacía caer el polvo de los espejos y calmaba en unos segundos las reyertas de los clientes borrachos. Apenas salían a relucir los cuchillos, Jashe bajaba con Sara Felicidad para que cantara «Qué lejos estoy del suelo donde he nacido» transformando la ira en nostalgia y luego en beatitud. Caían las máscaras de fiera y aparecían los rostros de niño... Mientras tanto Alejandro, que permanecía ciego y sordo ante su hija, comenzó a perder la esperanza de realizar su espectáculo. Cuando una muchacha lograba aprender los intrincados pasos, se ponía de novia, se casaba, caía encinta y abandonaba para siempre el arte. Si era un joven, podía recibirse de abogado o arquitecto, suicidarse o huir con un amante de baja estofa y las joyas de su mamá. Le empeoró el carácter y por detalles nimios, un trozo de manzana que conservaba una pepa, una mirada distraída cuando le hablaba de sus problemas con los danzarines, se enfurecía amenazando dar de patadas a su esposa. Luego caía de rodillas para besarle los pies, pidiendo perdón... Un día, a las tres de la tarde, hora del desayuno, Yumo Melnik irrumpió en el comedor, agitando un telegrama azul:

–¡Muchachas, coman rápido y corran a acicalarse y enfundarse en los vestidos más llamativos! ¡En dos horas más, el jefe de la policía, Roberto Falcón, nos honrará con una visita! Viene para agasajar a sus veinte guardaespaldas. Cada año, como aguinaldo, el jefe les concede un deseo. Esta vez han pedido follar con putas

judías... Queridas, ustedes ya son eximias profesionales. Es importantísimo para el futuro de nuestra empresa que no rechacen ningún capricho. Son asesinos, sí, pero ven el sexo como niños. Si no los contradicen y se prestan sonrientes a sus rarezas, se pondrán mansos como corderos... ¡Y échense al buche estas pastillas que las mantendrán despiertas hasta que las vergas más tiesas se derrumben!

Simón Radovitzky, con una cara solemne, se acercó a Marla, aprovechando que bebía su café en la penumbra porque la luz del día le irritaba los ojos.

–Marla, ya sé que hoy estarás muy ocupada con esos matones. Sin embargo, con el mayor de los respetos, te voy a pedir un favor. Mi vida no será larga, quizás se acabe antes de que mañana salga el sol. ¡No me interrumpas, por favor! Lo que te estoy diciendo es serio, te hablo como un condenado a muerte. Mira: en este saco tengo todo el dinero que he economizado. Te lo doy. Es más de lo que ganas en un mes de trabajo.

¡Iníciame, Marla! Soy casto, hazme hombre... Quiero conocer, en las dos horas que tenemos antes de que lleguen los policías, la profundidad del goce, verter el semen de una vida entera, fornicar en múltiples posiciones y por todas las puertas, entregarte mi corazón como un animal en el altar del sacrificio. Quiero que mi espíritu se entierre en el tuyo y allí muera, para que después balaceen sólo a un cuerpo vacío... Ay, Marla, discúlpame... creo que te amo.

La prostituta no respondió una palabra. Guardó lentamente el dinero en su bolsa de satén negro, acabó de beber el café, tomó la mano de Simón, lo condujo hasta el tercer piso, lo hizo entrar en el cuarto decorado como gruta submarina, lo desnudó, lo bañó en la gran concha de mármol, lo secó con la toalla recortada en forma de sardina y se metió con él bajo las sábanas de seda estampada con olas estallando, para entregársele en cuerpo y alma.

Después de esas dos horas, otro Simón Radovitzky bajó por las escaleras. El adolescente se había convertido en un hombre maduro. Sus pasos eran pesados, intensos, decididos, pero sus ojos estaban velados como los de un muerto... Se sentó junto al armario lleno de sábanas limpias y esperó con la calma paciente de un perro echado a la sombra en verano... Roberto Falcón ofreció a sus secuaces una

fiesta sin límites. Devoraron tres puercos asados y vaciaron incontables botellas de aguardiente. Mientras bailaban el tango de la casa, se permitieron rajar los trajes de sus compañeras y, en paños menores, cargarlas una y otra vez hacia los cuartos privados. Al final, temblequeando, las poseyeron allí mismo, a la vista general, en la alfombra del salón o en los sillones del bar. Falcón bebía, acompañado de su chofer, sin tocar a las muchachas. Cuando vio a todos equilibrarse torpemente en los pisos hechos columpio, caer, vomitar y roncar ahítos, con los testículos vaciados hasta la última gota, hizo una seña al muchacho del perfil griego y los dos, con discreción de sombras, se encerraron en la *suite* preferencial del segundo piso... Marla, aplastada por un orangután con los calzoncillos meados, vio a Simón marchar descalzo, subir las escaleras e introducirse en el lujoso apartamento. Sintió que el corazón se le quebraba, para siempre, como una botella de cristal y se mordió los labios tratando de no sollozar. Una gota roja se deslizó por su barbilla hasta caer en la boca abierta del velludo cliente que, sin despertar, la paladeó sonriendo. Ella, al día siguiente, se tatuaría en el seno izquierdo las iniciales S. R.

Simón Radovitzky cometió el primer asesinato en diez segundos. Falcón estaba de rodillas, con la cabeza enterrada en un almohadón, mientras su asistente lo penetraba dando rápidos y violentos caderazos. Los gemidos de gusto-dolor opacaron la carrera del anarquista que, con una sabiduría extraída de su animalidad, de un solo tajo del cuchillo de cocina le cortó al amante la yugular, con tal decisión que casi separó la cabeza del tronco, y sin detenerse, como una armoniosa continuación del mismo movimiento, metió la hoja entre los dos cuerpos y cercenó el miembro, que quedó embutido en el intestino del jefe. Mientras el cuerpo se desplomaba lanzando chorros granates, Simón cambió de mano el cuchillo, sacó su revólver y apuntó hacia Falcón.

–¡No chilles o te hago puré los sesos! ¡Párate frente a mí, que soy tu muerte, maricón!

El coronel, más blanco que el cadáver de su querido, se puso de pie junto a la cama. Por su ano emergió el pedazo de falo y con ruido acuoso cayó entre sus pies como un molusco sin concha. Vomitó.

–¡Lame tu porquería!

Falcón se arrodilló y pasó la lengua por sus arrojos. –¡Canalla, debería darte un fin indigno, meterte el cuchillo por ese hoyo hediondo y abrirte en canal hasta el vientre, sacarte las tripas y atarte con ellas a tu puto; luego quebrarte el cráneo, vaciarlo de su cerebro y cagar en la calavera como si fuera una bacinica! Dale gracias al anarquismo, enano moral. No quiero deshonorar a mis compañeros exterminándote con la misma saña con que tú torturaste y asesinaste a tantos obreros inocentes sólo para satisfacer tu vanidad... Te daré un fin limpio...

–Piedad... Un saco de diamantes por mi vida... –Te equivocas, coronel. Siempre he deseado vivir en la noble pobreza...

Le respondió Simón con una sonrisa dulce y lo derribó de un disparo certero entre las cejas. Luego se sentó frente a los dos caídos, metió un dedo en la charca de sangre y se dibujó la A de Anarquía en la frente... Los guardaespaldas, alertados por el tiro, no tardaron en destrozar la puerta a patadas. Radovitzky fue rociado de golpes que le quebraron la nariz, tres costillas y seis dientes. Lo bajaron arrastrando al bar y lo torturaron delante de las prostitutas. A pesar de que le arrancaron poco a poco la piel entera, murió sin delatar a ningún miembro de su grupo. Se llevaron presos a todos los testigos, cubriéndolos de improperios.

El crimen conmovió a la opinión pública. Las autoridades culparon a la comunidad judía, especialmente a los inmigrantes rusos. «El Gobierno está firmemente resuelto a tomar medidas enérgicas para evitar el ingreso al país de gente peligrosa y eliminar a la que se encuentra ya en él», declaró el nuevo jefe de policía y, al amparo del estado de sitio decretado por el término de dos meses, comenzó una búsqueda de dirigentes anarquistas entre los israelitas no naturalizados. En virtud de la Ley de Residencia, varios centenares fueron expulsados del país. Entre ellos se contaban los hermanos Melnik y sus putas que, sin un céntimo –los policías se encargaron de confiscarles sus ahorros como precio por el «favor» de no mandarlos de regreso a Rusia–, fueron depositados en un tren que los llevó directo al Uruguay. Cuando desembarcaron en Montevideo, Icho frotó su enorme vientre y dijo bonachón:

–Si el sabio piensa sobre todo en la pobreza, incluso si está en medio de la riqueza... nosotros, en medio de la pobreza, pensaremos sobre todo en la sabiduría... ¡Ánimo, muchachas! Cada hombre es

un posible cliente. No le pidan a Dios que les dé, sino que las ponga donde haya...

La Tortuga, que había salido libre porque era alemana pura y nacionalizada argentina, llegó al estudio, atravesó las filas de alumnos y, con voz gangosa de desnarizada, urgió a Alejandro para que corriera a la cárcel a sacar a su esposa y su hija antes de que las embarcaran con rumbo a Europa. A mi abuelo, la noticia de la muerte de su amigo le dio un remezón y lo hizo caer de las nubes. De pronto se sintió solo y se dio cuenta de que tenía una hija y una esposa que sentían por él un gran amor y que gracias a ese amor continuaba viviendo. Perder a Jashe y Sarita era volverse árbol sin raíces flotando a la deriva en un río de agua turbia... Llegó a la prisión agitando fotografías de divo, programas del Ballet Imperial donde estaba estampado su nombre en grandes letras, su pasaporte ruso y el certificado de matrimonio. En el recinto donde lo recibió la policía, para probar lo que mostraba, dio los tres brincos más altos de toda su carrera y el más sublime encadenamiento de pasos. Su melena rubia aclaró ese sitio sombrío. Los guardias lo admiraron con la boca abierta y soltaron a su pequeña familia.

En la calle, Alejandro se puso de rodillas y besó los pies de la mujer y su hija pidiéndoles perdón. El zapato que estaba rojo también se le puso azul. Jashe, con el resuello entrecortado por la emoción, lo alzó para ofrecerle su boca. Él la besó como nunca, tratando de pegar para siempre sus labios a los de ella. Sara Felicidad comenzó a cantar el tango que Simón Radovitzky había traído al lupanar. La melodía comenzaba desgarradora, para irse llenando de esperanza y terminar con acentos triunfales. Alejandro sintió que su corazón se llenaba de luz. «Eres mi alma», le dijo a la niña y alzándola sobre sus hombros comenzó a dar saltos por las calles, tratando de volar. Al cabo de veinte cuadras cayó extenuado junto a un tarro de basuras. Sarita siguió cantando. La gente que pasaba les dio dinero. Las monedas se amontonaron frente a ellos. Cuando Jashe los alcanzó, hizo callar a su hija y con el rostro ardiendo de vergüenza recogió las dádivas. Alejandro la tomó por la cintura, la miró con ternura infinita y le dijo:

–Tú, que me diste una hija, me has extraído de la locura. Un gran cambio acaba de operarse en mi espíritu. El maravilloso

sacrificio de Simón y esta limosna me han hecho comprender que como artista he sido un parásito. Mi danza es sólo entretenimiento para ricos que aplauden siempre que no se les muestre nada real. Es decir, la miseria humana y la destrucción industrial del planeta... Me he estado perfeccionando para un público que pide belleza sin verdad. Me he sumergido en mí mismo, convirtiéndome en isla, en forma sin médula, en exhibicionista de ingenua vanidad. El Ballet Imperial me separó del pueblo y Vladimir Monomaque de los sentimientos humanos; crecí como un mutilado, sin relación con los otros, embriagado por mis propios límites... Esa danza es una trampa que nos hace colaborar con explotadores y asesinos. El dinero que me dieron y el que he ganado dando clases a jóvenes frívolos está manchado de sangre. Debemos regalarlo. Si quiero ser un artista verdadero, tengo que conocer la pobreza. Compartir la vida de mis hermanos obreros. Ya sé, Jashe, que les pido un gran sacrificio: que tú y Sara Felicidad soporten la miseria, no sé por cuanto tiempo. Por eso debes decidir ahora mismo, o te vas con la niña y las economías a formar una nueva pareja con un hombre dormido que te dé comodidades obtenidas robando la salud de los otros... o te vienes conmigo a los barrios pobres y redimes la injusticia de este mundo con el sacrificio de tu vida como lo hizo Simón Radovitzky...

Jashe, sin vacilar, respondió:

–¿A quién le daremos el dinero?

–Si lo repartimos, cada favorecido tocará poco. Mejor que lo reciba una sola persona. Dios me dice que debe ser la pobre Bettina. Nuestro regalo la consolará de sus mutilaciones.

Los obreros no duraban más de cinco años en los frigoríficos, después morían o adquirían enfermedades crónicas. Por eso, conseguir trabajo en ellos le resultó fácil a Alejandro. Dejó a Jashe y Sara Felicidad viviendo en un cuarto de dos metros de ancho por tres de largo, con una bacinica por excusado y un anafre eléctrico por cocina y partió a cumplir su penitencia. La industria de la carne congelada, controlada por capitales extranjeros, era «intocable» para las autoridades nacionales. Por falta de sindicalización, las condiciones de trabajo no podían ser peores... Alejandro comenzó por el degüello. En las playas donde se mataba a los animales,

estuvo expuesto permanentemente, en invierno, a la lluvia y al frío, y en verano, a las emanaciones gaseosas y olores enfermizos. Después del tajo, la sangre caía a chorros sobre hombres y herramientas para luego escurrirse en parte por el piso formando espesas capas de un color rojo oscuro. Entre excremento y orines, tuvo que descuerar animales y luego arrojarlos en mesas para dividirlos y carnearlos. Los serruchos chirriaban lanzando a la atmósfera el aserrín de los huesos. La noria, la zorra, la roldana, las cadenas y los bufidos de los animales agónicos le impedían conversar con sus compañeros, esos hombres tristes, ensangrentados, fétidos, que portaban toda clase de amuletos colgando del cuello para impedir que las bestias les transfirieran sus males: tumores en la piel, úlceras en la boca, triquinas en el organismo. En ese período inicial, Alejandro pasó momentos muy difíciles. No sólo el trabajo era espantoso por la tremenda cantidad de animales asesinados, sino también por una alucinación que sin cesar se repetía: fantasmas de ovejas convertidas en perras furiosas lo atacaban clavándole los dientes. Reteniendo su angustia, se dejaba devorar el cuerpo, sin cesar de cortar, seleccionar y poner en montones separados las tripas, los hígados, los riñones, los corazones. Imaginaba que los millares de lenguas cercenadas eran suyas y las hacía decir en coro:

–Ahora vivo en una realidad que es tan atroz como la locura, pero por lo menos se puede compartir con los menesterosos. Ya no puedo permitirme pesadillas particulares. No soy más un individuo. La demencia de los pobres es el trabajo.

Haciendo esfuerzos titánicos lograba liberarse de las imágenes dementes y, con la ayuda de su Dios interior, proseguía sus repugnantes labores... Al llevar los pedazos de carne a la cámara fría, todo se helaba enseguida. A menudo veía obreros que, al entrar allí embadurnados de sangre, quedaban con la cara congelada o la mano pegada al cuchillo... Para evitar esto, Alejandro, como los otros, se envolvía la cabeza y las extremidades con trapos y periódicos y se colocaba viejos chalecos de lana, los unos sobre los otros. Si la ropa era empapada por la sangre, se helaba inmediatamente. Cuando ya no resistía el frío, escapaba fuera y metía piernas, manos y cara en los cuerpos de los animales humeantes recién abiertos, para calentarse.

En las secciones donde se usaba salitre para la preparación y conservación de las carnes, los materiales químicos comían los zapatos y las botas. Al poco tiempo los pies quedaban llagados y ya nunca cicatrizaban... Por todo aquello pasó mi abuelo. Su poderosa constitución física le permitió resistir más que los otros, pero los brazos se le pusieron morados, las coyunturas se le hincharon y comenzó a crecerle un bulto bajo el mentón. Sin amilanarse pidió trabajar en los abonos fosfatados, la peor sección de la cadena frigorífica, el «matadero humano». Los que bregaban en ese infierno, al cabo de dos años se iban al hospital o morían. Allí iban a parar los residuos y se disecaban y molían los huesos para extraer la albúmina. Todos tenían que cubrirse con grandes pañuelos la boca y las narices para evitar los hedores, pero la composición amoniacal de las emanaciones hacia su neutralización imposible. Un humo con sabor a ácido penetraba mordiendo la garganta. Entre toses y carraspeos, para evitar el frío, los obreros procuraban no quedarse quietos y corrían de un lado a otro como enloquecidos. Alejandro, olvidando sus dolores, se entregaba a ese insensato tumulto con profunda piedad, pero a la vez sintiendo un placer estético, porque lo veía como una hermosa danza. Comprendió que el arte auténtico sólo aparece en un sitio secreto que reside entre la vida y la muerte... Mientras los dos zapatos azules se le fueron poniendo blancos, la voz de Dios le repitió:

–Hay un instante preciso donde el mundo es maravilloso: ahora.

Mientras tanto, en el cuarto de dos metros por tres, Jashe pintó las paredes de blanco, fabricó un lecho plegadizo, inventó con una plancha de madera y bisagras una mesa que, después de comer, se podía pegar al muro, y un cajón que contenía cinco más, los unos dentro de los otros, para servir de sillas. Así comenzó su lucha para dominar el espacio: cada cosa que admitía en esa pieza era esencial y tenía una forma calculada para que encajara con las demás. Los objetos cobraron una existencia de animales domésticos. (Mi abuela nunca olvidó a su tierna frazada de pelos de perro callejero –a los que atraía dándoles de comer sobras y luego rapaba–, ni a su humilde tazón de madera que le abría cada mañana una boca de sapo encantado.) Y así como quien regresa al hogar y no encuentra a su gato y lo busca con angustia por las calles del barrio, si de

pronto no hubiera estado el anafre eléctrico, sólido y simple aparato en el que llegó a cocinar, con huesos y legumbres recogidas en los desperdicios del mercado, los más complejos guisos, habría sufrido. Porque el cariño que le tenía a sus pequeños servidores era correspondido y ellos, estaba segura, se preocupaban por rendir un trabajo imposible de obtener fuera de una atmósfera como aquella. Jashe escribió una tarde a su hermana Shoske: «Una planta que me regaló el portero porque le supliqué no tirarla a la basura, al parecer había muerto. Con sus tallos resecos la coloqué junto a la ventana y dejé de preocuparme por ella durante mucho tiempo. Sin embargo, cada mañana, la regaba, distraída, pensando en otras cosas. De pronto, ayer, no sé por qué milagro, le surgió una hoja. Me sorprendió tanto que me puse a llorar. Comprendí que el amor es un gran agradecimiento al otro por existir».

Dos meses antes de que Sara Felicidad cumpliera cuatro años, Alejandro llegó con un ramo de margaritas y la exigua paga de la semana.

–Jashe, esta mañana Dios me dijo: «Hijo mío, hoy debes cesar de trabajar. Has enflaquecido, pierdes el pelo, tus dientes comienzan a pudrirse, tus cartílagos están inflamados, te ha crecido un bocio, tus pulmones se han debilitado y ya no puedes moverte con la gracia de antes. Pero tu alma se ha forjado en el sufrimiento y brilla como una gran luciérnaga. Vuelve a danzar: esos límites corporales son tu honra y hacen de ti un ser humano y no una máquina. Muestra al mundo lo que es el Arte». Sí, Jashe, perdí mi tiempo enseñando a los hijos de los ricos. Ahora danzaré yo solo, pero una vez. Las obras sinceras no deben repetirse, tienen que ser únicas... Además, la función será corta, diez minutos, pero tendrá tal intensidad que aquel que la vea no la olvidará jamás... No quiero presentarme en un teatro, sino al aire libre, de noche, en el kiosco de una plaza pobre. No necesitaré reflectores puesto que yo seré la luz. Aunque no haya luna ni estrellas, todos me verán. Tampoco necesito orquesta, me bastará la voz de mi hija. No te preocupes por los trajes, Dios me dice que sólo un cuerpo desnudo puede llegar a lo sagrado... La prensa se va a interesar. Será un acontecimiento histórico. Después de mi presentación la danza cambiará... Quiero que vengan ricos y pobres y que se mezclen alrededor mío. Los

opulentos, al final del acto, lanzarán billetes que se repartirán entre los necesitados... Fui el primer bailarín del Ballet Imperial Ruso, Argentina me tiene que respetar. Mientras visito las redacciones de los periódicos, tú, Jashe, deberás trabajar.

Mi abuela fue aceptada como operaria en una fábrica de sombreros de fieltro. El ambiente, allí, era acuoso y húmedo. El vapor del mercurio, que se utilizaba para la preparación del pelo, formaba una espesa niebla que envenenaba el ambiente. Con el cabello y las ropas siempre mojadas y respirando esas emanaciones, a Jashe le comenzaron a temblar las manos, temblor que se le fue propagando a los labios, la lengua, la cabeza, hasta que se le generalizó por todo el cuerpo. Soportó con una sonrisa esos síntomas a los que se le agregaron dolores reumáticos. Por la falta de visibilidad, varias de sus compañeras tuvieron los dedos cortados y una obrera de nueve años cayó muerta, intoxicada.

En los diarios no salieron muchos artículos anunciando la representación. Los periodistas vieron llegar cojeando a un gigante sucio, con un traje remendado, los ojos demasiado abiertos, hablando un español incomprensible y lo tomaron por un drogadicto. Las escasas líneas que aparecieron estaban redactadas con desprecio y burla. Mi abuelo no se desanimó.

–Vendrán pocos espectadores, pero si son de calidad, bastan. A Cristo lo vieron sólo doce testigos y toda la humanidad se enteró. Mi danza quedará grabada en la memoria colectiva.

Llegó el gran día. En la mañana celebraron el cumpleaños de Sara Felicidad. Le regalaron una lata de duraznos en conserva y un bailarín de trapo con cabellos de lana de oveja teñida de amarillo. En la tarde, Alejandro le dio las últimas instrucciones:

–Cantarás sin cesar, pase lo que pase, hasta que yo haya dejado de bailar. Olvidarás todas las melodías que conoces para dejar que tu voz tome los senderos que ella quiera. Conviértete en un canal abierto al paso de los dos ríos: el oscuro y el celeste. Lo que la voluntad trate de hacer no te interese, sólo lo que recibas será bueno.

En la noche, Alejandro se paró en medio del kiosco de una plaza descuidada y su hija comenzó a cantar. El único espectador era Jashe. Ningún pobre o rico acudió a la cita. Tampoco los reporteros. Algunos perros intentaron aullar, pero la voz de la niña los encantó

y pronto, silenciosos, la escucharon moviendo la cola. La voz de mi madre, surgiendo de la penumbra como largos cuchillos de cristal, fue a clavarse en cada ventana. Extraños sonidos que no eran interrumpidos por silencios, gracias a que sus cuerdas vocales vibraban con la espiración y también con la inspiración del aire. Esas notas sobrehumanas despertaron a las exhaustas familias obreras y poco a poco la plaza se fue llenando de hombres, mujeres y niños que se acercaron al kiosco con el mismo respeto con que penetraban cada domingo en la iglesia.

Alejandro Prullansky, muy lentamente, como si tuviera mil años para hacerlo, se fue desvistiendo. En quitarse los pantalones y la camisa, única ropa que llevaba, se demoró media hora. Conservó puestos sus zapatos blancos. Con la misma lentitud se agachó para abrir una maleta de cartón y sacar de ella una manzana. Con voz grave, rítmica e impregnada de una bondad inmensa dijo:

–El artista define al mundo y lo convierte en su obra. Si un poeta come esta manzana, ese acto es un poema. Si un músico, una sinfonía. Y un escultor, al comerla, estará haciendo una escultura. Yo danzo.

Y disminuyendo aún más la velocidad de sus movimientos, mordió el fruto. Sara Felicidad y él, en la oscuridad de esa noche nublada, se veían como dos estatuas negras. A pesar de la intensidad del canto, que de tan fino cortaba las hojas de los pocos árboles como un bisturí lanzando sobre la cabeza de los obreros una oscura lluvia verde, el ruido de la masticación surgía entero y daba a los tonos acerados de la niña un lecho acuoso... Nadie pestañeaba. Aparte del sonido, nada sucedía, pero las sombras del kiosco prometían que algo importante iba a pasar... Alejandro abrió su espíritu en dos alas de una largura kilométrica y absorbió el gusto de la manzana. Del centro de su cerebro salió un rayo iridiscente que se clavó en el cielo. Los nubarrones fueron barridos por su aliento y aparecieron las estrellas, que se pusieron a girar alrededor de las pepas que mantuvo formando un triángulo en su lengua estirada. Allí puso su conciencia y la mostró al público como si fuera una hostia consagrada. Siguiendo los caminos plateados que le mostraba la voz de su hija al ser bañada por la luz de los astros, lanzó la corona de sus pensamientos al espacio. Apareció el animal del sacrificio, un hombre de carne pura, degollado, vertiendo su

sangre redentora para calmar la sed de tanto miserable. Ésa era la misión del Arte... Ahora tenía que vencer a sus coyunturas hinchadas, darle potencia a sus pulmones gastados, recuperar la elegancia de sus pasos, el gesto hacia el punto donde desaparecen los límites.

Fue sacando seis botellas de la maleta, les quitó el corcho, vació la gasolina que contenían sobre todo su cuerpo, encendió un fósforo, se prendió fuego y, convertido en una hoguera, mostró a los seres humanos lo que era la verdadera danza: un cuerpo haciendo sublimes movimientos, en pleno éxtasis, mientras se consumía.

Jashe lanzó un grito de horror, luego se tapó la boca con las manos, avergonzada de sí misma, de su egoísmo. El amado se estaba dando al mundo, muriendo por él, y por eso mismo haciendo nacer un Arte inmortal. Al incluir a la Muerte en la creación de la belleza, acababa con ella.

Sara Felicidad obedeciendo la orden de su padre, «cantarás sin cesar, pase lo que pase», lo vio correr, saltar, reír y encadenar maravillosos pasos, con la carne lanzando llamas, como un sol... Esa imagen le quedó grabada y a mí, su hijo, me la transmitió cada noche durante mi infancia, cuando para que yo pudiera dormirme me cantaba una canción de cuna donde su padre, convertido en estrella, atravesaba el firmamento otorgando a los hombres un destino. «Abrir huellas en el cielo es como abrirles el alma. Esa antorcha que encendió Alejandro, tú que llevas el mismo nombre, debes a tu vez transmitirla para que su sacrificio no sea en vano. Algún día, gracias a ti, la humanidad se enterará de ese efímero espectáculo, cima eterna del arte de la danza, y millones de manos aplaudirán a tu abuelo con agradecimiento.»

Prullansky, el gigante, sin darse cuenta de que estaba agonizando, casi calcinado, dio un salto enorme y, como un pájaro de largas plumas rojas y amarillas, cayó en medio de la plaza. El público, que había asistido al acto, respetuoso, inmóvil, fascinado, de pronto fue poseído por el pánico, la belleza le pareció terrible y dando alaridos corrió hacia sus casas para cerrar puertas y ventanas, temiendo que el energúmeno entrara para incendiarles lo poco que poseían. El ruido de persianas y hojas de madera batiendo los alféizares fue interpretado por Jashe como el anuncio de los aplausos futuros... Su marido entregó el alma danzando, en pleno

vuelo, y cayó al piso de cemento para convertirse en un montón de humeantes huesos.

La niña cesó de cantar. Su madre extrajo del pecho el Tarot y, carta por carta, lo fue quemando en las brasas, donde, como dos rojos rubíes, relucían los restos de los zapatos que, durante la quema, habían recuperado su rojo original.

–No habrá ninguno igual, Sara Felicidad. Su recuerdo nos acompañará siempre. Continuaré viviendo sólo para que tú crezcas bien, pero en realidad lo que tú ves es un cuerpo movido por una ínfima parte de mi alma. El resto de ella se ha ido con él. La que va a casarse de nuevo, tener más hijos, envejecer, morir, será otra.

Sara Felicidad asistió al cambio del rostro de su madre. La piel de brillos nacarados se le fue opacando, los agujeros de la nariz se le achicaron dejando sólo pasar dos alfileres de aire, del borde de sus labios hacia el mentón reptaron finas arrugas y los ojos se le cubrieron por una invisible cortina que la separó de la vida. La Jashe de hoy fue poseída por la Jashe del futuro, una señora sufrida, indiferente, con la sensibilidad dormida, pasando entre los días como una barca sin navegante... Antes de sumergir a su hija en esa existencia gris, le dijo:

–Te voy a pedir que mientras estés conmigo, no vuelvas a cantar.

Cuatro años tenía en ese momento mi madre. Grande como su padre, parecía de diez. La misma cabellera dorada le llegaba hasta la cintura y sus ojos azul oscuro, traslúcidos en los bordes, cada uno tan grande como su boca, brillaban con profundidad milenaria. La quema de Alejandro no la perturbó. Por el contrario, fue ejemplo de fortaleza, enriquecimiento del alma, tesoro de hermosura, fuente de alegría. Pero la prohibición de Jashe le cayó encima como un rayo fatal, una amenaza no sólo moral sino orgánica. Su cuerpo cayó en agonía. Quitarle el canto era a la vez desgajarle la lengua, llenarle el corazón de arena, quemarle de un solo golpe su caudal de vida. Tuvo que defenderse. Madurar en pocos minutos, establecer alrededor de su inocencia la coraza del adulto. Por sus piernas corrió un líquido caliente, espeso, pegajoso. Sangre. A los cuatro años tuvo su primera menstruación. Dejó de ser niña y se hizo protectora de esa caparazón semivacía que ahora era su madre...

Como le estaba prohibido cantar, dejó también de hablar. Pero, dueña absoluta de su mundo interior, lo llenó de música. Repitió sin cesar canciones conocidas para luego inventar otras. Se creó una orquesta sinfónica y compuso sus acompañamientos. Y así, desarrollando más y más la voz muda, se convirtió en una cantante de ópera que dominaba todos los registros. Durante años fue intérprete a la vez que único público. Ese permanente canto interior le otorgó una felicidad que le permitió sobrevivir en el mundo triste que iba a tragarle gran parte de su juventud.

Jashe metió los huesos calcinados de su marido en una caja de galletas, que lanzó al Río de la Plata amarrada a una pelota de goma para que flotara hasta perderse en el océano, trabajó una última semana en la fábrica de sombreros y un lunes en la mañana se fue a pedir ayuda a la Asociación Judía de Colonización.

En el *Weser*, Marla le había contado que los judíos inmigrantes, a quienes se les asignó enseres de cocina separados y ganado vivo para que pudieran comer carne sacrificada según el rito, iban a Argentina invitados por la Jewish Colonization Association, que tenía a su disposición nueve millones de libras esterlinas, poseía en Argentina más de doscientas mil hectáreas de tierra y mantenía estrechas vinculaciones en las altas esferas del gobierno provincial y federal. El propósito de esa sociedad no era extraer ganancias de sus enormes inversiones, sino establecer en el nuevo país una capa amplia y firme de campesinos judíos que trabajaran cada uno su propia tierra y extrajeran de ella un sustento conveniente... La J. C. A., entonces, podría darle con facilidad una chacra en la pampa. Después de todo ella era aún tan judía como los otros y, a pesar del temblor que le sacudía el cuerpo, era capaz de cultivar un trozo de suelo y obtener cosechas que las alimentaran a las dos.

Para economizarse el tranvía, recorrió a pie con su hija, desde las afueras industriales hasta el centro, veinte kilómetros. Llegaron extenuadas ante un edificio de cinco pisos, que lucía una fachada de mármol blanco, sin ventanas pero con dos enormes columnas azul claro a los lados de su portón de hierro donde brillaba una estrella dorada de seis puntas. El lujo altivo de ese palacio curvó la espalda de Jashe y la hizo consciente del hambre que le mordía el estómago. Si algo las podía sacar de la miseria era esa institución... Observó con inquietud a Sara Felicidad. Más parecía rusa que...

Suspiró resignada. De todas maneras el nombre de su marido estaba escrito en los pasaportes y nada podría hacer para ocultar que era viuda de un *goy*... Sacudió su abrigo remendado e hizo otro tanto con el de su hija, tratando ingenuamente que esas palmadas convirtieran los andrajos en ropa digna.

Dio un tímido empujón y las puertas metálicas, con los goznes bien engrasados, se abrieron de par en par. Sin encontrar un ser viviente, recorrieron el piso de piedra brillante de un laberinto ornado con cuadros representando la vida de Moisés y por fin desembocaron en un gigantesco salón lleno de hombres silenciosos, vestidos como modestos campesinos, mujeres pálidas de espaldas tristes y niños impresionantes por lo delgados. Sus alientos fétidos le indicaron a Jashe que esa gente, como ella, tenía el estómago vacío. Todos miraban hacia una ventanilla enrejada a la cual llegó un funcionario elegante, con pelo engominado, anillos y pulsera de oro, para sentarse a observarlos, severo e inmóvil como un maniquí de cera. Uno de los colonos, un ser que parecía tener treinta años en el cuerpo y setenta en la cara, porque le faltaban todos los dientes, se acercó a él para decirle con un hilo de voz desesperanzada:

–Permita, señor representante de nuestra digna asociación, que me presente: Moisés Latt, elegido por sorteo, vocero de la colonia de Clara... Son tantas nuestras penurias que hemos venido a pedirles que comuniquen a la baronesa Clara de Hirsch, viuda de nuestro benefactor que nos ha dejado huérfanos con su prematuro deceso, esta carta que ahora le voy a leer: «Señora, con toda nuestra alma ansiamos convertirnos en un pueblo de agricultores, como lo soñó su marido. Pero ayúdenos usted a resistir, para que nosotros y nuestros hijos no perezcamos de hambre y necesidad antes de llegar a esa meta».

El funcionario abrió la rejilla, sacó su mano regordeta, recibió la carta y, sin responder una palabra, volvió a cerrarla para desaparecer en los interiores del palacio. Al cabo de media hora, en un balcón alto, apareció un caballero pulcro, de aspecto semejante al de un banquero que, quizás porque alzar la voz era indigno de su cargo, susurró:

–La J. C. A. se ha enterado de sus problemas y comunicará esta misiva a la baronesa. Por ahora no podemos hacer más. Regresen a sus lares y si el Consejo decide darles nuevamente ayuda, se lo

haremos saber... Por favor, despejen rápido el salón porque tenemos que encerarlo para el *shabat*. Gracias.

Y haciendo una mínima reverencia de despedida, retrocedió hasta desaparecer. Los colonos se quedaron inmóviles, rumiando con trabajo una situación que les costaba digerir. El desdentado sonrió con amargura:

–Ya hicimos todo lo que podíamos. Nosotros propusimos... ahora que Dios disponga. Puede que esta vez decida cesar de castigarnos por esa vieja culpa de la que ya hemos perdido la memoria.

Comenzaron, arrastrando los pies, a buscar la salida hacia la calle. Jashe, viendo que el gran local se vaciaba, corrió hacia Moisés Latt y le jaló una manga. (¿Por qué escogía a ése y no a otro del centenar de hombres que llenaban el salón? Ciertamente no por su belleza. Esa boca de encías negras y duras, como una grieta de tierra seca, esa cabeza rapada a puñaladas, lanzando a derecha e izquierda dos orejotas de lóbulos carnosos cubiertos de pelos, esa piel de un moreno tirando a chocolate aguado, no formaban un conjunto muy atractivo. Sin embargo, deseaba unirse a él por el resto de su vida. Ése era el compañero insignificante que correspondía a su corazón gastado.) Moisés Latt agradeció desde el profundo pozo de su soledad aquel jalón de manga. (Para perro abandonado, él. Huérfano, feo, pobre, sin dientes, paria. A los diez años, durante un pogrom, un cosaco lo obligó a beberse una botella de veneno. Estuvo agonizando desde la primavera hasta el otoño. Junto con las hojas secas, cayeron sus treinta y dos dientes. Tuvo que aprender otra vez a hablar, porque su lengua, sin la barrera de los incisivos y caninos, tendía a salírsele disparada entre una lluvia de saliva. Las encías se le fueron endureciendo hasta permitirle moler la poca carne dura que le otorgaba la comunidad de Grodno, lugar donde había nacido a través de un largo tajo practicado en el vientre de su madre moribunda. Golpeando una encía con otra podía imitar el ruido de las castañuelas españolas. Gracias a ese ruido, muy celebrado por las cocineras, lograba aumentar al doble su esquilmada ración de carne y disminuir otro tanto su dignidad.) Le encantó que esa señora tuviera una hija. No aspiraba a una mujer, sino a una madre, lejana, ausente, tan muerta en vida como aquella pequeña dama, joven pero envejecida, escoria de una sociedad implacable. Él y ella, dos restos de naufragios diferentes,

varados en la misma playa...

–Necesito su ayuda, Moisés. Me llamo Jashe Trumper, viuda de un *goy*. Ésta es mi hija, Sara Felicidad. Vengo de Lodetz, Lituania.

–¿Jashe Trumper? ¿Trumper? ¡Ah, sí! En el barco que nos trajo venía una Shoske Trumper, casada con un sefaradí cojo,

César Higuera.

–¡Oh, es mi hermana! ¡Shoske en Argentina y casada! –Casada y con suerte. La Asociación Judía les dio unas buenas tierras en Entre Ríos.

Los dos se miraron, abiertos, sin intentar disimular sus intenciones. Sara Felicidad, discreta, se alejó unos pasos.

–Vamos a trabajar con ellos, Moisés. Nos casaremos. Te daré hijos, si Dios lo quiere, y viviremos por fin tranquilos. Mi hermana nos sacará de esta miseria.

–Sí, Jashe. Gracias... Acompáñame a Clara para liquidar lo poco que tengo y luego iré contigo donde tu cuñado y su mujer.

Dejaron a los demás colonos sentados en la calle, junto al portón de hierro, haciendo una huelga de hambre para exigir boletos de regreso a sus países de origen, y se fueron a dormir a la sala de espera de la Estación Retiro. A las cinco de la mañana se colaron en un tren que llevaba inmigrantes italianos a trabajar en las plantaciones de Tucumán. Los vagones estaban atestados de esos miserables. Cada uno había recibido, del Comité de Inmigración, un kilo de pan y una libra de carne reseca, para ese viaje que duraba dos noches y dos días y medio. Escarbando en sus calzoncillos, Moisés encontró un billete arrugado que le permitió comprar dos panecillos y un pequeño queso de cabra a una ciega que pasó con un canasto. Hacía mucho frío y soplaba un viento gélido. Apretujados como estaban sobre esas bancas de madera en listones, el zarandeo los molía a más no poder. Un toser continuo, aunado al ruido acuoso de las bocas de los obreros que mascaban el pan y la carne insípida, durante horas, sin tragar, para que esa exigua cantidad de alimento pareciera calmarles el hambre, no los dejaba dormir. Moisés Latt, con una sonrisa blanda ocupándole más de media cara, dividió el queso en dos partes, una para Jashe y la otra para Sara Felicidad, y les entregó los panecillos.

–Coman y no se preocupen por mí. Nunca tengo hambre, quizás por la falta de dientes...

Tragando con disimulo su saliva, obligó a las dos mujeres a alimentarse. Cuando devoraron hasta las migas, las cubrió con su remendado gabán y, tiritando, las vio dormir. Sin embargo, en el pecho, a pesar del frío, sentía una comezón agradable. Nunca más estaría solo en el mundo: por fin tenía una familia... Viendo los dedos azulosos de la niña asomando por sus zapatos destrozados, se quitó los calcetines, les sacudió la tierra y, con devoción, se los puso a ella. Recogió algunos papeles arrugados que habían envuelto los panes y los enrolló en sus pies, antes de volver a colocarse las botas. Encendió un pucho que guardaba con otros tres en una cajita de lata y, dando cortas bocanadas, dejó pasar el tiempo... Una mosca se le posó en una mano. No la espantó. La dejó pasearse y chupetear cuanto quiso. Luego, lentamente, abrió la ventanilla, sacó el brazo y esperó que el viento se la llevara. Le tenía un gran cariño a esos animales porque cuando niño fueron sus únicos juguetes. Abría la boca de sus bolsillos y en el fondo ponía granos de azúcar para que se le llenaran de moscas. Se movía y caminaba con cuidado extremo para no dañar a sus bichos. Cuando pensaba en los dulces que comían los pequeños que tenían padres, dando hábiles palmadas lograba espantar a sus amigas, que salían de sus bolsas como una zumbante nube negra, haciéndolo sonreír otra vez... Fumó hasta la mitad su cuarta colilla y por fin se durmió.

En Tucumán, un grupo de policías, golpeando las paredes del vagón con sus garrotes, los despertó y, sin querer oír explicaciones, los hizo bajar junto con los obreros. Desde un coche tirado por dos caballos, un empleado del Gobierno, gritón y despótico, les dio la orden de seguirlo. Todos cargaron sus equipajes sobre los hombros y en larga procesión se vieron obligados a caminar tres kilómetros hasta el Hotel de Inmigrantes. Los tucumanos los veían pasar con el ceño fruncido y sus niños, entre risas perversas, les gritaban «¡Gringos de mierda!»... En el «hotel», un granero vacío, pudieron tirarse a descansar sobre el suelo. A nadie se le permitió salir a la puerta. Estaban presos... El desdentado abrió su estuche y le ofreció a un guardia el medio pucho que le quedaba, al mismo tiempo que trataba de explicarle que él y sus dos compañeras no habían sido contratados por ninguna empresa y que viajaban en el tren por su propia cuenta rumbo a Clara. El militar escupió en la cajita de lata, inutilizándole la media colilla, y de una cachetada lo tendió entre

los obreros que hacían la siesta sobre las tablas polvorientas. Nadie les trajo de comer o beber. En la tarde abrieron la puerta y comenzaron a embarcarlos en unos carros planos. Iban treinta pasajeros parados en cada plataforma, apretados el uno contra el otro de un modo terrible. Llovía, una garúa muy fina. Le pasaron un pan a cada uno y se los llevaron todos mojados hacia una chacra lejana. Muertos de sed, los viajeros sacaban la lengua para beber el agua que caía del cielo. Moisés, sosteniendo en sus brazos a la niña para que los otros no la pisotearan y bien pegado, pelvis contra pelvis, con Jashe, la que disculpaba con una sonrisa discreta su incontenible erección, se dio cuenta de que, en el fondo, el Destino lo había metido en ese aprieto para hacerlo vencer su enfermiza timidez. Durante años había creído que su pene estaba muerto, pero ahora, gracias a ese largo y directo contacto, enderezado, vivo, duro, casi le estaba quemando el vientre.

Viajaron así, hasta tarde en la noche, tranquilos, consolidando la amistad, prensados entre esos miserables que temblaban de fiebre, atados a contratos que los harían trabajar sin reposo por sólo un puchero y un puñado de maíz al día. Los recibieron tres capataces alemanes con pistolas al cinto, secundados por un piquete de soldados borrachos. Bajo la bóveda celeste con sus millares de estrellas, tuvieron que descansar tirados en la tierra húmeda. Hacía setenta y dos horas que nadie había probado un bocado caliente. Llegó una carretilla cargada de carne cruda. Le dieron un trozo sanguinolento a cada uno, trescientos gramos bien pesados en una balanza portátil, e hicieron un fuego para que asaran el pedazo como pudieran... La garúa penetrante no cesó en toda la noche. Se despertaron en un charco. Los capataces, golpeando tubos de fierro, los apresuraron para que corrieran al trabajo. Moisés, haciendo mil reverencias, se acercó a un alemán con la intención de mostrarle sus papeles y hacerle comprender el error. Apenas dijo «Buenos días, señor», cuatro soldados lo agarraron, le dieron de culatazos, le arrancaron a pedazos el gabán, lo empujaron de una patada en la espalda, haciéndolo darse un frentazo en el suelo, lo apuntaron con sus armas y uno de ellos ladró que lo fusilarían si hablaba una palabra más. Jashe, desesperada, quitó el pañuelo que cubría la cabeza de Sara Felicidad y, alzándola en alto, la agitó para que su cabellera de oro ondeara como una bandera. La belleza de esos

largos mechones luminosos fascinó al capataz y a sus milicos. Mi abuela entonces, aprovechando la calma, abrió los pasaportes ante sus narices y les hizo comprender la injusticia que estaban cometiendo. Moisés se levantó para secar sin rencor la sangre que le chorreaba por la cara. Los dejaron partir, dándoles como sola excusa tres kilos de maíz agusanado.

Un vendedor de naranjas, que no cesó de manosear a Sara Felicidad, los llevó en su carreta, tirada por un burro nervioso, hasta Clara. Familias judías, numerosas, vivían hacinadas en piezas exiguas, ranchos de barro y paja, vagones abandonados sobre las vías o en chozas de lata, expuestas a la lluvia y al viento, sufriendo de hambre y de frío, entre llantos de niños enfermos. Frente a cada puerta se veía un enorme montón de bosta seca que les servía de combustible para calentarse y cocinar. –Así es, Jashe, ni en las peores aldeas rusas las condiciones de vivienda han sido tan precarias. Y lo que es peor, los judíos ya establecidos, dueños de estas covachas, nos cobran arriendos que llegan al tercio del salario mensual que recibimos como obreros en la temporada de invierno... si logramos trabajar. Hay tal oferta de mano de obra y es tan reducido el tiempo de la cosecha, que nuestros compatriotas prefieren emplear peones no judíos, a los que no les avergüenza explotar... No tuvimos suerte. Vinimos aquí porque se nos dijo que este país era un nuevo Eldorado. Muchos de nosotros, ingenuos, trajimos bolsas de cuero vacías, para llenarlas con el oro y la plata que íbamos a ganar. Cuando llegamos a Buenos Aires, Rafael Hernández, el propietario de las tierras en que debíamos instalarnos, se retractó del negocio firmado en su nombre. En los siete meses transcurridos desde que autorizara a su representante en el viejo continente a vendernos la tierra a cierto precio, su valor en la bolsa había aumentado considerablemente. En el trato hecho, el gobierno argentino nos prestaba el dinero del pasaje para que aquí lo pagáramos, así como los terrenos, con la ganancia obtenida de nuestro trabajo... La traición de Hernández nos dejó pobres y endeudados hasta la médula, sin un sitio donde caernos muertos. Las autoridades, implacables e indiferentes, nos amontonaron en un tren para que fuéramos a limosnear trabajo entre los judíos que ya estaban instalados en la colonia Clara, bautizada así en honor de la esposa del barón de Hirsch. Estábamos a fines de agosto, en víspera

de *shabat*. Como nos vimos obligados a viajar violando el descanso ritual en pleno *Elul*, nuestro sagrado mes de penitencia que precede a las fiestas de año nuevo, nos sentimos malditos y, con los ánimos por los suelos, supimos que nuestras tribulaciones no hacían más que comenzar... Tú estás viendo, Jashe, en qué condiciones de alojamiento tuvimos que vivir. Las penurias nos echaron a perder el carácter y un ambiente de sospechas, acusaciones y riñas nos separó. Las parejas se deshicieron, los niños enfermaron y murieron por decenas, las muchachas cayeron en las redes de los impuros y se dieron a la prostitución. Otros, mendigando ayuda durante años, lograron regresar a sus ciudades natales. Los que nos quedamos, nos hemos visto obligados a ir de puerta en puerta hambrientos y desesperados, en busca de trabajo y pan... En cambio tu hermana Shoske ha tenido suerte. Aquellos que llegaron invitados por la Asociación Judía de Colonización recibieron ranchos confortables y, parece ser, muy grandes y buenos terrenos en Entre Ríos. Allí habrá sitio también para nosotros tres. Somos de la misma familia. Les ayudaremos a hacer fructificar la tierra y viviremos sin capataces ni administradores déspotas y arbitrarios...

Moisés les mostró la cabañita de madera podrida, cubierta de sacos de pita, donde tantos años había dormido con las piernas encogidas por falta de espacio. Jashe lo interrogó con la mirada. ¿Por qué haber recorrido ese atroz camino si allí no había nada de valor? Apenas unas pieles de rata con las que el desdentado fabricaba cinturones o billeteras, quizás para ir de vendedor ambulante por los conglomerados obreros... Moisés desclavó una tabla del piso, escarbó en la tierra y extrajo un tarro oxidado. Lo abrió. Dentro había cincuenta monedas de oro, tres anillos, un reloj del mismo metal y un escarabajo verde. Guardó el insecto otra vez en el tarro y dijo, sonrojándose:

–Bueno, este bichito no vale nada, pero es para la buena suerte... El resto es un tesoro legado por mi madre. Me lo entregaron a los siete años y siempre lo he conservado. Ahora te lo doy a ti. Él puede sacarnos de un apuro grave... Aunque hasta ahora, durante tres o cuatro generaciones, a pesar de haber pasado por expulsiones y pogroms, nadie en mi familia consideró graves sus apuros... Eres tú la que decidirá su empleo. Al darte mi oro, te doy mi vida.

Cuando Jashe besó en la boca a Moisés no sintió amor, en su

corazón ese sentimiento estaba arrancado de cuajo, sino un respeto profundo, un agradecimiento intenso y una amistad sincera. Lamió sin asco sus duras encías y luego, poseída por un espíritu extraño, le dijo, sin comprender sus propias palabras:

–Al romper el antiguo espejo me hiciste tuya. Y al hacerme tuya, fuiste mío. Soy la puerta del sueño, la ostra infinita y devoradora llena de muerte-vida, de luz engarzada en oscuridad. Pero tú puedes recorrer mi laberinto sin perderte, porque te has convertido en la perla de la respuesta. Atraviesa mi mundo árido, recorre mi río de almas perdidas disgregándose en ácidos de tiempos ilusorios, baja por mis círculos sombríos, encuentra el pantano de ébano y conviértete en su estrella. Luego sube, recorre los anillos de gloria y, más alto que la cima, colócate como una luna imantada para recibir el canto de amor de todas las entidades que me pueblan. Ahora yo soy el espejo perfecto de tus sentimientos infinitos. ¡Ven, únete a mí! Moisés Latt detuvo su mente, y murmurando «Que se haga tu voluntad» se sumergió en el no ser de ambos... Jashe tomó los anillos de oro, puso uno en el anular izquierdo del desdentado, otro en el suyo y el tercero en el pulgar derecho de Sara Felicidad. Con esa ceremonia se firmaba el contrato de matrimonio. Ya eran una familia unida hasta que la muerte los separara. Moisés lanzó un grito:

–¡Dolores!

Y una mula negra, vieja, perseguida por enjambres de moscas deleitándose con los hedores de su trasero, salió de un potrero y galopó cojeando hacia ellos.

–Mi pobre y fiel amiga, vas a emprender tu último viaje. Nos llevarás a Entre Ríos. Llegando allá, la fatiga te hará morir. Consuélate pensando que con tu fin, Dolores, se acabarán los nuestros.

Montaron los tres en el animal y bajo un gran paraguas remendado con parches de colores indecisos, emprendieron el lento viaje, cuatro semanas, que los llevaría hasta el rancho de Shoske y César. Durante ese tiempo durmieron a la intemperie y comieron gracias a que Moisés logró conseguir pequeños trabajos como partir madera, remendar zapatos, arrancar ortigas, limpiar retretes, cortar el pelo, despiojar con un peine fino a los niños y afilar cuchillos en su cinturón de piel de rata... Mientras tanto, Sara Felicidad ocultaba

su alegría. Ella no veía la miseria en ninguna parte. Viajar así era un regalo. Dormir junto al camino, protegida por el cielo colmado de astros, respirar las fragancias de la tierra, impregnarse del olor bendito de la mula, comer delicioso pan seco acompañado por una tierna manzana arrugada, compartir paisaje con los gorriones y las hormigas, pasar bajo los árboles sintiendo en la piel la caricia diferente de cada sombra, le daba la sensación de no tener límites. En su espíritu comenzó a resonar un coro compuesto de todas las voces humanas, las de ahora, las del pasado y el futuro, un canto agradecido surgiendo de un infinito océano de almas, sobre el que volaba, iluminándolo, su padre convertido en cometa... Sí, tenía que ocultar, aparte del canto, su alegría... Jashe y Moisés para subsistir sin amor se alimentaban de la tristeza. El someterse a lo que ellos creían era el Destino, aumentaba su estima por ellos mismos, dándoles el orgullo de la resistencia. Ese aguante los unía más que una pasión. Si se dieran cuenta de que vivían en la abundancia, dejarían de ser el uno para el otro una esencial solución... Mejor dejarlos avanzar sobre la mula negra, bajo el paraguas remendado, ubicando sus esperanzas en un futuro que jamás existiría, soportando el instante como una maldición.

Llegaron a Entre Ríos. Las tierras fértiles, oscuras, húmedas, se fueron haciendo lechosas, áridas, hostiles. Un viento helado arrastraba bolas de hierba quemada y grandes lenguas de polvo. En esas soledades, en medio de un trigal tan seco que, bajo el impulso de las corrientes de aire, sus espigas sonaban como cascabeles de huesos, languidecía el rancho de la hermana. Antes de entrar en la propiedad, Dolores cayó fulminada. Por falta de pala, la cubrieron con unos terrones tan duros como piedra y llegaron a pie a llamar a la puerta.

–¡Jashe! –¡Shoske!

Se abrazaron sollozando durante un cuarto de hora. Un hombre moreno, con pelo ensortijado y ojos redondos, de estatura mediana pero manos grandes, ocultando detrás de su robusta pierna derecha una izquierda tullida, producto de alguna maligna enfermedad infantil, observó con sonrisa tímida a los recién llegados... Moisés Latt le ofreció un morral de piel de rata y un ramo de flores silvestres que había cortado en el camino. César Higuera aceptó el regalo y estrechó entre sus musculosos y cortos brazos el cuerpo

seco del hombre sin dientes... Las dos hermanas enjugaron sus lágrimas y entraron en la modesta casa de adobes pintados a la cal. A pesar de tener un año de diferencia y ser de estructuras corporales distintas, parecían gemelas. Aunque Shoske era mucho más menuda, de caderas estrechas y senos muy pequeños, ahora, por el abandono de la magia en Jashe, los dos espíritus se habían vuelto idénticos y una misma tristeza las hacía víctimas para la eternidad... Shoske, sin consultar con su marido, no por despotismo sino por una complicidad absoluta, les dijo:

–Somos una sola familia. Así como una parte de mi corazón les pertenece, la mitad de estas tierras, desde ahora, es de ustedes. Dividiremos las ganancias y las pérdidas, las pocas alegrías y las muchas penas y también esta pequeña cabaña, que no tiene más que un comedor dormitorio, una cocina y un baño.

Jashe, también sin consultar, respondió vaciando su tesoro sobre la mesa. Le entregó a su hermana veinticinco monedas más el reloj, porque ellos guardaban los anillos. Bebieron un vaso de aguardiente, y en seguida se fueron a trabajar. El viento no cesó de soplar en todo el día, agrediéndolos con un bombardeo constante de piedrecillas, llevándose una gran parte de las espigas que trataban de guardar en un granero destartalado... Sara Felicidad los esperó vagando por los terrenos eriales. Sabía que ese sitio perdido en la interminable planicie sería durante mucho tiempo su nuevo hogar. En lugar de rechazar aquel suelo cerrado a la mano del hombre como un puerco espín enrollado, poblado de fuerzas agresivas materializadas en alacranes, arañas venenosas y víboras, se tendió de vientre en una grieta, besó la tierra árida y, abriendo su corazón, vertió sobre ella un río inagotable de amor. Dio y dio, hasta el desmayo. Cuando volvió en sí, supo que el campo la había adoptado haciendo crecer a su alrededor un tapiz de flores azules. El zumbido de un enjambre de abejas, oculto entre las ruedas de una vieja carreta, la llamaba ofreciéndole miel, y una bandada de chincoles, posados en las púas de la alambrada para formar un muro de plumas, le ofrecía una sombra fresca. Las víboras pasaban sobre sus piernas dándole largas caricias sin picarla... Ella había puesto amor donde no lo había y el erial se lo devolvía multiplicado, convirtiéndose en un jardín maravilloso... Al ponerse el sol, regresó al rancho y esperó a los mayores jugando con su bailarín de trapo...

Volvieron con los ojos rojos e hinchados y las manos llenas de arañazos. Shoske calentó una sopa de lentejas en la que había algunos trozos de carne.

–Tienen que saberlo, Jashe, Moisés, Sarita, es gato. Estamos invadidos por gatos vueltos salvajes que se comen nuestras gallinas. Puesto que tenemos que matarlos, hemos aprendido a no desperdiciar su carne. Les aconsejo que la coman desde ahora. La tierra nos da muy poco alimento.

Mi abuela y mi madre cerraron los labios y miraron el plato con mal disimulada tristeza. Latt vació de un trago su copa y se llevó un pedazo de gato a la boca para molerlo dando exagerados suspiros de satisfacción. Jashe, con su resignación crónica, siguió el ejemplo del marido. La carne tenía un gusto extraño pero no desagradable. Tomó un pedacito y a la fuerza lo metió en la boca de su hija. Sara Felicidad derramó un par de lágrimas y, consciente del deber, se sirvió ella misma otro trozo. Esta comunión a través del felino sacrificado provocó una relajación placentera. La interrumpió Shoske:

–Hermana, tienes que saberlo: papá y mamá han muerto. Moisés y Sara Felicidad se pegaron a Jashe, sosteniéndola entre sus brazos.

–Cuando tú te fuiste, yo me sentí muy sola, como una sombra que ha perdido su cuerpo. No teniendo a quién seguir, me sentí inexistente. Al poco tiempo llegó César a pedir trabajo. Venía de Rusia. Había sido profesor en la escuela, pero, aburrido de las burlas de los alumnos por su cojera, quiso cambiar de país... Recuerda cómo eran nuestros padres: dos personas complejas luchando toda su vida por ser simples. Creían en los espíritus buenos y malos, en la magia, en los poderes de cada animal, objeto o planta, pero por un temor que se extendía al Universo entero, se sumergieron en la ignorancia. Nunca leyeron un libro ni conversaron entre ellos. Se hablaron exclusivamente para comunicarse las cosas prácticas. Cuando no tenían nada que hacer, permanecían mudos, uno al lado del otro, mirando el fuego de la chimenea o las nubes del cielo... César, por un carácter invasor, que quizás le venga del nombre, a pesar de ser un pésimo campesino a causa de su pierna, se quedó, echándose sobre los hombros la tarea de llenar nuestros pesados ocios con una charla incesante. De él aprendí todo lo que ellos no me habían enseñado, a leer por

ejemplo. Sin saber cómo, nos pusimos de novios y pronto estuvimos casados. En la misma época en que tú pariste a Sara Felicidad, yo parí a Salvador Luna. Hoy tendría la misma edad que ella, pero murió estrangulado por el cordón umbilical. Fue tal nuestra tristeza que decidimos irnos a vivir a Rusia, olvidar. Ya estábamos a punto de partir cuando mi padre me dijo: «Querida Shoske, tú eres el único pariente que nos queda. Has sido una hija obediente, perfecta. Ahora que te vas, ya no tenemos nada más que hacer en esta vida. Le hemos perdido el interés. Te necesitamos para un último servicio. Tu madre y yo, a pesar de que estamos en buena salud, hemos decidido morir... No, no creas que vamos a suicidarnos. De ninguna manera. Vamos a abandonar la existencia, eso es todo. Tú nos enterrarás... Para vivir hay que querer. Cuando se deja de querer, la vida se acaba». ¿Qué podía contestarle? Ellos ya habían tomado esa decisión y nadie ni nada hubiera podido convencerlos de lo contrario. Comieron bien, se bañaron, se colocaron su ropa sabática, se acostaron sobre la colcha tomados de la mano, se miraron por última vez, cerraron los ojos y, después de lanzar un largo resuello, murieron... No sufras por ellos, Jashe, porque, como te lo cuento, pasaron de una vida a la otra con toda facilidad... César, de regreso a su aldea, volvió a dar clases en la escuela. Recomenzaron a burlarse de él. Al cabo de algunos meses, llegó un agente de la Asociación Judía de Colonización y, en nombre del barón Mauricio de Hirsch, nos propuso, si emigrábamos a la Argentina, regalarnos los pasajes y una tierra fértil. Nos aseguró que las autoridades rusas, contentas de deshacerse de sus judíos, nos darían pasaportes y el permiso de salida. ¡Por fin poseeríamos en el planeta un rincón donde echar raíces! La hora del nuevo Éxodo había llegado. Aceptamos gustosos el viaje y aquí nos tienes, en la Pampa Prometida... Al menos, nos hemos vuelto a juntar. Dios sabe lo que hace.

César Higuera, al ver las caras consternadas de Moisés y Jashe, se levantó bruscamente, abrió la ventana, insultó al viento que ladraba atravesando la planicie, cerró la ventana, se sentó otra vez, mascó con rabia un pedazo de carne de gato y bebiendo profundos tragos del gollete de la botella, discurseó:

–Los poderosos deliran y nosotros los pobres pagamos los sueños rotos. El barón de Hirsch, durante gran parte de su vida, fue un

judío aristócrata, un ciudadano del mundo igualmente cómodo en Baviera, Bélgica, Francia, Austria e Inglaterra, de ninguna manera afectado, gracias a sus conexiones privilegiadas con los gobiernos, por las persecuciones sangrientas que nosotros tuvimos que tolerar. Vivió al margen de nuestras desgracias hasta que su hijo Lucien, de treinta años, fue segado por la muerte. Que los cosacos masacraran por millares a nuestros vástagos no tenía tanta importancia... ¡pero que a él, poseedor de una de las más grandes fortunas de Europa, le sucediera tal cosa, un hijo muerto (ni siquiera por balazo o apaleo sino por enfermedad y en su cama), era una desgracia que todo el judaísmo, el de hoy y el del porvenir, debía recordar!.. Mierda, ¿qué sabe de la vida, la verdadera, esa que deben ganarse con el sudor de su frente las multitudes pobres del mundo, alguien que ha heredado de su padre y sus abuelos banqueros una inmensa fortuna, aumentada más aún por la dote de su esposa, hija también de banqueros? Un hombre así, sumergido en los negocios internacionales, tratando con gobiernos poderosos, embriagado por las alturas, olvida hasta los cincuenta y seis años que sus compatriotas son apedreados, insultados, despojados de sus derechos. Sólo cuando pierde a Lucien, el dolor que lo invade a torrentes le abre los ojos: «¡Vaya, los demás también sufren!». Pero la vanidad se los cierra: «En honor a mi difunto, movilizaré millones de dólares para convertirme en un nuevo Moisés. Seré el padre de otra inmensa migración. Si los judíos llevan siglos sin tierra propia, desarrollando sólo la habilidad mental, eso no significa que no sean magníficos campesinos. Sus manos pálidas, sus cuerpos enjutos y sus cerebros que navegan en los meandros de la cábala son ideales para poblar de viñedos e higueras el suelo de Argentina, que precisamente está a la venta porque ningún aborigen se atreve a labrar pantanos sin fondo, extensiones arenosas y estepas invadidas por matorrales, donde se suceden lluvias torrenciales, sequías, plagas y ventoleras. Allí les daré un nuevo hogar como granjeros libres en su propio suelo, incultos, aguantadores, dando la vida a la tierra, es decir, enterrados en vida, sin hacer problemas políticos que me desprestigien, podrán convertirse en ciudadanos útiles para el país que los tolera... ¡Soy bueno, soy grandioso, soy un gran benefactor, mi nombre lucirá en todas las enciclopedias judías y a mi hijo Lucien se le aplaudirá durante siglos por su inspiradora

defunción!». ¡Pamplinas! Aunque esté entre dos ríos, como la antigua tierra sagrada, esta pampa no será nuestra ni de nadie. Es incultivable... Mejor hubiera sido que el barón, con la influencia que tiene entre los turcos, él, que construyó para nuestros enemigos seculares una vía férrea a través de los Balcanes hasta Constantinopla, con un inmenso éxito financero, nos enviara a Palestina. Ese dinero que invirtió aquí, tratando de convertirse en profeta, hubiera podido abrirnos las puertas de Eretz Israel...

Shoske cerró la botella, casi vacía, y lo interrumpió: –¡Calla la boca, César! Otra vez estás borracho. Cesa de insultar a los muertos. Por lo menos don Mauricio, a su manera, equivocada, es cierto, quiso ayudarnos. Hay otros que no darían un pelo del culo por sus compatriotas en desgracia... Basta de rencores. No nos quedaremos aquí para siempre. Sabremos economizar, y nuestros hijos, porque los haremos, se educarán, llegarán a ser médicos, ingenieros, arquitectos y tendrán la vida que un ser humano merece... Y ya dejemos el palabreo y vayámonos a dormir: mañana temprano comienza otra ruda faena.

Esa primera noche, Jashe, Sara Felicidad y Moisés durmieron junto a la cocina, en el cemento. Al amanecer los despertó el canto de un ejército de gallos. Hacía más frío que nunca y una lluvia torrencial, mezclada a granizos grandes como huevos, bombardeaba el techo de cinc convirtiendo la casa en tambor. Shoske puso un leño en la chimenea.

–La granizada anual. A mediodía cesará la lluvia y comenzará una invasión de mosquitos. Tomen estos pedazos de velo para que se protejan. Pronto se acostumbrarán. Yo a veces tengo la cara cubierta de esos bichos y no pierdo tiempo en espantarlos... Habrá tal cantidad de barro, que hoy no podremos trabajar. Vamos a ir en carreta al pueblo. Compraremos otra cama. En la noche nos pondremos tapones de cera en los oídos, así podremos cumplir nuestro deber conyugal sin escucharnos los unos a los otros. Pero mi sobrina tiene que dormir afuera. Hemos pensado conseguirle un barril de madera, caliente cuando hace frío y frío cuando hace calor.

De regreso de la pulpería, colgaron una cortina entre las dos camas e instalaron el barril detrás de la casa. Moisés le fabricó una ventanita y una puerta por donde se tenía que entrar a gatas. Jashe

cubrió el interior con tela floreada y puso en el piso curvo un colchón de paja. Sara Felicidad entró en ese pequeño espacio, que ella vio como un palacio, y los años comenzaron a correr...

Años luchando contra los diluvios, las sequías, los parásitos, las inundaciones que destruían todo lo que estaba creciendo, las ventoleras que se llevaban poco a poco la tierra, dejando médanos enormes... Años tratando de descifrar los signos que anunciaban el frío o el calor, las tormentas, los incendios de matorrales resecos. Años construyendo vallas bajas para detener el avance de la arena, instalando molinos, tanques, aguadas, galpones, gastando en el mantenimiento casi todo lo que ganaban, cuidando al mismo tiempo el ciclo de la rotación de las siembras, de modo de no agotar el suelo... Y cuando creían haber vencido los ataques de la naturaleza y todo parecía florecer, llegaba la langosta tratando de comerse hasta la última hoja verde. Las mangas hambrientas avanzaban en filas tupidas de quinientos o mil metros de frente, por veinte o treinta metros de fondo, recorriendo medio kilómetro por día... Tenían que dirigir ese ejército voraz, mediante barreras metálicas, hacia una larga zanja que con urgencia habían preparado cavando día y noche. Allí caían las saltonas, enredándose entre sí por medio de sus largas patas espolonadas. Las mataban cubriéndolas con tierra, aporreándolas con bolsas llenas de arena o quemándolas con queroseno. El humo que despedían las alas de los insectos asados tenía un efecto afrodisíaco. Perdiendo por un momento la razón, las dos parejas también caían en el tajo kilométrico, para revolcarse sobre el colchón de bichos agónicos que producían un chirrido atronador anunciando el fin del mundo. Se levantaban avergonzados, con el cuerpo cubierto de langostas muertas; esculturas tan extrañas que todos los perros se ponían a aullar. Cuando, rumbo a la ducha, pasaban junto a Sara Felicidad, que no podía dejar de observar el revolcón epiléptico celebrándolo con risas jubilosas, Jashe le daba una cachetada y la enviaba a encerrarse en el barril, sin comer, hasta el día siguiente.

El tiempo pasaba y las caras se les iban arrugando, las espaldas jorobando y el carácter agriando. César y Moisés, después de graves conversaciones, llegaron a la conclusión de que era inútil tratar de cultivar hortalizas, trigo, maíz, viñas o árboles frutales. Si querían salir de la miseria tenían que convertirse en ganaderos... Aunque

fuera una tradición casi sagrada el no gastarlo, convencieron a Jashe y Shoske para que invirtieran el oro heredado en la compra de ovejas, que eran el oro blanco de la pampa... Araron otra vez las tierras y sembraron simultáneamente alfalfa y centeno. El centeno brotaría antes y protegería hasta la primavera a la alfalfa que, más débil, sería sembrada entre dos surcos de ese cereal. Luego la planta frágil, pero perenne, continuaría durante unos cinco años, mientras que la planta fuerte, pero de vida corta, moriría al año... Jashe y Shoske, comprendiendo el lenguaje del centeno y la alfalfa, supieron que un día serían viudas. Este pensamiento las unió más que nunca... Cuando los pastizales crecieron rozagantes, los dos hombres se fueron de viaje. Visitaron Río Negro, Viedma, Patagones y cualquier punto donde hubiera la posibilidad de comprar, a un precio conveniente, lanares o vacunos. Fueron de preferencia a las zonas donde había sequía o los pastos eran escasos. Las cincuenta monedas, los tres anillos y el reloj les permitieron comprar mil quinientas ovejas flacas y algunos carneros Lincoln para la reproducción. Ya de regreso, se dedicaron a engordar los animales y luego los vendieron a los frigoríficos a un precio cuatro veces más alto que el de la compra, quedándose con las numerosas crías. Trajeron cien vacas más, casi en los huesos, y un par de toros, a los que pronto agregaron ovejas, corderos, capones y carneritos. Aprendieron a trabajar la tierra de manera de combatir la erosión, eligiendo cultivos cada vez más apropiados para engordar el ganado, y el negocio fue creciendo. Las dos hermanas anunciaron que estaban encintas y ocho meses después parieron, en el mismo día, Shoske un varón y Jashe una hembra. Dos niños morenos, Jacobo Primero y Raquel Primera... Un año y medio más tarde, siempre en el mismo día, parieron otra vez. Shoske un varón y Jashe una hembra. Otros dos niños morenos. Jacobo Segundo y Raquel Segunda.

Durante esa buena época tuvieron que emplear peones rusos, quizás los mismos cosacos que los martirizaban en los pogroms. Ahora era gente agradecida que trabajaba jornadas de diez horas por unos pocos pesos y un pedazo de carne asada... Al salir el sol, cargando a sus hijas, que chupaban cada una una teta, seguida por Shoske, que también amamantaba a su par de vástagos, llegó Jashe al barril de Sara Felicidad y, disgustada, la observó dormir con la

nariz metida en la peluca de lana amarilla del bailarín de trapo.

–Despiértate, mujer... Sí, aunque tengas poca edad, a causa de tus menstruaciones te has convertido en una mujer... Los peones eslavos no cesan de echarte miradas equívocas. Uno de estos días te pueden violar y, para no dejar testigos, asesinarnos a todos... Tu melena rubia, tus ojos azules y tu piel blanca son demasiado atractivos. Aplícate en los cabellos esta esencia de nogal y se volverán negros, colócate estos anteojos oscuros y cesa de bañarte para que la mugre te ponga morena como nosotras... Además, camina encorvada, porque eres demasiado grande, un gigante como tu difunto padre.

Mi madre sonrió, cantó en su corazón una balada, se tiñó el pelo, se puso las gafas, se encorvó, dejó de bañarse y sólo salió del barril en la noche, para ir a la cocina a comer las sobras. Sabía que estaba de más en esa familia y trataba de pasar desapercibida. Cuando todos dormían, mediante cierto canto interior, lograba atraer a las ranas que, por millares, llegaban de los pantanos para croar alrededor suyo siguiendo la silenciosa melodía. Abrían anchos los hocicos esperando que las luciérnagas vinieran a pegarse en sus gargantas. En la oscuridad, esas bocas llenas de luz parecían las estrellas de un firmamento. A Sara Felicidad se le borraba la tierra y se sentía flotar en un espacio sin comienzo ni término. Como un astro más.

Como de costumbre, una mañana del mes de abril, entre ladridos anormales de perros, las mujeres se levantaron media hora antes que los hombres para preparar el desayuno. Sintieron molestias en los ojos, pero lo que más les llamó la atención fue la oscuridad reinante, a esa hora en que la más hermosa luz debería darle dulzura al paisaje hostil. Trataron de salir para ver si el cielo estaba cubierto de nubes negras pero encontraron la puerta atascada. Tuvieron que despertar a sus maridos y empujar entre los cuatro para abrirla. Una espesa capa de ceniza cubría todo el campo. Los peones trajeron la noticia: el volcán El Descabezado, situado en la provincia de Mendoza, había lanzado al cielo aquella inmensa erupción de residuos que los vientos alisios y contraalisios esparcieron a lo largo de centenares de kilómetros. Tragándose las maldiciones, araron los campos, una y otra vez, tratando de mezclar la ceniza. Imposible. El ganado hambriento se desangró las encías al

mascar ese pasto cubierto de polvo mineral. Se produjo una epidemia de carbunclo y murieron todos los animales... ¡Otra vez tenían que comenzar! Extrajeron de entre los excrementos del pozo negro la bolsa de goma en la que estaban escondidas sus economías, y Moisés y César se fueron a comprar animales... Volvieron con una enorme manada de puercos.

Shoske y Jashe, aterrorizadas, corrieron a esconderse en una cama, ocultándose bajo la sábana.

–¡El alimento prohibido! ¡Dios nos va a castigar! ¿Cómo pudieron comprar esos asquerosos animales, adoradores de la basura? ¡Son el Diablo!

César y Moisés, retirando con gran delicadeza, poco a poco, la sábana, lograron que mostraran la cara. Como parecían no querer cesar de quejarse, el desdentado hizo chocar sus encías produciendo un castañeteo atronador. Impresionadas, las dos mujeres callaron. César les sirvió un vaso de aguardiente, bebió él también un gran trago y, secándose la boca con una manga, les dijo severo:

–Señoras, los tiempos cambian. Tenemos que adaptarnos o morir de hambre. El volcán ha arruinado nuestras tierras. Pasarán años antes de que la ceniza sea barrida por las lluvias o se mezcle al barro. Nunca igualaremos la producción anterior al desastre. Si quieren que algún día nuestros hijos tengan los medios económicos para estudiar y llegar a ser ciudadanos respetables, debemos progresar. Prohibidos o no, los puercos nos convienen. Comen de todo y son resistentes. Su carne, hasta ahora, ha sido poco explotada. Ni siquiera se la exporta. Nosotros, en lugar de engordarlos y venderlos a los frigoríficos, instalaremos aquí mismo una fábrica de jamones, salchichones, tocino, manteca y muchos productos más. Obtendremos grandes ganancias.

–¿Pero los otros colonos judíos qué van a decir? –Cuando se acaba la carne hay que roer los huesos. Si no hay en el mundo lo que deseas, debes desear lo que hay... Que nuestros compatriotas digan lo que quieran porque cesaremos de verlos. No los necesitamos para nada. Si nos desprecian, casaremos a nuestros hijos entre ellos, aunque sean primos hermanos. La Ley no lo prohíbe... ¿Quieren salir algún día de este infierno? Entonces dejen que Dios se encargue del mañana y que los puercos nos mantengan hoy. ¡Decídanse! Moisés y yo vamos a asar un lechón. Coman con

nosotros... Todos los caminos, hasta los más suaves, están sembrados de piedras. ¡Endurezcan sus pies!

Una hora después, Jashe y Shoske se acercaron a la fogata y se sentaron junto a sus maridos, que cortaron largas y jugosas lonjas del puerquito y se las ofrecieron. Con suspiros de resignación y los ojos levantados al cielo, mascaron, lentamente al comienzo, venciendo su repugnancia, para devorar después con incontenible apetito. Al final del banquete, las dos mujeres anunciaron que estaban encintas. Ocho meses más tarde, parieron, el mismo día como de costumbre, a un hombre y una mujer. Jacobo Tercero y Raquel Tercera.

El tiempo siguió galopando. El emblema de la fábrica de jamones «El Chancho Volador», un cerdo provisto de alas de cisne volando sobre un paisaje con los colores de la bandera argentina, se hizo famoso en todo el país. Cuando estalló la Guerra Mundial, se vieron obligados a traer obreros desde Buenos Aires, evidentemente que todos *goys*, para poder cumplir con los numerosos pedidos que les llegaban del extranjero, sobre todo de Inglaterra. La explotación de la carne prohibida por el Profeta les permitió atravesar la crisis, amasando una gran fortuna... Como no querían seguir toda la vida aislados en la pampa, entre el nauseabundo olor de sus millares de puercos, decidieron irse a vivir a Chile... Iquique era un puerto visitado por barcos de todas las nacionalidades, con escuelas convenientes para los niños, todo tipo de negocios, enormes hoteles, teatros, bibliotecas y paseos, donde los turistas, los representantes de las firmas comerciales, los administradores de las minas, los marinos y los obreros que bajaban de las minas a gastar el dinero acumulado durante meses podrían ser una fuente inagotable de ingresos. Abrirían una inmensa tienda donde habría de todo: comestibles, ropa, muebles, artículos de cocina, juguetes para los niños, relojes, joyas y, ¿por qué no?, una compraventa de oro y plata.

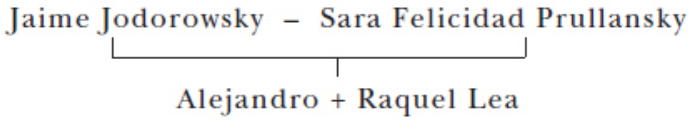
Mientras esto se discutía, mi madre cumplió trece años sin que su familia se diera cuenta. Fiel a la orden de teñirse el pelo, usar gafas negras, nunca bañarse –tenía la piel cubierta de una capa oscura y grasosa que hedía como los puercos– y andar siempre encorvada, lograba que nadie quisiera acercarse a ella, ni siquiera los obreros que descuartizaban a los animales. Si por casualidad

durante el día entraba en el rancho, sus mediohermanos y medioprimos se ponían a lanzar aullidos de terror y tenía que irse corriendo... Pero Sara Felicidad no sufría. Para ella, ese aspecto desastrado pertenecía al mundo de las formas. Debajo de él estaba el mundo de las esencias, que sólo ella lograba captar. Allí podía cantar a toda voz y mostrarse con su piel blanca, su cabellera dorada, sus ojos azules, su metro noventa de estatura. Allí, donde la Tierra era un ser amoroso otorgando caricias largas de millones de años, los cambios atmosféricos, juegos alegres de un Dios en fiesta, y los seres humanos, ángeles cabalgando en puercos que de verdad tenían alas.

Sara Felicidad, tarde, en las noches de luna llena, se trepaba al ombú y desde allí veía salir, de los hombres y animales dormidos, un segundo cuerpo, transparente, que les permitía viajar, sin que en la vigilia después lo recordaran, a través de todo el Universo, hasta hundirse en el último abismo, para encontrar la Conciencia que daba origen a la vida y luego emerger cubiertos de escamas luminosas, mucho más grandes que el planeta Júpiter, y girar, y danzar, lanzando música de trompo, con los espíritus de los muertos, que siempre están felices.

Para Jashe, Shoske, Moisés Latt y César Higuera, llevarse a Sara Felicidad era un problema. Todos deseaban, en secreto, partir sin compañía de los cerdos. Como ninguno se atrevió a proponer aquello, llegado el momento, le dieron un boleto de tercera, mientras ellos con los seis niños viajaban en primera, esperando que el aire del tren se llevara su aureola hedionda. Cuando llegaran a Iquique, en lugar del barril, le darían un sueldo anual y un cuarto en una pensión, lo más lejana posible, para que otra vez pudieran olvidar su existencia.

V
Jaime y Sara Felicidad


Jaime Jodorowsky – Sara Felicidad Prullansky
Alejandro + Raquel Lea

Me costó muchísimo unir a Jaime y Sara Felicidad. Cuando el designio de encarnarme otra vez en este mundo se volvió una necesidad, el que elegí por padre andaba en un circo, haciéndose colgar del pelo, por el extremo sur de Chile, y la que debía ser mi madre estaba encerrada en un santuario del desierto, en el extremo norte. Punta sur y punta norte separadas por más de cuatro mil kilómetros. Si en 1919 no decido tomar como elementos constitutivos de mi futuro cuerpo a esas dos personas de carácter tan diferente, por no decir opuesto, nunca se hubieran encontrado... No sé si los recuerdos anteriores a mi nacimiento corresponden a la realidad o son meros sueños. Eso no importa. De todas maneras la realidad es la transformación progresiva de los sueños; no hay más mundo que el onírico. Estoy convencido de que yo elegí y uní el esperma y los ovarios que me permitieron nacer por enésima vez. Gracias a mi férrea voluntad, cuando llegó el momento elegido y en el sitio correcto, un oasis en medio de la pampa, exacerbé el sufrimiento magnético que obligó al pene paterno a penetrar en la vagina materna para, en un goce cataclísmico que anegó todas sus células, lanzar la flecha radiante que fue a clavarse en el fondo ávido de su mágica negrura. Por esa grieta abierta en el espacio y el tiempo me deslicé decidido a conservar intacta mi memoria, necesaria para realizar el plan que había ido elaborando de vida en vida. Pero como sucede casi siempre, la conmoción sufrida por el cuerpo sutil al penetrar en los niveles densos de esta existencia me hizo perder gran parte de los recuerdos. De ese desarrollo incesante de un espíritu conociéndose a sí mismo, poco queda. Es un magma fragmentario, sensaciones penumbrosas, espacios colosales, tiempos eternos, nacimientos y hundimientos de universos, ríos salvajes de almas arrobadas atravesando en órbitas vertiginosas resplandores infinitos. Por períodos, el silencio total, como si Dios nunca hubiera creado las orejas, y después, el estruendo de los carros galácticos, camiones de carnaval luciendo las lentejuelas de sus soles, avanzando sin meta, empujados por la bondad de una emanación

inagotable, principio único que abastece a miríadas de seres que sólo reciben... Sin temor al ridículo acepto que fui un peñón metálico vagando por inmensidades oscuras con una apasionada sed de luz. En mi densidad extrema habitaba un deseo exclusivo: crear la palabra, el canto, el mismo Verbo que me había sacado de la nada. Ese ideal debe de haberme inflamado, quizás exploté en estrellas y planetas, me hice cristal, amiba, planta, bestia y luego me perdí en una línea incesante de hombres y mujeres, naciendo y muriendo en religiones asesinas, laberintos de leyendas y símbolos, hasta despegar los ojos de los sentidos y aprender a ver con el alma, sin intermediarios, esa luz pura que surge de la fuente original. Entonces resuena el lenguaje del pensamiento, la voz silenciosa que le habla al Ser perpetuándose a través del tiempo, para crear la verdadera Tradición: «Aquello que es recibido». Parece ser que fui un iniciado nacido en Alemania en 1378. Es evidente que esa cifra, compuesta por el número 13 y el 78, que es seis veces trece, transporta un mensaje. Aquellos que han recibido una educación masónica comprenderán lo que esto significa. En esa vida, a causa de la miseria, mis padres me abandonaron en las puertas de un convento. Los monjes, que por falta de vida sexual desarrollan el intelecto hasta convertirlo en tumor, me enseñaron, antes de que cumpliera seis años, a hablar y leer el griego y el latín. Casi adolescente, acompañé al abad en un viaje a Jerusalem. Allí murió, otorgándome una libertad que ya se me hacía esencial. Busqué la Verdad entre los viejos cabalistas, pero cuando mis órganos del conocimiento se desarrollaron comprendí que, no pudiendo ser universal, se presentaba como una violenta creencia. Entonces busqué una técnica que me permitiera desprenderme de aquel anhelo arcaico. La Verdad sólo sería el mundo sin mi deseo de ella... y la técnica, aprender a desaparecer como individuo separado. Para aquello necesitaba confrontarme con el pensamiento inspirado en otros maestros. Egipto me mostró sus secretos en un sistema numeral, 1, 2, 3, 5, 8, 13, 21, 34, 55, etc. Los ascetas turcos me enseñaron a caer en trance: fui capaz de abrirme el abdomen con el cuchillo, vaciar mis tripas en un plato y danzar, girando vertiginosamente, para al final volverlas a su sitio y cerrar la herida sin dejar cicatriz... En Fez, estudié la alquimia, espiritualizar la materia, y la magia, materializar el espíritu... Por fin fui visitado,

durante un sueño, por los Caballeros de Heliópolis, aquellos que consideran la muerte física como una enfermedad y que han tenido la increíble paciencia de vivir más de quince mil años. Esos ancianos me trataron como a alguien largamente esperado y cada uno de ellos me dio, eran setenta y ocho, sus conocimientos resumidos en una lámina rectangular. Cuando fui capaz de ordenar esos dibujos en un mandala hexagonal, parecido a un copo de nieve, creí comprender la constitución del Cosmos y el misterio de la vida... Considerando inútil prolongar, como mis maestros, la estadía en un solo cuerpo, decidí vivir ciento cincuenta y un años y continuar después, en otra vida, mi obra, que era la de conducir a todos los seres a la Conciencia, eliminando progresivamente a Dios, al absorberlo en la existencia, para que nos convirtiéramos en un Universo exclusivamente humano. Todo esto logrado con el consentimiento del Padre que, por un amor absoluto, nos crea para que seamos su tumba. De la putrefacción de lo divino nacería nuestra eternidad...

Volví a Alemania donde adopté a una niña huérfana, a la que instruí durante algunos años hasta que se convirtió en mi mujer. Con la inmensa fortuna que obtuve de la transformación de metales viles en oro, hice construir en las montañas de los Alpes un templo cavado en la roca misma. Llevé a los obreros con los ojos vendados y los devolví luego a sus hogares sin que supieran dónde estaba ubicado el sitio. Allí, con mi joven amante y cuatro amigos elegidos entre los espíritus más desarrollados de la época, protegidos por nuestra disimulada e inexpugnable guarida, nos encerramos a descifrar el lenguaje milagroso de la geometría... Pasó cerca de un siglo. Vi morir plácidamente a mis discípulos. Los conocí demasiado tarde, cuando ya la sociedad les había incrustado en la mente la programación de la muerte y el triunfo de la vejez. Como creían en esos dos conceptos, los realizaron. Federica, mi compañera, educada por mí, creció sin esos prejuicios y me acompañó hasta que cumplí los ciento cincuenta y un años. Ella, joven, tenía sólo ciento diez, quiso morir conmigo pero yo se lo prohibí: debería seguir viviendo, varios siglos si era necesario, hasta que en otra encarnación me acordara de ella y la buscara para realizar la unión final, el andrógino sagrado... Construimos entre los dos una cripta de siete lados. En el centro del techo colgamos tres lámparas llenas con

aceite que logramos extraer del oro y que, gracias a una mecha fabricada con baba de camaleón, podían arder un milenio. En medio del piso heptagonal erigimos un artar redondo cubierto con una placa de cobre en la cual grabé: *Hoc universi compendium unius mihi sepulchrum feci* y otras importantes cosas que desgraciadamente olvidé. Por último, allí, en un féretro de vidrio, me tendí con mis 78 cartas flotando de una mano a la otra como un arco iris... Ante la mirada serena de la fiel Federica, comencé a entregar el cuerpo. Me desprendí primero de los pies, en los cuales sentí la fe entusiasta de las uñas siempre crecientes, la fiereza del empeine, la solidez de las plantas dándole raíces a la inteligencia y la claridad de los talones, rotundos fertilizadores del planeta. Los amé como se ama en las despedidas, más que nunca. Luego me fui retirando de la piel, la carne, los huesos, las vísceras, hasta que, separado de mi materia y sus necesidades, comencé a hacer lo mismo con mis deseos, lo que fue relativamente fácil. Sólo se presentó una dificultad, la atracción profunda que sentía por mi compañera. Un esperma brillante como joya esperaba desde hacía muchos años inseminarla. Ese natural anhelo lo había tenido que sacrificar por razones iniciáticas que hoy no comprendo... Después vinieron los adioses de todos los humanos que me aportaron sabiduría, de todas las plantas, animales y minerales, un ejército de seres con los que había establecido cariñosos lazos y a los que también agradecí para luego abandonarlos. Por fin eliminé de mi espíritu los trabajos inconclusos, las ansias de ser, hacer y vivir. Con una felicidad inmensa me entregué al cambio y emergí en los limbos del Entremundo. Vagué en el Entremundo, allí donde el espacio y el tiempo son absorbidos por el impensable Ojo creador. En ese Esplendor, impidiendo la desintegración de mi conciencia, esperé a que el Universo manifestado pereciera y volviera a nacer, para reencarnar, en una época avanzada, donde el hombre hubiera ya vencido su inercia animal, pero cometí un error y me dejé atrapar por cierta luz anaranjada que me precipitó en un ovario ávido, durante una época primaria que no correspondía para nada con las fechas de mi muerte... Atrapado en el pasado, nací en Lisboa, en 1415, en el cuerpo del judío Isaac Abravanel. Tuve la suerte de formar parte de una familia de notables y eminentes talmudistas, entre los cuales aprendí numerosas lenguas, descollé en

el estudio de la Ley y desarrollé los poderes de mi espíritu, llegando a ser nombrado Ministro de Finanzas por Fernando de España. En ese país conocí a un Salvador Levi, domador de leones. Gracias al contacto con las miradas de sus fieras, cazadoras de almas, logré descorrer una esquina del velo y pude recordar los 78 Arcanos que me habían sido revelados en mi anterior encarnación por los Caballeros de Heliópolis. El resto de esa vida ustedes la conocen. ¿Recuerdan? Gracias a la expulsión de los judíos en 1492 fui a parar a Italia, donde, después de muchas aventuras, decidí morir como los bufones, equilibrándome sobre la cabeza con mis zapatos rojos hacia el cielo...

Haber introducido el Tarot en el árbol genealógico de los Levi, aunque mi fórmula material no se hubiera disuelto en sus códigos genéticos, lo hizo mío y, desde el Entremundo, con una vibración astral que podría compararse, permitiéndoseme todas las licencias, a la satisfacción humana, vi desarrollarse, de generación en generación, la Conciencia Cósmica que, sin intentar hacer frívolos juegos de palabras, es enormemente cómica. Quien comprende la filosofía comprende la risa. Ese misterioso Verbo del principio, que nos indica el Evangelio, es una carcajada divina. Todos los antepasados de la que sería mi madre fueron poco a poco recibiendo la alegría infinita que emana del Creador. Brillaron como frutos de oro entre las ramas que se elevaban más y más. Pero ninguno llegó tan lejos en sus destellos como Sara Felicidad. Su resplandor intenso traspasó nuestro sistema solar para, liberándose de la atracción de la galaxia, llegar a los confines del Universo y penetrar en el Supramundo, quizás más lejos aún... Tanta pureza en el amor me atrajo irresistiblemente. Elegí a esa mujer como crisol y entrando en sus ovarios los poblé de un imperioso llamado. La tarea que me di era dura, a la medida de mi enorme voluntad de vida: hacer que Jaime, a quien elegí por la energía colosal que lo habitaba, transportara su esperma desde los lejanos bosques del sur hasta el desierto donde lo esperaba mi madre. Ese viaje duraría diez años. Para los mortales, una espera infinita, pero para mí, acostumbrado al tiempo del Eterno, menos de un décimo de segundo.

La iluminación de Sara Felicidad comenzó después de un largo pasaje a través del abandono. Desde que llegó a Iquique, relegada al

cuarto de una oscura pensión de las afueras de la ciudad, las miradas de la familia y de los otros, en lugar de ayudarla a integrarse, la descompusieron. Nadie fue capaz de ser un espejo positivo que le reflejara sus valores. No. Nada más le mostraban asco, indiferencia o irritación. ¿Quién podría desear ser amable con una muchacha extrañamente encorvada, maloliente, grasosa, disimulada por espesas gafas negras, con el pelo recogido en una boina costrosa y que además, sin ser muda, aparte de unos gatunos murmullos, no hablaba nunca?... Nadie se preocupó de enseñarle a leer, pero ni falta que le hizo. Así, ignorante, era capaz de tener conversaciones con la tierra, el cielo, el mar y todos los tipos de fuegos. Comprendía el lenguaje de los pájaros y de muchos otros animales. Hasta las rocas le hablaban. No había ningún elemento que se negara a cantar con ella, así fueran las plantas espinosas o las nubes de arena roja que bajaban como orugas gigantes por las laderas de los cerros. Los seres humanos se comportaban con ella de otra manera. En la casa de huéspedes «El Peneca», edificio de tablas y cemento con pequeñas ventanas que daban hacia un monte pelado, Sara Felicidad almorzaba y cenaba en el comedor familiar sin que nadie se dignara dirigirle un saludo.

Un día caluroso del mes de julio, una carreta repleta de gente disfrazada, hombres y mujeres de todas las edades, se detuvo frente a la pensión. La polvareda, el sol quemante y los destellos enceguecedores de las piedras, les impusieron ese alto. Al cabo de tragar algunas botellas de agua, sacando fuerzas de una fe misteriosa, en el patio donde en lugar de plantas sólo había excrementos de perro y gato, hicieron resonar tambores, bombos, trombones, triángulos, cornetas y se pusieron a bailar. Un grupo, separado del resto, tocó flautas que imitaban, así le pareció a Sara Felicidad, el canto de las aves que anuncian la lluvia. Trató de comprender el disfraz de los bailarines. ¿De qué estaban vestidos? ¿De pájaros? Lucían un uniforme de color café, compuesto de un casco ligero, una camisa brillante, un pantalón con bastillas de encaje, un cinturón lleno de espejitos y un pollerín de cuero, abierto adelante, que les llegaba hasta los talones. Además, una pequeña capa de color blanco les cubría la espalda. En el pecho y en las piernas tenían bordadas flores multicolores... Uno de ellos, en el éxtasis de su danza ritual, exclamó:

–¡Vivan los chinos de la Virgen del Carmen!

Mi madre, por la entonación devota, comprendió al instante que la palabra «chino» significaba para ellos «servidor». El gorro podía ser una cresta, el pollerín una cola, la capa blanca un par de alas, el cinturón con espejos reflejando la cara de los otros, la voluntad de unión, el amor al prójimo. Y el café de base, la tierra. La Tierra convertida en ave celeste, florida, llevando por el Cosmos su ofrenda, una conciencia colectiva, a la Madre Universal... Pájaros que danzan anunciando la lluvia en ese desierto inhóspito, fertilizando con sus zapatillazos el polvo dormido, vertiendo la esperanza... Instrumentos musicales haciendo retumbar los cerros para proclamar el nacimiento de un planeta que tiene corazón... Servir, entregarse, disolverse en el uniforme común, ser surco abierto a todas las semillas, obedeciendo las órdenes de la Dueña... Aves tan creyentes que por celebrar la lluvia en la sequía la iban creando.

Comenzó a garuar, gotas finas, casi imperceptibles, a pleno sol. Caían formando una bóveda sobre los disfrazados, un templo efímero. Sara Felicidad, que llevaba la danza en la sangre –los movimientos de Alejandro Prullansky se le habían grabado en la memoria, descomponiéndose en millares de perfectas esculturas–, no despreció los pasos de esa gente pobre. No había en ellos la hermosura del arte, pero sí una sinceridad semejante al agua de un manantial. Cada salto, cada cruce de piernas, cada giro, era al mismo tiempo agradecimiento y gesto de adoración... Sara Felicidad se sintió transportada e, integrándose al grupo de chinos, se puso también a bailar. Embriagada por los tamborazos, olvidó curvarse y su cuerpo erecto alcanzó el metro noventa y ocho. Sacudió la cabeza, cayó su boina y la espléndida cabellera rubia que mantenía oculta se expandió como una araña luminosa. La llovizna se concentró sobre ella, llevándose la mugre acumulada durante tantos años. Su piel blanca se hizo más blanca aún entre esos cutis morenos y una estupefacción general detuvo el ensayo. ¡Esa niña gigante podría simbolizar la pureza que espanta a los demonios! Entusiasmados, la invitaron para que fuera con ellos a adorar a la Virgen del santuario de La Tirana, situado en el desierto, a setenta kilómetros de allí. Le dieron un camisón blanco, unas alitas de cartón cubiertas con lentejuelas plateadas y una vara mágica. Nadie

le preguntó el nombre. La adoptaron con la simpleza del pueblo, donde el grupo cuenta más que el individuo. Se hacinaron alegres en la carreta y sin cesar de cantar subieron hacia la Pampa del Tamarugal. Viajaron ese día y la noche entera. Al alba alcanzaron a otros peregrinos que iban caminando en filas interminables. Cada grupo tenía un uniforme distinto, siempre de colores brillantes. Había indios, gitanos, pastores, príncipes azules, osos, tigres, califas. Todos entonaban himnos a la Santa Virgen.

La andamos buscando de espera en espera hemos recorrido por todas las tierras...

Esas multitudes en fiesta, que buscando el contacto milagroso dejaban entrar, gracias a sus corazones humildes, la fe en el mundo, compensaron a mi madre de los años grises que la habían obligado a vivir agachada. Arrojó lejos el último girón de esa época oscura, las gafas negras, y ya no tuvo vergüenza de su mirada azul.

La carreta, perseguida por una cola de polvo, llegó a La Tirana... Lentejuelas, plumas, espejos, cintas, bordados, encajes, flecos, botones dorados, bolsas cubiertas de monedas, collares, banderolas, matracas, estandartes, capas, máscaras, turbantes, pañuelos, morriones, instrumentos musicales, bailes, rezos... Sara Felicidad, en medio de la multitud febril que se agitaba frente a la iglesia de madera forrada en calamina, se entregó al carnaval. Las marchas militares, los ritmos negroides, el flauterío, le dieron alas en los talones y ganas, por primera vez desde que su padre ardiera, de hablar en voz alta. Quiso decirles «¡Los amo!», pero en lugar de palabras le salió un canto, tan claro y potente que no parecía humano. La multitud cesó su agitación y las bandas musicales se fueron callando. El ángel estiró los brazos y abrió las manos para bendecirlos a todos. Cayeron de rodillas. El viento trajo un rebaño de nubes pardas que se disolvió en chaparrón. La lluvia anunciada por los pájaros había llegado. La alianza del cielo con la tierra se confirmaba. Otra vez resonaron los bombos, flautas, trompetas y los peregrinos, con más energía que nunca, volvieron a zapatear. Un cura con la sotana engalanada de grecas de lana roja, blanca y azul vino a buscarla:

–¡Niña, cesa ya de cantar y entra conmigo en el santuario! ¡No

vengas a cambiarme la fiesta! ¡No eres tú, sino la Santa Virgen del Carmen la que debe ser adorada!

Y, para ocultarla, encerró a mi madre en un confesionario. Al anochecer, las cofradías encendieron hogueras tratando de defenderse del frío intenso que reemplazó al calor. Después de celebrar con risas y exclamaciones de asombro el estallido de unos fuegos artificiales, comenzaron a entrar en la iglesia... Sin empujar ni pelearse por el espacio, tranquilos, los cuerpos se comprimían entregándose a la corriente lenta que los hacía avanzar hacia el altar. Algunos iban de rodillas, dejando en el piso huellas sanguinolentas que eran borradas por las innumerables patas del gusano humano que venían detrás... Por fin allí estaba, frente a ellos, la escultura tallada en una roca, la Virgen milagrosa con su niño Dios en el brazo izquierdo y un leñador, arrodillado, adorándola entre toneladas de velas encendidas. La actitud suplicante de ese hombre de piedra era la misma de la muchedumbre, todos pidiendo algo, para ellos, para otros, encauzando sus problemas hacia la única solución... Sara Felicidad, que apenas cabía en el estrecho confesionario, esperó durante horas que los homenajes cesaran y cuando los suplicantes salieron retrocediendo, para comer y dormir alrededor de las fogatas, acompañados por el cura que daba el ejemplo soportando con ellos el viento glacial, salió del escondite, fue a ver si las puertas estaban bien cerradas, se acercó al altar, trepó hasta llegar junto a la Virgen y, con un cuidado extremo, le quitó la corona, el manto y el camisón.

Le habló en silencio sabiendo que ella la oiría:

–Todos no cesan de pedirte, es necesario que alguien te dé. Yo no solicito nada. Tu bondad infinita me conmueve. Llevas aquí tantos años otorgando tu gracia que debes estar cansada. Sonríes, pero tu espalda soporta el peso de nuestra sufriente humanidad. Acepta, por favor, que yo me ocupe de ti. Voy a masajear tu cuerpo de piedra para quitarle de encima la costra invisible formada por el dolor de los otros...

Y Sara Felicidad comenzó a masajear la fría espalda, el pecho, el vientre, los brazos, las piernas, la cabeza de la Virgen. Poco a poco la piedra se fue calentando y, al cabo de algunas horas, alcanzó la temperatura de la carne humana. Mi madre continuó su labor hasta

que creyó oír bajo los pequeños senos el latir de un corazón. Volvió a vestir al ídolo, ahora vivo, y recibió su mirada agradecida. La Virgen del Carmen aceptaba sus servicios, la hacía su china particular. Ebria de alegría, corrió a esconderse otra vez en el confesionario... Ya había amanecido y la multitud empujaba impaciente las puertas que, apenas las abrió el párroco, dejaron pasar a los caporales, quienes se pusieron a la disposición de su Señora y luego anunciaron el orden de las cofradías, que fueron entrando, una por una, de rodillas, para ofrendar cirios encendidos, sin preocuparse de que la cera caliente les quemara las manos. Después de danzar cinco minutos salían, siempre retrocediendo, para darle paso a otro grupo. Eran tantos y el aire estaba tan caldeado que Sara Felicidad, agotada por el esfuerzo del masaje, donde en cada caricia había puesto su alma, se durmió profundamente. No pudieron despertarla ni los cánticos de las procesiones, ni los redobles de tambor, ni los estallidos de otros fuegos artificiales. Abrió los ojos a la mañana siguiente. En la plaza imperaba una gran tristeza. Todos, con la mirada extraviada, se hacinaban en los vehículos que los habían traído e iniciaban el regreso a sus lugares de origen. El cura clausuró las puertas del santuario con dos grandes candados y se fue con los peregrinos. Un viento suave trajo una nube de polvo y mi madre, que se había disimulado detrás de unos arbustos, aún disfrazada de ángel, se quedó sola, sin alimento, sin agua, sin un techo bajo el cual dormir.

Pasaron tres meses. El sacerdote, acompañado de doña Pancha, una vigorosa beata toda vestida de negro, llegó de Iquique con su pequeña camioneta llena de escobillas, plumeros, escobas, baldes, trapos, jabón y un barril de agua, para proceder a la limpieza trimestral. A más de un kilómetro de distancia del santuario ya comenzó a oírse el zumbar de las abejas. Parecían millares. Colgando de las ramas de los escasos árboles, contaron unos cien panales. La actividad de los animalitos era incesante. Entraban y salían por las torres de la iglesia... En la semioscuridad del alba, el religioso y su ayudanta, pálidos de emoción, vieron un resplandor surgir de las ventanas. La casa de Dios parecía estar llena de luz. Doña Pancha se aferró a su rosario y comenzó a exhalar un rezo kilométrico... Constataron que los dos grandes candados estaban

intactos. Por las rendijas, viniendo de adentro, se deslizaba un penetrante olor a violetas. Al abrir las dos hojas de madera tallada, los asaltó, como una ola inmensa, tal perfume que, por un momento, el placer les cortó la respiración... Al cura le costó creer lo que veían sus ojos. La beata lloró a moco tendido. ¡Las velas estaban prendidas! Esas toneladas de cirios ofrecidos a la Virgen hacía tres meses seguían lanzando sus lenguas brillantes sin gastarse para nada. Los incontables ramos de claveles lucían frescos como si los hubieran depositado ante el altar esa misma mañana... Junto a la Virgen del Carmen una muchacha rubia, desnuda, dormía profundamente. El cura se recordó del ángel que cantaba con voz de trompeta celestial. Miró a su alrededor. La iglesia estaba limpia, el piso relucía, y los enjambres de abejas venían a libar en las flores vueltas perennes. «Milagro», musitó doña Pancha. El cura, dándole un coscorrón, le dijo, también en voz baja:

–Cállate, mujer, que esto puede ser cosa del diablo. Corre a la camioneta y tráeme la sotana que tengo de repuesto.

Sara Felicidad se despertó sonriente. Mientras la beata la vestía, el párroco, dándole la espalda, preguntó:

–¿Dime, muchacha, quién eres? ¿Cómo entraste en la iglesia si las puertas estaban cerradas, las ventanas de vidrio no se pueden abrir y los estrechos agujeros por donde pasan las cuerdas de las campanas sólo permiten entrar a las abejas? ¿Desde cuándo las velas están encendidas? ¿Por qué no se derriten? ¿Cómo hiciste para impedir que los claveles se marchitaran? Aquí no hay agua ni alimento, ¿de qué has vivido?

Mi madre, que ya alcanzaba la altura de dos metros (después crecería siete centímetros más), se inclinó hacia el sacerdote y le colocó bajo las narices sus manos extendidas. El hombre retrocedió espantado. De esas palmas lisas, casi sin líneas, surgía el intenso perfume que invadía el templo. Cuando inútilmente trató de hablar, en lugar de palabras le salieron notas musicales, el aliento de la muchacha olió a miel... El cura pensó rápido, intensamente. La belleza que estaba presenciando era demasiado grande para ser demoníaca. Lástima, resultaba más fácil expulsar a un diablo que a un ángel, en fin, a grandes milagros grandes remedios, mejor arremangarse hasta los codos y tomar a la santa por su aureola... Alzó a la vieja, que había caído de rodillas dándose golpes en el

pecho, y le dijo severo:

–Oye, Pancha, vamos a hablar a sotana quitada. Hace ya quince años que andas pisando en mis huellas. Tú me traes el chocolate en las mañanas y apagas mi lámpara en la noche cuando me quedo dormido leyendo. Eres más que mi ama de llaves, y a no ser por la castidad que nos imponen, hace ya mucho que serías mi esposa. Harto bien te hubiera hecho, porque así, de señorita tan recalcitrante, ha terminado por salirte el bigote. Reconócelo de una vez, mujer: lo que te acerca al altar no es Dios sino las hormonas. Estás enamorada de mí. ¡Alto, no te desmayes! Te hablo así tan descarado porque la situación es grave y una elección se impone. Te lo repito: tendrás que elegir entre Dios y yo. Reconozco que la Virgen ha producido un milagro y que esta muchacha, muda y tarada, puede ser una santa, pero los intereses políticos a veces deben primar sobre los religiosos. Las fiestas de La Tirana despiertan la fe y propagan en el pueblo nuestra religión; cualquier consigna dada en nombre de la Sagrada Virgen del Carmen es obedecida al pie de la letra. Hemos encontrado el medio de absorber las antiquísimas supersticiones indígenas y el carnaval anual canaliza hacia la esperanza esa desesperación tan grande de los míseros obreros. La calma y el aguante que les da nuestra Señora son elementos esenciales para el buen desarrollo de la sociedad chilena. Por eso, todo debe continuar igual. Esta joven tan hermosa, rubia, blanca, alta, pura, testigo de un prodigio, ante los ojos de los mineros puede convertirse en la Virgen encarnada, un nuevo Mesías, un catalizador de multitudes... Ya no se conformarán con venir a bailar y desfilar detrás del ídolo, no, se llevarán al ángel de aquí para convertirlo en jefe de quién sabe qué clase de ejército revolucionario. Se acabará la paz de este país tan tranquilo como un paraíso y vendrá el caos... ¿Entiendes, Pancha? O te vas corriendo a contarle el milagro a todos los creyentes o cierras el pico y te quedas junto a mí, prometiéndome jamás revelar nuestro secreto. ¡Vamos, apúrate! ¿Dios o yo?

Doña Pancha, roja como un tomate, dijo en tono íntimo: «Tú, Lolo», y no teniendo nada que limpiar, porque en el santuario no había una mota de polvo, se fue a esperarlo sentada en la camioneta.

–Mira, muchacha, no sabes hablar pero estoy seguro de que oyes

y comprendes lo que digo. Me doy cuenta de que por amor a Nuestra Dama te has convertido en su servidora. Ese sentimiento te honra y yo no puedo más que aceptarte, puesto que Ella misma así lo ha hecho, pero con ciertas importantes condiciones: cesarás de vivir de milagros, quizás bebiendo rocío y comiendo sólo miel. Yo te traeré frutas, legumbres y conservas. También botellones de agua. Continuarás vestida en forma discreta, con mi sotana. Apagarás los cirios y dejarás que me lleve todas estas flores. También los panales. Vendré más tarde con las herramientas necesarias a desprenderlos de los árboles. En los tres días del carnaval, te disimularás entre la muchedumbre y te pondrás guantes de goma para que el aroma de tus manos no despierte sospechas. Solamente así podrás continuar ocupándote, como tan bien lo hiciste estos últimos tres meses, del aseo de la iglesia. ¿Aceptas?

Sara Felicidad, desde la muerte de su padre, estaba acostumbrada a vivir oculta. Le fue fácil asentir con la cabeza. De todas maneras, mi espíritu ya había entrado en sus ovarios, destinándola al encuentro que me haría nacer. Para esperar diez años al hombre que la inseminaría, nada mejor que una soledad absoluta... Satisfecho, el sacerdote le entregó las llaves de los dos candados y, entre los claveles que comenzaron de inmediato a podrirse, se fue en la camioneta, defendiéndose de los Lolos y arrumacos que doña Pancha se sentía con derecho a propinarle.

En Santiago, la desunida familia Jodorowsky llegó al año 1919. Lo creyeron catastrófico, pero nunca se sabe. Unos tajos, dolorosos hoy, mañana pueden darle fecundidad a un árbol que se estaba secando. De todos modos se sintieron como palomas pateadas por un burro. No sólo ellos. A todos los chilenos les cayó un chaparrón en sus techos de paja... Momentáneamente, con el cese de la Primera Guerra Mundial, las exportaciones de salitre, que se usaba como materia prima para los explosivos, se desplomaron y, aunque se recuperarían en los años siguientes, los obreros que no veían claro el futuro, embutidos en sus fábricas y minas, se sintieron al borde de la cesantía. Malestar que se propagó a todas las clases modestas del país. Los ricos recibieron también un puñetazo en el hígado: el Pulpo Rojo, no contento de haber sembrado el caos en sus propios territorios, osaba fundar una Tercera Internacional

Comunista para estirar tentáculos hacia el mundo entero, decidido a fomentar revoluciones obreras... Claro está que los milicos tenían muy bien dominados a los rotos, pero de todos modos era molesto bailar charlestón con piedrecillas en los zapatos de charol... ¿Sería por esa atmósfera de inquietud, en un país isla que nunca se había preocupado de lo que pasaba más allá de sus fronteras, que los diablos andaban sueltos? ¡Vaya uno a saberlo! Si cada acontecimiento, suma de todas las causas, es producido por el Universo entero, ¿para qué hacerse preguntas?

La primera que soportó la paliza, o la lección, del Destino fue Lola. Mi tía se había convertido en una muchacha tan delgada que los borrachos de los bares, adonde iba acompañando a la ciega del cuarto 28, la llamaban «El cuchillo que canta». Tenía los ojos grandes, abombados, con una expresión de perpetuo terror y lo único que hubiera podido conferirle atractivo era su melena espesa, negra y lacia. Pero ella insistía en trenzarla para llevarla enrollada sobre su cabeza, como un gran cucurucho. También querían proclamar su feminidad unos labios gruesos, de negra, pero ella los acallaba cubriéndolos con una capa de maquillaje color carne. Para disimularse más aún, se vendaba los pechos y usaba un par de lentes redondos imitando la miopía. Doña Pera –así se había bautizado la ciega «porque una siempre es-pera lo que no llega»– se acostumbró a la compañía de Lola, gustosa le enseñó la guitarra y compartió con ella su exiguo cuarto y las propinas de los clientes que, quizás por la nostalgia de las canciones o porque eran el dúo menos sensual del mundo, siempre las respetaban sin tratar nunca de obligarlas a beber.

–Dígame, doña Pera, por favor, ¿cuántas canciones se sabe en total? Yo, en este cuaderno, estoy anotando las letras y las melodías. ¡Calculo más de dos mil!

–Has hecho muy mal, Lola, en anotar esas canciones. Ellas son libres. Así las haces prisioneras.

–Pero... Si algo le llegara a pasar, Dios no lo quiera, usted se llevaría a la tumba un tesoro.

–No me llevaría nada, m'hijita. No tengo ninguna memoria. Mi cabeza está vacía, no hay melodías en ella. Las canciones son como pájaros invisibles, andan por todos lados, volando. Tú llamas a una

y ella viene a posarse en tu lengua. Si la fijas en un cuaderno, la matas. Cuando nuestro Padre hizo al mundo, junto con los animales y las flores, creó las canciones. Antes, todos los seres humanos podían recibirlas, pero las orejas se les han ido cerrando. Creo que a mí se me abrieron cuando quedé ciega. Aparte de la música no tengo nada. Soy como una caña hueca. Ellas pueden acercárseme porque ninguna cosa las molesta. Quizás un día tú también las recibas. No son miles ni millones, no tienen término. ¿Crees que te miento o que balbuceo idioteces como vieja chocha? Te equivocas, a pesar de tener noventa y dos años, por dentro soy joven aún. Mi maestra, la que me bendijo esta guitarra, tiene ciento once. El dinero que nos dan siempre lo divido en tres partes, dos para nosotras y una para Carmelita, a la que visito cada domingo.

–¡Ay, doña Pera, me gustaría tanto conocer a su maestra! ¿No me quiere presentar? Podría anotar también lo que ella sabe. Puede que un día hagamos un libro...

–¡Pero que necia y testaruda eres, Lola! Lo que te digo en una oreja se te sale por la otra. Las canciones nacen, mueren y, si quieren volver, vuelven. Ellas lo deciden, no tú. Y así, sin forzar nada, todo anda muy bien. Las cosas, cuando son como son, son perfectas. No hay que interferir. Fíjate en ese charco, lo ves sucio, pero está tranquilo. Si metes la mano dentro, los bichitos que lo pueblan enloquecen y muchos llegan a morderte los dedos. No rompas el equilibrio porque nos puedes traer mala suerte. Ten fe. El mundo es como un disco: todo se va grabando. Para recuperar algo basta tener la aguja correcta. Dame el cuaderno. Voy a romperlo. ¿De acuerdo? Bueno. Así sí. Has comprendido. Mañana te llevaré donde la Carmelita...

Tomaron un tranvía, cerca de la Estación Mapocho, que bajó por la calle San Pablo hasta la avenida Matucana. Allí se apearon y siguieron caminando para doblar en Andes. Más allá estaba la Manzana de Altos. Un bloque cuadrado de casas de dos pisos (hubieran podido ser más, pero por los temblores las construcciones tenían que achatarse), todas comunicadas entre sí. Corría la leyenda de que allí no entraban carabineros, porque los pocos que se atrevieron a hacerlo nunca salieron. Sus cuerpos desaparecieron un noventa y ocho por ciento, para ser exactos. El dos por ciento restante, los testículos, fue lanzado desde una ventana hacia la calle

dentro de una lata de conservas... Esa manzana era un refugio de tahúres, putas pringadas, ladrones de carteras, alcohólicos con duraznos carcomidos en lugar de narices, niños orates, obreros cesantes y mujeres desdibujadas siempre encintas. En el centro del bloque había un patio con una abertura como pozo donde todos tiraban sus basuras y vaciaban las bacinicas. Justo por debajo corría el potente canal San Carlos. Más de un niño había caído allí. La corriente, sin preguntar nada, se lo llevaba todo.

Lola, detrás de doña Pera, recorrió el laberinto de pasadizos, esquivando de vez en cuando una rata. De cada cuarto salían olores a vino, fritanga, sudor rancio y excrementos. Cuando entraba un rayo de sol, se llenaba de pelusas y su mancha dorada en el suelo plomizo era ocupada por un gato sarnoso... Nadie las molestó... Carmelita vivía en un cuarto que daba al patio central. Enmarcaban su puerta blanca muchas macetas con claveles y lirios. En el vidrio de la ventana había pegado un corazón de Cristo, en llamas. Salía del interior un agradable trinar de canarios mezclado al aroma de la harina tostada. Doña Pera abrió la puerta, que no estaba atrancada y, sin anunciarse, hizo entrar a Lola. Allí, en ese cubículo limpio, con sólo una cama, una mesa y un anafe a gas donde se calentaba una cacerola, estaba una anciana muy pequeña, casi enana, vestida con un salto de cama chocolate y unos largos botines de hombre. En la boca le quedaba un colmillo, sus ojos habían perdido casi el color y eran de un gris deslavazado, en la cabeza una red de finas canas no ocultaba su calva pecosa y las manos parecían dos pequeños mares de arrugas. Con voz de niña, la momia dijo:

–Pasen, muchachas... Aquí tengo leche caliente y ulpo.

¿Quieren?

Se levantó de la cama, donde estaba sentada acariciando a su guitarra como si fuera una gata regalona, caminó lenta hacia la mesa, silbando como tres canarios, y les preparó dos platillos de mazamorra azucarada. La ciega sacó un rollo de billetes amarrados con una cinta rosada y lo metió dentro de un hombrecillo de yeso que encuclillado parecía defecar un cuesco de durazno.

–Gracias, Pera, por alimentar mi cagón. Dios te lo multiplicará... ¡Oh, veo que tu amiguita también trajo su guitarra! Cantemos pues, ya que para eso llegamos a este mundo...

Lola se puso a tocar con las viejas, pero al cabo de unos pocos

compases, se sintió sola. Doña Pera y Carmelita rasgueaban con tal delicadeza que de sus instrumentos surgían acordes casi imperceptibles. Hizo un gran esfuerzo y pudo distinguir la belleza de la melodía, una tonada tan tierna, tan empapada de amor maternal, que sus párpados se le pusieron pesados y estuvo a punto de caer dormida como una nena repleta de leche. La distrajo algo parecido a una brisa fresca abriéndose paso entre la hierba caldeada del verano. Las viejas, sin mover los labios, con los ojos fijos en un mismo punto del infinito, estaban cantando. Cuando se acostumbró a esa ausencia casi total de volumen, pudo escuchar las palabras: versos perfectos como un collar de perlas, intensos, profundos, revelando un respeto sagrado por la vida. Cual nubes dirigidas por el viento, a ratos cambiaban de ritmo y la canción adquiría tal fuerza que sus frases parecían rayos, luego volvía la calma inmensa y el oceánico balanceo de las rimas. Lola comenzó a sufrir: esas dos ancianas, gusanos luminosos en el centro de una manzana podrida, estaban creando un arte que no se transmitiría, por falta de testigos. Ella no merecía ser la única espectadora de aquella maravilla. Esa música era un patrimonio nacional. Todos los chilenos deberían conocerla. ¡Qué crimen dejar perderse tal herencia!.. Con disimulo sacó un papel pautado de su cartera y trató de escribir la música y las palabras que planeaban como un hilo de oro sobre los ruidos cotidianos... Carmelita cesó inmediatamente de tocar. También la ciega.

–¡Qué feo ese rasgueo de lápiz en la hoja! Ofendes a los ángeles, muchacha. Si quisieras escribir todo lo que ellos cantan no habría suficientes bosques para producir tanto papel. Quieres dar a los otros las canciones que no sabes recibir tú misma. Eso es flojera. Interrumpiste el ritmo santo. Puede que, sin quererlo, hayas provocado una desgracia. Recemos para que el Espíritu Santo perdone la herida que le hizo tu lápiz...

Las dos ancianas pusieron a mi tía de rodillas y comenzaron a rogar por ella. Unos recios golpes sacudieron la puerta.

–Abra, viejita, que aquí están sus cogoteros...

Seis hombres, ni viejos ni jóvenes, en mangas de camisa, zapatillas blancas embarradas y pantalones de mezclilla con el bolsillo derecho inflado por un cuchillo, entraron con sonrisas de borracho trayendo cada uno cuatro botellas de pisco. A falta de

sillas, se sentaron algunos al borde de la cama y otros en la mesa, con los pies colgando.

–Tuvimos suerte, doña Carmelita. Asaltamos a un rico y lo estamos celebrando. Usted nos tiene que perdonar. Todavía nos queda trago y queremos darlo de baja al son de alguna música. Así es que toque. Ya sabe que a ningún pobre se le niega un canto. Y que la acompañen sus amigas. ¡Salud, pues!

La ciega, acostumbrada a tratar con patanes ebrios, tranquilamente se adaptó a la situación y palmeando su guitarra cacareó una alegre cueca. La momia la siguió e invitó a Lola a salir de su estupor musitándole al oído:

–No se te ocurra oponerte, muchacha. Canta sin cesar hasta que los lobos se conviertan en marmotas...

Siguiendo el ritmo galopante de las tres mujeres, cada bandido vació una botella de pisco de un solo trago. El efecto fue instantáneo. Los gestos se les pusieron blandos, sudaron, y con los labios hinchados balbucearon frases incoherentes al mismo tiempo que hacían temblar el suelo a talonazos. El zangoloteo duró más de una hora. Exigieron cueca tras cueca. Luego, agotados, para reponerse tragaron la mitad de la segunda botella. Entonces pidieron canciones de marineros que acompañaron con sus voces ásperas. Siguieron bebiendo. Al acabar la otra mitad comenzaron a ponerse tristes. El trío interpretó tonadas del sur, que hablaban de lluvias colgando del cielo como andrajos, de bosques sin amo muriendo de tristeza el mes de agosto, de golondrinas con máscaras de barro... El tercer litro bajó por las gargantas como un cortejo fúnebre. Cada trago era un ataúd en llamas y de pronto se les calcinó la pena y con el corazón vuelto llaga se pusieron a reír a carcajadas tan fuertes que parecían vómitos. Se revolcaron por el suelo llenando las baldosas de baba y lágrimas. El más fornido de ellos sacó su cuchillo y rajó el aire. Cesaron de reír... De pronto se encontraron ahí, agazapados, sin saber quiénes eran ni en qué mundo estaban. Todo perdió significado. Era raro ser «eso», un cuerpo con cabeza, tronco, brazos y piernas... Instante infinitamente vacío... Feas tocando escarabajos y cantando, lejanas, incomprensibles... Con horror de sí mismo, ser hombre o ser araña era igual de raro, alguien hizo sonar una voz que no le pertenecía para balbucear palabras que entendía a medias:

–Paren de tocar, señoras...

De inmediato, las cantoras obedecieron. El cuchillero, satisfecho, liberó un flato, después sonrió contrayendo sus labios hasta estirar la boca en una mueca que pareció partirle la cara en dos.

–Mis cogoteros, creo que esta ruina, la Carmelita, ya ha vivido bastante. Pronto Dios la va a matar. ¿Cierto?

–¡Cierto!

–¿Y entonces, para qué dejamos que ese huevón se dé el gusto? ¡Mejor la ultimamos nosotros! ¿De acuerdo?

–¡De acuerdo!

–¿Y tú, abuelita, estás también de acuerdo?

La anciana, con su calma de siempre, contestó: –Si Dios decide que sea usted el que me dé mi fin, de acuerdo. –Nada de tanta resignación, abuelita. Antes de matarte, te voy a violar. ¿Qué dices?

–Digo que lo compadezco. Estoy tan fea que va a sufrir. –Eso es lo que quiero: agregarle dolor al dolor de estar vivo. Destruir lo bueno es lo que cuenta. En este mundo de mierda, la bondad es la peor de las violencias...

Y dando un rugido súbito se echó encima de la vieja, le arrancó los calzones, le abrió las piernas, las levantó hasta sus orejas y la penetró brutalmente, besando con toda su alma esa boca fláccida y arrugada... Lanzando ladridos eufóricos, otros dos se abalanzaron sobre doña Pera, le partieron sus gafas negras, le metieron la lengua en las órbitas para lamerle sus pupilas cubiertas de cataratas, de un par de cuchillazos que abrieron dos zanjas rojas en su carne le quitaron la falda y la penetraron por el sexo y el ano. A Lola la violaron los tres restantes. Al que le tocó la boca le vociferó:

–¡Chupa bien y si me muerdes te corto el pescuezo! Las dos veteranas, con esa paz de las gacelas que cuelgan de las fauces de un león, se dejaron torturar sin moverse ni gemir. El cogotero jefe hundió su puñal en la garganta de Carmelita. Salió un chisguete de sangre empujado por un resuello largo e intenso que se fue apagando cada vez más, pero sin acabar nunca, como si fuera una culebra de aire con una cola infinita. Se armó un griterío porque, a la vista del plasma rojo, los seis eyacularon al mismo tiempo. Siguiendo el ejemplo del líder, sacaron sus sacabuches y los hundieron en el cuerpo de la más anciana. Entre insultos, gruñidos, gargajos, la desmembraron, destriparon, descabezaron. Sólo cuando

le introdujeron el cagón de yeso en la vulva, como si lo estuviera viendo, la ciega comenzó a dar alaridos. Se le echaron encima y también la hicieron pedazos... Pálidos, resollando, empapados en sangre, destaparon sus últimas botellas, vaciaron esos seis litros en la cacerola de ulpo y, para darle aspecto de ponche, metieron allí las cuatro orejas cortadas y un montón de dedos. Se obligaron a beber con tragos más anchos que sus gaznates. Entre eructo y eructo, miraban con amplias sonrisas, como niños pidiendo que les celebren una gracia, a Lola que sollozaba abrazada a la guitarra de Carmelita. El exceso de alcohol comenzó a ahogarlos. Amontonaron los pedazos de cadáver en la única frazada del lecho, hicieron un bulto y salieron al patio... El jefe se acercó al pozo que daba al canal San Carlos y tambaleándose arrojó los restos hacia la corriente del fondo.

–Adiós, amiguitas. Más tarde nos veremos...

Sonrió, pensó un segundo, miró hacia el pedazo cuadrado de cielo que coronaba como un sombrero sucio la chimenea rectangular llena de ventanas donde asomaban vecinos con indiferencia de fieras nocturnas, y dijo:

–¡No dejemos para más tarde lo que se puede hacer hoy! ¡El que sea valiente que me siga!

Dando un salto de muñeco descoyuntado se arrojó al pozo.

Uno de sus compañeros gritó, riendo: –¡No seré yo el que diga de esta agua no beberé!

Y también brincó hacia la muerte. Ladrando con júbilo desesperado se lanzaron los otros cuatro. Los habitantes de la Manzana de Altos, a cada zambullida, aplaudieron con desgano. Vino el silencio, se metió por debajo de la puerta blanca y, como un jarabe espeso, fue llenando el cuarto ensangrentado. Parecía que toda la calma del Universo se concentrase allí. Lola, sin comprender por qué la habían dejado viva, enhebró una aguja que encontró en un pequeño costurero, remendó sus ropas destrozadas, se peinó, guardó la guitarra de la anciana en su estuche de percal florido y abrazada a ella, cojeando, recorrió el laberinto de pasadizos y escaleras cortas tratando de encontrar la salida. Nadie le habló. A veces se abría una puerta y un índice estirado le indicaba hacia dónde ir. Al cabo de una eternidad se encontró en la calle, sabiendo que en un par de meses más tendría que abortar y que los ovarios se

le infectarían y que después de una fiebre casi mortal se los tendrían que amputar y que nunca en su vida conocería el orgasmo. Pero nada de eso le parecía terrible porque con la guitarra santa que llevaba en las manos podría captar millares y millares de ángeles en forma de canciones.

Lo que en ese año cabrón le sucedió a Fanny fue muy diferente. Ella no tenía talento de víctima. Por sobre todo admiraba a los verdugos, considerando como tales a las campeonas. Al enterar dieciséis abriles se consideró diplomada: la puta enana, Rubí de La Calle, no tenía nada más que enseñarle. Para maestra, su cuerpo. El pelo rojo le caía hasta la cintura como un borbotón de sangre, las piernas rollizas pero largas marchaban con elegancia de jirafa, sus labios morrudos parecían dos pirañas dormidas, su pubis feraz lanzaba hebras tan duras que atravesaban como pequeñas llamas la tela de sus vestidos, cada teta de tan llena parecía contener un feto, y el culo salido, gordo, alegre, aromático, con su raya profunda le daba envidia a todos los templos... Así tallada, se sentía capaz de arrastrar por los bigotes a cualquier macho pudiente. La única flaqueza que le quedaba era su virginidad. Considerando peligroso dársela a un hombre, aquello podría crearle una amarra sentimental, decidió partirse el himen ella misma. Para quitarle sacralidad al acto, eligió como amante a una silla. La volteó, le engrasó una pata y, encuclillada sobre ella, absorbió el pedazo de madera mientras terminaba de comerse una empanada... Ya estaba lista... Ahora, para mover el mundo, necesitaba un punto de apoyo... Una intuición extraña, tan extraña que ella misma, a pesar de obedecerla, la encontró demente, le ordenó buscar ese punto en las afueras de la ciudad, junto a la carretera que iba a Valparaíso. Caminó hasta el kilómetro diez y encontró una gasolinera roñosa, con gallinas ciegas revolcándose en el piso de cemento, lleno de grasa negra. El garajista, un ser ancho, indefinido, con una calva en forma de tonsura y las manos llenas de dedos grandes como plátanos, al ver a Fanny y oírla decir «Si usted no se opone, seré su amante un corto tiempo. Lo único que le pido es un plato de comida, una cama, que se bañe antes de acostarse conmigo y que me deje servir la gasolina. No necesito sueldo», cayó de rodillas, chapoteó de vientre en la gelatina aceitosa, le besó los pies y corrió

a prender una vela ante la Virgen María que reinaba en un nicho entre cortinas de satén verde con lunares de moscas... ¿Fanny confiaba en la voluntad del Destino o lo obligaba a actuar como ella lo quería? Imposible de explicar. Si era absurdo ir a sumergirse en una cloaca para llegar a las cúspides sociales, quizás por eso, porque la realidad no es lógica, le resultó: al cabo de tres semanas de paciente espera se detuvo allí el lujoso automóvil de un ministro del Gobierno. Mi tía observó al hombre, un hijo de catalanes, cincuentón, con pecho en proa de barco, cejas unidas en el ceño, dientes caballunos y piernas cortas de conquistador ladrón. Vio en su piel reseca la ausencia melancólica del placer, y en las ventanillas irritadas de su nariz, el amor substituido por la cocaína... Cuando el chofer, morenito orgulloso de su traje gris con gorra y guantes, le dio la propina, ella le echó un largo soplo en la cara, lo suficientemente cálido como para embriagarlo:

–Páseme a buscar esta noche, en cuanto lo dejen libre. Tengo ganas de ir a bailar...

La orden fue obedecida. Apenas comenzó a oscurecer llegó el automóvil, guiñó los faros y dio tres bocinazos. Fanny, con su traje blanco impecable, sus altos zapatos rojos de tacones agudos y su melena exaltada por la brillantina, dio una palmadita de adiós en el sexo del garajista, se sentó al lado del chofer, pegó los labios a su boca y le absorbió la lengua entera. El moreno, asustado, creyó que la vigorosa chupada se la iba a arrancar de cuajo, pero en un arranque de hombría, el deseo le carcomía el cerebro como un ácido, se descontrajo y entregó, casi asfixiándose, su áspero apéndice. Por esa hembra era capaz de sacrificar hasta el habla. Ella lo soltó, le dijo que partiera y, mientras se acercaban a Santiago, inclinada entre la palanca de cambios y las piernas, hizo tal faena que Ceferino se salió del camino, dio un frenazo tardío y se encontró eyaculando con una vaca agonizante bajo las ruedas.

Así Fanny comenzó su ascensión. Nunca le mintió a nadie. A cada uno le advirtió que ella era un regalo por poco tiempo. De Ceferino pasó al portero del Ministerio, del portero al recadero, de éste a un ayudante del subsecretario, de allí al sub y del sub al secretario, después al guardaespaldas jefe, al consejero principal y, por fin, fue recibida por don Manuel Garrázabal, el Ministro. Todo esto en menos de catorce semanas. El funcionario ceñudo la miró

por encima de la foto de una esposa, beata vanidosa, y un par de retoños, tiranos creciendo para cínicos. Carraspeó. Prendió un cigarrillo y se lo ofreció a Fanny. Mi tía descruzó las piernas, subió su falda, no traía calzones, e introdujo el cigarrillo en su pequeño sexo de labios rosados. Así, con los muslos abiertos, mostró que por ahí sabía fumar, exhalando espesas volutas de humo. Mientras tanto, como si ese acto de circo fuera la cosa más natural del mundo, le propuso al funcionario una relación galante a cambio de una casa espaciosa donde ella pudiera realizar sus negocios, es decir, instalar un prostíbulo de lujo. El hombre se volvió loco. Con entusiasmo febril, cayó arrodillado entre esas piernas de alabastro y dio un beso en forma tan precipitada que se tragó el cigarrillo. Después de una media docena de asaltos rápidos y nerviosos, consintió en todo, pero bajo juramento de una completa fidelidad. Fanny, que dijo llamarse Princesa Rahula, dando como prueba de su sangre azul el lunar negro que llevaba pintado en la frente, aceptó al matón que le pusieron de perro guardián para que en las noches, pistolón al cinto, durmiera tirado debajo de su cama. Ese sacrificio valía la pena... Creó un lupanar decente que tuvo un éxito sublime. Sus ideas eran originales. En lugar de exigir una mansión en un barrio encopetado, que terminaría por producir escándalos entre los vecinos pechoños, pidió que le dieran todas las casitas de un pasaje situado en la desprestigiada calle Bulnes, siempre llena de atroces patinadoras. Los que se aventuraban por allí salían con las solapas destrozadas a causa de los tirones ávidos con que las mujeres, feas, ebrias, descuajeringadas, trataban de seducirlos. Arregló su propiedad hasta convertirla en un motel de lujo. Por el estricto portón de acero y bronce sólo podían pasar clientes con automóvil y chofer. Políticos, grandes comerciantes, hombres famosos, aristócratas. A cada cual se le ofrecía un apartamento completo, provisto de salón, bar, dormitorio, cocina, baño y un garaje que comunicaba con el interior. Así, ningún curioso veía al cliente bajarse del vehículo y la discreción era absoluta.

Mi tía tenía sus ideas sobre la sexualidad masculina: un hombre que contrata a una ramera, muy en el fondo, no anda pidiendo sexo sino ternura. Más que una mujer, quiere comprar una confesora... Recorrió Santiago entero buscando veinte mujeres expertas, entre cincuenta y cincuenta y cinco años. Escogió si no las más bellas –

tantos años de patiperreo, trago, abortos y chulos las habían estragado–, por lo menos las más dignas. Les dio trajes de aspecto severo, peinados de señora y maquillajes discretos. Les enseñó a hablar con delicadeza y a borrar de sus rostros la lascivia para ajustarse una expresión de madres tiernas.

–Sexualmente ustedes lo saben todo, pero de caricias maternales, nada. Aprendan a tocar a los clientes como si fueran sus propios nenes. Al comienzo, durante el primer contacto, si les caen antipáticas (ellos quizás guardan un rencor profundo contra la autora de sus días por un mal parto o una falta de leche y cuidados, que sé yo, un pedido insatisfecho), no importa: acérquense para que las rechacen. Entonces amen esas manos enemigas y comiencen su masaje por ellas. Lo primero que deben respetar son las defensas. Y como si fueran una Virgen María, milímetro por milímetro, acaricien hasta el corazón, con delicadeza extrema y atención total, disolviendo las mínimas contracciones, un músculo después del otro, dando apoyo seguro a cada área, para que nunca el cliente tenga la impresión de que descuidan una parte suya por mínima que sea. Para masajear así deben respirar regularmente, con calma absoluta, reverenciar, ser un receptáculo vacío sin nada que pedir ni nada que imponer, un simple refugio, no un invasor, una infinita y eterna compañía, discretas, prestas a hacerse invisibles al menor movimiento de rechazo. Si se rinden con amor, es Dios quien tocará al otro a través de ustedes. Si no le dan sus manos a Dios ellas no pueden tocar verdaderamente. Si la madre no es divina, no es madre...

Esas mujeres así preparadas sabían usar voces dulces, bañar a los políticos cantándoles canciones de cuna, espolvorearlos con talco, tomarlos en brazos, apretarles una oreja entre sus pechos y sostenerlos así durante horas sumergidos en el ritmo del corazón, para al final, cuando estaban tendidos de espaldas en la cama, sin ninguna defensa, acariciarles el sexo de una manera tan vigorosa, desde el escroto hasta el glande, que salían del sopor mental convertidos en dragones. Poseer a esas viejas que en cuatro patas daban quejidos obscenos y pronunciaban frases de una lascivia diabólica los conducía a un placer procaz rayano en la locura. Aceptaban entonces el látigo que la tentadora sacaba de debajo de la almohada cuando los sentía llegar al orgasmo y lanzaban la

descarga final bajo una lluvia de golpes. Pagaban después considerables sumas de dinero... Era tal el éxito que los clientes debían inscribirse con dos meses de anticipación para obtener un encuentro. Cuando se trataba de una juerga entre varios, Fanny ofrecía el apartamento del fondo, tres veces más grande que los otros, decorado estilo francés. Ahítos de champaña, coca y mujeres, pedían la excentricidad de la casa, como un desafío, para probarse que eran machos. Mi tía traía del patio a los tres ñandúes argentinos. Los caballeros, de pie sobre un taburete, entre risotadas y muecas viciosas, poseían a esas especies de avestruz.

La princesa Rahula tenía que vivir en un ambiente digno de su categoría. Hizo decorar sus aposentos al estilo maharajá: cortinajes brillantes, columnas naciendo de gruesos lotos, cojines inmensos, Budas, Ganeshas, Shivas, ofrendas de arroz con leche, velas en lugar de luz eléctrica e incienso hediendo a pachulí. Se vestía con turbante, chaleco largo sin mangas, pantalones bombachos y zapatillas encorvadas, todo en raso, tela de oro y seda transparente. El Ministro, además, la había cubierto de joyas en pago de su absoluta fidelidad... Fanny estaba dando pasos discretos para ser presentada al Presidente de la República cuando cesaron sus reglas. Parir un hijo a los 17 años no la inquietó mucho. Su protector le triplicó el sueldo porque los senos prometiendo leche y el vientre abultado la hicieron más atractiva aún.

Fanny descubrió que podía meditar entrecruzando sus piernas como sus Budas. En esa posición, una madrugada, descansando después de haber anotado escrupulosamente las ganancias y los gastos de la jornada, escuchó el mensaje telepático del feto:

–¿Me recuerdas? La última vez que nos vimos fue en Rusia y eras una niña. Yo me presenté como un domador de cobras. Te dije que en una vida anterior, donde había sido tu padre, un rey, tú te llamabas...

–¡Rahula! Es cierto... Ahora me doy cuenta de que nunca te olvidé.

–Nuestra historia es larga. En vidas más remotas aún, tú también has sido mi padre, mi madre, mi hermano y mi hermana, mi mujer, mi amante, mi maestro. Hemos pasado casi por todas las formas de la realización del amor. Ya no tenemos nada más que hacer en este mundo. En la próxima transformación seremos una misma entidad;

nuestras almas, por fin amalgamadas, ayudarán a la gestación de un nuevo universo, más consciente que éste. Lo único que me falta ser para ti es un hijo muerto al nacer, presente en tu espíritu todos los días que te queden por vivir. Será el amor mayor, el de la madre frustrada con los senos goteando leche sin boca preciosa que los mame, con las manos como cuencas de ciego sosteniendo un cuerpo ausente, tronco envejecido sin ver crecer las ramas, corazón llorando a un hijo sin nombre, sin cuerpo, sin edad, sin presencia, pura promesa, semilla nunca abierta, mudo camino donde nunca resonarán pasos conocidos y queridos. Ese gran dolor es el que nos unirá definitivamente. Después... la felicidad de no tener límites de carne y el éxtasis de la transparencia. Por habernos sido fieles tantos siglos mereceremos ser arquitectos de nuevos mundos.

Desde ese día, todos los amaneceres, el feto le repitió las mismas palabras y ella cada vez las escuchó con la misma emoción, como si fueran nuevas. Cesó de fumar opio para ver si ese mensaje era una alucinación auditiva producida por la droga. Nada cambió. El espíritu le habló los nueve meses. En marzo de 1919, el viento trajo por la ventana una hoja seca que cayó en su regazo. Llamó de urgencia a la ambulancia. El parto fue normal, fácil. Salió un hermoso niño, con los ojos abiertos, color verde esmeralda. Cuando se lo colocaron sobre su pecho, éste sonrió, fijó sus pupilas penetrantes en las suyas, respiró profundo, entrecruzó las piernas, juntó las manos en actitud de rezo y murió. Apareció un punto negro en su frente que, como aceite derramado, se fue extendiendo rápidamente, hasta ocupar la cara, la cabeza, el cuello y, por fin, el resto del cuerpo. La carne se le fosilizó. Fanny salió de la clínica llevando en sus brazos un pequeño Buda de ébano. A pesar de que su destino le había sido revelado, un dolor animal le invadió las células, se le clavó como daga calentada al rojo, le rodeó el alma con un corsé de espinas, le amputó la ambición de hacerse Reina de Chile... Volvió al solapado lupanar, colocó al ídolo junto a la cabecera de su cama, pasó sus horas libres orando frente a él, se entregó al Ministro imitando orgasmos torrenciales para convencerlo de que le construyera una tumba secreta en el cerro San Cristóbal, y una mañana, en noviembre del mismo año, descendió los escalones de mármol de la bóveda recién terminada, se metió en el ataúd de bronce con su hijo petrificado en los brazos,

cerró la tapa y abandonó para siempre este plano de la existencia... Don Manuel Garrázabal, dos días después, fue asesinado por unos desconocidos, esbirros quizás del que sería su sucesor. Es posible que los accidentes, enfermedades y atentados sean formas ocultas de suicidio. Como el político había utilizado presos, que él mismo después se encargó de mandar a asesinar en la cárcel, nadie se enteró nunca de la existencia del mausoleo subterráneo. Para su madre y sus hermanos, Fanny desapareció sin dejar huellas. Las prostitutas afirmaban que había huido a la India para internarse en un monasterio situado en una isla que tenía la forma de la sílaba sánscrita AUM... o que había sido raptada por un rajá que la mantenía prisionera en el harén de su palacio de Mysore, alimentándola sólo con salchichones franceses al ajo y champaña rosado.

Para Benjamín también ese tiempo fue nefasto. Tenía 18 años y conforme a sus deseos infantiles no poseía ningún pelo en el cuerpo, ni en la cabeza ni en la cara ni en las axilas ni en el pubis: liso como una muñeca de carey. Siempre asqueado de su parte animal, hubiera querido también no tener dientes ni uñas y ser traslúcido como una medusa, pero no lo obtuvo. Las uñas le crecieron duras y largas con anchas medialunas; los dientes blanquísimos, bien enraizados en unas encías rosadas, a pesar de que nunca quería lavarlos, parecían decididos a resistir un siglo los ataques de las bacterias, y el cutis, suave como de hembra, le brillaba con un color carne tan natural que parecía artificial. Para disimular un poco esas uñas hijas de garra, las cubría con una capa de barniz del mismo color que la piel de sus dedos. Era tan alambicada su forma de hablar y tan exquisitos sus gestos, que ningún joven tuvo ganas de entablar con él una amistad. Aparte de cenar cada noche con su madre y dormir con ella en la misma cama (aprovechando que la señora dormía como tronco le daba apasionados chupeteos en los senos), no conocía a nadie. Trabajaba sonámbulo en la librería «Rubén Darío» deseando una sola cosa: ser poeta. ¿Cómo le nació esa vocación? Benjamín se lo explicó con gran entusiasmo a la primera persona que le hizo el honor de aceptarlo como camarada, el Pajarito Baquedano (un muchacho tipógrafo, de cuerpo filiforme, con ojos negros de gitano español, legado de su padre, un

inmigrante que no quiso trabajar un solo día y que, abusando de una gracia para cantar, de una silueta de garza y un miembro más robusto que el del común de los mortales, vivió a costillas de su madre, una lavandera sufrida y trabajadora).

–Explícame, Benjamín, ¿qué te decidió a escribir poemas? –Oh, el vacío, dominio donde la luz suplanta a las formas, apareció en mi corazón, que se puso a imitar una abertura en el cielo. La vida hinchó y remeció las líneas: la ilusión le ganó a la regla. Tuve que rehacer la realidad según otras combinaciones. Lo conocido no fue más que un preámbulo a la imaginación de lo desconocido. Mis impulsiones brutas saltaron más allá del pensamiento, dándole voz al Arte entre el silencio contrahecho del mundo, y mi templo fue arrastrado por los elementos enardecidos.

–Ah, bueno. Te comprendo. ¿Cuál es tu meta? –Todavía un paso más y seré un espejismo de las formas en potencia, descubriendo otra aurora, al fin de esta noche donde los hombres-niños vagan ignorando a sus hermanos, en una ausencia falsa que los corroe progresivamente.

–Muy claro... ¿Qué ves?

–Más lejos que la muerte, de la que palpo el simulacro, entreveo, derribado por el éxtasis, una eterna realidad. Sólo queda, en el mundo vacío, el palpitar de nuestras dos almas...

Al responder como en trance esta última frase, que emergió de lo más profundo de su abismo, Benjamín se mordió los labios porque se dio cuenta de que le estaba haciendo a su primer amigo una declaración de amor... El Pajarito Baquedano, sutil como era, pescó la insinuación al vuelo. Sonrió socarrón pero no la rechazó. Para solitarios, él. Desde la cuna había sido rechazado por todos, a pesar de ser un bebé bello, simpático, inteligente. Nació con un solo defecto, pero grande: hediondo. Llego al planeta con un misterioso desorden glandular, secretando un hedor tan espantoso que ni su misma madre quiso acercarse a meterle los pezones en la boca. La fetidez ácida, amarga, picante y además pegajosa, porque impregnaba lo que su piel tocara, ropas, libros, comida, muebles, familiares, era insoportable. Al cabo de unos minutos atravesaba el pañuelo que cubría las narices de quien le pasara la mamadera o le cambiara los pañales, provocándole arcadas y vómitos. Creció aislado, los que estaban obligados a verlo no osaban acercársele

más allá de tres metros, sin amigos, ni caricias, ni juegos. (Sólo se le permitió ser portero en los partidos de fútbol, pero obligándolo a tomar la pelota con gruesos guantes de goma.) Nunca hubiera encontrado trabajo si no fuera por un socialista que, aplicando con asco sus teorías humanitarias, le enseñó, de lejos, a servirse de la máquina fundidora de letras de plomo y lo convirtió en tipógrafo. El lunes, único día de descanso, a falta de mujeres, iba a visitar las librerías. Como los clientes y vendedores retrocedían al olerlo, impunemente se metía en el bolsillo los libros que le gustaban, y si no lo hacía, el librero corría detrás de él para rogarle que no volviera y que de paso se llevara ese «regalo de la casa», tan hediondo quedaba el papel después que sus manos lo hubieran sostenido.

La primera persona que no reculó ante su presencia fue Benjamín. El calvo lo miró con sus ojos de ángel, le sonrió cálidamente, lo invitó a revisar una colección de poetas traducidos del francés y sostuvo una larga conversación con él, invitándolo a almorzar al día siguiente en su hora de descanso... En realidad mi tío, por su deseo inmenso de eliminar rasgos animales, se alimentaba únicamente de arroz y frutas secas, viviendo con la nariz anestesiada. El olfato no le hacía falta. Según él, era un sentido bueno para los perros o los gatos, nada más.

El almuerzo no comenzó bien porque el dueño del restaurante, entre venias y sonrisas, tapándose la nariz con una servilleta empapada en alcohol de menta, les rogó que se fueran de inmediato, esperando que tuvieran la bondad de nunca jamás regresar... El Pajarito Baquedano, pálido, salió a la calle, agarró sobre la marcha un tranvía y quiso perderse en la ciudad. Benjamín, enloquecido, corrió, persiguiéndolo por entre los rieles, unos doscientos metros, hasta que agotado cayó de rodillas tocando con su frente sin cejas los indiferentes adoquines. Cuatro cuadras más allá, expulsaron al Pajarito y el tranvía continuó su recorrido con todas las ventanas abiertas, a pesar de que hacía frío... Benjamín compró dos manzanas, un paquete de obleas con manjar blanco y una botella de vino. Feliz, invitó al tipógrafo a un picnic en el basural que estaba junto al río Mapocho. Allí, entre esa pestilencia, inexistente para ellos, pero que alejaba a los paseantes, podrían desarrollar su amistad. Mi tío, buscando un lenguaje que fuera

digno de la belleza de su amigo, se dedicó a sacarlo de la depresión:

–Todo aquello por lo cual luchaste y te pareció derrota, un limo de hojas secas, emociones densas, planes que chocaron contra muros y, más aún, pesadillas, deseos sofocados por una altísima vergüenza, ahora brota convertido en tierra fértil, como un fuego de tan vivo verde... Viene de abajo, de la clara raíz del sexo, que se nutre del gran carbón oculto, y su crecimiento, si no te opones, si aprendes el lenguaje de lo que es pura fuerza consciente, y le das la ceguera como meta, te arrastrará hacia aquello que creíste desear tú, pero que en el fondo era el anhelo de la Vida buscándose a sí misma...

El Pajarito Baquedano, sin darse cuenta, emborrachado por esas palabras y el vino, se comió las dos manzanas y las obleas. Benjamín se puso lírico:

–Abre las puertas, hacia el sur, el norte, a derecha, izquierda, sí, ábrete como una flor, desde el centro, extendiendo tus invisibles pétalos. Hazte una rueda de manos que dan, bendicen y reciben. Conviértete en un largo puente por donde transiten las energías impensables, aquello que es imposible definir, pero que sientes; esa inmensidad lejana que te cala los huesos. Que la tierra entera venga a ti para que la impulses hacia el cielo. Que los espacios sin fondo vengan a ti para que los sumerjas en la tierra. Hazte punto donde se crucen todos los caminos...

Un perrito vagabundo se agarró con las patas delanteras de una pantorrilla de Benjamín y comenzó a fornicársela. El poeta no quiso darse por enterado de tal bajeza y, sin dignarse espantarlo, lo dejó en los rápidos vaivenes, continuando su encendida perorata:

–El ángel de carne, el ángel convertido en tierra, ahí, dentro de la calavera oscura, puro desde el comienzo de los tiempos, acumulando la energía virgen, él, con su voz de trompa cósmica, te habla cantando desde la flor del instante. Su vientre, como un horno más caliente que mil lunas, lanza lenguas de fuego frío que disuelven las fronteras de nuestros dos idiomas. Tu cuerpo nadando en su propia alma, gracias a esa gracia, siempre tendrá algo nuevo que ofrendarme. ¡Abre la boca para que entre el cataclismo!

En ese momento, quizás hipnotizado por la última frase, el Pajarito Baquedano apartó de una patada al can y le dio un beso en la boca a mi tío Benjamín... Un beso que duró por lo menos cinco

minutos... Cuando separaron los labios, no supieron qué hacer. El poeta se quedó con la musa atravesada en la garganta. Estuvieron mirándose a los ojos como si un cerro les hubiera caído sobre la cabeza. El primero que habló fue el tipógrafo:

–No tengamos vergüenza. El sufrimiento mayor es el de sentirse separado. Aceptemos la libertad de atarnos a los que amamos. Lo que demos, nos lo daremos. Estamos recordando la existencia de los puentes, porque todo lo que parecía cortado estuvo unido desde la eternidad. Sumerjámonos en nuestros sueños y encontremos el camino sin límites...

Mi tío se quedó con la boca abierta, en admiración beata. ¡El Pajarito también era poeta! Volvieron a besarse... Benjamín tuvo ganas de danzar. Correteó un poco entre las basuras pero volvió perseguido por una rata furiosa. El Pajarito la aplastó de un ladrillazo. Sintiéndose protegido, Benjamín soñó en voz alta:

–Hagamos como el poeta Augusto D'Halmar e imitemos a Tolstoi, Gorki, Zola, Maupassant, yéndonos a vivir en los territorios vírgenes del sur de Chile, para plantar rosas, árboles frutales y enseñarles la literatura a los campesinos...

–Mira, pelado (permíteme que te llame cariñosamente así), es mi deber recordarte que cuando D'Halmar, sólo provisto de un sombrero alón negro y una capa española, llegó a Concepción buscando Arauco, no encontró ni qué comer ni dónde dormir, se perdió en el campo y casi fue violado por un grupo de huasos borrachos... Volvió rápido a la capital y en sus alrededores fundó con tres colegas una colonia agraria que fracasó porque sembraron fuera de tiempo, los vecinos les robaron el agua y se les escaparon los bueyes.

–De acuerdo, Pajarito... Pero podemos salvarnos del mundo materialista viviendo como el «Grupo de los Diez» en una torre frente al mar.

–Lo lamento, pelado: esos escritores se helaron en invierno porque la torre tenía ventanas sin vidrios. Luego se les llenó de murciélagos y, por fin, unos erizos (querían vivir sólo de la pesca para no explotar al pueblo) que despegaron de las rocas junto a la playa (ninguno sabía bucear) les dieron tal urticaria que fueron a parar todos al hospital, llenos de ronchas e hinchados, con cara de chinos.

–¿Por qué te llamas «Pajarito» si le pones tantas dificultades al vuelo? ¿Será porque tu apellido Baquedano termina en un no? ¡Cámbialo por un sí!

–¿Baquedasi? Soy chileno, no italiano... Bueno, dejémonos de rodeos. Lo que queremos es dormir juntos... En la imprenta me han prestado un cuarto ubicado, por razones obvias, en la terraza, donde nadie sube. No es una torre pero está igual de aislado, y de su ventana no se ve el mar, pero en el edificio de enfrente hay un restaurante de mariscos todo pintado en azul.

¿Vamos?

Benjamín, con la voz quebrada, respondió en octosílabos: «Como barcas transparentes... naveguemos inmortales... por el río de la muerte», y bajó los ojos, ruborizado, para de inmediato levantarlos porque se toparon con un bulto indiscreto que crecía en la bragueta de su amigo. Caminaron por la orilla del afluente, tomados de la mano. A Benjamín se le llenaba la mente de palabras pero no se atrevía a decirlas («Sólo quiero respirar el aire que sale de tu boca, besarte con diez mil labios, envolverte el cuerpo con mi baba de muerto renacido, pasarte la lengua entre los sesos con sed de perro árabe, elevarte sobre el pedestal de la Diosa. También quiero que tú me asesines a besos, como quien entra en la oscuridad de un templo milenario en busca del sapo luminoso para cocinarlo clavado en una cruz. Que me atravieses rodeado de un aura negra para que nada más transcurra y todo se haga eterno»). Esta mezcla de lirismo agudo y volcánicos deseos le provocó un curioso sentimiento donde la felicidad cabalgaba sobre la angustia. La pugna se le transformó en hambre canina. Cuando llegaron ante la escalera de escape, no se atrevió a subir y le propuso a su amigo que entraran al restaurante marino.

–¿Qué dices? Yo estoy quebrado. Además tú eres vegetariano.

–No te preocupes. Tengo la paga de la semana. Debería ir al mercado a hacer las compras para mi mamá, pero nuestro encuentro merece ser celebrado. Nos daremos un banquete.

–¿Y después qué comerá la señora?

–Un menú de loro: plátanos con arroz durante siete días. Le hará bien porque se está poniendo muy gorda.

–¡Entonces, venga la comilona!

Benjamín entró primero y pidió una mesa aislada, en el fondo

del jardín. El Pajarito Baquedano entró después, atravesó al trote el salón para dejar el mínimo de olor y, eufórico, se sentó pidiendo a grandes voces, con aire de conde, dos botellas de chicha y la lista de platos. Eligieron pejerreyes fritos, sopa de choros, congrio con tomate, charquicán de algas, jaibas rellenas, causeo de lapas y un chupín de locos. Como postre, dos litros más de chicha y sopaipillas en almíbar. Alternando hilaridad y gravedad, devoraron todo, saciando el hambre y la tristeza de muchos años. Antes de emprender la salida, Benjamín, con gestos de príncipe oriental, vació el sobre del sueldo en la mano del mozo.

–Guárdelo todo. Lo que reste, es su propina. El viejo servidor, después de contar el dinero, corrió detrás de ellos: faltaban ochenta centavos para saldar la cuenta. El tipógrafo escarbó en sus bolsillos pero sólo encontró un molde de plomo con la palabra «Esperanza». Benjamín, por suerte, descubrió un peso, extraviado en la bastilla de su pantalón.

–Quédese con los veinte centavos que sobran. No tienen gran valor monetario pero sí, en caso de aceptar que quien se los da es un futuro poeta célebre, un importante valor histórico.

Llegaron atacados de la risa ante la «escalera de escape», que no era una escalera, sino una línea de barras oxidadas, mal embutidas en el muro. Había que trepar cuatro pisos, agarrándose como un piojo de esos precarios escalones, para no ir a estrellarse en la vereda. El Pajarito, acostumbrado a arriesgar su pellejo, trepando y bajando por allí cuando menos una vez al día, le propuso a mi tío que subiera adelante, así él, más abajo, con una mano, le daría seguridad empujándole las nalgas. Confesando que padecía de vértigos, aceptó la poco digna ayuda y comenzó a trepar. Esa mano caliente en sus posaderas le produjo una inquietud tan poco espiritual que de una sacudida de cabeza obligó a su espíritu a sumergirse en un monólogo interior:

–(Esto de tener la mitad de un alma es cosa seria. Uno avanza por el río de ilusiones con sed de algo enorme que no es más que el otro trozo de la lira. Y esa sed, interpretada como soledad, es saciedad... Porque una parte y la otra, por muy lejos que se encuentren, nunca han cesado de estar, desde el comienzo de la Historia, unidas. Sí, amado, parece que hemos andado juntos siempre. Pero una cosa es quererlo, imaginarlo y otra encontrarlo.

¡Qué cataclismo, qué placer, qué desazón, qué duda y también qué maravillosa eclosión del entusiasmo! Tus jardines paradisíacos brotando en mi tierra que, antes de ti, parecía desierta. Tus caricias dolorosas que llenan mi... mi espalda de felicidad. Y este deseo vergonzoso de que escupas en mis nueve puertas. Me parece que en el sueño en que he vivido eres tú la primera realidad. A ratos lo creo, otros no. ¡Qué importa! Nuestro amor será tan largo como la lengua de Dios.) Por fin llegaron a la terraza. En un rincón se agazapaba una pieza pequeña pintada a la cal, con una puerta delgada y un ventanuco por el que no hubiera podido deslizarse un gato. Benjamín, antes de entrar, se puso tenso: había vislumbrado una cama. Se frotó el pecho tratando de calmar los latidos caóticos de su corazón. Baquedano exclamó: «¡Si queremos fabricar un collar debemos pasar por el hilo la primera cuenta!», y de un empujón lo obligó a entrar. Como el cuarto era oscuro, el tipógrafo quiso prender una vela. Benjamín sopló el cerillo. Convirtiendo la penumbra en cómplice, cayeron abrazados en el lecho. Mi tío, al borde del síncope, se dejó desvestir por las manos ávidas de su amigo.

–¡No tienes un vello en el cuerpo! Tu piel es como la de esas mujeres que no se quieren acercar a mí...

–Amigo, no pensemos en la carne sino en el espíritu. Unamos las voces, dejemos que nuestras frases se acaricien hasta que se llenen de palabras en llamas. Seamos el uno para el otro el espejo perfecto de...

El Pajarito Baquedano, ensordecido, lo interrumpió dando rienda suelta a sus deseos contenidos tanto tiempo. Volteó a mi tío y torpemente, no tenía ninguna experiencia, lo penetró con su sexo dilatado, a punto de estallar. Ese contacto rudo cortó el aliento del poeta, le borró el lenguaje y lo puso a boquear como pez fuera del agua... tuvo un resto de lirismo para compararse a una galaxia emplumada y luego se entregó a la energía de su amigo convertido en fiera... lo recibió hasta el fondo... voló por arriba de un océano dorado... atravesó selvas de árboles petrificados que, entre crujidos atronadores, iban produciendo ramas verdes... subió hacia un espacio cuajado de estrellas lejanas... se fue, se fue, se fue... y de pronto cayó, vertiginosamente, a través de atmósferas cada vez más densas, azufradas, podridas, para encarnarse otra vez... El goce

animal, hasta ahora siempre rechazado, le inundó la carne como una marejada, dando vida a lo que parecía yerto: recuperó el olfato. Lo asaltó el hedor abominable de su amante, atroz, nauseabundo... Sin darse cuenta de ese cambio, el Pajarito Baquedano galopaba con tremendo vigor, lanzándole escupos, lo contrario de perfumados, en la nuca... El poeta retuvo unas arcadas, luego le dolió el estómago y después, con rapidez vertiginosa, le vino la más grande de las diarreas.

Un chorro de agua caliente y fétida bañó el vientre del tipógrafo que saltó hacia atrás para recibir en la cara otro incontenible chorro. Los litros de chicha, más las sopas y los mariscos, amén de otras materias y jugos fecales, tiñeron de café la cama, el piso, las paredes. Hasta el techo fue salpicado... Cuando cesó esa tormenta, los dos amantes, cagados de pies a cabeza, se miraron consternados. El Pajarito Baquedano, adoptando un tono de hombre de mundo, quiso decir algo, pero Benjamín, dando gemidos, corrió por la azotea en busca de una letrina inexistente. Un nuevo ataque había comenzado. Pasó varias horas sentado en un balde, hasta que sus tripas se vaciaron y también su corazón. Se lavó como pudo en una batea de agua roñosa, se vistió, descendió rápidamente la escalera vertical y caminó hacia su apartamento seguido por una jauría de perros vagos que lo husmeaban moviendo la cola. Tomó una ducha jabonándose siete veces seguidas y nunca más volvió a ver a su amigo. Tampoco quiso conocer a otros hombres. Abandonó la poesía y, aparte de cuidar a su madre y vender libros, se puso a esperar una bendita enfermedad que lo sacara del mundo. Llegó a tal apatía que incluso el final absurdo de su primer y último amigo lo dejó indiferente:

Cedió un peldaño y el Pajarito Baquedano se cayó de la escalera golpeándose la cabeza. Como se desmayó, lo llevaron a la Cruz Roja. Un enfermero de guardia, que no estaba enterado, al verlo tendido en la camilla, por el olor creyó que era un cadáver en avanzado estado de descomposición y lo metió en un nicho frigorífico. Allí, encerrado, el tipógrafo murió por congelación.

También a Jaime, en 1919, se le produjo una quebrazón de esquemas tal, que se vio lanzado hacia caminos nebulosos sin saber con precisión por qué los recorría. El Caballo González había hecho

de él un buen boxeador, pero no fue la técnica aprendida ni tampoco la fuerza desarrollada rompiendo cráneos a puñetazos la que le dio el triunfo por *knockout* en las setenta y cinco peleas en las que participó: fue la rabia... Todos sus contendores, los chilenos, tenían raíces, abuelos, patria. Por su sangre circulaban bebidas bien amadas y platos cocinados con nostalgia. Hablaban de «mi» tierra, «mi» cordillera, «mi» mar. Se sentían dueños del aire que respiraban y estaban convencidos de que el suelo amaba la caricia de sus pasos. Mientras que él, «Jaime el Ruso», feroz campeón venido de las estepas, criado por los osos y las águilas bicéfalas, llamado también «El Rompehuesos» o «El Asesino del Ring» o «El Gringo Maldito», no tenía quién de buena gana le otorgara un gramo de ternura. ¿Su padre? Un santo ahogado en el resplandor de la bondad. ¿Su madre? Una loca renegada con unas manos tan llenas de odio que en lugar de acariciar, quemaban. ¿Sus hermanas y hermano? Emigrantes mártires del Reino del Nunca Jamás, con el alma enfundada en un traje de buzo al que no le enviaban oxígeno, islas sin puentes, relacionándose a chancacazos, como bolas de billar... La furia de no pertenecer le hacía dar golpes descomunales, verdaderos «¡Aquí estoy!» que partían costillas: ansias de entrar en el país rompiendo el cuerpo de sus aborígenes, conquistando por la destrucción el reconocimiento. Le encantaba desafiar al público. Cuando los favoritos caían con las mandíbulas quebradas o con los riñones y el hígado reventados o fuera de combate al borde de la muerte, recibía la rechifla sosteniéndose los testículos con un guante mientras que con el otro hacía gestos de falo penetrándolos. Ese odio era su alimento. Aparte del dinero, peleaba no por el placer de ganar, sino para exacerbar el rechazo y convertirlo en patria. Ser un héroe negativo era mil veces mejor que vivir anónimo y separado. Los encuentros ilegales, que siempre venían después de una pelea de perros, eran más sanguinarios que el de las bestias. No había asaltos y los contendores golpeaban sin descanso hasta que uno se desmoronaba. El lugar de la lucha era improvisado en cantinas, mataderos, garajes, terrenos baldíos. Las apuestas altas daban sed y se consumían barriles de vino, cerveza y aguardiente... Jaime no lograba sus triunfos con facilidad. Como nadie se preocupaba por igualar el peso de los boxeadores, a veces le tocaban armarios. En esos casos difíciles usaba los trucos del oficio

que le había enseñado el Caballo: codazos, golpes bajos, cabezazos en los pómulos, raspones con el interior de los guantes, golpes en la nuca, abrazos asfixiantes, pisotones, esquives sarcásticos que hacían perder el control. De todos modos siempre salía con un ojo hinchado, las costillas aporreadas y los nervios deshechos. Las molestias le duraban dos semanas, dormía mal, soñaba que unos gatos le comían el pene, se despertaba dando gritos... En junio del año funesto, vino a verlo el Caballo González para decirle con su voz gangosa:

–Basta de peleas clandestinas. Nos ofrecen un bonito contrato para el Campeonato Nacional, en un verdadero cuadrilátero. Saldrás anunciado en los diarios. Si ganas, nos pagarán muy bien y comenzará la buena vida. En caso de que aceptes, estarías loco de hacerte el difícil y rechazar la oportunidad, te debo preparar. A mi manera, porque ya no tienes tiempo de perfeccionar técnicas. Fuerza te sobra, das ganchos como patadas de mula, y llevas el triunfo en el corazón, pero te falta algo, más bien te sobra: rabia. Pones demasiado empeño, pierdes el control, malgastas energía, bajas la guardia y te da por avanzar con la cabeza gacha a riesgo de que te partan una ceja y la sangre te enceguezca. Todo eso por el exceso de odio. Quiero que seas capaz de llegar a la indiferencia. En un mes más te enfrentarás al Guagua, un coloso que pesa ciento veinte kilos. Antes de hacerse profesional, mató a tres en los combates clandestinos. Si aprendes a controlarte, le ganarás. –¿En un mes me quieres cambiar el carácter? Se te llenó de moscas la azotea, Caballo. Tan rápido no se puede y, además, es imposible.

–Tratemos, si eres hombre.

–¿Dudas de mi virilidad? Maricón no soy.

–Pero cobarde, quizás.

–¿Yo? Veamos.

–Veremos. Primero, será fácil, te haré cosquillas con una pluma y tendrás que aguantar la risa. Cuando pierdas las cosquillas, pasaré a la segunda prueba y en ésa puedes comenzar a flaquear. Para tu consuelo te diré que mi método secreto sólo consta de cuatro etapas... Pocas pero contundentes.

–Trae tu plumita. Si decido no reír, no lo haré. Con la voluntad todo se logra.

La cosa no resultó tan fácil. La pluma, dura, de águila, era

soportable en las axilas y la espalda, pero molesta en la planta de los pies y una tortura en los hoyos de la nariz y en el interior de las orejas. Le bastó un día para dominar esas sensaciones y hacerse insensible. Sólo una vez el Caballo lo pilló descuidado y lo hizo saltar rascándole el ano. Al final le podían pasar la pluma hasta por los ojos abiertos sin que pestañeara.

Comenzaron entonces los pinchazos. Tenía que dejarse picar con una aguja, sin reaccionar. Acostumbrarse le costó una semana. Su maestro no tuvo piedad. Le enterró la fina punta en todos lados, sin excluir sus órganos genitales. Jaime soportó el dolor, venció sus reflejos y se hizo tan pasivo como un cadáver... El Caballo le dio cuatro días de descanso mientras se iba al norte a buscar un elemento importante para la tercera prueba. Volvió con una caja de cigarros, cuidadosamente cerrada, pero con la tapa llena de agujerillos.

–Aquí traigo una docena de tarántulas. Tuve que ir hasta Los Andes para cazarlas. Son grandes y muy venenosas. Por suerte caminan más lentas que tortugas. Mira...

Abrió la caja. Ahí estaban los peludos animales, con sus patas largas y sus franjas naranjas en los abultados abdómenes. El

Caballo, con un palito, volteó a una.

–Fíjate bien, ruso. Ahí debajo del tórax tienen dos colmillos negros. Con ellos pican y te matan. No son agresivas pero tienen muy mal carácter. Cualquier movimiento inesperado las hace resoplar tratando de inyectar su veneno. Y para que veas que no miento...

Con unas pinzas alzó una tarántula y la arrojó sobre un perro sarnoso que había entrado al conventillo para husmear en la basura. El can dio tres saltos, aulló, se desprendió del bicho pero, al cabo de unos momentos, comenzó a resollar, cayó al suelo tiritando y murió. Jaime tragó saliva.

–Duérmete temprano hoy, que mañana nos levantaremos al alba.

Antes de que saliera el sol partieron con la caja de cigarros y un tonel, hacia el cerro San Cristóbal. Buscaron un sitio discreto. El Caballo derramó las tarántulas en el gran recipiente y lo volteó junto a Jaime que yacía acostado tratando de convertirse en piedra. Esperaron un par de horas hasta que el sol caldeó el suelo. Las arañas perdieron su torpor y trataron de salir del tonel. Para ello

tuvieron que caminar por las piernas, el vientre, el sexo, el pecho, la cara de Jaime, que estaba desnudo. La temperatura del cuerpo les pareció agradable y allí se quedaron una media hora, que a mi padre le pareció eterna pero no desagradable, porque, distanciado de su carne, cayó en una beatitud que lo unió al universo entero. Se dio cuenta de que por debajo del terror de la existencia, esa vida amenazada por el hambre, las catástrofes, las enfermedades, las fieras humanas, se extendía una paz infinita. Le vino a la mente una frase y durante el tiempo que tuvo encima a las tarántulas la repitió sin cesar: «Yo sin el mundo, no. El mundo sin mí, mejor». Por fin se fueron. El Caballo González, pálido, le sirvió un café bien azucarado que vertió de un termo.

–Eres un muchacho extraordinario. Serás campeón porque no temes morir. Ahora sólo te queda aprender a hacerte invisible. Pasarás por la útima prueba, la más dura...

Cuando el Caballo le explicó lo que quería que hiciera, Jaime se puso furioso y lo trató de loco, luego lo invadió ese estado de paz cósmica que había adquirido en compañía de las peludas y, por fin, como con indiferencia, accedió.

A las seis de la tarde, hora en que cerraban el zoológico, se fueron a ver, con cuatro botellas de tinto, a don Gumercindo, el viejo guardián, amigo y ex admirador del Caballo. Los recibió con los brazos abiertos. Eso de pasar las noches solitario, entre rugidos, cacareos y silbidos eróticos, le había dado sed no sólo de vino sino de compañía humana. El boxeador lo hizo tragar vaso tras vaso hasta que la mayor parte de los cuatro litros descendió en su estómago. Se desplomó en su catre militar, dando ronquidos tan intensos que desprendieron de la pared el calendario viejo de tres años. El Caballo registró los cajones y encontró un manojo de llaves... Fueron hacia la gran jaula de los tigres de Bengala: eran cuatro adultos, un macho y tres hembras, y media docena de críos no más grandes que un gato. Ya comenzaba a anochecer. Las fieras, saliendo de su modorra diurna, ahogadas en ese espacio, aunque grande, limitado por rejas, se paseaban de un lado a otro con una regularidad rayana en la locura. La tarea de Jaime era entrar allí, llegar al centro de la jaula y quedarse sentado hasta el alba sin ser devorado por los carniceros. Mi padre introdujo la llave en la cerradura, la hizo girar lentamente, abrió milímetro por milímetro

la puerta, entró deslizándose, se encerró y, olvidado de sí mismo, vehículo vacío, avanzó hacia el punto que le habían indicado, pasando entre los tigres sin que notaran su presencia. Se sentó con las piernas cruzadas y allí se quedó mezclado al aire, a la oscuridad, al frío, sin división, sin que una palabra acudiera a su mente, sin que un solo sentimiento le ocupara el corazón, sin desear ni necesitar nada, fuera de toda posesión. Las fieras no lo vieron. Es más, una hembra se acercó a oler, rasguñó el suelo y orinó un chorro caliente en su espalda... Cuando con los primeros rayos del sol los barrotes produjeron unas largas lenguas negras que cortaron el piso en rectángulos brillantes, Jaime, marchando con pasos normales, sin tratar de ocultarse, zigzagueó entre los tigres echados que se preparaban a dormir y salió de la jaula. Incapaz de mover la boca para sonreír, vació una botellita de ron que el Caballo González, eufórico, le pasó. Juntos, orgullosos, trotaron diez kilómetros para regresar al conventillo.

–Ya estás listo, ruso. No ha nacido quien te gane. El cara de guagua saldrá con cara de viejo de esta pelea. Serás Campeón

Nacional.

El combate fue muy bien anunciado por los periódicos y la cancha de basquetbol donde habían levantado el ring se llenó. Todos eran hinchas del Guagua y venían decididos a ver cómo le partían el hocico a mi padre. Jaime avanzó hacia el cuadrilátero acompañado por el Caballo, entre chiflidos y una lluvia de botellazos desparramando cerveza u orines. Después de las presentaciones de rigor, los combatientes se quitaron las batas y el público estalló en carcajadas. Delante de ese mastodonte, alto, ancho, pesado, lleno de músculos, mi padre se veía como un enano débil. Un fanático gritó:

–¡Apuesto a que el Guagua lo pone K. O. en menos de dos minutos!

Nadie le discutió, todos aplaudieron. Jaime, poco a poco, comenzó a desaparecer. Cuando sonó la campana llamándolo al primer asalto, estaba invisible. Era un cuerpo sin nadie, una máquina demoledora nada más. El gigante no supo por dónde comenzar. Cada golpe que daba caía en el vacío. Su enemigo era una sombra ágil, fría, que esquivaba y retrocedía sin manifestarse nunca. Al llegar el descanso, sudando de calor, con el aliento

entrecortado, el Guagua se sintió solo. Estaba peleando contra una corriente de aire que lo miraba con ojos de muerto... Volvió a sonar la campana. Se vio de nuevo convertido en eje de un cometa que giraba alrededor de él, en el sentido contrario de las agujas de un reloj. ¿Cómo diablos meterle un derechazo? Desconcertado, abrió un segundo la guardia y recibió un zambombazo en el hígado seguido por un gancho en la mandíbula que lo hizo tambalear. El público se quedó mudo. La sombra volvió a golpear y el párpado izquierdo del favorito se abrió como una granada madura. Antes de que pudiera reaccionar recibió en la herida tres guantazos más. Chorreó la sangre dejándolo tuerto... Jaime aprovechó esa ventaja para quebrarle la nariz. Terminó el round. Los tres ayudantes del campeón oficial le cerraron la cortadura con vaselina, le metieron algodón en una fosa nasal y le pasaron el balde para que escupiera dos dientes quebrados. Explicándole que esas contusiones eran un mero accidente, un descuido normal, a todos nos sucede perder un segundo la atención, le vaticinaron que en el próximo round iba a hacer mortadela a su pobre contendor. Sonó la campana... Jaime, tranquilo, observando desde mil años de distancia, avanzó hacia su rival, con los brazos colgando junto a sus costados. El Guagua se abalanzó convertido en toro del juicio final, y empezó a lanzar una serie de golpes que se perdieron en el espacio vuelto inmenso. El enemigo no ofrecía resistencia, de pronto se le pegaba al cuerpo y el boxeo se convertía en danza, no era un hombre sino una culebra. Desconcertado, se paró en medio del ring, vaciado de agresividad, esperando una respuesta. Jaime comenzó un bailoteo, saltando de adelante para atrás y viceversa, cortando a veces a un lado y a otro, sin dar un golpe. La gente comenzó a protestar. Ya no sabían en contra de quién estaban. El ruso perdió esa nacionalidad, también la cara, la silueta, la persona, nadie lo podía juzgar, era alguien siendo ninguno. El Guagua, cansado, hipnotizado quizás, bajó los guantes y entonces estalló el rayo... Recibió un vapuleo incesante, en el vientre, los costados, el mentón, la nariz, los ojos, las sienes. Parecía una casa a la que estaban demoliendo. Los puñetazos de Jaime, implacables, certeros, sonaban como balazos, penetrando por los innumerables huecos que dejaba la atontada defensa. El coloso dobló una rodilla quejándose, casi asfixiado. Le contaron hasta ocho. Volvió, tambaleante, a la pelea. Un golpazo de Jaime pareció

quebrarle las costillas. Otro le ensangrentó la boca. El labio inferior hinchado colgó como una ostra muerta. Un *jab* de costado pareció reventarle un ojo. El hombrote, al borde de la desesperación, aterrado, estiró un brazo para pedir auxilio a sus entrenadores, deseando que tiraran la toalla. Como era un movimiento inútil para el combate, sorprendió a Jaime y, por pura casualidad, le dio en medio de la frente. La cabeza se le fue para atrás lanzando un halo de gotas de sudor. No era un impacto tan fuerte como para noquearlo pero, por ser sorpresivo, le produjo un cortocircuito mental. Brecha que aprovechó el Rebe para introducirse en su espíritu y apoderarse del mando.

Hacía ya muchos años, desde la muerte de Alejandro el zapatero, que el caucasiano no se manifestaba. Jaime se defendía de él con sus ataques de epilepsia. Pero ahora, con todas las ganas de existir acumuladas, lo convirtió en cabalgadura. Jaime pareció enflacar, se curvó de hombros, sus gestos se hicieron refinados, la voz se le puso aguda y la mirada ardiente. Observó con piedad infinita al ensangrentado Guagua, que con tanto aporreo estaba completamente idiota, lo abrazó, le besó las mejillas y le dijo:

–Hermano *goy*, no puedo seguir golpeándote. Mandamiento doscientos dieciséis: «Debemos amar a nuestro prójimo». Mandamiento doscientos cincuenta y uno: «Prohibido dañar a otro con palabras hirientes». Si las malas palabras nos están prohibidas, con mucha más razón los puñetazos. Mandamiento trescientos: «Prohibido dar un golpe no autorizado». Dios, bendito sea, no ha autorizado el boxeo. Ni tú ni yo somos criminales para merecer la flagelación. Mandamiento trescientos dos: «Prohibido sentir odio por su prójimo o humillarlo en público». Perdona Guagua lo que mi ignorante huésped te ha hecho. Mandamiento trescientos diecinueve: «Prohibido golpear a tus padres». Todos los seres humanos, en un momento de la historia, han sido o serán nuestros padres. Por haberte dañado el cuerpo, Jaime merece la estrangulación. Perdónalo. ¡Desde lo profundo de mí, clamo a ti, oh Señor!

El Guagua, durante ese monólogo, tuvo tiempo de reponerse y, viendo al enemigo con los brazos fláccidos extendidos hacia él, aprovechó para darle un izquierdazo en el abdomen que le cortó el discurso. Un griterío entusiasta surgió de la sala y a los gritos de «¡A

la cocina!» los aficionados rogaron a su campeón que reventara el estómago del traidor. Siguió golpeando. El Rebe no se defendió. Ofreció también su rostro al castigo: –Si así lo quieres, ven hermano. Golpea hasta que te canses.

Convertiré tu odio en caricias.

Le molieron la cara, pidió más sopapos. Le aporrearon las costillas, levantó los brazos como en la ducha para recibir mejor. Le volaron un premolar, sonrió escupiendo rojo con cara de santo... Comenzó a buscar los golpes, los encontró, volvió a la carga, se echó en los brazos del monstruo feroz para dejarse partir, comer. La multitud asesina pedía más. El caucasiano, milagrosamente de pie bajo la lluvia demoledora, comenzó a recitar un salmo:

–En Dios solamente está acallada mi alma; de Él viene mi salvación, es mi refugio, no resbalaré mucho...

El Caballo González tiró una toalla al ring e inmediatamente pasó por sobre las cuerdas y corrió a sacar a Jaime de entre los brazos del Guagua que, desesperado de no poderlo noquear, le estaba apretando el cuello para estrangularlo. Lo llevó al rincón y le vació en la cabeza un balde de agua con hielo. El frío repentino hizo reaccionar a Jaime y espantó al Rebe. Apenas se fue el espíritu llegó el dolor. Mi padre cayó retorciéndose al suelo con cuatro costillas quebradas. Se lo tuvieron que llevar de la cancha en camilla. Ahí acabó su carrera de boxeador. El Caballo se emborrachó para poder decirle con mucha tristeza:

–Chiquillo, hubieras podido llegar a ser el primero, pero estás loco. Perdimos el tren y no habrá otro. Ya me tocó envejecer. Me voy para Chañaral, a la casa donde nací. Plantaré tomates porque me harán recordar los guantes de boxeo. Adiós. Jaime demoró tres meses en reponerse de la paliza. Cuando salió del hospital, como el Caballo había entregado el cuarto del conventillo, tuvo que buscar otro sitio. Se fue al apartamento de Teresa y Benjamín para ver si querían dejarlo pernoctar ahí un tiempo.

Era diciembre, 1919. Hacía un calor insoportable, pero todos los negocios exhibían decoraciones con nieve, trineos y Viejos Pascueros abrigados como para un frío polar. En ese ridículo ambiente festivo importado del invierno europeo para embutirlo en el corazón del verano, las sorpresas nefastas continuaron. Ahora le

tocó el turno a Teresa... Simplemente se volvió loca.

¿De dónde sacó el rifle? Nadie pudo averiguarlo. Salió al balcón y comenzó a disparar. Por suerte su cólera fue atenuada por un rechazo de la muerte: sólo quiso herir en las piernas para, según lo expresó a gritos en medio de las explosiones, impedir que las víctimas siguieran marchando en rebaños repugnantes. El odio que la embargaba era contra todos los uniformes. Tiraba, vociferando:

–¡Abajo la igualdad! ¡Viva la diferencia!

Dejó cojos a un policía, dos soldados, un mozo de café, una liceana, un heladero, tres muchachos vestidos de futbolistas, un hueso, una enfermera y un Viejo Pascuero que pasó por ahí vendiendo maní confitado. Cuando llegó Jaime, el tiroteo había comenzado hacía media hora y las víctimas gemían tiradas en la calle, tratando de atajar la sangre que les chorreaba de los muslos y pantorrillas. La Cruz Roja tardaba en llegar. Benjamín y Lola, de rodillas en medio de los caídos, imploraban a su madre que cesara el fuego... Como los vecinos formaron una barrera para impedir el paso de los peatones, Teresa, con puntería maestra, comenzó a matar palomas aullando que esos pájaros del demonio también estaban uniformados. Luego disparó contra las sombras porque eran todas del mismo color... Cuando decidió que los cuerpos humanos, por tener igual constitución, cabeza, tronco y extremidades, eran uniformes, se armó el caos. Benjamín y Lola huyeron, esquivando las balas, a esconderse debajo de una carreta. Los policías llegaron por fin junto con una ambulancia y un carro de bomberos. Recomendaron esperar a que se le acabaran las municiones. Cuando escucharon unos clics sordos, los enfermeros corrieron a levantar a los heridos y los bomberos estiraron una escalera que obstruyó la ventana para impedir que la loca se lanzara hacia la calle. ¿Verdaderamente se le habían acabado las balas o estaba agazapada con el rifle otra vez cargado esperando a que se le acercaran para abrir su fuego vengador? Jaime, sin preguntárselo, olvidando sus achaques, trepó a la carrera, se deslizó entre los peldaños y dándose un fuerte impulso cayó en medio del comedor... Sobre la mesa, con sólo la cabeza sobresaliendo de un agua jabonosa y oscura, Teresa yacía desnuda dentro de su tina de metal. El rifle, descargado, tomaba el baño con ella... Tenía los ojos abiertos, redondos, fulgurantes y la piel del rostro estirada, como demasiado pequeña

para contener tanta amargura. Sin reconocer a su hijo, habló a través de él, para dirigirse a alguien que estaba parado detrás de su espalda:

–No te preguntes quién eres, porque no eres nadie. Nunca has existido. Como yo... Somos unos impostores, en este mundo que no es auténtico, donde no hay nada verdadero y lo real es un espejismo. Uniformes por todos lados, copias de copias de copias, cada traje, cada cuerpo, cada alma, es un disfraz. La superficie está en todas partes y el centro en ninguna. Un pedazo de piedra, un pedazo de carne, una inundación, un incendio, una masacre, el mismo juego hipócrita del vacío. Estamos muertos desde el comienzo de los tiempos. Nadie ha nacido nunca... ¡Estrangúlame, sácame de esta mentira!

Era tan grande la decepción de Teresa que Jaime estiró las manos con ganas de obedecerle. Ella se puso de rodillas mostrando sus largos y anchos senos, grandes plátanos que le llegaban hasta el ombligo.

–Yo ya perdí las fuerzas. Tú, que eres un buen verdugo, cambia al mundo. Hazlo por fin nacer...

Jaime, reteniendo esa compasión que lo conducía al matricidio, corrió a abrir la puerta. Entraron los policías con acelere de payasos, corriendo de un lado para otro, dando órdenes a gritos, apuntando con carabinas, agitando palos, temblando como si la pobre mujer fuera un gorila rabioso. Detrás de ellos, más blancos que una vela de parafina, venían Benjamín y Lola. Teresa tampoco los reconoció. Se hundió por completo en el agua tratando de ahogarse. Los pacos no encontraron otra manera de salvarla que volcar la tina... El agua se desparramó por el piso exhalando un olor pestilente. Aparte de la grasa y el jabón, contenía restos de comida, libros haciéndose jalea, pedazos de fotografías, excrementos y bolitas de cristal.

Le amarraron las manos, la cubrieron con una colcha y se la llevaron. Al pasar junto a Jaime, tuvo un segundo de lucidez:

–Hijo mío, ve a ver a Recabarren. Él fue el único que no nos mintió.

Después lanzó un alarido animal y se puso a luchar contra los uniformados, echando espumarajos. No cesó de escucharse su chillerío hasta que la ambulancia que la llevaba al manicomio se

hizo un punto blanco en el fondo de la avenida Independencia... Lola se fue, detrás de los policías y bomberos, sin decir una palabra. Benjamín, conteniendo los sollozos y las náuseas, se puso un delantal de su madre y comenzó a lavar el piso. Tampoco habló. Jaime se sintió como un extraño. Sabía que su hermano iba a encargarse de internar a Teresa en una clínica decente. Después de todo la vieja le pertenecía a él, era casi su esposa. Ofrecerle ayuda sólo serviría para despertarle los celos. Mejor irse a encerrar a un hotel barato hasta que acabara ese maldito año.

Pasó siete días en el cuarto trece, sin prender la luz ni hablar consigo mismo ni leer los diarios, tirado como un cadáver. Al sonar las sirenas anunciando el año nuevo, con el último dinero que le quedaba, pagó la cuenta y salió a abrazar gente a la calle. La primera que le cayó en los brazos fue una morena musculosa, bella y viril. Se pegaron cada vez más, avanzando sin recato el uno hacia la intimidad del otro, embistiéndose como dos barcos de guerra, dándose besos con la fuerza de cañonazos. Sin cesar de manosearse buscaron la sombra de un camión y allí, de pie, fornicaron durante horas. Después de eyacular cuatro veces, Jaime le preguntó el nombre. Resultó ser Isolda, el Rayo de Limache, lanzadora de cuchillos. Mi padre entonces le mostró el forro vacío de los bolsillos de su pantalón y le propuso que lo tomara como ayudante. La muchacha sacó de la mochila que llevaba en la espalda siete anchos cuchillos, colocó a Jaime junto a un portón de madera, retrocedió varios pasos y con severidad glacial le soltó:

–¿Te atreves?

Jaime sintió que las piernas le flaqueaban, pero el hambre le aconsejó arriesgar el pellejo, a pesar del aliento alcohólico de la mujer.

–¡Ni siquiera voy a pestañear!

Le fue lanzando los puñales. Uno casi le clavó la oreja. El segundo se le pegó amenazador al costado. El tercero le acarició la pantorrilla. Así quedó completo el lado izquierdo. Tres tiros más equilibraron el lado derecho.

–Abre un poco las piernas. ¿Te atreves todavía? Jaime separó las piernas y no dijo nada, no por valentía, sino porque había perdido la voz. El séptimo cuchillazo se le clavó tan cerca del perineo que si

no fuera porque sus partes se le habían encogido como chaleco de algodón lavado en agua caliente, lo hubiera castrado... El año 1920 le ofreció su primera oportunidad: sería el blanco de la morena Isolda en el circo del Toni Zanahoria.

La carpa, de un blanco vuelto gris por el perpetuo ajetreo, invadida por parches y manchas semejantes a heridas purulentas, era pequeña. Para sentarse, se le ofrecía al espectador una galería de tablas astilladas, y la pista, delimitada por latas de gasolina pintadas con los tres colores patrios, a falta de buenas alfombras, estaba cubierta con un tapiz de sacos de papas. En un camión viajaba la carga y el burro amaestrado y en otro, toda la compañía, compuesta exclusivamente de familiares. Don Hernán Cañas, el Toni Zanahoria, vestido completamente de naranja (que se decía descendiente de José Joaquín Cañas Aldunate, el cura de Carahue, que en el entusiasmo de los días de la Independencia cometió un desliz que dio origen a una discreta familia), era el abuelo de los artistas. Su esposa, Emilia Cañas, el Toni Lechuguita, completamente vestida de verde (que afirmaba ser nieta de Blas Cañas Calvo, el sacerdote que organizó la Congregación de la Casa de María y que, en el día de la inauguración del convento, por un abuso de ponche, pecó con una monja, la que, apenas se le notó el bulto, fue expulsada y tuvo que parir en un camión de sandías que la llevaba de aventón hacia los prostíbulos de Talcahuano), dirigía la economía del grupo, distribuyendo los pesos y los víveres con severidad salomónica. Los dos trapecistas, malabaristas, equilibristas, domadores del asno que sabía rebuznar la Canción Nacional, eran los padres de Isolda y de sus tres hermanos. Las tres mujeres restantes eran las esposas móviles de sus hermanos. Cada noche, por sorteo, se decidía quién dormiría con quién. Los niños, un número indeterminado, le decían mamá a las tres mujeres y papá a los tres hombres. Lo más fastidioso de las funciones era el continuo cambio de trajes. El Toni Zanahoria y el Toni Lechuguita conservaban su identidad, pero los otros comenzaban vestidos de músico tocando una polca al lado de la taquilla improvisada en el culo del camión de pasajeros, para llamar al público, luego corrían a ponerse una chaqueta de acomodador, barrendero, armador de trapecios, vendedor de globos, chocolates y chupetes, después los

cambios se multiplicaban porque eran los contorsionistas, los acróbatas, los que se subían de a ocho en una bicicleta, los que bailaban la rumba en la cuerda floja, los que lanzaban al aire al burro para recibirlo en las plantas de los pies y hacerlo girar junto con dos grandes bolas de madera... A Jaime, que no había nacido en una carpa ni se había criado en un camión, por lo que le era difícil aprender tantas gracias, le encontraron un acto fácil pero espectacular. Aparte de tener que arriesgar el pellejo dejando que su amante lo ribeteara con cuchillos, le tocó colgarse del pelo. Como desde el último encuentro de box no había ido al peluquero, tenía una melena negra, espesa, lacia, que los saltimbanquis untaron con pez y, poniéndole un alambre como eje, la convirtieron en trenza terminada en un aro de acero. Lo único que tenía que hacer cuando lo elevaban a tres metros de la pista era mostrar su musculatura, comerse la empanada que le tocaba como cena y después leer la hoja de periódico en la que había estado envuelta. Esa nueva vida, dentro de su magia, era rutinaria. Lunes, desarmar la carpa. Martes, viajar rumbo a otro pueblo. Miércoles, armar la carpa. Jueves, pasearse por las calles en un desfile publicitario. Viernes y sábado, dar dos funciones. Domingo, agregar una «matinée infantil» y en la noche, después de las tres representaciones, hacer el amor, ebrio, debajo de las graderías. A veces, el circo se llenaba; otras, las más, estaba casi vacío. De vez en cuando daban la función para tres o cuatro espectadores. Nadie se entristecía. No querían enriquecerse, sino ganar el pan de cada día. En el espíritu de esos artistas no había futuro. Tenían mentalidad de pájaros. Se levantaban al alba, sin un centavo, y durante el día trataban de llenar sus vientres. Todos estaban habitados por una extraña felicidad que pronto contagió a Jaime. Viajar así, libre, en familia, gozando del aire puro de los caminos, era un regalo. Sin apuro, con calma de aves migratorias, fueron recorriendo el país, aldea por aldea, siempre rumbo al sur. Sabían hacer de una simple gallina, aderezándola con hierbas recogidas en los bosques, un banquete principesco y llenaban la monotonía del viaje con canciones y chistes. Isolda era una amante con tal gama de orgasmos, que iban del quejido de niña al bramido de un mamut, que Jaime no sintió pasar las semanas. El Toni Zanahoria siempre del brazo del Toni Lechuguita, entre los dos sumaban cerca de

ciento noventa años, se acercaron a él para decirle:

–Amiguito, usted hace tan dichosa a nuestra única nieta que queremos hacerle un regalo: le vamos a contar un chiste que hemos inventado sólo para usted. Consérvelo como una joya y no se lo diga a nadie, para que cuando su primera nieta tenga también un amante que la haga feliz, usted se lo pueda entregar intacto. Escuche bien porque no se lo repetiremos dos veces: Un señor ve una rana. La rana le dice: «Béseme, por favor». El señor piensa: «Una rana que habla debe ser una princesa encantada. La besaré, volverá a ser lo que era, se casará conmigo y seré millonario». El señor besa a la rana, siente una explosión y se ve convertido en sapo. La rana le dice: «¡Qué felicidad. Hacía mucho que estabas encantado y por fin te pude salvar!».

Jaime nunca supo lo que esta historia le produjo, pero en vez de reír comenzó a llorar. Los dos payasos ancianos aplaudieron satisfechos.

–No nos hemos equivocado. Eres un hombre sensible. Los buenos chistes, como la felicidad, deben provocar lágrimas.

Cuando llegaron a Puerto Montt los agarró el invierno y las lluvias se hicieron torrenciales. Allí se quedaron tres semanas esperando que el diluvio cesara. Cayó y cayó y cayó agua. Era imposible levantar la carpa en el barro. Mataron el tiempo jugando a las cartas, encerrados en el camión. Las mujeres salieron a buscar trabajo para tener algo que comer. Jaime propuso acompañarlas. Los hombres le colocaron sus cartas en la mano, le pusieron delante un pan con queso y un gran vaso de vino, insinuándole que en la familia, por tradición, los maridos y los concubinos no trabajaban entre los «balurdos», nombre con que designaban a todos los seres humanos que no pertenecían al mundo del circo.

–Nosotros somos netos, ellos falsos como fajos de papeles que simulan billetes...

La abuela era la única mujer que se quedaba, aprovechando esas horas de descanso forzado para tratar de domar un sapo. Según le contaron a Jaime, había comenzado con él hacía diez años, logrando hacerle decir «mamá», pero eso no bastaba para presentarlo en público.

–¿Los sapos viven tantos años?

–Duran como las tortugas, más de un siglo. Quizás un día el Toni

Lechuga logrará que éste trague gasolina y la escupa frente a una vela produciendo grandes llamaradas...

El Toni Zanahoria estaba seguro de que su mujer domaría al batracio.

–Si me domó a mí, que vivía de ratero robando en los tranvías, puede con él. Ella me enseñó mi primer número: vestido de payaso pasaba entre los pasajeros, robaba cinco billeteras, las lanzaba al aire, hacía juegos malabares con ellas y las devolvía intactas a sus propietarios. Luego pasaba el sombrero... Ahorrando esas limosnas, compramos la lona para fabricar nuestro circo.

Las mujeres regresaban siempre con las manos llenas. Apenas cesaba la lluvia daban sus funciones y continuaban el viaje hacia el sur. Llegando a Punta Arenas volverían a viajar hacia el norte, hasta Arica. Así pensaban vivir toda la vida, durante varias generaciones, convertidos en un péndulo mágico que subiría y bajaría por la estrecha y larga patria como una incesante caricia.

Lo tiraron tanto por los cabellos hacia arriba que Jaime comenzó a tener ambiciones intelectuales. Se puso a leer, allá en las alturas, de verdad el periódico. Los cirqueros se burlaron de él:

–Nosotros, por suerte, estamos fuera del mundo balurdo que es pura necedad y mentira. Nada de lo que cuentan es cierto. La realidad no es un montón de letras. El único defecto que tienes, Jaime, es que aprendiste a leer. ¿Sabes por qué escriben tanto los balurdos? Transforman en palabras los gestos que no saben hacer...

Todos los titulares, en la primera plana, celebraban el auge económico. Jaime se desconcertaba: el viaje continuo a través del país le permitía ver en qué degradante miseria vivían los campesinos y obreros. ¿Cómo celebraban un éxito industrial en medio de tal hambruna? Para comprender esto se necesitaba un cerebro más agudo, acostumbrado a ver los acontecimientos a vuelo de pájaro. No saber analizar lo que leía le daba una sensación igual a la de pelear con un ojo hinchado contra un campeón que atacaba por el lado nebuloso... Tomó una gran decisión: una noche de temporal, en que las mujeres no llegaron a dormir (No te preocupes, le dijeron sus compañeros, habrán terminado tarde el trabajo y para evitarse un remojón estarán durmiendo en un hotel barato, como en otras ocasiones semejantes), se ocultó en el camión de carga donde

hacían pernoctar al burro para evitar que lo matara un rayo, y después de cerciorarse de que el animal estaba dormido (no quería ni siquiera un testigo irracional), llamó al Rebe.

El caucasiano, sorprendido por tan inesperada señal de interés en alguien que a punta de crisis de epilepsia lo había obligado a vagar muerto de aburrimiento por los desiertos grises del Entremundo, obedeció con entusiasmo de perro perdido que encuentra a su amo.

–¡Fantasma de mierda, deja de revolotear como un cuervo borracho y siéntate quieto frente a mí porque tengo una proposición que hacerte!

–Bueno, Chaim...

–¡No me llamo Chaim ni ningún otro nombre raro! ¡Dime

Jaime o te expulso de este mundo!

–Bueno, Jaime...

–¡Eso! No sé si existes de verdad o si eres una alucinación familiar. Mi padre murió loco y mi madre le anda siguiendo los pasos. No me extrañaría estar demente yo también. Sea como sea, apareces cuando te llamo y dices cosas coherentes en las que yo nunca había pensado. Puedes serme útil... Supongo que quieres existir, por eso estás aquí. Pero dependes de mi voluntad... Óyeme bien: necesito comprender lo que leo en los periódicos. Me interesa Chile. Los judíos y su tradición no tienen nada que ver conmigo. Quiero que te crees otra ropa, no te soporto de rabino. Invéntate un terno sobrio, normal, no esas porquerías extravagantes estilo Europa central mil ochocientos. Aparece sin barba y con el pelo corto, estudia esta realidad a fondo y nunca más vuelvas a hablarme de Adonai, Tora,

Cábala o Talmud. ¿Te parece?

–Aunque abusas de tu poder, Jaime, me doy cuenta de que los tiempos cambian y que las verdades de una época y de un sitio no funcionan en otro tiempo y en un lugar diferente. Mi aspecto, aunque durante una eternidad no he querido reconocerlo, es pura ilusión. No estoy hecho de materia sino de recuerdos. Los dejaré ir al instante. Mira...

Y el Rebe, venciendo heroicamente su nostalgia, se transformó en un hombre lampiño, bien peinado, vestido con un elegante traje gris, una camisa de popelina blanca, una corbata de rayas discretas

y un paraguas. Dijo sonriente:

–A sus órdenes, señor. ¿Qué le parece?

–El paraguas está de más y la sonrisa es inútil. Te llamaré únicamente para discutir las noticias.

–Algo, por pequeño que sea, es muchísimo más que nada, señor.

–Deja de llamarme señor y sígueme tratando de tú. Ahora vete.

El espíritu, obediente, se disolvió. Jaime, desde entonces, comenzó a verlo cada vez que se aislaba para defecar. Momento solemne que justificaba el diario que llevaba doblado en una mano y le otorgaba la soledad necesaria para entablar diálogos que a los otros les parecerían monólogos de loco.

–Jaime, he terminado de estudiar el asunto: este período de prosperidad del que hablan tanto los periodistas es sólo blanqueo de sepulcro. La verdad no anida en las páginas editoriales, sino en las económicas. El país que llamas tuyo, espero que no te equivoques, está siendo vendido, mina por mina, campo por campo, a los norteamericanos. Claro que los dólares parecen bendición para los que viven especulando, pero son papeles que se esfuman. La riqueza del suelo se la llevan los extranjeros. Tus chilenos no se están enriqueciendo sino endeudando. Situación peligrosa. El hambre popular puede gestar una revolución. Pero con las elecciones presidenciales van a tratar de arreglar el pastel...

–No entiendo.

–Jaime, ya eres un hombre de circo. Sabes que los balurdos mayores usan la mentira como remedio universal. Recuerda los números cómicos: un payaso no puede hacer reír solo, necesita un socio que le dé las réplicas. El toni es exuberante, simpático, con muchos colores y labia; su socio, el augusto, es antipático, severo, gris y de pocas palabras. Parecen enemigos, pero entre los dos crean la risa que hace funcionar al circo. Ahora hay dos candidatos a la presidencia de la república: el toni Arturo Alessandri, emotivo, bocón, popular, optimista; y el augusto Luis Barros Borgoño, académico, frío, aristócrata, autoritario. El primero habla de un futuro próspero, el segundo de un presente amenazador. Uno pide libertad, el otro opresión. Ambos tienen detrás a los mismos y quieren lo mismo: embaucar a los pobres, hacerlos creer que participan en el destino de la patria. Mientras más desagradable se haga Borgoño, más brillará en el pueblo Alessandri que, uniéndose

en torno a una ilusión, puede elegirlo Presidente. Pero el régimen capitalista, aparte de unas reformas superficiales, seguirá igual. Igual continuará vendiéndose el país y el hambre no será calmada sino a balazos... Hay un tercer candidato, que pocos ven, que no tiene posibilidad de ser elegido porque predica fuera del circo, es decir desde la cárcel, y que propone una imposible verdad, Luis Emilio Recabarren. En lugar de vociferar pidiendo pequeñas conquistas, como mono de zoológico que exige ser bien tratado por el guardián, unas nueces más, pero que no piensa en destruir la jaula, él lo desea todo: abolir las fronteras, convertir el planeta en una sola patria, declarar la guerra a la guerra, expropiar las tierras para repartirlas entre los campesinos, acabar con la propiedad privada, demoler el sistema capitalista, darle la soberanía al pueblo, acrecentar la educación política. En resumen, repetir la revolución rusa... Este hombre sufrirá mucho, no tiene fortunas que lo apoyen, va contra el poder, y el pueblo inmaduro prefiere escuchar las palabras «luminosas» de Alessandri, contentándose con promesas. Siendo un guerrero casi santo, flaquea en el eje: como un Quijote tratando de seguir los pasos de Amadís de Gaula, él se hace líder imitando a Lenin. Lo que pasa es que los chilenos, altos y bajos, por estar dominados tantos siglos por conquistadores extranjeros, perdieron la identidad. Son los vecinos los que les indican lo que tienen que desear. Ningún nivel de esta sociedad tiene ambiciones propias. Todo se hace por imitación. Los capitalistas copian a Europa y Estados Unidos, los trabajadores imitan a los bolcheviques. Demasiados espejismos, Jaime. Esos deseos implantados los conducirán al fracaso y la violencia. Recabarren, por no ser capaz de inventar un camino propio, será un día la víctima de su ideal.

Las conversaciones con el caucasiano continuaron durante gran parte del invierno. A donde llegaran no escuchaban más que hablar de Alessandri. Tan grande era el fervor por el candidato que los días que la lluvia les permitía trabajar, antes de que comenzara la función, el público se ponía de pie y, como si fuese un himno nacional, cantaban:

Una conquista haremos, Cielito Lindo, los radicales: que todos los chilenos, Cielito Lindo, seamos iguales.

Jaime colgado de su trenza, después de haberse expuesto a los cuchillazos del Rayo de Limache, sentía que la piel del cráneo, al estirársele, le desplegaba las circunvoluciones para convertirle el cerebro en alfombra voladora. Las palabras enloquecidas de Teresa: «Cambia al mundo. Hazlo por fin nacer», lo perseguían zumbando como avispas. Su madre le pedía que se convirtiera en profeta, a él, el más miserable y desarraigado de los seres, a él que no creía en nada, que vagaba mendigando contenidos por un mundo sin significado, sin ley, sin moral, todos sentenciados a muerte, montones de células efímeras, alimento de gusanos, absurda monstruosidad... Le daban ganas de continuar allí colgado, girando para siempre, sin bajar nunca, hasta secarse... O bien lo contrario, sumergirse en la imposible lucha obrera, ser un chivo expiatorio, convertirse en mártir, aportar su grano de arena para que la Tierra se convirtiera en un jardín paradisíaco, donde los buenos humanos, sin angustias, sin guerras, corrieran de allá para acá, como hormigas blandas, tratando de resucitar a Dios para que con sus castigos los sacara del hastío y les diera otra vez el gusto por la vida... ¡Bah! Mejor meter el cilindro en el túnel peludo de su mujer para escupirle en las flores carnívoras su desesperación transformada en semen.

En Osorno, durante nueve días llovió y cayeron piedras heladas. El tamborileo no los dejaba dormir ni jugar al póquer. Trataron de armar la carpa, pero el viento la sacudió tan recio que los parches se le desprendieron como una bandada de palomas sucias. Los hombres, en el fondo contentos del accidente porque les proporcionaba una actividad, pasaron el tiempo encerrados en el camión cosiendo las rajaduras, mientras las cinco mujeres trabajaban en la ciudad. Esa noche no volvieron, ni tampoco al día siguiente. Al tercer día de ausencia, el padre de Isolda le pidió a sus hijos que lo acompañaran a buscarlas. Jaime insistió en ir con ellos. Se encogieron de hombros:

–Si quieres venir, ven. Ya eres de los nuestros. Comprenderás.

El Toni Lechuguita les dio un puerquito de yeso donde se acumulaban algunas economías. Protegiéndose la cabeza con unos ponchos, avanzaron bajo el temporal, calados hasta los huesos. Se dirigieron directo a la comisaría. Por supuesto, allí estaban todas, esperando que sus hombres vinieran a pagar la multa. Habían sido

detenidas por ejercicio ilegal de la prostitución. El trámite fue rápido. Pacos y saltimbanquis eran cómplices. El chanchito contenía siempre unos billetes para tal caso. En los pueblos todos sabían que cuando el circo no podía funcionar, sus mujeres daban otra clase de espectáculo. De vez en cuando, para satisfacer a la esposa de un alcalde, se les imponía una multa. La cosa no pasaba de ahí. Acostarse con una artista de circo era un placer muy apreciado... Jaime regresó, sin hablar con nadie, mirando hacia el suelo. Al llegar al camión, las mujeres se sacaron de la vulva los billetes que tenían escondidos. Los hombres aplaudieron. Corrieron a comprar víveres y la fiesta comenzó. Jaime, a riesgo de recibir de vuelta un cuchillazo, le dio una cachetada a Isolda, cuando ésta intentó besarlo. El Toni Zanahoria lo tomó de un brazo, lo arrastró hacia un rincón y le dijo al oído:

–Si pones un terrón de azúcar en el té, se disuelve. Si metes un cubito de mármol, no pasa nada. Lo que importa es el sentimiento. Lo otro es puro frote de carnes. Fornicar con un balurdo es un trabajo más, igual que colgarse de un trapecio o equilibrarse en una cuerda. No hay de qué tener celos. Si te engaña con alguien del oficio, otro cirquero, es distinto. Puedes matarla o marcarle la cara. Ésa es la costumbre, tómala o déjala. No tenemos otro medio para subsistir. Así hemos vivido hasta hoy, así continuaremos.

A Jaime le comenzó a doler la cabeza. Le gustaba viajar así, pero no toleraba que su amante fuera puta. Colgarse de los cabellos se le convirtió en un martirio. Las sienes le palpitaban como si fueran a estallar. Entre las brumas de una fiebre caballuna vio llegar olas de cuarenta metros de altura y se puso a dar alaridos para espantarlas. El Toni Lechuguita lo obligó a tragar un litro de vino caliente con limón y canela. Se puso a transpirar a chorros y cayó dormido.

Yo, en esos momentos de profunda depresión, me introduje en su organismo. Cuando se despertó, con el pulso otra vez normal, palpó sus testículos. Le parecieron diferentes, más compactos y nobles. No estaba solo, él era la raíz de un árbol que extendería sus ramas a través del tiempo eterno. Yo le estaba pidiendo nacer, elevarse hacia la mujer que me convenía como madre. Eso lo obligó a analizar su relación con el Rayo de Limache. ¿Qué sentía por ella? Algo parecido a lo que debían sentir los perros por las perras. En el

nivel del deseo bruto ella u otra le daba igual. Un volumen cálido, un hoyo acogedor plegándose a sus salvajes empujones, los estallidos del orgasmo y la compañía vacuna, las tonteras cotidianas, mermeladas sentimentales, balbuceos humedecedores de grieta. Aparte de lanzar puñales y de putear, Isolda no tenía nada de extraordinario. Al lado de ella no progresaría nunca... Le volvió a doler la cabeza. Un hermano de su concubina lo llevó casi en hombros hasta las afueras del pueblo, para depositarlo frente a un bosque que se perdía cubriendo los cerros. –Marcha por este sendero dos kilómetros. Cuando encuentres una roca pintada de negro, lanza tres silbidos largos. Vendrá a buscarte un mapuche llamado Tralaf. Él te curará. Me lo dijo una señora del público.

Sacudido por escalofríos, Jaime marchó entre los árboles. Un viento helado hacía caer una lluvia de hojas. Al avanzar iba quebrando la escarcha que cubría el suelo. Llegó a un claro de tierra colorada. Allí, en el centro de ese espacio estéril, rodeado de vegetación exuberante, había un gran peñasco negro. Parecía un águila enrollada sobre sí misma, a la manera de los armadillos que se hacen bola ante cualquier amenaza. Pero el ave no daba la sensación de estarse defendiendo. A Jaime le pareció que se hundía el pico en el pecho para beber la sangre de su propio corazón. Densos nubarrones comenzaron a tapar el cielo. Cambió la luz y el águila se fue esfumando poco a poco para, gracias a la desaparición del contraste creado por las luces y las sombras, convertirse en un cráneo humano sonriente. Mi padre, inquieto, se tocó la frente para ver si aún tenía fiebre. Estaba helada. Sacudió la cabeza y lanzó los tres largos silbidos. Comenzó a llover y relampaguear. Un trueno hizo estremecerse la tierra. Salió otra vez el sol. Jaime, empapado, iba a silbar de nuevo pero unos pasos lo interrumpieron. Eran tan suaves y ágiles que se trepó en la roca temiendo la aparición de un puma. Surgió un mapuche viejo, pero vigoroso, cargando un saco lleno. Dijo, socarrón:

–Vaya, *huinca*, ¿qué haces arriba de Amoihuen? ¿Acaso le temes a un pobre anciano? Baja, este lugar está protegido. Ningún puma, gato salvaje, zorro grande, pecarí, ni tampoco huanacos ni lauchas se atreven a venir por aquí. Saluda conmigo a mi *huecufe*... *Mari, Mari*... Si me vienes a ver es porque sufres, no me digas nada, veo con mis manos...

Se arrodilló frente a él y, subiendo desde los pies, le fue palpando el cuerpo. Cuando llegó a la cabeza, lanzó un carraspeo de comprensión.

–Aquí se manifiesta lo que parece un mal, pero es bueno. A los niños les duele la mandíbula cuando les crece un diente.

A ti te duele el cráneo porque te está creciendo el espíritu. Hace ya muchos siglos que perdiste el paisaje y sin raíces no hay salud. Estás tratando de abrir el capullo para echarte a volar... Te han tirado tanto la trenza que debajo tienes sangre acumulada. Si quieres que se te pase el dolor, antes de nada deja que te corte el pelo.

–No puedo, me cuelgan de él en el circo. Es mi trabajo. –Cambia de trabajo. No es bueno para ningún hombre vivir colgado por otros hombres. El único que tiene derecho de jalarnos para arriba es Amoihuen, la máscara del Ser Supremo. Algo sucedió en el espíritu de Jaime. Bruscamente abandonó el circo, así, sin pensarlo, como una cosa largamente fabricada en la oscuridad, que de un golpe emerge completa hacia la luz.

–De acuerdo, Tralaf, córteme la melena.

El indio le frotó la cabeza con una corteza que produjo espuma y, usando una piedra afilada, lo rapó... Después le pellizcó la piel del cuero cabelludo y le dio dos tajos cruzados, Jaime lanzó un grito de dolor.

–Aguanta, *huinca*. Queda mucho sol; todavía es largo el camino que has de seguir, no tiene fin. Debo hacer ocho cruces más.

Y alrededor del cráneo, como una corona, le dio los otros cortes. La sangre corría por la cara, las orejas, la nuca. Mi padre se puso a temblar.

–Ánimo, *huinca*. Del sol ha venido nuestra águila. No estás solo. Hay en ti el alma de un antepasado. Él te sostiene. Deja de gemir como el caballo que no quería pasar por un puente suspendido en el aire. Entrégate al mando del jinete. Avanza paso a paso, atento, despierto. Si te distraes te come el abismo y caes al río de la muerte. Allí te disuelves porque no traes la flor de la conciencia. El que está dormido no sabe de sí. Sólo despierto puedes abrir la puerta para que entre el Ser Supremo.

Tralaf extrajo del saco una botella con agua donde había nueve sanguijuelas y las fue colocando sobre las heridas. Los moluscos se

pegaron de inmediato y comenzaron a chupar sangre. El mapuche encendió una fogata con ramas café rojizo que despidieron humo con olor a pan y se puso a cantar siguiendo el ritmo de un tambor. Pasó el tiempo; las sanguijuelas que estaban largas y flacas, ahora, ahítas, se veían gordas, enormes. Comenzaron a desprenderse y caer en una fuente de greda que el brujo puso ante las rodillas de mi padre, haciéndolo inclinar la cabeza. Las apretó para que vomitaran la sangre chupada. Luego las lavó y volvió a guardar en la botella con agua. Urgó en el saco y encontró unos tallos secos de corteza muy lisa, parecida a la piel humana y, con un pequeño mazo, los molió en un mortero para mezclarlos al plasma coagulado. Amasó un pan gelatinoso, negruzco. Luego, con una espátula tallada en madera, le dio la forma de una culebra.

–Si tienes buena puntería no se te irá el zorro. Vence tu asco, cómete a *caicai*: serpiente de serpientes, enemiga del género humano, trae el diluvio desde las profundidades, lo borra todo, dejas de ser carne y te quedas puro espíritu. No te dará la salud porque la tienes: disolverá nada más la enfermedad que inventas.

Jaime, con la mente despejada por primera vez en su vida, gracias a la sangría, descubrió el rasgo esencial de su carácter, la curiosidad... No le tenía amor a nada, pero quería saberlo todo. Hacia dondequiera que avanzara, se encontraba con la ignorancia. Cualquier idea le parecía una violencia, la descripción de un sentimiento nunca dejaba de ser ridícula, el contenido de un concepto conducía a otro concepto y así hasta el infinito, pensar era sólo creer, los significados iban cambiando tan rápido como las nubes, la realidad estaba cubierta de construcciones mentales que de complicidad común se hacían pasar por verdaderas, nadie, pero nadie, hablaba el mismo idioma. Y él quería descorrer el velo, conocer el sentido de la vida, el secreto del Universo, la estructura de eso que algunos llamaban Dios.

–A lo bueno se le sigue la pista. No pierdas esta oportunidad. ¡Corre y ve, *huinca*!

Mientras el mapuche hacía resonar su tambor de madera y piel de caballo, Jaime, reteniendo sus arcadas, devoró el coágulo.

Todo su cuerpo comenzó a temblar, le fue subiendo la temperatura, transpiró, se puso frío, perdió las dimensiones, se sintió gigante, diminuto, la lengua le ardía, le salieron llamas por la

boca, la oreja izquierda le creció hasta hacerse cinco veces más grande que la otra, comprendió a los animales de la selva, cada rugido, maullido, trinar, zumbido le enseñaba alguna cosa, hasta los eructos de las ranas transmitían pensamientos profundos. Ante tal sabiduría se sintió un ser miserable y rió a carcajadas de su ignorancia. Luego su incredulidad luchó contra la droga.

–Son alucinaciones auditivas. Lo que dicen las bestias lo invento yo. Haré que canten una canción italiana.

Y del bosque se elevó un coro animal entonando la melodía de «Torna a Sorrento»... Tralaf le dio un feroz puntapié en el pecho. Se le abrió un boquete sanguinolento. Sintió que por esa herida se le escurría el corazón, pero en su lugar surgió un felino negro, encogido como feto.

–La gata no puede ver al ratón sin querer matarlo. Digan lo que digan, de todas maneras los animales te hablan. Ellos dan la materia, tú fabricas el mensaje. Despréndete de la gata, deja vivir al ratón.

Jaime se dividió en dos. Todo lo que miraba se convertía en espejo. Luego fue tres y por fin cuatro... Se dio cuenta de que podía multiplicarse al infinito y estar en incontables sitios a la vez. Volvió a reír. Tantos años, una vida entera, había sido uno, prisionero de un cuerpo imaginado como concreto, aferrado a su forma exterior, por puro miedo. ¡Qué cobardía andar pegado a la tierra! Mejor echar el peso por la borda... Comenzó a sentirse más liviano, ingrávido. Tralaf dio un salto y cayó sobre su espalda convertido en un puma de color verde. Acercó el hocico a su oreja izquierda y le dijo con voz ronca:

–Ahora tienes la mirada del cóndor. Vas a volar hasta Tierra del Fuego para que des vida a los dioses olvidados. Planearon a través de vientos y temporales, sobre costas desmembradas azotadas por olas con forma de catedral; cruzaron archipiélagos, fiordos, canales, y descendieron en el interior de un cráter volcánico, frente a un extenso campo de lava. La cavidad estaba sembrada de esqueletos humanos quemados. Al puma verde le brotaron llamas.

–Acepta la purificación del fuego. Sé capaz de imaginarte calcinado. Entrega la personalidad que te limita. Hazte recepción sin contornos.

Jaime dejó arder su cuerpo. Del fondo de la caverna,

apoyándose los unos en los otros, como un grupo de enfermos, avanzaron tres indios pintarrajeados. Bajo los puntos y las rayas horizontales y verticales que los adornaban se veían sus carnes de momia. Se quejaban a cada paso.

–Es el dolor del olvido. Son los creadores del mundo: Kosménk, el padre; Xálpen, la madre; Keternen, su hijo... Tú, que has sido capaz de convertir tu forma en hoguera, deja que Kosménk te posea. ¡Entrega ahora tu conciencia!

Y Jaime fue dejando de aferrarse a sí mismo y se convirtió en una vulva invisible del tamaño del cielo, para dejarse poseer por el padre, una fuerza ilimitada que lo arrastró fuera del tiempo y del espacio. Entró en la negación absoluta: cayendo como por un pozo negro, donde todo lo que se manifestaba era borrado al instante, atravesando niveles de existencia que se esfumaban, Kosménk rechazaba para, al final, corazón del No infinito, ser la más grande de las afirmaciones. De bondad ilimitada surgió Xálpen, su esposa. Jaime fue disgregado en una nube de gotas ardientes y vino la comprensión: circuló en todas las corrientes del firmamento, de la tierra, del océano, de la savia, de la sangre. Se expandió en una red de ondas, como una inconmensurable araña hecha de espirales. La vida era un laberinto vacío retorcido por un torrente de pasión, Xálpen, el orgasmo continuo... Kosménk eternamente inmóvil en su noche oscura, raíz de todos los soles, de toda luz consciente, padre de Xálpen, se hace amante de ella, para hundirse en la materia, vuelta canto de felicidad, y nacer como su hijo: Keternen, el niño de oro, pan frágil y tierno, que alimenta a quien lo destruye. Keternen, nacido del sacrificio de Kosménk, salvador de la raza humana, creador del nuevo universo, donde nadie se come a nadie y la carne es transparente. Donde todos los seres, convertidos en cometas conscientes, dibujan en el cielo una catedral de fuego... El placer de la Madre es tan intenso que parece dolor, porque el estallido es vertiginoso y no cesa de crecer. Entonces otorga su mayor don, la Muerte, para que todo otra vez regrese a Kosménk...

Jaime se encontró desnudo en el claro del bosque. Tralaf, junto a la roca negra, estaba tocando algo que parecía violín: un arco de hueso estrechado por una sola cuerda de crines trenzadas, que apoyaba contra los incisivos superiores para frotarlo con otro arco igual, haciendo salir del instrumento un llanto entre humano y

divino. Ese sentimiento enorme, Jaime nunca lo había conocido. La caja torácica le latía como si su tronco se hubiera convertido en un solo corazón. Se sintió sin cabeza, degollado. Era una víscera con brazos y patas, nada más. Toda su vida se consideró insensible, emocionalmente muerto, pero ahora se daba cuenta de que había estado adormecido. Ahora se expandía, dando sin cesar. Su espíritu pertenecía a otro mundo, fuera de las formas. Captaba todo como presencias, energías, entidades, que no tenían relación con el tamaño de los cuerpos en los cuales se manifestaban. Un inmenso raulí se le hizo menos significativo que un aguilucho que bajó a posarse en su cabeza rapada. Porque el árbol, anciano, declinaba convertido en un delgado cabello de luz violeta, mientras que el pájaro lanzaba rayos dorados hacia todos los puntos del espacio. Comenzó a vomitar coágulos. El mapuche le sostuvo la cabeza.

–Como el tigre miraste, abriendo a medias los ojos, pero escogiendo los guanacos más gordos. El que se decide a vivir, no vuelve a respirar el aliento de la Muerte. Habiendo pasado la guerra, bailarás mientras tengas corazón. Buen trabajo, *huinca*. Alégrate: regresaste de la zona de los antiguos dioses, ya no serás jamás el mismo. Seguirás luchando, adquiriendo, pero verás desde lejos, porque sabes que todo va cambiando, esfumándose y que cualquier lazo es un engaño.

Cesaron las arcadas y Jaime, con el vientre vacío, sin dolores de cabeza, se sintió descansado, tranquilo, en paz.

–Gracias, Tralaf, tu droga me ha limpiado y enriquecido. Nunca más volveré al circo. Algo misterioso me pide que suba hacia el norte. Que allí, en el extremo del país, me espera mi realización.

Evidentemente que, aprovechando esa magnífica ocasión en la que mi futuro padre se entregaba a la recepción lunar, era yo el que lo incitaba a emprender aquella peregrinación para que me diera otra vez la posibilidad de encarnar... Jaime se vistió, le dio un adiós agradecido al indio y emprendió el camino de regreso. Mientras avanzaba por el estrecho sendero, la selva virgen no le parecía ni oscura ni peligrosa ni extraña. Por primera vez se sentía propietario de la tierra, con raíces tan profundas como las de esos árboles que lo acariciaban con mil diferentes vibraciones. Iba así, gozando de la abertura de sus sentidos, cuando un tremebundo rugido lo hizo detenerse en seco. Frente a él se erguía un puma mostrándole sus

colmillos. Perdiendo la prudencia, giró para emprender una vana carrera. Tropezó con Tralaf.

–¡Así es que el *huinca* pensaba que se iba a ir sin pagarme! –Perdona, amigo, no pensé. Vine sin dinero. –Ya lo sé. Cuando estabas ido, revisé tus bolsillos. ¡Cero! Tampoco encontré una o dos botellas de pisco, como es la costumbre. Tú eres de los que piensan que todo se lo merecen gratis. Que el conocimiento que se les da, uno lo recibe así no más, sin mover un dedo.

–Discúlpame.

–Las disculpas no son intercambio. Yo pasé gran parte de mi vida sufriendo horrores para obtener lo que te di en una sola vez. ¿Si lo recibes gratis, cómo lo vas a valorar? ¿Sabes hasta donde tuve que caminar por las montañas para encontrar esas cortezas que comiste? Trata de cazar una sola sanguijuela. Encuentra la caverna de los antiguos dioses. Una vida no te bastará para lograrlo.

–Calma a tu puma, por favor. Déjame ir, trabajaré unas semanas y vendré luego a darte mis economías.

–Si sabes que tienes que darlo, nunca ganarás dinero. Así son ustedes los *huincas*, odian pagar sus deudas.

–¡Yo no!

–Mientes. Te prestaron la vida y pasas todo el tiempo quejándote porque algún día tendrás que entregarla. ¡Si ahora mismo no me pagas, te echo encima al *nahuelbuta*!

El puma, como para confirmar la amenaza del curandero, avanzó rugiendo hacia Jaime, se paró en las patas traseras y le apoyó sus manazas en los hombros. Con el hocico enorme de la fiera frente a su cara y sus ciento cincuenta kilos de peso, a mi padre le flaquearon las piernas y cayó de rodillas. El mapuche dijo:

–*Tüngn*.

Y el animal retrocedió para echarse a través del sendero, husmeando las matas de maqui. Tralaf sacó de su saco un collar de dientes humanos.

–Me falta una muela para completarlo. Con él seré dueño de mi alma, podré entrar y salir del *huenu*, el lugar de los espíritus que saben. ¡Dame ese diente! Te quedará un hoyo en la encía, así recordarás siempre la libertad que obtuviste.

Jaime, sin contestar, abrió grande la boca. El indio mascó unas hierbas, las escupió hechas pasta, untó con esa materia verde la

base de la muela y luego, amarrándola con una soguilla de pelo, la arrancó de un tirón sin que Jaime, que tenía los ojos cerrados, sufriera. Cuando separó los párpados, ni el puma ni Tralaf estaban ahí.

Regresar le pareció fácil: no tenía más que seguir las huellas que había dejado en el sendero barroso. Por desgracia, comenzó a llover. En poco rato el suelo se convirtió en una extensa charca, borrándose el camino. Cuando cesó el diluvio, una neblina densa oscureció el bosque. Jaime comenzó a avanzar sin saber hacia dónde iba. Caminó durante horas. Un frío glacial le endureció las ropas mojadas. Agotado, temblando, por fin se encontró en una explanada donde se erguía una iglesia. Corrió a pedir refugio. Las tres puertas del ancho pórtico estaban cerradas. También las ventanas. A los costados del edificio de madera, el techo bajaba formando alerones. Se tendió a descansar bajo ellos, en el suelo seco. Durmió profundo. El frío lo despertó. Estaba nevando. Los pies ya casi no los sentía. Si se quedaba allí, moriría helado. Con fuerzas sacadas de la desesperación, hizo saltar a patadas la chapa de la puerta central y entró en la nave. Por el polvo acumulado se veía que hacía mucho tiempo que nadie visitaba ese lugar. Jaime se desvistió y para secarse usó un mantelillo con encajes que estaba sobre el altar de piedra. De pronto se sintió observado. En un rincón, semioculto por la penumbra, lo observaba un sacerdote. Mi padre, desnudo como estaba, ocultando su sexo con las manos, avanzó hacia él para pedirle disculpas. Se encontró ante un San Francisco de hierro, vestido con un traje de lana. Riendo como enajenado, lo despojó de la sotana y se vistió con ella. El tejido lo calentó un poco pero la temperatura siguió bajando. Se puso a registrar la iglesia. En un pequeño armario encontró velas y fósforos. Quebró dos sillas, acumuló sus pedazos sobre el altar e hizo una hoguera. El calor lo amodorró. Se sentó al pie de la cruz que estaba en la pared del fondo y, acompañado por la mirada serena del Cristo de madera, volvió a dormirse. Un ventarrón se coló por la puerta sin chapa e hizo volar las llamas. Se despertó en medio de un incendio. El fuego, ávido, devoraba el templo. Se desplomó la mitad del techo. Entre chispas, llamas y lenguas de humo, casi enceguecido, quién sabe por qué reflejo, en lugar de escapar inmediatamente, Jaime luchó por desclavar la cruz, que con

su Cristo debía pesar unos cincuenta kilos, y, por fin, cargándola sobre su espalda, logró llegar, con leves quemaduras, hasta la explanada. El edificio se consumió entero. Al alba, estaba convertido en un gran rectángulo de ceniza y palos negros. Con la salida del sol, entre un canto atronador de pájaros, vino el calor. Jaime se encontró rapado, vestido de monje franciscano y sin un centavo. Si no quería volver al circo, la única posibilidad que tenía de obtener algún dinero era el crucificado.

–(En cada pueblo hay una iglesia. Cargaré la cruz algunos kilómetros, no más de diez, seguro, y se la entregaré al primer cura que vea, explicándole que la salvé de un incendio causado por un rayo, perdiendo en la heroica hazaña mis ropas, atacadas por las impúdicas llamas, desnudez que me vi obligado a cubrir con la sotana de San Francisco, que por milagro no agarró fuego. Sí, Su Eminencia, todo el dinero que tenía se me hizo cenizas, pero qué importa la miseria si se ha logrado rescatar un Cristo santísimo. Claro que una ayuda de la Madre Iglesia, si es otorgada de buen corazón, no será desdeñada. Y si a esas abundantes monedas o billetes, según sea la respetable voluntad, se agrega un pantalón y un chaleco tejido, quizás también una camiseta para usarla debajo porque la lana pica, junto con un par de zapatos –calcetines no es necesario porque nunca los uso–, mi agradecimiento será sincero y mi fe se solidificará.)

La esperanza le dio ánimos y cargó los cincuenta kilos del gran crucifijo, adoptando sonriente la actitud de Jesús marchando hacia el calvario.

–(Es, después de todo, una posición cómoda. El apoyo de la base en la tierra ayuda bastante. Si uno se mantiene con la columna vertebral derecha no hay de qué hacer tanto drama.) Al cabo de una hora y media de marcha, entró en una aldea. Observó decepcionado que no tenía iglesia. Calculó, por el escaso número de casas, que no vivirían allí más de cuatrocientas personas. Tragó saliva y, transpirando, avanzó paso a paso por la única calle. Los pocos habitantes que estaban frente a sus ventanas lo observaron pasar con la boca abierta. Algunos niños salieron corriendo para seguirlo. Se le acercó una vieja y, después de darle dos papas rellenas con carne, le secó el sudor de la frente.

–¿Señora, hacia dónde lleva este camino? –Va para arriba, hacia

Valdivia, santo penitente. ¿Santo penitente? Lo estaban confundiendo. Mejor seguir el viaje para encontrar rápido una iglesia. Atravesó cuatro pueblos más. En cada uno de ellos le obsequiaron comida y vino. Cuando pasaba, los hombres se quitaban el sombrero y las mujeres lloraban. Al caer la noche, un campesino lo dejó dormir en su establo, preparándole un buen lecho de paja cerca de las vacas. Después de arrodillarse frente a la cruz y rezar, junto con un balde lleno de leche recién ordeñada, le dio un billete arrugado que guardaba en el forro del sombrero.

–Para que cuando llegue al Santuario, encienda unas velas en mi nombre, Juan Godoy.

Se oyó decir un melifluo «Así lo haré, hermano» antes de caer dormido roncando. Partió temprano en la mañana, después de evacuar la diarrea producida por tantas empanadas, frutas, vasos de vino y litros de leche. Al cabo de cuatro horas de camino fácil, por lo descendente, llegó junto al río Llollelhue, que serpenteaba bordeando una pequeña ciudad, La Unión. A lo lejos sobresalía la torre de una iglesia llamando a misa con sus campanas. Mientras cruzaba el puente, se le acercó una señora vestida de negro que llevaba bajo el brazo un canasto lleno de quesos y botellas de chicha.

–Sujéteme el canasto, santo penitente, y permita que, para la salvación de mi alma, le cargue un trecho la cruz. Ayúdeme, que soy una gran pecadora.

Jaime no se hizo de rogar y, mientras la dama pujaba y resoplaba bajo el peso del Cristo, tragó medio litro del zumo azucarado y devoró un queso.

–Tengo que hacer este esfuerzo. A causa de mi temperamento bestial, maté a mi marido. Lo obligaba a labrarme cada noche hasta el alba. Cuando se le reventó el corazón, me escupió un chorro de sangre en la boca, junto con sus dos últimas palabras: «¡Perra caliente!». Yo estaba en medio del orgasmo y me lo cortó. Con esa insatisfacción me he quedado. No la soporto.

–¿Hace cuánto que murió su marido?

–Lo enterré ayer.

Jaime comprendió. La mujer no era fea y, bajo el vestido de luto, el bulto de las nalgas era prometedor. Sin decirse nada más

entraron en un campo de trigo, se dejaron cubrir por las espigas y fornicaron hasta que el sol comenzó a hundirse.

–Tome este dinero, santo penitente. Cuando llegue al Santuario encienda ante la Santa Virgen unos cirios en mi nombre, Guacolda Verdugo.

Era la segunda vez que le decían lo mismo. Preguntó, curioso pero astuto, pasando del usted al tú:

–¿Estás segura de que sabes lo que soy y a dónde voy, Guacolda?

–¿Me tomas por una idiota, Pedrito?

Le había dicho que se llamaba Pedro Araucano por si esa tragona se quedaba preñada e intentaba buscarlo.

–Vestido de monje franciscano y con una cruz al hombro, debes de ser un pecador tremendo. Quizás mataste a tu padre y has hecho la manda de llevar esa pesada cruz, a pie, hasta el Santuario de la Virgen de La Tirana, en el norte grande. Es muy conocida en nuestra región esa penitencia. Varios antes que tú intentaron cumplirla pero el calor del desierto los mató. ¡Mira, Pedrito, aquí tengo un billete más! Si lo quieres, dame la despedida.

Y la viuda lo mantuvo prisionero entre sus poderosos muslos durante una hora y media... Jaime no entró en la ciudad. Decidió esquivarla. Se dio cuenta de que andar rapado, vestido con una sotana y cargando un Cristo crucificado era un buen negocio. Recorrería lentamente los pueblos pequeños alimentado por la gente sencilla y supersticiosa, haciéndose pasar por un pecador arrepentido, y llegaría a Santiago, bien relleno y con un fajo de billetes... Esa noche y todas las siguientes, le fue fácil encontrar dónde dormir. Le bastaba golpear la puerta de cualquier casa e implorar albergue con rostro de mártir. Le daban cama, también cena y, si era una mujer sola, hasta compañía desnuda. Jaime descubrió con sorpresa que la santidad era un atractivo poderoso para las hembras creyentes. Antes de partir, se acostumbró a proponer:

–Si lo desea puedo, al llegar al Santuario, encender unos cirios en su nombre.

Siempre le ponían en la mano un billete cuidadosamente doblado...

Cuando pasó junto a una hacienda, en las proximidades de

Valdivia, vio una cola de camiones cargando campesinos. Todos venían, a falta de ropas domingueras, peinados y con un pañuelito limpio alrededor del cuello. Antes de subirlos en las plataformas, unos fortachones bien vestidos les daban una caja de cartón adornada con un retrato del candidato a la presidencia, don Luis Barros Borgoño. Jaime se inclinó agobiado, puso cara trágica y avanzó quejándose como si un centurión invisible le fuera dando chicotazos. Los choferes, los repartidores de cajas y los peones se santiguaron. Un gordo elegante corrió detrás de él y, ayudándolo a quitarse la cruz de encima, le pasó una caja de cartón.

–Rece por nosotros, santo penitente, ahora mismo, que Dios lo escuchará mejor que a nadie. ¡Hoy es la votación nacional y nuestro candidato tiene que ganar!

Jaime se puso de rodillas, juntó las manos y, como no se sabía ninguna oración, masculló las tablas de multiplicar. Trató de persignarse: se tocó el vientre, luego la cabeza, el costado derecho y por último el corazón. No se le ocurrió besarse los dedos. Como lo miraron raro, dijo:

–Todo lo que digo o hago no viene de mí. Dios me ha vuelto loco para separarme de los hombres pecadores y hacerme su esclavo. No traten de comprender. El caracol también es una rosa.

Se quedaron lelos. Jaime siguió su camino hacia Valdivia. En la caja había medio pollo, medio litro de vino, media barra de chocolate, medio paquete de cigarrillos y un billete de cinco pesos. ¡Qué poco valía un voto! Le dio tristeza pensar en esos ignorantes, acarreados como ovejas, vendiendo su libertad por una paga miserable. Pasó delante de la entrada de otro fundo. Volvió a ver una fila de camiones cargando campesinos. Cohechadores similares a los primeros también repartían cajas. Lo único que cambiaba era el retrato del candidato: ahora se trataba de don Arturo Alessandri Palma.

Mi padre fingió que tropezaba, cayó de rodillas y, con lágrimas de cocodrilo, comenzó a mascullar la tabla del cinco, que era la que se sabía mejor. Esperó a que todos se persignaran y observó con atención los movimientos para no equivocarse esta vez. Hizo el signo de la cruz y, tratando de mejorar el negocio, gritó:

–¡Viva Cristo rey!

Respondieron desgañitándose:

–¡Vivaaa!

Agregó entonces:

–¡Viva el León de Tarapacá, nuestro futuro presidente Alessandri!

El viva colectivo que siguió fue menos entusiasta pero más profesional. A pesar de sus esfuerzos, le dieron una caja y nada más, pidiéndole que implorara por el triunfo. Después, lo ayudaron a echarse el Cristo sobre los hombros. Caminó un par de kilómetros y se sentó a descansar bajo un sauce junto al río. Pasaban por el cielo majestuosas nubes blancas, las flores silvestres ofrecían sus néctares a los insectos golosos, los pájaros cantaban celebrando los primeros calores de la primavera y el murmullo del agua contaminaba con su paz al mundo. Jaime abrió la caja del candidato de la burguesía intransigente y también la del candidato de la Alianza Liberal. Tanto Barros Borgoño como Alessandri ofrecían igual menú e idéntica miserable cantidad de dinero. Era evidente que los víveres provenían de un mismo vendedor de cocaví al por mayor. Jaime, por puro humor, pegó las mitades de pollo. ¡Encajaban perfectamente! ¡Un asombroso azar! Le habían tocado las dos partes del mismo animal. En sus manos tenía la tan buscada unión nacional. Trató de hacer coincidir las medias barras de chocolate pero no le resultó. Se sintió algo decepcionado. Hubiera sido fantástico que coincidieran también. Ahí sí que estaría obligado a creer en los milagros. En fin, se conformó con haber completado el cadáver del ave. Decidió no comérsela, sino darle una digna sepultura. Estaba al borde del camino cavando un hoyo cuando pasaron en fila india los camiones de los dos partidos. Un gusano demente infectando la calma con sus gritos de falso entusiasmo:

–¡Arriba don Luis! ¡Abajo! ¡Viva don Arturo! ¡Muera! Cuando volvió la paz y la cola de polvo que dejaron los camiones se hubo disuelto, Jaime abrió los medios litros y bebió de los dos golletes al mismo tiempo... Después se metió las dos medias barras de chocolate en la boca y, con los carrillos hinchados, prendió los veinte cigarrillos para fumarlos al mismo tiempo. Luego vomitó, cagó y se limpió el trasero con los dos billetes de cinco pesos. Le dieron ganas de dormir y nunca despertar. Hiciese lo que hiciese, buscara lo que buscara, encontrara lo que encontrase, siempre acabaría sin raíces, viviendo en alguna parte entre el cielo y la

tierra. A pesar de que creía firmemente que tener nacionalidad era estar enfermo, que llegar al patriotismo era también llegar a la caricatura, que incrustar fronteras en la tierra era una blasfemia, que hablar un solo idioma era una forma de debilidad mental, ansió con desesperación adquirir esos límites. Jodorowsky. ¡Qué apellido tan espantoso le había tocado! Jodo, joder, fastidiar en alto grado, practicar el coito, robar, andar de mala suerte. A partir de ese momento únicamente usaría su nombre, a secas, Jaime. Por lo menos en francés y metiéndole un apóstrofe daba J'aime. Yo amo. ¿Amo? ¿Amé? ¿Amaré? ¿Qué es eso? ¿De qué concepto sin base real le hablaban? Nombrando, sólo se crea una cosa: una palabra nueva, tan hueca como las antiguas, otra ilusión. Le dieron ganas de llamar al Rebe. Se contuvo.

–(Si le doy mucha importancia, ese engendro acabará invadiéndome la mente como lo hizo con mi padre. ¿Por qué deseo verlo? ¿Para que me analice esta mascarada política? No me dirá nada nuevo. Tanto la oligarquía terrateniente, burguesa, como la Alianza Liberal de la clase media, temen el desarrollo independiente del proletariado, porque puede desembocar en una revolución. Alessandri, demagogo astuto, acaudillará a las masas populares, prometiéndoles el oro y el moro, para subordinarlas a los intereses económicos de la burguesía. Y los rotos inmaduros venderán sus derechos por un plato de lentejas... El hábito hace al monje y las palabras sustituyen a la realidad. Este crucifijo, que me proporciona una opípara vida sólo por acarrearlo, es otra falsedad. ¿Por qué lo esculpen tan doliente? Un simple faquir puede dormir en un lecho de clavos y atravesarse la carne con agujas sin chistar. ¿Tres o cuatro heridas van a sacarle quejas a un Dios? Absurdo. Le duele, sí, pero es algo soportable. Su situación es como un chiste: lo han condenado a muerte a él, que es inmortal. Allá arriba, el Padre, el Espíritu Santo y los ángeles ríen a carcajadas. Después de la comedia de morir, apenas tres días más tarde, surgirá otra vez, en plena majestad. Que lo claven en una cruz no puede quitarle muchas fuerzas, a él, que de un grito produce un terremoto, raja el velo del templo, paraliza al sol y provoca tal escándalo que los mismos muertos salen de las tumbas a ver qué está pasando. ¿Por qué en las iglesias no se muestra al Cristo luminoso, triunfante? Sería un mal ejemplo para los obreros. Si yo, en lugar de arrastrar

estos cincuenta kilos, anduviera con los brazos abiertos, echando luces, no obtendría billetes, comida y coitos, sino latigazos y laceraciones de culo, por agitador político.)

Le dieron ganas de ir a la ciudad para ver cómo los cohechadores vigilaban a la manada para que votara correctamente. Caminó tambaleándose. Ese vino era puro alcohol. Vio a un viejo, sentado en una piedra del camino.

–Buenos días, santo penitente, que Dios lo perdone y lo ayude. ¿Quiere un pedazo de salchichón?

–No, buen hombre. El Eterno ya me dio mi pan y mi vino cotidiano. Pero, dígame, ¿usted no vota?

–Hubiera querido hacerlo, pero se me enfermó la gallina y por cuidarla llegué tarde al reparto. Los camiones ya habían partido.

–¿Cuáles camiones?

–Cualesquiera. A mí me da lo mismo. Con tal de que me paguen.

–¿Le parece justo?

–Bueno, justo no tanto. Si fuera un billete de diez pesos y un pollo entero, entonces perfecto.

–¿Y por qué no se va a pie a votar?

–¿Gratis? ¡Nunca!

–Mire, mi amigo, yo le compro su voto.

–Le creo. No se puede burlar de mí porque los santos no mienten. ¿Cuánto?

–Venga conmigo. Llegando allá le doy un pollo asado, entero, y los diez pesos que quería. ¿Le parece?

–¡Me parece! ¿Por quién será?

–Luis Emilio Recabarren. Quiero que por lo menos tenga un voto, se lo merece.

Y se fueron a Valdivia. Antes de entrar en la ciudad cruzaron a los camiones que venían de regreso transportando a toda la carga borracha. Cada uno había invertido sus cinco pesos en tinto. Ya no vitoreaban a los candidatos pero gritaban:

–¡Viva mi compadre Lucho! ¡Arriba mi yegua baya! ¡El río

Calle Calle triunfará!

Vigiló que el viejo votara sin traicionarlo. Le compró su pollo, un litro de vino, una barra de chocolate, un paquete de cigarrillos y le entregó el billete de diez pesos. El campesino, de puro gusto, se puso a zapatear una cueca tan agitada que se le cayó su plancha de

dientes. Jaime, asqueado de sí mismo, se fue por en medio de la avenida central, decidido a atravesar la ciudad.

–(Yo también me porto como un farsante. En el fondo ando disfrazado de lo que soy: siempre he vivido como mártir, cargando el peso de una culpa desconocida. Lo único feo es que no puedo ser yo mismo más que disfrazándome. Cuando me quito la máscara, pierdo la identidad. Caminando así, por aquí, arriesgo encontrarme con un cura. Me tratará de ladrón, estafador y profanador, tendrá razón. Me meterán preso. Quizás entre las rejas encuentre mi patria. Nombre: 34735870. Nacionalidad: presidiario. País: cárcel. Sexo: insatisfecho. Señas particulares: mutilado de la fe.)

Se detuvo frente a la iglesia. Estaba cerrada. Se quitó un zapato y lo lanzó contra la puerta con tal fuerza que el ruido del impacto hizo vibrar la campana. Salió un sacerdote con el rostro enrojecido por la furia. Lo observó desde el pórtico. Luego se arremangó la sotana y recogió el zapato. Metió el índice por los agujeros de la suela. Bajó lentamente, balanceándose como un borracho, y se le echó en los brazos convertido en una fuente de mocos y lágrimas. Su llanto era tan desgarrador y su abrazo tan sincero que Jaime, por contagio o vergüenza, lloró también. El fraile se despegó, entró corriendo en la parroquia y volvió con un lavatorio lleno de agua, toallas y jabón. Comenzó a lavarle los pies, murmurando con un marcado acento alemán:

–Así es como yo debería vivir el Cristo. Tantos años que me llama el sacrificio y sigo aferrado a mis deberes. Dándome disculpas para no echarme la cruz al hombro. ¡Tú nos redimes, santo penitente! ¿Si no imitamos a Jesús en su martirio, cómo conoceremos su piedad infinita? Paseando ese crucifijo por los caminos, conviertes a todo el país en templo. Si ahora no puedo abandonar a mis feligreses e irme contigo, por lo menos dame la oportunidad de unirme a tus pasos...

Y el alemán se despojó de sus flamantes botines y los colocó en los pies de Jaime. Cierto es que mi padre ya venía sufriendo por el desgaste de sus suelas y que el nuevo calzado, sólido y fino, fabricado con amor de zapatero beato, le daba vuelo a su esforzado caminar, pero en lugar de alegrarse por ese don, se entristeció. Recordó el rencor que le tenía a su difunto padre. Él también había fabricado un par de zapatos poniendo en la obra su cariño y

Alejandro, en lugar de guardarlos de recuerdo, los vendió a un pulguiento por casi nada. Ahora esos botines, que él consideraba perdidos, le eran devueltos, para que perdonara a su padre, un hombre sediento de santidad, sirviendo al prójimo por amor a la obra divina. ¡Existiese o no el Creador, qué más daba, la ayuda era la misma! Ahora a él le tocaba descubrir el amor gratuito, sin otro futuro que los gusanos de la tumba, sin premios ni arpas ni aureolas ni alas en la espalda. Aunque Dios fuera un invento, la más grande devoción al mundo le era solicitada, así, sin razón ni obligaciones morales, sin mandamientos grabados en la piedra... Mientras Jaime se alejaba de Valdivia, el cura echó a repicar las campanas. Los fieles se asomaron a las ventanas para verlo pasar. Pronto lo siguió un cortejo de por lo menos doscientas personas. Cantaron himnos y le arrojaron flores. Cuando llegó al río y comenzó a atravesar un puente para carretas, sin barandas, agitaron pañuelos dándole una fervorosa despedida. Como la cruz casi le inmovilizaba la cabeza, se torció cuanto pudo, conteniendo el «Soy un cínico de mierda» que le llenaba la boca, para darles la bendición que esperaban. Comenzó a vociferar «En nombre del Padre, del Hijo y del...», pero no pudo terminar porque el tropezón que dio contra un brazo de la cruz lo tiró puente abajo. Cayó sólo tres metros y el agua hizo de colchón, pero el grueso madero le dio un «Cristazo» en una clavícula, zafándosela. La corona de espinas le arañó la frente y, con el rostro bañado en sangre, comenzó a ahogarse. Se le llenaron los pulmones de agua.

Perdió el conocimiento.

Se despertó tarde en la noche, con el hombro vendado, acostado sobre una tumba, en un cementerio. Un caballero de manos callosas le ofreció café caliente en una taza de greda.

–Soy el guardián del camposanto, sepulturero y también, en mis ratos libres, huesero. Arreglo las torceduras, quebraduras, dislocaduras y doy masajes para la tortícolis. Por suerte a usted solamente se le salió el hueso de su sitio. Se le arreglará perfecto. Eleodoro Astudillo, para servirle.

–Muchas gracias, don Eleodoro. ¿Cuánto le debo? –Los santos no pagan. Rece por mí, con eso bastará. –Así lo haré... ¿Me podría decir dónde y con quién aprendió su oficio?

–Aquí lo aprendí y mi maestro se llama don Pepe. ¡Don Pepe, venga para acá!

Un gato gris llegó corriendo por entre las tumbas para frotarse ronroneando contra las piernas del sepulturero.

–Él me lo enseñó todo. Fíjese bien: si usted toca las articulaciones con atención, sin dejarse distraer por ningún pensamiento, comprenderá cómo el animal ha sido armado por el buen Dios. Basta una pequeña presión aquí, otra allá, y unas cuantas más, para desarmarlo. ¿Se fija?

El caballero, sin dolor para don Pepe, le descoyuntó las cuatro patas y el cuello. El felino quedó tirado en el camino de piedrecillas, como una alfombra, ronroneando más aún.

–Igual, cavar tumbas ahora no me cuesta. Antes sí se me hacía difícil y eso que estaba joven. Pero poco a poco me desprendí del orgullo y dejé que la tierra fuese mi maestra. Ella me mostró sus durezas, sus blanduras, sus vacíos... Si uno se fija bien dónde y en qué forma coloca la pala, el suelo se abre y entra como en mantequilla.

En unos cuantos segundos volvió a ajustar el cuello y las patas del gato. El animalito se alejó corriendo en pos de una mariposa nocturna.

–¿Usted comprende el lenguaje de las cosas? Fíjese bien en ese pequeño refugio.

Jaime se dio cuenta de que don Eleodoro estaba teniendo un placer grande de hablar con él. Quizás era la primera noche en muchos años que estaba así acompañado, bebiendo café bajo la luz de la luna. Miró en la dirección que el dedo nudoso le indicaba. En el extremo de una rama, brillaba un nido.

–¿Qué le dice?

–Se ve bonito, como un fruto mágico.

–Puede ser cierto, pero eso es lo que usted crea: bonito o feo viene de usted, no del nido. La verdad es que esa casita está construida en el extremo de una rama frágil. El pájaro ha calculado por instinto el peso de los tallos que se entrecruzan y el de los pajarillos que anidan, para construir su obra en el límite de lo soportable. Un gramo más y la rama se quiebra o se inclina haciendo caer los pollos. Si construye el abrigo en una rama gruesa, segura, vendrán los gatos a devorarlo todo. Así, ningún felino se

atreve a acercarse. Yo, entonces, comprendo que a veces no es bueno buscar la seguridad, porque conduce a la muerte. Y que es mejor vivir en lo incierto... Pero usted sabe estas cosas porque es santo. Trabajo le ha costado llegar a purificarse el alma. Lo vi en su cuerpo. Le han dado golpes, quebrado costillas. Ha tenido que luchar contra muchas voluntades. Siente que sus padres no lo han querido como debía ser. Todo eso le pesa más que el Cristo y su cruz. Si quiere lo aliviano. La memoria es como un corsé. Los recuerdos se van pegando al pecho, a la espalda, por toda la piel, y van formando una costra invisible que lo separa del mundo.

El sepulturero lo desvistió y con un cuchillo de hueso comenzó a rasparlo, centímetro por centímetro, con intensa dedicación, como si a cada parte de su piel tuviera que arrancarle una etiqueta pegada con cola. Comenzó por las plantas de los pies, apoyando el raspador con gestos tan precisos que no le hizo cosquillas, para subir, pasado por las piernas, el sexo y el ano, hasta el pecho y la espalda, sin olvidar los brazos, el cuello, y por fin la cabeza entera. Cuando terminó, el alba estaba llegando. Como don Eleodoro le había deshecho el vendaje para que ninguna parte del cuerpo quedara sin raspar, tenía un dolor en el hombro que se le hacía leve por la alegría que el resto del cuerpo le proporcionaba. Sentía que le habían quitado de encima tantos años de sufrimiento. Su organismo respiraba como un gran pulmón. Cada poro, convertido en boca diminuta, cantaba un himno a la libertad. Le habían extirpado los miedos: a morir, a enfermarse, a ser abandonado, a ser invadido, a fracasar, a perder, a sufrir, a aburrirse, a no tener significado, a pasar desapercibido, a envejecer. Por primera vez gozó de su materia y la carne ya no fue un verdugo aliado al Tiempo quitándole la vida a pequeños mordiscos con sus segundos, sino un jardín paradisíaco donde su espíritu danzaba como un ángel sin forma.

–Mi amigo, santo penitente, en esta región hay muchos curanderos que se dicen brujos. Le van a ofrecer plantas que dan visiones y lo llevan a otros niveles de la realidad. Para mí, ver las cosas tal como son, unidas, no separadas, eso es el milagro.

¿Tiene sueño?

–Un poco. No hemos dormido en toda la noche. –Haga un esfuerzo. Acompáñeme. En medio del campo hay un manzano

solitario. Si sabemos verlo, nos hablará de este plano, que es tan maravilloso como una de esas alucinaciones. Lo condujo fuera del cementerio. A la entrada estaba la cruz, de pie, en un nicho del alto muro. El Cristo se veía tan bien que parecía haber sido tallado para ese sitio, como el mascarón de proa de un navío tripulado por todos los difuntos. Recorrieron un sendero bordeado de matas de lavanda, purificando el aire con su perfume dulce. En medio de un campo de tierra oscura, casi negra, crecía un árbol frondoso cuajado de manzanas amarillas convertidas en oro por los rayos del sol naciente.

–¿Qué ve?

–Un árbol con muchas manzanas maduras y brillantes.

–¿Sólo eso?

–No puedo decir que sea bello o feo porque vendría de mí.

–No mire con los ojos sino con el espíritu.

–Mi espíritu me dice que esas frutas están muy dulces y mi estómago oye sus razones.

–Como usted se siente medio ciego, no le hace frente al toro y se pone a jugar. Debería mejor bailar. Aquí todo está bailando, desde las estrellas hasta la más pequeña mota de tierra. Dése cuenta: el árbol, clavado en el planeta, gira con él alrededor del sol. Cada manzana, de acuerdo con su posición, recibe los rayos de manera diferente. Unas, las que cuelgan del lado de la salida del astro, serán bañadas por una luz joven que irá de la debilidad a la fuerza; otras, que dan al ocaso, recibirán una luz envejecida que irá de la fuerza a la debilidad. Las que crecen en lo alto de la copa, estarán alimentadas por una luz madura, vertical, corta pero siempre intensa. Cada manzana es diferente porque durante su crecimiento recibe el sol de otra manera. Ninguna tiene el mismo gusto, unas son amigas de la mañana, otras de la tarde y unas pocas del mediodía. Pero hay una manzana, la más alta y central, en comunicación intensa con el cenit, que es la reina...

El sepulturero alargó un brazo y cortó una manzana. Luego, con asombrosa agilidad, trepó hasta lo alto del árbol para cortar otra.

–Muerda una de abajo. Ahora coma un pedazo de ésta, la reina, y compare.

La primera fruta, fresca, de pulpa dura y azucarada, le pareció deliciosa. Mordió la otra: lo embargó una fuerza concentrada,

vibrante, inquebrantable. La carne tensa y jugosa, como cristal dulce, crujía melodiosamente. Al disolverse en jugo, ácido benigno, penetraba al instante a través de la lengua, en el río de la sangre, que se calentaba dándole una fiebre eufórica. Al terminar de comer esa manzana sintió que la vida se le había prolongado.

–Yo creo que nosotros somos iguales que los árboles: ante cada situación nos crecen mil gestos. Hay que preferir entonces el gesto rey, el que está más cerca del principio vital. Y hacer ése y no los otros. Pero nunca despreciándolos. Ellos son la fuerza que hay detrás de cada realización... Bueno, lo dejaré dormir. Métase en esta fosa, le he colocado una frazada. Tendrá que acostumbrarse a este lecho hondo, no tengo otro que ofrecerle.

Jaime se dejó caer en el fondo de la fosa y, acunado por el olor agridulce de la tierra, se durmió. Soñó que estaba en los brazos de una hembra morena. Entre sus dos cuerpos desnudos notó que había una gran cantidad de jalea blanca. «¿Qué es esto?», le preguntó a la mujer. «No te preocupes, es mi crema para depilar.» «A ti te gusta perder el vello, pero yo, que soy un hombre, lo siento como una catástrofe.» Se angustió un instante, luego le dijo: «Frótame con ella la espalda. Tengo los omóplatos cubiertos de pelos. Cuando se caigan, podrán crecerme dos alas». Mi padre despertó lleno de energía y emergió de la tumba como un recién nacido. El sepulturero lo esperaba para ofrecerle un par de huevos fritos, un pan y una taza de café.

–No podrá cargar la cruz durante tres semanas, amigo. ¿Qué va a hacer? Aquí no se puede quedar: vendrá a verlo una multitud para pedirle milagros. En el fervor, pisotearán las tumbas y las plantas. Quizás alguno de esos creyentes le prestará un cuarto. Yo, mientras tanto, puedo guardarle su Cristo.

Cuando se mejore emprenderá otra vez el camino de la penitencia...

–Tengo otros planes, don Eleodoro. Tomaré el tren e iré a visitar a mi hermano, en Santiago.

–Con esa sotana y sin cruz, se verá raro. Le voy a desvestir un muerto. Está fresco. Lo enterré ayer. Un vendedor viajero, sin parientes ni amigos.

Al cabo de media hora volvió con un terno de un verde brillante exagerado, más una camisa y unos zapatos.

–Espero que no le moleste el color. Con el uso se pondrá menos llamativo.

–A perro regalado no se le miran los colmillos. Muchas gracias. Los zapatos eso sí no se los voy a aceptar. Prefiero conservar estos botines. Le agradezco también todo lo que me ha enseñado.

–El maestro no soy yo, es el cementerio, que lo sabe todo. Tengo la muerte tan cerca que veo la vida por todos lados. Cuando usted crea que está sufriendo, mírese en un espejo y recuerde de dónde viene su traje. Aquello le dará ánimos... Adiós, amigo. Fue bueno hablar con un hombre vivo.

En la estación de trenes, Jaime compró un periódico: los dos principales candidatos se atribuían el triunfo. Buscó los detalles de la votación: en Valdivia, Luis Barros Borgoño había obtenido dos mil quinientos votos, Arturo Alessandri Palma otros dos mil quinientos votos y Recabarren uno. Jaime subió al tren orgulloso de ser la causa de ese apoyo solitario.

El vagón de tercera clase estaba repleto de gente pobre que viajaba con bultos, canastos, perros y gallinas. La aparición del gringo con su traje verde loro produjo un zumbar de risillas, pero bastó un carraspeo desafiante de mi padre para hacerlo cesar. La barba negra y el pelo corto le daban un aire feroz. Atemorizados, le hicieron sitio junto a una anciana y pronto el chacachaca de las ruedas de acero lo durmió:

Estaba observando, desde la ventana de un edificio en construcción, el patio de una escuela donde un profesor le enseñaba a sus alumnos cómo manipular objetos invisibles. Se daba cuenta de que la técnica del maestro era imperfecta y que suplía su imprecisión por una confusa rapidez de gestos. De pronto los alumnos alzaban la vista y lo miraban pidiendo ayuda. Él, desde lo alto, impasible, lento y preciso, con técnica impecable, manipulaba un objeto invisible para indicarles cómo se debía proceder en esos casos. El profesor abandonaba su curso y entraba en el edificio para trepar las precarias escaleras y llegar al séptimo piso. Apretando sus labios morados le señalaba con el índice el bolsillo del corazón y le pedía un lema de cuatro palabras para bordarlo allí. Él le decía: «Permanente impermanencia, nada individual». A pesar de la cara de admiración del maestro, se decía: «De todas maneras le tengo

que enseñar la técnica de la perfecta manipulación de objetos invisibles». Un frenazo agudo lo hizo despertar. El tren se había detenido en una pequeña estación rodeada de viñedos. Por la puerta de un extremo, subieron tres soldados ebrios, cada uno con una botella llena bajo la axila izquierda y otra casi vacía en la mano derecha. Sus tragos eran tan largos como las risotadas. Por el otro extremo entró un hombre pequeño con la espalda deformada por una enorme joroba, cargando un saco blanco. Cuando partió el tren, hundió las manos en su bulto y las extrajo llenas de huevos. Con voz aguda se puso a gritar:

–¡A los buenos huevos duros! ¡Por cada travesura de gallo que me compre le regalo un paquetillo de sal!

El rostro lampiño del jorobado tenía algo de mujer y su voz temblaba como el cacareo de las gallinas. Los soldados, dando codazos, se abrieron paso hasta él, le arrebataron el saco blanco y comenzaron a devorar los huevos, con tanta gula que los engulleron sin quitarles la cáscara. En pocos momentos tragaron tres docenas, toda la mercancía. Volvieron, vaciando su segunda botella, al banco que les servía de cama y urinario. El contrahecho los persiguió exigiendo su pago. Los milicos lo tomaron de una pierna y lo alzaron cabeza abajo sacudiéndolo.

–¡Vacía la panza de tu espalda, la debes traer llena de huevos!

Entusiasmados con su juego, comenzaron a azotarle la cabeza contra el piso, con la firme intención de partírsela. «¡Alto ahí!», gritó Jaime, sin habérselo propuesto. El rugido de indignación le salió solo, como también los gestos que lo siguieron: dando un salto felino, pasó por sobre la cabeza de los pasajeros, cayó en medio del pasillo, con otro salto llegó junto a los brutos y, usando el brazo que le quedaba sano, les propinó violentos puñetazos en la boca. Saltaron dientes. Luego les vapuleó el pecho y los costados haciéndolos caer entre las bancas y por fin les pateó la cabeza hasta dejarlos desmayados bañados en sangre. Al salir de su furia, se encontró con el jorobado en los brazos, dándole, entre sollozos y risas de triunfo, incesantes gracias.

–Oiga señor, no tiene nada que agradecerme. Lo que pasa es que no me gustan los abusos, eso es todo. No los ataqué para defenderlo a usted sino para defender una idea.

–Será lo que usted quiera, pero la verdad es que me salvó la

vida. Les pegó a los tres con un solo puño. Se ve a la legua que es boxeador, y de los buenos. Lástima que Dios no me diera su cuerpo, así podría trabajar tranquilo. ¿Si me perdona la curiosidad, podría decirme hacia dónde viaja usted?

–Voy a Santiago, pero tengo que bajarme en Rancagua. No me alcanzó el dinero para ir más lejos.

–¡Mire qué casualidad! Yo vivo en Rancagua y si anda con los bolsillos vacíos, modesto como me ve, yo puedo ofrecerle un trabajo...

En una cuesta empinada, aprovechando la poca velocidad del tren, se bajaron sobre la marcha para evitar represalias del ejército. Por suerte estaban a sólo dos días de marcha de la ciudad y el gibado, que se llamaba Jesús de la Cruz, acortó el camino cantando hermosas tonadas con su voz de tenor.

–Bueno, como mi nombre lo dice, soy una víctima clavada en la cruz de su joroba. Un bulto así es muy difícil de cargar. Cuando paso por las cantinas para vender mis huevos duros, los borrachos siempre acaban por golpearme. Los comprendo. Ellos mismos, obreros, campesinos, mineros, son víctimas constantes de la injusticia de los patrones. Sobre mí descargan la rabia acumulada. Poseo un organillo alemán que tiene veinte bonitas melodías. Yo puedo cantar mientras le doy vueltas a la manivela y luego vender plátanos y huevos. Usted que es tan fuerte, disfrazado de gorila, tengo un traje que encontré tirado en la basura después del carnaval, podrá protegerme. A muchos organilleros los acompaña un pequeño macaco que hace la colecta con un tarrito, el mío será uno más grande. Confiese que la idea es buena, amigo. Con la máscara, nadie lo reconocerá y, al cabo de poco tiempo, dividiremos las ganancias en dos partes iguales, ahorrará lo bastante para comprar el pasaje a Santiago.

A Jaime no le sorprendió que el destino lo convirtiera en hombre mono. Su madre se había enamorado de uno y quizás para él era bueno identificarse con una forma simiesca que, de manera indirecta, le daría la sensación de recibir el cariño maternal que le faltara.

Mientras tanto, los dos candidatos a Presidente, después de atribuirse ambos el triunfo, se acusaron de fraude. En medio de una agitación popular, con amenaza de intervención militar, la elección

fue resuelta por un tribunal de honor, que otorgó el mando a Alessandri.

Mi padre vivió un año sumergido en el disfraz de gorila, visitando bares, cantinas y restaurantes, todas las noches de la semana. Al comienzo tuvo que partirle la cara a unos cuantos beodos, para que comprendieran que debían respetar al jorobado, después la tarea se le hizo fácil. Todos querían estrecharle la mano o darle un abrazo, sonrientes como niños. Por puro aburrimiento, de pronto, le tomó a un cliente un pañuelo del bolsillo y se puso a bailar cueca. Estalló un palmoteo general y muchos quisieron acompañar al gorila dando intensos taconeos. Jesús vendió toda su mercancía.

Durante el día, mi padre no se quitaba el disfraz y, sentado en la plaza central, divertía a los niños. Le hacía un bien enorme vivir anónimo, dentro de una caparazón peluda. Necesitaba perderse, descubrir el punto cero. Muy en el fondo de su alma, no creía en nada. Se sentía inmensamente separado. Lo habían dejado caer en un mundo lleno de puertas cerradas sin darle llaves. Le buscaba significado a la existencia encontrando siempre que nada valía la pena. Oculto dentro del simio, como en un horno alquímico, se iba disolviendo, convirtiéndose en un espíritu informe, sin personalidad, sin definición, sin valores que afirmar, libre de modelos, de amarras. Dejaba de ser un gringo. Un mono falso era más aceptado que un inmigrante ruso. Se propuso, así vestido y sin quitarse la máscara, conquistarse una mujer. ¿Por qué una? ¡Varias! Las armas de seducción eran sus ojos, sus manos desnudas, su voz y una fuerza interior que, atravesando la piel animalesca, lo rodeaba de una aureola erótica que las mujeres casadas, sus víctimas preferidas, percibían como ondas azul-verdosas. Entre tres y cinco de la tarde, hora en que esas damas preparaban la cena y sus maridos estaban lejos trabajando, lograba fácilmente poseerlas en cualquier rincón de la cocina. A ellas les convenía no saber su nombre ni conocer su cara. Se entregaban al placer puro sin establecer ligaduras, libres de toda culpa. Al terminar el acto, le pasaban un billete o un cucurucho con flores y alimentos. Estas relaciones impersonales le permitían a mi padre conocer la raíz del placer, un goce brutal, misterioso e impúdico, donde cada hembra

mostraba su calentura básica. Él no existía y la máscara, otorgándole calidad de espejo, lo transformaba en el macho ideal que cada mujer llevaba dentro. Cada una de ellas lo moldeaba para hacerlo una excrecencia de sus propias carnes y así poseerse a ellas mismas. Jaime sabía que estaba caminando por donde no era para llegar a ser.

Una mañana, Jesús de la Cruz lo despertó muy excitado: –Jaime, hoy podrás quitarte el traje de mono y ponerte el de loro. Es decir, vestirte de ciudadano normal, aunque de color gritón. Vamos a ir a una manifestación obrera. La ciudad está llena de pacos. ¡Viene Recabarren!

–¿Qué? ¿Recabarren?

–¡Sí, Recabarren, tu ídolo! Es el Primer Congreso del Partido Comunista de Chile. Van a adherir oficialmente a la Internacional Comunista con sede en Moscú. Dentro de ese gorila y culebreando por todos lados no te has enterado de nada. El líder ha salido de la cárcel, ha sido elegido diputado y se le han abierto las puertas del Congreso. Ahora va a ser difícil atajarlo. Esta noche, seguro, no habrá apaleo, a pesar de que han pegado papeles por todas las calles que dicen «¡Con cuerpo y alma seremos rojos!».

–¿Pero por qué se reúnen aquí, en Rancagua?

–Debe de ser porque es grande el campesinado y también muchos trabajadores pueden bajar de la mina de cobre El Teniente. Ya están llegando, pacíficos, con sus trajes domingueros. Es uno de los acontecimientos de mayor trascendencia en la historia de Chile, dicen.

–Dicen... Dicen... ¿Quién mierdas dice? ¡Pura publicidad! Jaime, sin saber por qué, se levantó de mal humor. Había algo que le molestaba profundamente, un presagio negativo que surgía de los cimientos de esa ciudad con su trazado típico español, formada de ocho por ocho manzanas y una plaza en el centro. Las calles circundantes no salían por la esquina del arbolado rectángulo, sino del medio de cada uno de sus lados. Allí habían muerto, derrotados, quizás traicionados, mil quinientos patriotas. Todo eso le daba mala espina. Caminó hasta la iglesia, se sentó en un banco e imitando que rezaba llamó al Rebe, que no tardó en llegar. Jaime, tratándolo con frialdad pero cortés, le expuso la situación. Recibió la respuesta que temía oír:

–Tienes razón de preocuparte. Nunca hay que despreciar los símbolos. La Plaza de los Héroes está en medio de cuatro caminos que forman una cruz. Para una civilización católica eso significa martirio. En 1814, Bernardo O'Higgins-Cristo ocupa la plaza para detener al ejército español que avanza desde el sur en pos de la capital. Juan José Carrera-Judas, a dos leguas de allí, permanece con un destacamento de caballería a fin de acudir en ayuda del grueso del ejército cuando se solicite su auxilio. Cosa que no hace por razones que nadie ha podido dilucidar. Atacada por cuatro puntos, la infantería es diezmada, sin que se rinda. El héroe no se deja crucificar y en una feroz embestida se abre paso para huir del desastre. El motivo del cruel sacrificio: una confianza ingenua en un mal aliado. A ti que, como todos los chilenos, te sabes de memoria esta batalla, te inquieta ver que Recabarren, sin darse cuenta, esté reproduciendo el mismo esquema desastroso. Al fundar el Partido Comunista en Rancagua expresa que, en el fondo, se prepara a la traición y la derrota. Él, un espíritu justo, redentor, canal humano del Padre Supremo, Lenin, será mal juzgado, comprendido por pocos o por ninguno, verá masacrar a su alrededor al pueblo, sus triunfos serán fugas tácticas y, sufrimiento mayor, será dejado solo en la adversidad, abandonado hasta de su guía. *«Eloi, Eloi, ¿lama sabactani?»*

–Bueno, ya me dijo lo que necesitaba oír: Recabarren nunca debería dar a luz a su partido en esta ciudad de héroes derrotados... Ahora, váyase. ¡Basta de alucinaciones por hoy!

Y con el mal humor transformado en furia volvió al cubículo que compartía con el jorobado. Se rasuró, se cortó el pelo y se puso el terno verde. Jesús de la Cruz parecía niño que va al circo. Le mostró a Jaime, con aires de complicidad, un paquete de chocolates y pastillas de menta. Lucía una camiseta que tenía bordado en la espalda un cerro de la cordillera. Sus huevos duros los había teñido de rojo.

Una gran multitud trataba de entrar en el salón de conferencias de la Municipalidad. Mineros y campesinos se amontonaban afuera, en orden, sabiendo que el anfiteatro estaba archicompleto. Cuando oían un estallido de aplausos, ellos también batían palmas y vitoreaban sin saber a causa de qué. Atravesar ese mar quieto y

denso les tomó una hora. Lograron infiltrarse con el pretexto de llevar comida para los congresales. Cuando lograron penetrar en la sala, Recabarren estaba haciendo uso de la palabra. No había en su aspecto nada de extraordinario. Era un hombre sereno, con el rostro afeitado y las sienes canosas. Sus ademanes, modestos y afables. Su voz, sin trémolos oratorios, llana, directa, común, pero poseída de una convicción tan profunda que electrizaba. Sus palabras llegaban directo al corazón de los correligionarios, sin necesidad de gritos o aspavientos:

–Camaradas... sin la sangre de los miles de mártires obreros derramada cruelmente por las clases explotadoras en las feroces represiones que han tenido lugar desde 1900 hasta hoy, 1922... sin la lucha antiimperialista sostenida durante años por elementos patriotas... difícilmente se hubieran dado en Chile condiciones para que nuestro sueño se hiciera realidad. Nace el Partido Comunista asimilando la ideología que corresponde al proletariado: el marxismo-leninismo. Nace llevando muy en alto la bandera roja, emblema que sintetiza los ideales más nobles, las aspiraciones más puras, las visiones más sublimes de quienes han anhelado construir una humanidad mejor, una sociedad más perfecta, más humana, que libere definitivamente al hombre de la explotación, que suprima la necesidad, que extinga las angustias de la inseguridad, que rasgue todos los velos de la ignorancia y que instaure el reino de la felicidad...

Jaime, a pesar de la pena que la pureza de ese hombre le daba, luchando por ideales que manifestaban su inmenso amor a la humanidad y que lo conducirían, al chocar contra la perversidad innata del hombre, a un martirio, se encontró aplaudiendo y dando gritos de triunfo, galvanizado como los otros. Recabarren, sin ningún miedo, leía una declaración de principios, atacando la estructura jurídica, política y económica de la sociedad, llamando a la lucha de clases para instaurar, por medio de la revolución proletaria, un gobierno comunista. Como medida esencial de ese programa, anunciaba la fundación de un periódico que sería el órgano del Comité Ejecutivo Nacional. Una orquesta de instrumentos metálicos, desafinada pero enérgica, interpretó «La Internacional», que fue coreada por todos los asistentes bajo un agitar de estandartes rojos. Recabarren, no queriendo ser centro del

fervor popular, se eclipsó entre los congresales, pero muchos obreros comenzaron a gritar «¡Recabarren!», y tuvo que presentarse para recibir, abriendo los brazos (como un crucificado, pensó Jaime), las vibrantes ovaciones.

Mi padre, disuelto entre esa masa entusiasta, trató de acercarse al político que admiraba y compadecía tanto, no con la esperanza de hablarle –muchos anillos de camaradas lo rodeaban haciéndole incesantes comentarios, tratando de obtener de sus labios una frase que fuera un recuerdo personal–, sino para obtener el contacto energético de su invisible aura. Logró llegar a unos cinco metros de la meta y se sintió contento. Podía ver subir y bajar el pecho del hombre histórico; quizás tendría la suerte de que sus ojos, que pertenecían desde ya a la leyenda, se posaran un instante en los suyos. Con una sorpresa que casi lo paralizó, oyó al líder decirle:

–Usted, joven, el del traje verde, acérquese.

Inmediatamente los cuerpos se separaron abriéndole un estrecho sendero. Como sumergido en un sueño, con el palpitar intenso del corazón que asiste a un milagro, avanzó hacia Recabarren. Éste le dio un apretón de mano y lo invitó a seguirlo hacia una oficina privada donde iba a descansar.

–(¿Habrá visto que estoy habitado por un engendro judío? ¿Ha reconocido en mí el rostro de Teresa? ¡No es posible que yo, entre los miles de exaltados, le pueda interesar! O quizás si... Es un ser extraordinario, debe percibir distinto, vernos el interior, saber la calidad de nuestras almas. Siempre he sabido que soy grande, que mi espíritu secreto es puro como un diamante y que tengo la fuerza de mover montañas. Si organiza un ejército obrero y me da el mando, no perderé una sola batalla. Nada de Rancaguas conmigo. ¡Demoleré hasta las ruinas de este capitalismo infecto y, sin piedad, le cortaré todas las cabezas al dragón!)

Recabarren lo observó con calma, le ofreció un poco de té en el vaso de un termo, y le preguntó:

–Dígame, joven, ¿dónde compró ese traje? Jaime cayó de sus delirios de grandeza a la pequeñez de un mojón.

–Para decirle la verdad, no lo compré. Me lo regaló un sepulturero. Pertenecía a un difunto que no tenía amigos ni familiares.

–Familiares tenía, por lo menos uno, yo. Vicente era mi tío, vendedor ambulante de ropa, se fabricó él mismo ese terno con la tela de la colcha de la cama de su mamá. Hacía meses que no tenía noticias suyas... Así es que murió, el pobre. Siempre fue un solterón, muy discreto. Cuando murió mi abuela, envenenó a los treinta gatos que vivían con ellos, era el hijo único de esa viuda recalcitrante, y la enterró sobre un colchón de felinos. Como usted ve, gracias a su ropa tan brillante, somos casi de la misma familia. Además, le toca una herencia. Descosa las hombreras: Vicente siempre escondía allí algunos billetes doblados, en caso de urgencia.

–Muchas gracias. Así lo haré don Luis Emilio.

–¿Cómo se llama usted?

–Jaime Jodorowsky, para servirle.

–Raro apellido. ¿Polonés?

–Sí, pero mi familia es rusa... Miento... Es judía.

–¿Pero sabe hablar ruso?

–Tengo la suerte de no haberlo olvidado.

–¿Quiere trabajar conmigo?

–¡Por supuesto!

–Mis obligaciones de diputado me obligan a vivir en Santiago. Aquí en esta tarjeta está mi dirección. Tengo un montón de libros rusos, desordenados. Usted me será muy útil. No sólo a mí, sino a toda la clase obrera. Sus traducciones podrán ser publicadas en nuestros diarios. Venga a verme apenas pueda. Pero recuerde: los trenes parten cuando deben y un solo segundo de tardanza nos priva de un largo viaje.

Entre el relleno de algodón de las hombreras, Jaime encontró muchos billetes doblados. Le dio la mitad del dinero a su socio y con la otra parte compró un terno azul marino y un pasaje para Santiago. El jorobado se emborrachó, quemó el disfraz de gorila y comenzó a bombardearlo con huevos pintados de negro. Mi padre tuvo que correr hasta el tren para escapar a su furia. Llegó a la capital un domingo a las seis de la mañana. Cuando entró en el apartamento de Benjamín, éste estaba ya vestido, desayunando.

–¿Qué vienes a hacer aquí? No te necesito para nada. Pasaste casi dos años sin escribir ni preocuparte por la salud de mi madre. Deberías estar avergonzado. Si no fuera porque regresé otra vez a la

divina Poesía, ya habría reventado. Gracias a ella, en estos ríos inmóviles, las muletas de los grandes viajes se han convertido en corceles barrocos. Galopo montado en una ráfaga violeta entre los ojos ancianos de los hombres que reflejan las fórmulas geométricas del desequilibrio del mundo...

–Basta, Benjamín. Deja de recitar con esa voz de diva y dime dónde está Teresa que también es «mi» madre.

–Ha hecho progresos notables. Aunque tiene serios problemas cardiacos, las verdades extraviadas han regresado para alojarse en la arquitectura divina de su demolición.

–¡Me hinchas las bolas con tu palabrería! ¡Explícame claro! –Se ha convertido en una señora amable. Los domingos la dejan salir del manicomio bajo mi custodia. Tenemos un teatrito de títeres y damos funciones en el hospital para niños tuberculosos. ¿Vienes? Hoy estrenamos «El soldado que venció a la muerte». Es un tema tradicional pero yo he reescrito los diálogos. ¡El Arte mantiene vivos los cementerios gracias al juego de sus cadáveres!

En el patio sombrío, lleno de niños amarillosos, vestidos con viejas chaquetas de soldado y mantas grises cubriéndoles la espalda, se erguía el teatrito. Era un biombo azul con el nombre de la compañía: «El Bululú». Una tela donde estaba pintado un castillo medioeval era todo el decorado. Los pequeños enfermos gritaban reclamando el comienzo de la función. Enfermeras severas repartían pelotas de papel crepé llenas de aserrín. Un médico prepotente agitaba una bandera tricolor pidiendo que todos cantaran el himno nacional... Jaime no pudo ver a Teresa. Benjamín lo sentó entre la turbamulta, le dijo: «Ahora tiene que concentrarse, verás a mi madre cuando termine la función. Yo hice las cabezas de los títeres y ella los trajes. El que actúa soy yo, Teresa es mi ayudante. Hacemos una buena pareja», y corrió a esconderse detrás del biombo. Sonó una trompeta de cartón. Apareció la Muerte llevándose a una joven rubia, de cachetes colorados, vestida de novia. La muchacha, luchando para escaparse del abrazo del esqueleto, se inclinó hacia los niños pidiéndoles ayuda:

–No dejen que me lleve... Antes de morir quiero ver a mi novio que es soldado... Él me prometió que volvería de la guerra...

Los enfermitos bombardearon a la Muerte con sus pelotas de

aserrín. Pero ella, lanzando lúgubres carcajadas, estrechó más a la joven. La mano del titiritero, con disimulo, se fue retirando del guante. La novia colgó vacía entre los brazos de la parca... En la parte interior del teatrito, Benjamín tendió su mano izquierda hacia Teresa para que ella le colocara el soldado. Su uniforme se veía sucio y destrozado. Mientras tanto mi tío comenzó a actuar con tres voces. Rió cavernoso, como la Muerte: «¡Eres mía, para siempre!». Exclamó como doncella: «¡No! ¡Socorro! ¡Amor, ven a salvarme!». Gritó con voz romántica de soldado: «¡Novia mía, resiste! ¡Ya vengo llegando!». Teresa comenzó a tambalearse, a punto de caer desmayada. Benjamín susurró:

–Rápido, colócame bien el soldado. ¿Qué te pasa? Mi abuela, ocultando el dolor que le apuñalaba el pecho, terminó con gran trabajo de ponerle el títere.

–No es nada... Un malestar pasajero... Sigue... No te preocupes.

La Muerte abrió el portón del castillo y encerró a la mustia joven dentro. Apareció el soldado.

–¡Vieja Muerte, abre tus ocho patas invisibles y entrégame a mi novia!

–¡Demasiado tarde! Su alma va a disolverse en mariposas blancas.

–¡Nunca! Si ella desaparece me borrarías de todos los espejos. ¡Antes te mataré!

–¿A mí? ¿Quieres cortar una espada con su propio filo?

¡Jaaa ja!

El militar harapiento se trenzó en una pelea feroz con la Muerte. Sable contra guadaña. Teresa, mordiéndose los labios, se desplomó con un dolor insoportable en el corazón. Benjamín, sin dejar de hacer actuar a sus dos muñecos, que batallaron en silencio, bajó la vista para ver dónde había caído su madre.

–Te digo que no te preocupes, hijo... La función tiene que seguir...

–¿Pero...

–Lo que se comienza se termina. Continúa...

–...qué tienes?

–Es este corazón gastado. Mi hora está llegando...

–¡No!

–¡Sigue, te lo ordeno!

En medio del griterío con que los pequeños tuberculosos alentaban a su héroe, el soldado esquivó los guadañazos hundiéndose en el piso invisible, para surgir como resorte, para sorprender a la Muerte por la espalda, y atravesarla con su sable, exclamando orgulloso:

–¡He matado a la Muerte! ¡Aquí estoy, novia mía! ¡Llegué a tiempo!

El héroe, aplaudido a rabiar por su público, agotado por el combate, haciendo un esfuerzo supremo, abrió el portón y entró en el castillo. El escenario se quedó vacío. Los niños preguntaron a sus ceñudas enfermeras si el soldado iba a encontrar viva o muerta a la muchacha. Benjamín, con el soldado en una mano y poniéndose la novia en la otra, se arrodilló al lado de su madre.

–No te vayas, aún te necesito.

–Ya ves que no puedes terminar la función solo. Los niños comenzaron, impacientes, a llamar a los muñecos: –¡Que vengan los novios, los novios, los novios! Benjamín, mientras acomodaba a Teresa en el suelo, gritó con la voz de la joven: «¡Ya vamos!». Luego con la del soldado: «¡Estamos besándonos!». Imitó el ruido de un gran chupetazo y suspiró: «¡Ayyyy!». Estalló una risa general. Teresa se apretó el pecho con las manos abiertas.

–Resistiré hasta el final de la obra. Te queda sólo la danza.

Levántate. ¡Hazlo!

Benjamín, con los ojos llenos de lágrimas, alzó los títeres. El soldado y su novia salieron del castillo. Los niños los acogieron con una calurosa ovación. Él la estrechó entre sus brazos y le dijo, encelado:

–¡Tatúame el pecho! ¡Cúbremelo con llamas!

Y ella le respondió:

–¡En mis labios crecen pequeñas agujas, que para ti lanzan tinta como los calamares!

Y él:

–¡Déjame introducir el Universo entre tus labios!

Y ella:

–¡Tengo pedazos de dioses en el fondo de mi lengua! Las dos cabecitas de cartón se dieron un tremendo beso. Los niños aullaron, histéricos. Los novios se separaron y cayeron sobre el borde del escenario, agotados, jadeando. Bruscamente se alzaron y se dieron

otro intenso beso que los hizo girar y rodar. Más aullidos. Risas... Comenzaron a danzar un vals:

–¡Hemos vencido a la Muerte! ¡Niños, repitan con nosotros!

Y el público de enfermos, como un solo actor, exclamó:

–¡Hemos vencido a la Muerte!

–¡Ahora, juntos para siempre!

Cayó el telón. Jaime esperó que los tuberculosos evacuaran el patio sin saber que, detrás del biombo, su madre, en brazos de su hermano, estaba agonizando.

–No sufras, Benjamín. No se nace ni se muere. La vida es eterna.

–Ya lo sé. Debo ser el soldado que vence a la Muerte. –Lo eres y la has vencido. Permaneceremos siempre vivos. Juntos para siempre. Iremos de transformación en transformación, inacabablemente. No perdemos nada porque somos todo.

Mi tío no se pudo contener y lanzó un sollozo. –No llores, mi forma no es más que una ilusión.

–Sí, una ilusión, pero tan bella...

–Benjamín, quiero que entierres mi cuerpo junto al de tu padre. Debajo de la misma piedra.

–Te lo prometo.

–Por fin conozco la paz. Qué maravilla, qué maravilla, qué maravi...

Y expiró dulcemente. Jaime la encontró sonriente en los brazos de su hermano, que la besaba con devoción. Quiso acercarse. Benjamín hizo un violento gesto de rechazo.

–Vete. Su muerte me pertenece. Yo la enterraré. Tú nunca hiciste nada por ella. Naciste huérfano de padre y madre. Ni siquiera eres mi hermano.

Jaime no le contestó. Había torturado tanto a Benjamín durante la infancia, burlándose de sus debilidades, que comprendía ese odio. Le tuvo compasión: seguiría hasta el fin de sus días casado con el fantasma de Teresa, sin pareja, sin hijos, oscureciendo más y más su lenguaje, hasta cortar la comunicación con el mundo. La poesía se le iba a convertir en una mordaza... Lo dejó ahí aferrado al cadáver sonriente y se fue a ver a Recabarren.

Atravesó el río Mapocho que venía con sus aguas color chocolate como rezongando por el paso del tiempo, terco, sin querer salirse

del pasado, negando la ciudad, mostrando con su exigua corriente la dificultad del transcurrir, yendo hacia sí mismo, denso en su lucha por no avanzar, queriendo convertirse en una lanza líquida, buscando su inmovilidad sin encontrarla nunca y rabiando por tener que ir a disolverse en el océano glotón... Sacudió la cabeza para dejar de identificarse con el río, usándolo de espejo, y buscó el número 360 de la calle Andrés Bello. Era una casa modesta con un jardincito bien cuidado. Un puño de bronce en el centro de la puerta celeste servía de llamador. Jaime se puso a temblar. Algo le decía que al atravesar ese umbral, su vida iba a cambiar. Necesitaba encontrar una raíz que lo sacara de la locura, echar el ancla en un fondo sólido, encontrar seres sin ilusiones edificando en la piedra y no en la arena, conocer a alguien honesto en ese planeta lleno de truhanes y vampiros. Dio un solo golpe que quiso discreto pero que sonó como balazo. Le abrió una mujer amable, de mirada inteligente, con el pelo cortado a lo hombre y un rostro maduro pero sin arrugas, desprovisto de maquillaje. Su bondad era el producto evidente de un espíritu tenaz, directo, que había abandonado los espejismos de la seducción. A pesar de que todo en ella era femenino, la estrechura de sus caderas revelaba que nunca había parido.

–¿Qué desea?

–Soy Jaime Jodorowsky. El señor Recabarren me ofreció un trabajo.

–¡Ah, el joven que habla ruso! Luis Emilio ya me contó. Pase. Yo soy su compañera, Teresa.

¡Teresa! Esa mujer se llamaba como su madre. Acababa de perder una y el mágico azar le proporcionaba otra, quizás mejor, como si la primera hubiera sido la piedra sin tallar y ésta, la forma geométrica ya realizada. Se dio cuenta de que la iba a querer, sin sexo, sin pedidos, con una admiración ilimitada. Le bastaba verla así, tan íntegra, para tomarla como modelo de todas las mujeres... No había dicho que era la «esposa» del líder, sino su «compañera». Esa mujer no hubiera podido aceptar que otra cosa que el amor y el ideal político la uniera a su hombre. El matrimonio para ella debería ser una farsa más del sistema capitalista... La casa se veía limpia como un barco de guerra. Los muebles eran recios, en la cantidad estrictamente necesaria. No había cuadros en las paredes

ni objetos de adorno. Tampoco crucifijos o cualquier otra imagen religiosa. Pero, cubriendo todo el techo del salón, reinaba un retrato de

Lenin pintado al temple.

–Instálese aquí.

Le dio un cuarto con una cama estrecha, una silla, un armario, un lavatorio y una jarra llena de agua.

–Le voy a servir un caldo de porotos y un café con pan y mantequilla. Después de comer puede comenzar a ordenar los libros. Aún están guardados en cajas. No hemos tenido tiempo de sacarlos con todos estos tristes acontecimientos...

¿Se refería a la traición con que el gobierno de Alessandri agradecía el apoyo que le había dado el pueblo? Quinientos mineros asesinados en la oficina salitrera de San Gregorio, obreros del carbón baleados por la policía en Curanilahue, manifestaciones populares disueltas a bastonazos, masacres de trabajadores en el Zanjón de la Aguada, de mujeres cesantes que celebraban un mitin en Santiago al pie del monumento a O'Higgins, de campesinos del fundo La Tranquilla en Petorca. Negación del derecho de reunión, encarcelamientos, deportaciones, torturas... ¿O bien hablaba de las querellas intestinas que habían estallado inmediatamente después de la fundación del Partido Comunista?

Jaime almorzó con mucho apetito, lavó sus platos y cubiertos en el fregadero de la cocina y abrió las cajas. Le dio tal emoción tocar los libros que formaban el espíritu de Recabarren que olvidó la vigilancia interna: cosa que el Rebe aprovechó para apropiarse de su personalidad. Lo que el desencarnado amaba por sobre todas las cosas eran los libros. Bajo la mirada atónita de Teresa, lanzando exclamaciones de placer en yiddish, organizó los volúmenes, captando la médula de su contenido en dos o tres rápidas ojeadas. Separó la literatura de la filosofía pura y le dio un sitio preferente a los escritos políticos. En el tablón más alto colocó a la poesía. No ordenó por orden alfabético sino por temas, sin preocuparse en qué lengua estaban escritos, porque las comprendía todas. Leyó párrafos en ruso, italiano, alemán y francés. También en español. Cada idea nueva le llenaba la boca de saliva, como si paladeara un guiso exquisito. Por el placer de sentir la estructura milagrosa de una frase, la recitaba dándole entonaciones musicales. Cantaba los

textos, o bien, guardándolos en su mente, silbaba solamente sus ritmos. Revoloteando con los libros abiertos en sus manos parecía un pájaro. «Los cantos de mi lengua tienen ojos y pies, ojos y pies, músculos, alma, sensaciones, grandiosidad de héroes y pequeñas costumbres modestas... Mmm... ¡Tocad su cuerpo, tocad su cuerpo y os ensangrentaréis los dedos miserables!» ¡Gran poeta, *oy vei*! «Los signos por los cuales los dioses se revelaban eran a menudo muy simples: el ruido de las hojas del roble sagrado, el murmullo de la fuente, el sonido de un vaso de bronce acariciado por el viento.» No está mal esta Estética. «Dios aparece, el hombre se anula; y cuanto más grande se hace la divinidad, más miserable se vuelve la humanidad.» *Ase méne dermante zir in toite*! Cuando se piensa en la muerte es porque no se está seguro de la vida. Estos anarquistas moliendo tanto a Dios fabrican salchichas santas...

Haciendo un esfuerzo tan intenso que le gastó las energías y tuvo que irse a echar un par de horas en la cama, Jaime recuperó el dominio de su mente. Teresa, sin hacer ningún comentario, le trajo un vaso de leche caliente y lo cubrió con un poncho de lana.

–Duerma tranquilo. Mi compañero Recabarren va a llegar a las diez de la noche. Cenaremos juntos...

Lo despertó el canto de un gallo. Una luz suave, rojiza, entraba por la ventana. El vaso que estaba en el suelo, al lado de la cama, despedía una larga sombra que llegaba hasta los zapatos de Luis Emilio Recabarren.

–Anoche dormía usted tan profundo que no quisimos interrumpir su sueño. Aquí nos despertamos temprano. Venga a tomar el desayuno con nosotros.

Teresa sirvió el café con leche, muy azucarado, y un canastillo lleno de panes dulces. Les ofreció también huevos fritos con jamón y rebanadas de tomate fresco. Jaime, tímido, avergonzado de la invasión del Rebe, no podía articular ninguna frase. Recabarren leyó con calma su periódico obrero. Lo plegó con cuidado, lo guardó en un bolsillo y bruscamente le dijo:

–Bueno, don Jaime, ¿qué está esperando para inscribirse en el Partido?

Mi padre se atoró, escupió algunas migas de queque y contestó sin haberlo pensado antes:

–Si usted me acepta, será para mí un gran honor hacerlo ahora

mismo.

El rostro de Recabarren se abrió en una sonrisa resplandeciente. Hurgó en un cajón de su escritorio y extrajo una pequeña libreta roja.

–Tendremos que encontrarle un nombre. A causa de las persecuciones cada camarada se registra con un seudónimo. ¿Le parece uno mapuche como Lautaro Quinchahual?

Esta vez sí que el país le abría una puerta, no a través de un gancho que lo colgara del pelo, de las alucinaciones de una planta, del vientre implacable de una tumba, del peso de una cruz robada o de la oscuridad anónima de un traje de gorila. Lo estaban bautizando por segunda vez, haciéndole nacer en una patria, aceptándolo como aborigen, otorgándole un pueblo hermano. ¡Un carné oficial del Partido Comunista, timbrado y firmado por un ser admirable, alguien que veía la esplendorosa realidad bajo los sueños oscuros!

–Camarada Quinchahual, quiero que sepa que el rojo de ese carné que tiene en las manos no es el de la violencia, sino el de la sangre derramada por nuestros mártires. Hoy no somos muchos, apenas llegamos a los dos mil militantes, cifra exigua si usted tiene en cuenta el volumen total de la clase obrera, pero la importancia política de un partido no sólo se mide por el número de miembros, sino por la eficacia con que es capaz de irradiar su influencia y gravitar sobre la sociedad. Por eso usted me va a ser muy útil. Ya me contó Teresa cómo cae en trance y habla multitud de lenguas. Yo conozco algo de ruso y no poco de alemán. Tendremos que traducir a Marx, Lenin y Engels. El grado de analfabetismo de las clases trabajadoras es enorme. Hace siglos que los explotadores los tienen sumidos en la ignorancia. Mejor que comprar fusiles es fundar periódicos. Acompáñeme a la imprenta.

Así comenzó la nueva vida. Jaime había encontrado por fin el padre que le convenía, casi la antítesis de Alejandro, el zapatero, el místico, el demente, la víctima universal. Recabarren era un santo ateo de una sólida fidelidad al pueblo, tan honesto que en esa sociedad de ladrones parecía un idealista fanático. Para lograr su objetivo, una humanidad feliz y libre, había limitado su imaginación, sus amores, el desarrollo de su personalidad. Seco, austero, concentrado, más que un hombre era una espada. Cada

noche, después de la magra cena, le gustaba poco comer carne y no fumaba, repasaba su día en voz alta como si fuera la vida de otro individuo, y criticaba la más mínima debilidad, buscando incisivo los errores para obtener una lección. «A ver, Lautaro, vamos a estudiar lo que valió la jornada de Luis Emilio: se levantó con quince minutos de retraso. ¡Cuidado, el camarada no debe romper la disciplina, el colchón es el peor enemigo de la acción!» Recordaba cada frase de las reuniones, los detalles de las noticias internacionales, los problemas íntimos de centenares de militantes. Mi padre veía en él dos aspectos: uno, el caballo impetuoso, espontáneo, intenso; y otro, el jinete implacable, capaz de sacrificarlo todo, hasta la vida, por obtener un mundo justo. Estar frente a ese hombre era estar con todos los obreros. «Si se busca en mí, sólo se encontrará a los otros.»

Pasaron dos años de intensa actividad. Arturo Alessandri no dio cumplimiento a su programa. Para Recabarren, el presidente era un títere de la oligarquía, jugando al revolucionario impotente, para engatusar al proletariado y hacer retardar su evolución social.

Esto es una comedia muy bien organizada: El Congreso opositor impide que las reformas propuestas por el gobierno se materialicen. Los obreros creen que el fantoche mandatario les obtendrá días mejores. Mientras tanto, por debajo de la pata, hay represiones, despidos, masacres. Hoy, el presidente y el Parlamento se echan mutuamente la responsabilidad encima. Los conservadores entonan arias de palabras estruendosas: «intentos dictatoriales», «corrupción administrativa», «incompetencia». Mañana, en lugar de resolver la crisis, su Ofendida Excelencia renunciará al cargo. Redoble de tambores y marcha triunfal: llegarán los militares. Aplausos del ignorante público. La oligarquía aceptará cambios superficiales y se mostrará dócil ante los acontecimientos porque los héroes guerreros, alumnos de Mussolini, no serán más que sus lacayos... ¡El militarismo, compañero Quinchahual, es el implacable enemigo del movimiento obrero, independiente y revolucionario!

Jaime tradujo artículos, imprimió y vendió periódicos, ayudó a fomentar huelgas, fue perseguido, apaleado. Vio cómo Recabarren hacía frente a un cúmulo de violencias, calumnias, insidias y ataques de toda naturaleza, sufriendo derrotas, obteniendo victorias, pasando por traiciones y deserciones, sintiendo pagados

sus esfuerzos con la lealtad y el cariño que le brindaban los trabajadores. El líder procuró siempre que su acción se ajustara a las enseñanzas de Lenin, «el genio teórico»... A fines de año, Recabarren anunció que emprendería un viaje a Rusia donde permanecería algunos meses. Teresa y Jaime lo fueron a despedir a Valparaíso. El hombre estaba muy ilusionado. Por fin vería con sus propios ojos un país que había destruido hasta en sus cimientos el régimen explotador. Y posiblemente, en la reunión de la Internacional Sindical Roja, podría hablar con el camarada Lenin y estrecharle la mano.

–Tú sabes, Quinchahual, que te queremos como si fueras nuestro hijo. Protege a mi compañera. El enemigo puede dar golpes arteros y es mejor prevenir que curar.

Teresa era tan discreta que parecía sombra. Nunca provocaba ruidos, por mínimos que fueran. Era la única persona, que había conocido mi padre, cuyos pasos no sonaban. Se deslizaba como una barca en un lago tranquilo. A su alrededor, los seres y las cosas se ordenaban. Salía al jardín y, muy quieta, estiraba la mano para ofrecer un pedazo de pan dulce que sólo ella sabía cocinar. Pronto llegaban bandadas de gorriones a revolotear alrededor de su cuerpo picoteando la masa esponjosa y, a veces, posándose sobre sus hombros y su cabeza. Apenas otra persona se acercaba, huían en un desorden nervioso. Mi padre estuvo dos horas, inmóvil en el jardín, ofreciendo el pan de Teresa pero ningún pájaro se acercó. Bastó que saliera la mujer y le tomara el brazo para que una nube de avecillas lo rodeara. Apenas ella le soltó el codo, escaparon en desbandada. Jaime, en esos largos días en que añoraba la presencia de su maestro, para matar la nostalgia, decidió encontrarse una amante. La única compañera en su célula que tenía suficientes senos y asentaderas, Sofía Lam, era lesbiana y de las sufridas. Lucía en cada muñeca tres o cuatro cicatrices, suicidios fallidos a causa de mujeres casadas que a la hora de la verdad decidían no abandonar a sus maridos. El cuerpo largo, relleno y flexible lo excitaba, pero la cara, de boca grande, nariz minúscula, ojos redondos y orejas caídas, le parecía tan fea como la de un perro pekinés.

–(No importa, puedo fornicármela en la oscuridad, o de espaldas, o con la falda levantada cubriéndole la frente... Lo malo es que usa siempre pantalones.)

Cierta noche, al terminar la reunión, la invitó a tomar un café para ver la posibilidad de fundar un nuevo diario. Discutieron unos minutos el tema hasta que, de pronto, le preguntó a quemarropa:

–¿Eres virgen, verdad?

–Virgen, no. Tengo el himen intacto, sí.

–¿Te gustaría perderlo?

–¿Con un hombre? Su sexo me da asco. –¿Cómo lo sabes si no lo has probado? –Son muy pegajosos. Están llenos de vanidad. Cuando penetran, insultan.

–¿Y yo? ¿Te hago vomitar?

–Nunca te he mirado en ese sentido. Te portas discreto. No me atracas el bote.

–¿Somos o no somos revolucionarios, compañera? ¿Por qué se define tanto? ¡Sométase a experiencias nobles! ¡Usted puede, si no cambiar, enriquecerse! Deje que ahora mismo la estreche en mis brazos y vea lo que siente.

–Bueno, pero no te ofendas si me repugnas. Seré sincera.

–Eso es lo que espero de ti.

Jaime se acercó a ella, poco a poco, con lentitud de sueño. Puso su espíritu neutro y no la abrazó como un hombre a una mujer, sino como un ser a otro ser. Pegó su cuerpo al de ella teniendo el cuidado extremo de no ejercer ninguna presión que pudiera ser interpretada como una toma de poder o un avance sexual. Ofreció su compañía física, nada más.

–¡Qué raro, Lautaro! Tu contacto no me molesta. Eres el primer hombre con el que me pasa esto.

–Bien, Sofía. Te propongo lo siguiente: sin ningún compromiso yo te puedo liberar del himen. Debes tomarlo como una simple operación quirúrgica. No mezclaremos ni el deseo ni los sentimientos. Te puedo asegurar que seré objetivo. Nada te chocará. Luego podrás moverte con mucha más facilidad...

–¿Dónde y cuándo?

–Tengo que preparar el material «médico». Te espero mañana por la noche en la casa de Recabarren. Allí tengo una habitación independiente, nadie nos molestará.

Compró preservativos, guantes de goma, una mascarilla y un gorro de cirujano. Pegó la cama de costado a la pared y puso el escritorio en medio de la pieza cubierto con una sábana. Acercó la

lámpara de pie para bañar con un haz de luz la «mesa de operaciones». Cuando Sofía lo llamó con un silbido desde la calle, antes de ir a abrir la puerta desparramó en el suelo un poco de éter y otro poco de alcohol para que el lugar hediera a hospital... La hizo entrar en el cuarto sin decirle una palabra. Se lavó las manos delante de ella con abundante espuma, luego las secó y espolvoreó con talco. Se puso el gorro y los guantes. Se cubrió el rostro con la mascarilla.

–Acuéstese aquí, desnuda.

La muchacha se desvistió inmediatamente, sin ninguna sensualidad, y se tendió de espaldas, inerte, en el escritorio. Jaime le mojó el pubis con agua tibia, se lo jabonó y comenzó a rasurarle la mancha castaña. Ella no protestó. Él le desinfectó la piel del vientre y los senos con un líquido bactericida.

–Abra bien las piernas, voy a proceder a la operación. Sofía mostró su sexo: una línea de muñeca. Jaime la untó con vaselina, se inclinó sobre ella y tomándola por debajo de las rodillas levantó sus muslos. Luego, con cuidado extremo, empujó su sexo erecto y lo hizo tocar el himen. –El bisturí está en posición. Ahora es su turno: sea valiente y vaya empujando. No piense que yo la penetro sino que usted me absorbe.

Y ella, apoyando los talones en la superficie ensabanada, fue presionando con las caderas hacia la raíz del falo. La membrana resistió. Exasperada dio un empujón violento y tragó todo el miembro. Jaime sintió el calor pegajoso de la sangre corriendo por sus testículos. Sofía lanzó un gemido, sonrió y, con energía infatigable, se entregó a una serie de vaivenes restregando el clítoris contra las crines ensortijadas de mi padre. El ritmo la fue poseyendo. Sutilmente, deslizándose como una serpiente en las rocas, Jaime comenzó a responderle, hasta que de pronto lo dos se vieron trenzados en una furibunda serie de caderazos, que terminó cuando a Sofía se le contrajo el cuerpo hasta parecer de piedra y lanzó un ronco aullido. Jaime se quitó el preservativo lleno de semen y, mostrándoselo a la mujer, dijo con afectada frialdad:

–La operación está terminada. Puede usted vestirse, darle las gracias al cirujano y regresar a su hogar.

La despidió sin sacarse los guantes ni la mascarilla. La compañera se fue caminando hasta el río Mapocho, recogió una

piedra de la orilla y con todas sus fuerzas la lanzó hacia la luna, gritándole:

–¡Vieja de mierda!

Ya comenzado el año 1923 volvió Recabarren. Una multitud de simpatizantes lo fue a recibir a Valparaíso. Él respondió a los aplausos con modestos gestos de agradecimiento. En el tren pidió una cabina privada y se encerró en ella con Teresa y Jaime. Se desvaneció su sonrisa y una profunda pena le invadió el rostro. Clavó los ojos en los de su mujer y, mudo, durante todo el viaje la miró y la miró. Teresa, como un papel secante, absorbía esa tristeza. Las lágrimas, deslizándose por sus mejillas, le iban a caer al pecho. En su traje de organdí rojo apareció una mancha oscura. Al llegar a Santiago, ocultó con un paquete esa tarántula húmeda. El maestro durmió dos días seguidos.

Se levantó, y sin ni siquiera tomar el desayuno, se puso a escribir un folleto para dar a conocer las características principales de la transformación que se estaba operando en Rusia... Una escama coloreada cayó sobre sus papeles. Miró hacia el techo. A causa de la humedad, el retrato de Lenin se estaba descascarando. Recabarren le dijo a mi padre:

–Puede que la realidad no sea como la soñamos, Lautaro, sin embargo a veces son nuestros sueños los que la van creando. Es de vital importancia que Rusia subsista como país socialista, para el movimiento obrero de todos los países. Lo que vi, o lo que hubiera podido ver, lo leerás en estas líneas: «Rusia obrera y campesina». Te pido que siempre confíes en mí. Toma ejemplo de Teresa. Ella se ha dado cuenta de que deseo no hablar durante un tiempo y se calla. Cesa de preguntarte por qué estoy triste y haz lo mismo.

Y el silencio entró en la casa, como un fantasma translúcido, para llenar las piezas de ausencia. Los ruidos, libres de la opresión de las voces humanas, se apoderaron del espacio. Comer –la trituración de los alimentos, el crujido de los huesos de pollo, los hervores de la saliva, el chasqueo de las lenguas, el denso deglutir, los borborigmos intestinales– se convirtió en sinfonía. Ese mutismo puso de relieve la luz y las sombras, le dio sitio a los olores, que venían del jardín y la cocina a revolotear en el comedor como aves de largas patas, fue borrando los cuerpos, incrustándolos, ausentes,

en las sillas.

Una mañana, con el canto del gallo, Recabarren lo despertó depositando sobre sus piernas un gran paquete envuelto en papel de estraza, mientras sostenía con su mano izquierda una pesada maleta.

–Partimos de viaje, compañero. Tengo que aprovechar mi calidad de diputado: no se atreverán a matarme. Vamos en gira por Tarapacá y Antofagasta. Repartiremos material de propaganda, traducido por usted, y mi folleto sobre Rusia. Es nuestro deber político elevar el bajo nivel ideológico de los dirigentes y militantes del Partido.

Vestido con un pantalón de tela ordinaria, una camiseta y un chaleco viejo, el representante del pueblo en el Parlamento tomó el Longitudinal, tercera clase, y, acompañado de Jaime y Sofía, que se les pegó a la salida de la casa, partió rumbo al norte entregándose a las incomodidades del viaje, calor, moscas, polvo, zozobras... La lesbiana se había enamorado de mi padre. Aunque él la rechazaba diciendo: «No es ése el contrato, camarada: yo sólo fui su médico, no quiero que me eche encima sentimientos cochinos», ella se dormía todas las noches en un banco de la calle, frente a la casa, contentándose con espiar la sombra venerada de Jaime que se movía en la cortina de la ventana... En Zapiga los policías, alertados quién sabe por qué soplón, subieron al tren y los bajaron a empujones, obligándolos a dormir a la intemperie junto a la puerta de la estación, para impedirles que visitaran la oficina salitrera de la región. De la cordillera bajó un viento tan helado que Recabarren comenzó a temblar y los dedos de las manos se le fueron poniendo azules. Para calentarlo, Jaime se pegó contra su pecho y Sofía contra su espalda. Así lograron resistir el frío un par de horas. Después, la tiritona se hizo general. Una tos cavernosa, convulsiva, sacudió el cuerpo del maestro. Sus compañeros, mucho más jóvenes y por eso menos afectados, empezaron a frotarle de pies a cabeza, poniendo en el masaje todas sus energías. Cuando pasó el ataque,

Recabarren les dijo:

–No se preocupen tanto, hijos. He resistido cosas peores, apaleos, torturas, marchas forzadas y ayunos. Ningún mal físico pudo doblegarme. Tampoco será la edad la que me venza. Vamos a

caminar hasta la mina. Dormiremos andando.

Se repartieron la pesada propaganda y, sonámbulos, avanzaron por el desierto perseguidos por una enorme luna. Recabarren iba balbuceando un discurso a las dunas, tomándolas por militantes del Partido:

–Es una locura usar el capital sin otra mira que acrecentar más y más el capital, camaradas, porque eso conduce al envenenamiento del planeta y a la muerte de la humanidad. Las soluciones que se ofrecen dentro de la actual sociedad son transitorias y ficticias. Debemos nosotros...

Fueron recibidos por los mineros con una emoción profunda: ver llegar hasta ellos a un Diputado Nacional desfalleciente, cubierto por el polvo del camino, casi sin poder hablar a causa de su garganta hinchada, la lengua seca y los labios partidos, era algo parecido a un milagro. Olvidando el ateísmo marxista, cayeron de rodillas y se pusieron a rezar ante él como si fuera un santo. Jaime, furioso, los interrumpió:

–Basta de supersticiones, compañeros. Don Luis Emilio es un hombre igual a ustedes. En lugar de plegarias dennos un colchón donde dormir.

Recabarren protestó:

–Nada de eso. No hay tiempo que perder. Primero cumplamos con nuestro deber, luego descansaremos. Reúnan en el gimnasio a los militantes y simpatizantes durante la pausa del almuerzo. Tenemos folletos de primera importancia que deben ser distribuidos.

A pesar de haber caminado tantos kilómetros sin dormir, habló con un entusiasmo desbordante sobre el tema «Algo de lo visto en Moscú». Cuando sonó la sirena llamando otra vez a trabajar, terminó su discurso a la carrera:

–Los trabajadores de Rusia tienen en sus manos la fuerza del poder político y económico. No hay en el mundo quién pueda despojar al pueblo de ese poder ya conquistado. La expropiación de los explotadores es completa. Jamás volverá a esa sociedad comunista un régimen ladrón y tirano como el que todavía soportamos en Chile.

Les prestaron la escuela para que durmieran una siesta que

duraría hasta la mañana siguiente. Recabarren les dejó la sala de clases y eligió para él la independencia de la oficina de la directora.

Jaime estaba soñando que una pantera le mordisqueaba el cráneo, sin dañarlo, a la manera con que los gatos juegan con sus ratones, cuando lo despertó Sofía que, desnuda sobre él y en cuclillas, trataba de tragarle el falo con su sexo.

–Usted me está violando, compañera Lam. Eso no es justo. –Las cosas son de quien las necesita. Siga durmiendo, compañero Lautaro. Yo haré todo el trabajo. Su instrumento queda expropiado.

–Pero...

–Cállese la boca. No me distraiga. Soy casi insensible y me cuesta llegar al orgasmo. Deje concentrarme.

Y empezó a moverse con profundos y regulares besos húmedos que lo envainaron hasta la raíz. Jaime abrió bien los ojos y le miró la cara, tratando que las muecas de perro pekinés lo despojaran de su erección. Pero los senos duros y el abundante trasero, aunados a la energía de la mujer, que saltaba encajada en el eje dando coletazos de tiburón hambreado, pasando de los quejidos a los bramidos para finalizar vomitando una sarta de improperios capaces de ruborizar a un bruto de cantina, lo mantuvieron erguido. En medio del zafarrancho trató de decir:

–Recuerde, compañera, que usted es lesbiana... Pero un chupetazo que le cubrió la boca y le absorbió la lengua entera le impidió tan importante revelación. Su voluntad comenzó a flaquear y el líquido vital a entrar en ebullición. Lo enfrió un objeto extraño que empezó a hurgarle el ano. La compañera trataba de darle una lección de humildad a su orgullo viril, introduciéndole un falo de goma en el orbicular secreto.

–Aquí no hay macho ni hembra, querido. Seamos como los caracoles: penetrémonos los dos y dejémonos al mismo tiempo poseer. «La igualdad nace del amor.»

Jaime, furibundo, quiso liberarse de un empujón, pero recién entonces se dio cuenta de que tenía las muñecas ligadas por un trozo de cadena. Sofía, con fuerza demente, le inmovilizó las piernas y, a pesar de sus ayes, ruegos y protestas, le llenó el recto con el grueso objeto. Para vergüenza suya, tanta promiscuidad lo acercó al estallido.

–¡Así, así, mi andrógino, ven, dame tu jalea! ¡Vamos a hacer un

hijo campeón!

Jaime, desesperado, rompió la cadena, dio un salto hacia atrás sacándose al vampiro de encima, cayó entre la propaganda y eyaculó sobre «El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo» traducida de las obras escogidas de Lenin. Se extrajo el aparato y lo lanzó con asco hacia la cabeza de Sofía. Le dio en medio de la frente levantándole un chichón que parecía pico cordillerano.

–Las moscas le inundaron la azotea, camarada. Es bueno el cilantro pero no tanto. Usted es de las de «A Marx rogando y con el mazo dando». Seré padre un día, siento en mis bolas un espíritu pidiendo que lo engendre, pero depositaré mi semilla en el útero de una mujer que brille como el planeta Venus, no en el de un marimacho como usted.

Sofía Lam salió dando un portazo que echó abajo tres calaminas del techo. Luego, refunfuñando insultos, mientras que con una piedra larga y afilada daba golpes en el aire cortando penes invisibles, se fue hacia la costa, internándose en la inmensa pampa... Yo no puedo decir que di un suspiro de alivio, porque en esa época aún no tenía un par de pulmones, pero ondulé de alegría porque de ninguna manera hubiera querido tener por madre a esa mujer. No la veía tan severamente como Jaime y consideraba exagerada su manera de cortarla poniéndole una etiqueta de marimacho que la degradaba. Ella no era una hipócrita y había obedecido a su instinto sin oponerle prejuicios ni temores. Su autenticidad merecía una ruptura más cortés, pero, y eso es lo que a mí me aterró, cuando estuve a punto de aterrizar en sus ovarios, fue que en ellos ya habitaban tres espíritus dispuestos a pasar por la frustración del aborto. Necesitaban ser engendrados, acumular unos meses de esperanza, para después recibir la lección del fracaso. Eran tres profetas deseando mirar desde lejos la tierra prometida sin poder entrar en ella. Almas que en anteriores vidas egoístas no habían sabido sacrificarse a sí mismas.

Sin Sofía, continuaron el viaje hasta Iquique. El pueblo recibió a Recabarren como a un héroe y se organizó un acto público en la Plaza Condell. Cuando el líder, desde el quiosco, estaba pronunciando su discurso, se oyeron, al grito de «¡Viva Chile y muera el comunismo!», varios disparos que partían del auditorio.

Una bala dejó una línea roja en la mejilla del orador. Los trabajadores se lanzaron al suelo para capear los tiros. Recabarren, impertérrito, continuó de pie, hablando. Cinco jóvenes fascistas, vestidos con camisas militares, botas y pantalones de montar, trataban de espantar al auditorio. Jaime descolgó la hoz del biombo rojo que servía de decorado y, gateando entre los tendidos, se acercó a los agresores. Uno de ellos, enardecido por el poder que le daba su pistola, quiso vaciarla en la cabeza de Recabarren. Jaime dio un salto de gato y, desde el aire, le dio un tajo que le cortó la mano. Un chorro humeante salió por el muñón para regar a los caídos. Sin temerle a las balas, mi padre corrió hacia los otros fascistas, pero éstos, aterrados, huyeron cargando al mutilado que no cesaba de aullar.

Jaime recogió la mano que aún empuñaba la pistola y fue a colocarla en la mesa tras la cual peroraba su maestro. Éste cesó el discurso, extrajo el arma de los dedos agarrotados y apuntó con ella hacia los obreros. Bajaron la cabeza, avergonzados.

–Compañeros, tienen que aprender a dar la vida para que puedan ganársela como se debe. Nadie está separado. Somos grupo y no individuo. Los individuos son mortales, los grupos son eternos. Cuando dejamos de temerle a la muerte, los dioses se caen de sus pedestales. A balazos trataron de hacerme callar y lo único que lograron es que sus disparos se convirtieran en palabras mías. Cada uno de esos estampidos dijo: «¡Libertad!».

Estalló una ovación y como un solo hombre cantaron a voz en cuello «La Internacional». Apareció, cayéndose de borracha, Sofía Lam, abrazada a una prostituta vestida de rojo.

–¡Cabrones, esta sacrificada mujer tiene más pelotas que ustedes, pobres machos que saben cantar huevadas con voces de burro caliente pero que abandonan a su líder cuando un niño bien lanza tiros al aire!

Destrozó su carné de comunista.

–¡Dejo la revolución por la prostitución, ésa es mi canción! Y cayó en los brazos de su amante que la alzó como a una nena y se la llevó hacia los bares del puerto. Sin darse por enterados, los manifestantes acabaron de cantar el himno y, para evitar que Recabarren y Jaime fueran apaleados por los policías, que con toda seguridad estarían esperándolos en la estación de trenes, les dieron

dos mulas y un guía que los llevó por entre los cerros hasta Antofagasta. Allí tomaron el Longitudinal y regresaron a Santiago. Antes de entrar en su casa, el maestro le pasó el revólver envuelto en un pañuelo:

–Lautaro, guárdalo tú para que no lo vea Teresa. Manténlo siempre limpio y cargado. Nunca se sabe.

El retrato de Lenin había seguido descascarándose. Ahora ya no tenía rostro. Durante las silenciosas comidas, de vez en cuando se oían los pequeños plafs de las escamas estrellándose contra el mantel de hule. Cuando llegó de Rusia la noticia del fallecimiento del gran revolucionario, en enero de 1924, del retrato en el techo sólo quedaba una mancha blanca parecida a un fantasma... Recabarren, sin mostrar sus sentimientos, se fue a la Cámara, hizo un sobrio retrato de Lenin y pidió que se enviara un telegrama de condolencia al Gobierno de Moscú.

Su proposición fue rechazada.

De regreso a la casa, esa noche no cenó. Estuvo sentado en el jardín hasta las tres de la mañana. Teresa, con su deslizamiento de barca, le llevó cada media hora un té caliente. A la octava taza, el hombre rompió su mutismo.

–No te sacrifiques, Teresa, ya vete a dormir. Tú escuchas mis silencios como si fuesen gritos. ¿Te debo explicar lo que me pasa? Sabes que desde muchacho di mi vida al pueblo. Aún no tengo cincuenta años y me llaman «el viejo». No he soñado: he pedido lo justo. No es locura exigir que cesen las guerras y la explotación del hombre. Los que niegan esto son los que viven fuera de la realidad, apoderándose del mando, masacrando inocentes para conservarlo, haciéndose dueños de las riquezas de la tierra, exacerbando el consumo, hambreando a los trabajadores. ¡Qué locura! Nunca debí viajar a Rusia... Vi cosas... Errores que no quiero recordar... Lenin ha muerto porque no podía seguir viviendo así... Ahora, el compañero Stalin... terrible... En fin... No me hagas hablar, mujer. Ya no sé lo que es el hombre...

–No sabemos lo que es el hombre cuando vive dormido, Luis Emilio. El hombre despierto es sublime. Si no lo crees, mírate a ti mismo.

Se abrazaron tiernamente. Él apoyó la cabeza en los senos estrictos de Teresa y sin emitir un sonido, con las mandíbulas

apretadas, dominó el llanto que le sacudía la espalda. A Jaime, que desde su ventana, oculto por la cortina, oía con avidez las palabras de su maestro, le dio vergüenza estar espiando una escena tan íntima. Se retiró, fue a mirarse al espejo y se dio un par de recias cachetadas.

En marzo, el maestro terminó su período de Diputado. Se presentó a la reelección sin hacer mayores esfuerzos. No obtuvo los votos necesarios. En septiembre, un grupo de militares invadió el Senado para expresar su molestia, exigiendo una depuración política y administrativa. El Parlamento aprobó las peticiones que le fueron presentadas. Arturo Alessandri, alegando haber perdido el control del poder, renunció a su cargo y abandonó el territorio nacional. ¡Tal como lo había vaticinado Recabarren! Ese mismo mes se constituyó una Junta Militar decidida a disolver el Congreso, convocar a una libre Asamblea Constituyente y redactar una nueva Constitución. La opinión pública aplaudió con entusiasmo y los conservadores se mostraron obsequiosos y dóciles ante los acontecimientos. ¡Sí, tal como lo había vaticinado Recabarren!

El maestro llegó cansado de la reunión del Partido. Le pasó un billete a Jaime y le pidió que fuera a comprar pisco. Mi padre regresó con tres botellas. Era la primera vez que Recabarren expresaba el deseo de beber. Se sentaron taciturnos bajo el gran fantasma blanco. A cada uno le tocó un litro. El maestro, a grandes tragos, comenzó a darle de baja al suyo. Mi padre y Teresa lo imitaron. Poco a poco comenzaron a balancearse y transpirar. El líder bebió las últimas gotas y se puso a reír a carcajadas. Teresa trató de sonreír pero su cara estaba petrificada. Inclinó la cabeza bajo un brazo, imitando a las gallinas, y comenzó a roncar sentada en esa extraña posición. –El León de Tarapacá resultó estéril, Lautaro. Su gobierno reaccionario y antiobrero ha sido reemplazado por una junta de generales más reaccionarios aún. ¡Qué mascarada! Se le hacen promesas al pueblo, que van de lo humano a lo divino, sólo para que incline el espinazo y siga trabajando con el yugo en la nuca. Vamos camino a la dictadura criminal, aquí como en Rusia... Demagogos todos... ¡Cállate boca! ¿No hay más pisco?

Jaime le pasó un cuarto de litro que le quedaba. El maestro lo acabó de un trago.

–¿Sabes, Quinchahual, cómo respondieron hoy algunos jóvenes

camaradas porque comenté que creer que el proletariado solo, a través de su exclusivo esfuerzo y mediante una gran batalla, podía instaurar el Gobierno Obrero era una posición infantil? Me gritaron que tenía la fatuidad de creerme amo y señor del Partido, que actuaba como un rey absolutista poniendo vallas a sus siervos. ¡Fui tratado de canalla y un militante tuvo la osadía de escupirme en la cara! ¿Puedes creerlo, Lautaro? En el seno del Partido hay querellas y acciones disgregadas, provocadas por los hombres dormidos. ¡Algún día alguien tiene que despertar! Trae la pistola.

–Pero...

–¡Obedece a tu padre!

Vencido por la voluntad de Recabarren, que parecía haber envejecido cien años, Jaime volvió con el arma.

–Que no se diga que lo que voy a hacer es producto del alcohol. Vamos a esperar que se nos pase la borrachera.

El maestro sacó del cajón de la mesa un cuaderno. Lo hojeó. Estaba lleno de una letra menuda, torturada.

–Son los recuerdos de mi vida. Aquí está lo que realmente vi en Rusia, lo que pienso de Lenin y del futuro que nos espera si las cosas no cambian.

Colocó el cuaderno en una fuente de metal y le prendió fuego. El gallo comenzó a cantar. Teresa se despertó, vio la pistola. Escarbó entre las cenizas tratando de encontrar un pedazo leíble. Los restos negros volaron por el comedor como una bandada de mariposas nocturnas. Dijo, con una infinita dignidad:

–Adiós, Luis Emilio. Ya sabes lo que siento por ti. Nunca te olvidaré.

Recabarren apoyó la pistola en su cabeza y apretó el gatillo.

Se desplomó con una rosa roja en la sien.

El Gobierno no se atrevió a prohibir el cortejo fúnebre que ese domingo debía pasar por el centro de la ciudad camino al Cementerio General. El ataúd, cubierto con una bandera roja, fue seguido por una multitud de obreros que llenaron las calles como un río lento y silencioso, increíblemente largo. Los estandartes sindicales desfilaban con un crespón negro sobre las letras bordadas en el terciopelo. Delegaciones de mineros, trabajadores marítimos, hombres del cobre y del carbón, campesinos, estudiantes,

ferroviarios, albañiles, panaderos, y delante de todos ellos, guiando la carroza con su paso firme, iba Teresa. Vestida de obrera, miraba con orgullo hacia las ventanas de las casas elegantes por donde se asomaba la gente en racimos.

Una barrera de cien policías, armados con rifles y cascos de acero, se opuso al cortejo. El río humano se detuvo. La compañera del maestro, de pie junto al féretro, cantó con una emoción tan intensa que su voz se oyó a muchas cuadras de distancia:

Sin temor a las sanciones doy adiós al subversivo que conoció mil prisiones sin delito cometido.

Millares de voces se unieron a la melodía repitiendo el refrán y el cortejo otra vez se puso en marcha. Los militares no se atrevieron a disparar y desaparecieron como por encanto. En la plazuela del cementerio cada obrero se convirtió en orador.

Miles de discursos inflamados, lanzados a borbotones en un coro caótico, semejante a una catarata, despidieron los restos de Recabarren. Cuando unos, hambrientos y cansados, se callaban, comenzaban otros. A las seis de la tarde se dieron por terminadas las despedidas y el cadáver fue dejado en custodia, esperando que llegara el lunes, para que los enterradores lo sepultaran en la cripta familiar.

A la mañana siguiente, muy temprano, apenas el sol le dio un color amarillento al cielo nublado, los sepultureros, trasnochados, disimulando con refunfuños los desequilibrios del alcohol, abrieron las rejas para dejar pasar a Teresa, Jaime y Sofía Lam, que llegó en una bicicleta de hombre, vestida con un traje marinero. Los tres marcharon silenciosos detrás de los cuatro enterradores ebrios que llevaban sobre sus hombros al ataúd, zigzagueando y tropezando en medio de improperios lanzados entre dientes. La cripta de acero del abuelo de Recabarren estaba abierta. Un muchacho moreno, de unos veinticinco años, de piernas cortas y recias, pecho ancho velludo, manos callosas, dientes grandes y pelo negro lacio, los esperaba, apoyado en la cruz de aluminio.

–Ayer me escondí, doña Teresa, forcé la puerta y pasé la noche aquí, tratando de incorporarme a mi familia. Soy Elías Recabarren.

Teresa, sorprendida, abandonó su doloroso mutismo.

–¿Tú eres Elías? ¿El hijo de Luis Emilio?

–Sí, señora. Vine porque...

–Continuemos con la ceremonia. Luego nos lo contarás todo.

Los sepultureros lanzaron el féretro en un nicho, como si fuera un saco de papas. El golpe produjo un sonido de campana en la cripta metálica. Atornillaron la losa cuchicheando entre ellos chistes obscenos y estiraron la mano derecha exigiendo una propina. Teresa les dio un billete a cada uno. Gruñendo, a pesar de que la cantidad era correcta, exigieron más dinero. Jaime los expulsó a patadas. Fueron a sentarse sobre una tumba que tenía una mujer alada tocando una trompeta. Se pasaron una botella de vino mientras acariciaban las caderas de mármol.

En la cafetería «El Último Adiós» que estaba frente al cementerio, Teresa, Jaime, Sofía y el hijo de Recabarren bebieron un refresco sin saber por dónde comenzar la conversación. Sofía dio un fuerte manotazo en la mesa tratando de aplastar a una mosca. Los otros salieron de su inmovilidad para impedir que los vasos se derramaran y la atención se concentró en la muchacha.

–Vine hoy para rendirle un homenaje íntimo al maestro, y mostrarle mi arrepentimiento. Por oscuros motivos sexuales traicioné aquello que era sagrado, el Partido. La vagina y el clítoris pudieron más que el dolor de la clase obrera explotada. La vergüenza me hizo descubrir mi vocación: soy un monje ateo. Cuenten conmigo para lo que sea. ¿Amigos, Lautaro?

–¡Amigos, Sofía!

–Ya es hora de que hable, y voy a ser sincero. Del comunismo no sé nada. He vivido lejos de la política, no por culpa mía, sino de mi padre. Como bien lo sabe usted, doña Teresa, él estuvo antes casado con Fresia Godoy, empleada doméstica, mi madre, una sureña inculta. Recabarren aprendió a leer rápido, desarrolló su inteligencia, encontró el ideal que guiaría su vida, se fue al norte y nunca más volvió a vernos. El amor al pueblo lo hizo olvidar al hijo. Se preocupó de todos, menos de mí... Crecí humillado, sin educación, en el subterráneo de la casa de nuestros patrones. Mi madre murió cuando yo tenía trece años. No tuve dinero para enterrarla decentemente. Desapareció en la fosa común. Odié la política, las luchas obreras, ese mundo que me había robado a mi padre. También a él lo detesté. Debería haber venido a buscarme,

enseñarme lo que sabía, darme la oportunidad de preparar la Revolución a su lado. No dejarme tirado por ahí, como un huérfano despreciable... Estaba trabajando por unos días aquí en Santiago, en una fábrica de muebles, soy carpintero, cuando leí la noticia de su fallecimiento. No derramé una sola lágrima. Por el contrario, sonreí y me sentí vengado. Pedí permiso para salir, pretextando un malestar y me fui a pasear al centro, decidido a emborracharme. Allí me agarró el cortejo. Ese río humano siguiendo al cadáver del hombre que me engendró fue estrechando mi cuerpo, pegándose a mi piel, a mis huesos, para integrarme a su caudal. Me disolví en la multitud, y ya sin personalidad, anónimo, una célula más del gigantesco animal popular, sentí lo que todos sentían: la más grande de las tristezas unida a una gratitud inmensa. Admiré la honradez de un hombre solitario y valiente que dio todo lo que tenía tratando de sacar a sus compatriotas de la pobreza. Comprendí que mi odio era egoísta y me sentí orgulloso de ser hijo de tal padre... Cuando la muchedumbre se fue del cementerio, me escondí para dormir en la cripta. Anoche no tuve frío a pesar de que las paredes y el piso eran de acero. Los brazos de Recabarren me rodeaban. También los de mi abuelo y mi bisabuelo. Este lugar metálico es una tumba para hombres. En nuestra familia, el corazón se desprende de la mujer y se sumerge en la lucha.

Ésa es la tradición que yo quiero continuar.

–Elías, es muy bello lo que dices y estoy segura de que, si hubiera un más allá, tu padre te oiría con felicidad, Luis Emilio muchas veces se interrogó sobre tu suerte. Hicimos indagaciones, pero nunca logramos dar con tu paradero. Al final llegamos a la conclusión de que estabas muerto. Desde ahora, nuestra casa es la tuya.

–Bueno, no olviden al compañero Lautaro Quinchahual: yo también quiero continuar la obra del que fue mi maestro y padre adoptivo. Aconséjenos, Teresa.

–A menudo Luis Emilio me habló de la importancia que tenía desarrollar en los obreros una conciencia política. A pesar de que en los últimos meses estuvo aquejado por una tristeza imposible de explicar, se preocupó mucho del arte. Creía que el mejor medio para despertar a los trabajadores era el teatro. Pensaba en la posibilidad de formar conjuntos de cuatro actores para que

recorrieran el campo y las minas, dando representaciones. Escribió varias obras en un acto. La última, la acabó un día antes de su muerte. Es un drama chistoso para payasos, bastante simbólico. Si quieren ser fieles al ideal de mi compañero, les propongo esto: venderé la casa y con ese dinero compraré un camión. ¡Somos cuatro: recorreremos el país representando su obra póstuma!

Un «¡De acuerdo!» espontáneo y entusiasta los convirtió en actores itinerantes por varios años.

En enero de 1925, un movimiento encabezado por oficiales jóvenes del ejército dio un golpe de Estado contra la junta de generales conservadores y trajo de nuevo al país a Arturo Alessandri para que terminara su período. Pero ya no era el Presidente quien mandaba. Todo el poder se había concentrado en su Ministro de Guerra, Carlos Ibáñez, quien, por un lado, trataba de atraer a la masas trabajadoras, y por el otro, buscaba la manera de destrozar el movimiento obrero. La nueva Constitución había sido aprobada entregando en manos del Ejecutivo casi el total del poder. El 4 de junio, en la oficina salitrera La Coruña, fueron masacrados por la policía y el ejército más de dos mil mineros, mujeres y niños. El descontento cundió tanto que Alessandri se vio obligado a renunciar por segunda vez antes de cumplir su mandato. Después de dos años de tira y afloja entre el Poder Judicial y el coronel Ibáñez, éste fue elegido Presidente, iniciando un gobierno dictatorial que provocó detenciones, relegaciones, deportaciones, exilios, desapariciones, fusilamientos y limitación de libertades civiles... La obra de teatro de Luis Emilio Recabarren, a medida que sucedían estos hechos, iba adquiriendo cada vez más significado. Teresa, Sofía, Elías y Jaime dormían en el camión que, pintado de rojo, pujando y corcoveando como una mula airada, los llevaba de una mina a la otra. Los obreros, a los que las compañías no proporcionaban más entretención que el vino de sus pulperías, llenaba, con avidez infantil, las canchas de fútbol transformadas en teatro gracias a los tinglados construidos con mesas de los comedores colectivos. Teresa dejó de ser la mujer discreta que permaneciera silenciosa veinticinco años al lado de su ídolo. Vestida con un pantalón y una camisa de mezclilla, conducía el camión por la pampa venciendo los obstáculos del camino con su férrea voluntad, porque el vehículo,

sin ella, se hubiera derrumbado como una casa vieja. Aprendió a parchar y cambiar las ruedas, componer el motor, desmontarlo, armarlo, cambiar sus piezas, y con la cara manchada de grasa, imprecar hacia la niebla para obligarla a separarse despejándoles el camino. Al final de cada representación era ella la que hacía la colecta. Siempre, además de un poco de dinero, les daban comida y les llenaban el tanque de gasolina. A cada cambio gubernamental o acontecimiento político importante, volvían a estudiar el acto y con sólo cambiar sus tonos de voz, dejando el texto intacto, lograban darle actualidad. Teresa anunciaba:

–¡Van ustedes a asistir, señoras, señores y niñitos, a la gran función del circo «Fracaso Internacional»! Presentaremos en esta pista a una fiera...

(Entraba Elías vestido de burócrata y se sentaba en el suelo.)

–... y a un domador implacable.

(Entraba Jaime vestido de coronel, arrastrando una silla y haciendo restallar un látigo.)

–¡Que comience la acción!

Domador.– ¡Vamos! ¡Súbete en esta silla!

La Fiera.– ¡Grrr!

Domador.– ¡Es de tu propiedad!

La Fiera.– ¡Sí, es mía! Me siento en ella. Pocas fieras logran tener silla propia. ¡Soy feliz!

Domador.– Observa esta segunda silla.

La Fiera.– Es igual a la mía.

Domador.– Aparentemente sí, pero es muy distinta. En ella se han sentado generaciones de fieras nobles. ¡Es un honor poseerla!

La Fiera.– ¡La quiero para mí!

Domador.– No puede ser. ¡Es del director del circo! La Fiera.– ¡Se la cambio por la que tengo!

Domador.– La tuya es vulgar.

La Fiera.– ¡Le daré todo mi dinero, además!

Domador.– Tu dinero no basta...

La Fiera.– ¿Qué puedo hacer? Me da vergüenza vivir en una silla ordinaria.

Domador.– Si matas al director del circo, te la consigo. La Fiera.– Yo obtendré la silla, pero tú ¿qué ganarás? Domador.– ¡Me

quedaré dirigiendo el circo! La Fiera.– ¡Perfecto! Le arrancaré las tripas. ¡Vamos!

El burócrata Elías y Jaime, el coronel, se acercaban a un rincón donde estaba Sofía, el director del circo, vestida de Presidente de la República. Jaime le daba un empujón y la lanzaba al suelo. Elías se precipitaba sobre ella, le mordía el vientre, le sacaba del chaleco una larga tripa de trapo y mediante un truco parecía tragarla. Teresa, sentada entre el público, aplaudía y gritaba:

–¡Bravo, formidable, magnífico, lo mataron! ¡Ahora sí que el circo funcionará bien!

Domador.– Toma la segunda silla. Te la ganaste.

La Fiera.– Grrr. Es delicioso sentarse en ella.

Domador.– Sin embargo tu primera silla, a pesar de ser ordinaria, tenía un calor que la otra no posee.

La Fiera.– Es verdad. Mi nueva silla es fría.

Domador.– La primera es tan agradable que otras fieras han decidido comprarla.

La Fiera.– ¡Eso sí que no! ¡Tiene que ser mía otra vez!

Domador.– Tú ya tienes una silla.

La Fiera.– ¡Quiero las dos!

Domador.– Yo te la puedo conseguir.

La Fiera.– ¿Cómo?

Domador.– Primero, obedéceme ciegamente.

La Fiera.– ¡Dame órdenes!

Domador.– ¡Combate, cañonea, usa gases, invade, destruye, masacra!

La Fiera.– ¡Grrr, lista! ¿Y ahora?

Domador.– ¡Toma la silla que quieres por asalto!

Elías se lanzaba hacia la silla imitando el ataque de un soldado feroz y después de liquidar a enemigos invisibles se apoderaba de ella, la colocaba al lado de la otra y se acostaba sobre ambas con las manos debajo de la nuca.

La Fiera.– ¡Ya poseo a las dos! ¡Ahora soy feliz! Domador.– El local está lleno de gente sentada. ¿Qué son tus dos sillas al lado de todas esas? ¡Hay que expulsar al público para que el circo entero

sea nuestro!

Elías se lanzaba hacia Teresa y la zarandeaba para sacarla arrastrando de la cancha. Luego volvía y se ponía de pie en sus sillas.

La Fiera.– ¡Hemos expulsado al público! ¡El circo es nuestro!
Domador.– ¡Fiera estúpida, mereces mil latigazos! ¿Por quién te tomas? ¡El circo es mío!
La Fiera.– ¡Ayyy! ¡Perdón! Quédate con el circo. Me conformaré con mis dos sillas.
Domador.– ¿Por qué? ¿Acaso tienes dos traseros? Esta silla donde se han sentado generaciones de fieras nobles pertenece al que manda. La recupero.
La Fiera.– Primera silla mía, te vuelvo a encontrar... Nunca debí abandonarte...
Domador.– Fiera ilusa: esta silla tampoco es tuya. He decidido apropiármela. Los animales no necesitan sentarse. Tiéndete en el suelo.
La Fiera.– ¿Qué me dejas?
Domador.– ¡La libertad!
La Fiera.– ¿Libertad de qué?
Domador.– Libertad de comer el mínimo para mantenerte en vida. Libertad de obedecerme sin discutir. Libertad de moverte sólo dentro de un metro cuadrado. Libertad de recibir los golpes que yo quiera darte. ¡Libertad de morir por mí!

Y Jaime sacaba un fusil y disparaba sobre Elías. Éste caía muerto echando tinta roja por la boca. Luego mi padre, angustiado, se iba dando lamentos.

Domador. –¿Y ahora qué hago yo, solo en este enorme circo?

Teresa pasaba el sombrero murmurando al oído de los espectadores: «Sin fiera, no hay domador». Vestidos de mineros, Elías, Jaime y Sofía salían con guitarras a cantar una cueca. La concurrencia quitaba las sillas y se ponía a bailar.

En la madrugada del 15 de marzo de 1927 el Partido Comunista fue puesto fuera de la Ley. La radio El Mercurio transmitió la voz aguda e incisiva de Carlos Ibáñez:

–Ha llegado la hora definitiva y de liquidación de cuentas. No es aceptable la propaganda malévola y disolvente de unos cuantos politiqueros de oficio y otros cuantos ácratas audaces. Hay que aplicar el cauterio arriba y abajo. Ha llegado el momento de romper en forma definitiva con los lazos rojos de Moscú. La prensa comunista será clausurada. Todos los organismos de ese partido, comenzando por el Comité Central, sufrirán un duro y constante asedio policial. Encarcelaremos a centenares de sus militantes y dirigentes, los relegaremos a los más inhóspitos lugares, los someteremos a fuertes torturas y a algunos de ellos los asesinaremos. Después de esta operación, el país quedará tranquilo, feliz en el interior y respetado en el exterior.

Teresa quitó la hoz y el martillo que adornaban la punta del motor y comenzó a pintar el camión de negro. Continuarían las representaciones, sin cambiar ni una coma del texto, pero con otros trajes, de apariencia más inocente. Elías se metería dentro de un disfraz de tigre. Jaime cambiaría la casaca de coronel por una azul de domador y Sofía, el director del circo, usaría un esmoquin. Teresa presentaría el espectáculo vestida de bufón... Durante meses, por los caminos de la pampa, pasaron camiones grises llenos de milicos. Se cruzaban con ellos sin ser molestados. El camión, decorado ahora con motivos circenses, no despertaba sospechas. De vez en cuando los paraban y, después de un rápido registro, pedían que les contaran algunos chistes. Cosa que Sofía sabía hacer muy bien: tenía un repertorio aprendido de las putas del puerto, tan grosero que hacía orinarse de risa a aquellos machos insensibles. Luego los dejaban continuar el viaje... Esos mismos soldados, apenas veían caminando por los cerros a un minero con su traje de tocuyo blanco, disparaban para verlo morir aleteando como paloma... Los buitres, atraídos por la abundancia de carroñas, comenzaron a ennegrecer el cielo siguiendo a las patrullas militares.

Después de cada representación, Teresa invitaba a los miembros del Partido y, en secreto, esquivando a los soplones, se reunía con ellos en alguna excavación de la mina. Durante largas horas les contaba sus conversaciones con el hombre que había venerado. De

pronto su mirada se perdía, le cambiaba la voz y el ritmo de los gestos, y se ponía a hablar como si ella fuese Recabarren. Calma y profunda, citaba a Engels, Lenin, Marx y otros, para indicar a sus camaradas los caminos que debían seguir en el futuro. Elías se sentaba junto a sus piernas, y mientras ella, sin dejar de perorar, le masajeaba el cuero cabelludo, no cesaba de derramar lágrimas. Jaime y Sofía Lam, respetuosos, con el cuerpo reseco por tantos viajes en las áridas zonas mineras, la escuchaban dándose cuenta de que, por un amor que no reconocía a la muerte como límite, esa fiel mujer mantenía vivo el pensamiento del maestro...

Un sábado en la noche, tan estrellada que podían verse las caras sin encender una lámpara, reunidos secretamente a media hora de la oficina salitrera de Huara, cuarenta camaradas escuchaban con respeto religioso las palabras de «la vieja», cuando fueron interrumpidos por un mensajero que llegó casi sin aliento, pedaleando desaforado en su bicicleta.

–¡Hemos sido traicionados, compañeros! Pillamos a un soplón llamando por teléfono a los milicos de San Antonio. Lo hicimos confesar: comunicó una lista con nuestros nombres y señas. Estamos todos fichados. También delató a nuestros cuatro amigos contando la labor subversiva que realizan. En estos momentos viene un camión cargado de soldados a detenernos. Si nos entregamos, nos fusilarán. Si nos escapamos, moriremos de sed en estos cerros áridos o baleados por las patrullas que andan «palomeando». ¡Es mejor pelear, aunque sea a pedradas, y morir de pie!

Todos, como un solo hombre, comenzaron a amontonar piedras y cavar una trinchera en el suelo blando.

–Ustedes, amigos, no necesitan sacrificarse. Tomen su camión y huyan hacia Arica. Si llegan allí, quemen el vehículo y vivan ocultos en el hogar de algún simpatizante, porque ya están fichados.

Teresa abrazó uno por uno a los mineros, se sentó en el camión y con rabia dolorosa lo echó a andar. Sus tres colaboradores, con la vista baja, subieron en la cabina, sin querer ver por última vez a esos hombres que iban a ser masacrados. Sofía se puso a llorar.

–Van a morir por culpa de nosotros. Nosotros los reunimos. Teresa cambió bruscamente de dirección: en lugar de ir hacia el norte, tomó el camino de San Antonio.

–No morirán. Puedo salvarlos. ¡Ustedes bájense! ¡Voy a chocar

contra el camión de los soldados!

–Yo la acompaño, señora. Quiero ser digno de mi padre. De todas maneras la policía me conoce. Que sea más tarde o ahora, da lo mismo.

–Los pacos han fondeado a casi todos mis amigos y amigas. Ser homosexual en esta cretina dictadura es un crimen. Uno de estos días me amarrarán una piedra en los tobillos y me echarán al mar. Yo también la acompaño, Teresa.

–Permítanme que sacrifique mi vida por la libertad de este país que ahora es mío. Hemos comenzado juntos, terminaremos el viaje juntos.

Y mi padre, sentado junto a la puerta, puso el seguro y se aferró al sillón. Muy a lo lejos, en el fondo del camino, parpadearon los dos faros del transporte militar.

–Pronto te veremos, Luis Emilio...

Dijo Teresa y apoyó a fondo el acelerador. Las piedras del valle desierto se pusieron a correr hacia atrás como liebres. Con angurria salvaje el camión fue tragándose el camino. Sofía lanzó un aullido de entusiasmo, besó a Elías y a Jaime en la boca, encendió cuatro cigarrillos y los repartió. Fumaron ávidamente. Jaime, de un puñetazo, rompió el vidrio delantero para que los azotara el aire cordillerano. Iban con la sangre tan caldeada que no sintieron los mordiscos del frío.

El choque era inminente y el cuerpo de mi futuro padre iba a ser destrozado. Yo comencé a protestar. Todos mis esfuerzos por acercarlo a La Tirana, donde lo esperaba la que yo quería por madre, serían vanos. Necesitaría siglos quizás para encontrar otra pareja que conviniera a mis planes. ¡Carajo, ese hombre joven iba derecho hacia la muerte Y YO QUERÍA NACER! Desesperado, salí del escondrijo que me había fabricado en los testículos de Jaime y fui a buscar al Rebe. Éste comprendió inmediatamente la situación. Se horrorizó. Mi padre estaba infringiendo muchos de los 613 mandamientos de su religión. «Está prohibido matar.» Creando el mundo, Dios ordenó a los hombres crecer y multiplicarse para que fuera habitado. Destruir a los otros y a sí mismo es destruir el mundo. «Abstenerse de todo trabajo el sábado.» Provocar un choque es un trabajo. «Está prohibido a cualquier tribunal condenar a muerte en sábado.» El Eterno ha querido, en honor de ese día santo,

que incluso los criminales y los pecadores encuentren en él reposo y quietud. «Está prohibido vengarse.» Lo que nos sucede de agradable o enfadoso ha sido deseado por el Señor. Los hombres que nos dañan son instrumentos en las manos del Creador. Nuestras faltas constituyen la causa primera de lo que nos pasa. «Prohibido tener rencor.» Es indigno fijar el ofensor en nuestra memoria e imitar después su conducta. «Prohibido darse tajos en el cuerpo.» Ya los camiones estaban tan cerca que el Rebe cesó de enumerar los mandamientos que no se iban a acatar, acumuló fuerzas y, convertido en una araña transparente, se apoderó del cerebro de Jaime, tomó el control del cuerpo, quitó el seguro, abrió la puerta, saltó hacia la tierra seca y rodó en medio de una nube de polvo...

Los vehículos entraron en colisión. El ruido del encontronazo retumbó en la pampa silenciosa con tal fuerza que pareció que el cielo se había quebrado. Estallaron las cajas de granadas. Los pedazos de cuerpo saltaron a través de una esfera de llamas. Un tropel de guanacos encandilados atravesó el camino pisoteando la carne sanguinolenta... El Rebe, cumplida su misión, volvió al Entremundo y yo a mi escondrijo genital. Jaime, sintiéndose traidor, avergonzado, se acercó cojeando para ver si quedaba alguien vivo. Llegaron antes que él los buitres. Casi quemándose las plumas en las llamas, tendieron la sábana negra de sus lomos y comenzaron a devorar los restos asados. Mi padre vio a una de esas rapaces pararse en la cabeza decapitada de Teresa y con gestos altivos hundirle el pico en los ojos... El orden del mundo comenzó a derrumbarse. ¿Qué significado tenía una vida tan corta? ¿Valía la pena sacrificarla? ¿Cómo una mujer así podía acabar de alimento para buitres? ¿Acaso no había un puto Destino que premiara las virtudes? ¡Si ese Universo sórdido sólo era capaz de darle a los héroes el buche de los pájaros carroñeros como tumba, él, compañero Lautaro Quinchahual, se haría cargo de sus restos hasta encontrarles el lugar sagrado que merecían por su sacrificio! Tomó un pedazo de madera ardiente y dando alaridos atacó a los buitres. Los cobardes, entre graznidos, se elevaron en nube compacta dejando caer una lluvia de excrementos. Jaime buscó, pisoteando tripas y pedazos de soldado, por entre esa hoguera. El fuego había consumido los cuerpos de Elías y Sofía. De Teresa sólo quedaba su testa, con las cuencas vacías y sangrantes. La cogió por los cabellos

y se internó, corriendo, en la pampa rumbo a los cerros.

¿Cuántos días caminó, enloquecido, bajo el sol ardiente, sin comer ni beber, perseguido por un enjambre de tábanos embriagándose con los jugos podridos que goteaban de la cabeza degollada? No pudo recordarlo: le pareció una eternidad. Olvidado de sí mismo, en esas inhóspitas soledades, buscaba el sitio digno donde enterrar el despojo de su amiga. Sacaba la lengua hinchada y mirando al sol lanzaba gritos de desafío. Si encontraba un peñasco lo abrazaba, le daba besos con sus labios partidos dejándole huellas rojas, lo hacía cómplice, le ponía un nombre mapuche y lo inscribía en el clandestino Partido Comunista. Trataba de formar un ejército de rocas que lo ayudara a implantar la Revolución Galáctica, para sacar al planeta Tierra de su órbita, convertirlo en cometa y llevarlo, trazando una línea recta, fuera de ese Cosmos mal hecho, donde las arañas se comían a las moscas y los niños recién paridos eran recibidos por la Muerte agazapada, abriendo su hocico de cocodrilo entre los muslos de la madre... Corría con los pies desnudos sobre la costra de tierra salada. Se tendía de bruces y lamía las grietas resecas como si fueran sexos de mujer, tratando de darle vida al paisaje que se había vuelto estéril por falta de amor humano... «Donde no hay corazón aparece la sequía y por eso yo hundo mi sexo en la arena para que comience a llover.» Vino Alejandro, su padre, con una aureola dorada sobre su melena blanca, ofreciéndole el par de zapatos perfectos que

él, su hijo despreciado, le había regalado un día.

–Hijo mío, las llagas de tus pies se ordenan en mi pecho y forman letras. Dice: ESPERANZA. Lo que me diste te es devuelto. No me cortes, absórbeme.

Y se fue haciendo pequeño hasta convertirse en un gnomo de cinco centímetros de altura. Jaime lo alzó, lo colocó junto a su tetilla izquierda y apoyándolo con fuerza lo introdujo en su corazón, donde se disolvió.

Llegó el cuerpo de su madre, guillotinada, echando un abanico de chorros rojos por el cuello. Parecía un árbol. Estiró las manos pidiéndole la cabeza de la mujer de Recabarren. Jaime abrazó la carroña y, con rabia dolorosa, escupió en la herida sangrante una bola de saliva seca. La degollada se retorció como herida por un balazo, el cuello comenzó a sorber aire igual a una boca y

moviendo sus bordes habló con voz rasposa:

–Las madres tenemos una comprensión infinita... En tu frente están escondidos todos los astros, al acecho como leones, para saltar al abordaje de la nave de Dios, cuando te acaricie con mis sesos.

Jaime la tomó entre sus brazos y besó el agujero supurante que era su cuello. La herida murmuró;

–Entra en lo profundo. Quiero que hundas la lengua en mi conciencia de pez ciego, para que de una vez por todas aparezca ese astro de diamante que es el hijo de nuestra disolución.

Jaime, con la sed calmada para siempre, se convirtió en un ojo solitario sobre el que resbalaban los acontecimientos como por una ballena muerta. Después del día vino la noche; y después de la noche, otra, y ya no hubo más días. Cargando la cabeza cortada, a la que le crecía una barba de gusanos, avanzó en la oscuridad. Supo que no sólo andaba buscando una tumba, sino también una mujer.

Se encontró vagando por las crestas de una sierra paralela a la alta cordillera. Los tábanos, alimentándose del soma podrido que destilaba de Teresa, habían alcanzado el tamaño de gatos y dando zumbidos de aeroplano le traspasaban el cuerpo con sus aguijones, abriéndole boquetes por donde, en una gelatina de letras, se le escapaba la razón. Los pies se le hincharon tanto que, no pudiendo entrar en sus propias huellas, lo obligaron a detenerse. Jaime le contó a la cabeza degollada que cuando niño tenía los pies más pequeños que las huellas, lo que lo obligaba a correr constantemente para llenarlas. Ahora, expulsado de sus pasos, no le quedaba sino convertirse en estatua de sal y morir. Se dejó caer entre las rocas ovoides como una marioneta a la que le han cortado los hilos. Lo tomaron de la melena, que le había crecido hasta la cintura, y de un poderoso tirón lo pusieron de pie. Era Isolda, el Rayo de Limache, la lanzadora de cuchillos.

–No te comportes como un balurdo. Eres un hombre de circo, desraizado y potente, no una masa informe. Dale gracias a tu esqueleto y a los músculos que lo movilizan. Gracias a ellos puedes oponerte a una autoridad que detestas. Recupera la fe, tus pies son del exacto tamaño de tus huellas. Y esas huellas están ya impresas desde antes de que nacieras, no tienes más que seguirlas. Confía en tus huesos. De todas maneras, tus cabellos crecen rectos hacia el cielo.

Lola y Fanny, reptando como culebras, lo llevaron hacia un sendero donde brillaba una fila de pasos. Benjamín, con alas de cartílago morado, voló alrededor de él:

–Hacia ti convergen los gritos fosforescentes de los pasos encantados esperando el beso que los transforme en luna. Comparte con cada uno la piel inagotable de tu tigre y las raíces cerebrales que hacen florecer los pies. ¡Ve a darles a los peces una idea de lo que es el agua!

Pero Jaime aún no tenía fuerzas para avanzar. Vino Tralaf: –*Huinca*, di conmigo: *Amutuan chengewe mapu mew*, voy a ir a la tierra donde uno se hace gente. Salta hacia el Futuro, ponle los pies encima para que lo hagas Presente, huye del sol prestado y vive en tu centro.

También vino Eleodoro Astudillo, el sepulturero: –Si usted me pregunta «¿Qué me pasa hoy?», yo le contesto «Las cosas no nos pasan. Solamente pasan». Déjese llevar por ellas y conviértase en lo que sucede, para que los pobres que no ven ni saben y andan limosneado se apropien de usted y lo conviertan en alimento.

Se agregó al grupo Jesús de la Cruz, el jorobado: –¿Por qué me abandonaste si soy tu gallina mágica? Comenzó a cacarear, su corcova se abrió como techo de observatorio y emergió un gran huevo de oro que, volando delante de él, lo condujo hacia el país de «Siempre Siempre». Anduvo y anduvo por sus huellas hasta que llegó al abismo donde nace la aurora. Descendió de esos altos cerros, atravesó la profunda cañada y llegó a una planicie seca donde se erguía una iglesia con contrafuertes de piedra y torreones coronados por campanarios de madera. Entró. En el templo solitario, las llamas de los cirios, convertidas en lágrimas calcáreas, desgarraban la sombra que venía de la rosa de vidrio. El suelo estaba inundado de plomo líquido y palomas ciegas devoraban los escarabajos color carne que anidaban en las esculturas de yeso. Sobre el altar, un Cristo sangrante, con los brazos abiertos pero sin cruz, lo estaba mirando. Tomó un candelabro de hierro y de un solo golpe lo descabezó. La corona de espinas quedó flotando en el aire como una aureola opaca. Alzó la testa de Teresa y la colocó sobre el cuello de madera. Las heridas de las manos, el costado y los pies se cerraron. El pecho se puso transparente. Un corazón ardiendo como un sol llenó la iglesia de luz.

Habiendo cumplido su misión, Jaime se dejó caer en el tobogán y resbalando a velocidad vertiginosa avanzó hacia la muerte.

En el santuario de La Tirana, mi madre despertó con un profundo dolor en los ovarios. De su sexo corría una sangre perfumada, tan caliente que al recibirla en las manos echaba humo. Puso una gota sobre su lengua; tenía un gusto más dulce que la miel. Tiñó la cara de la Virgen con el plasma rojo y murmuró una melodía queriendo decir:

–Haz que hoy llegue el hombre desconocido que espero desde hace diez años.

Yo me revolqué dentro de su vientre y establecí un puente invisible entre sus ovarios y los testículos de mi padre que yacía, casi agonizante, sacudido por la fiebre, a treinta kilómetros de distancia. Sara Felicidad obedeció inmediatamente al llamado. Por la prisa, sus pasos se alargaron y en treinta zancadas, de un kilómetro de largo, llegó ante la pequeña iglesia que todos los tábanos de la región, posándose en ella, ávidos de su luz interior, habían transformado en enorme catedral. Junto al altar, bajo el Cristo de madera con cabeza de carne, yacía Jaime, desnutrido, la piel pegada a los huesos y la lengua hinchada, saliéndole de la boca como un cuerno blanco. Mi madre, para impedir que muriera de sed y hambre, abrió las piernas, acercó su sexo a la boca de mi padre, hizo que la lengua dura le partiera el himen, y absorbiéndola hasta que sus ninfas se pegaron a los dientes, lo alimentó con la sangre menstrual. Él fue volviendo a la vida. De rodillas ante la giganta (ahora medía dos metros y siete centímetros), se dio cuenta por fin del amor profundo que lo había hecho viajar diez años en pos de una mujer desconocida. Allí estaba, nacida de sus sueños. El alma había dado un salto de tigre, atravesándole la piel, para caer enfrente de él. Se quedó mirándola, con un placer inagotable.

No sintieron pasar los días. Cuando constaté que los ovarios de mi madre estaban fértiles, les di la orden de acoplarse. Se tendieron desnudos en medio de la iglesia. El sexo de mi padre se hinchó con tal fuerza que su cabeza se puso violácea y el óvalo candente de mi madre secretó un torrente blanco donde los dos se sumergieron convertidos en ángeles acuáticos. El placer transformó sus carnes en conciencia, las estrellas se pusieron a recorrer el cielo llenándolo de

líneas plateadas, el semen galopó por los canales y surgió a borbotones para llenar de espuma la caverna mágica. No me había equivocado. Esos dos seres, transidos de amor, con los alientos anudados, me daban la oportunidad milagrosa de volver a poseer un cuerpo.

En los meses que siguieron, fui creciendo tranquilo. Habiendo logrado unir a los progenitores de mi elección, me entregué a la sabiduría de las células: ellas poseían el conocimiento milenario para formarme. A mí, sólo me quedaba una tarea: hacer que me parieran en el sitio geográfico preciso, en el mes y la hora justos, para que mi destino concordara con mis ambiciones.

Jaime era un hombre de estatura regular, un metro setenta, pero los treinta y siete centímetros con que lo pasaba mi madre lo hacían ver, cuando marchaba junto a ella, como un enano. Sin embargo la fuerza que emanaba de su espíritu, otorgándole a su cuerpo una dignidad de fiera, y la equilibrada sobriedad de sus gestos, en lugar de contrastarla, completaban la hermosura sobrenatural de mi madre. Cuando la pareja entró en Iquique, el tránsito se paralizó y la ciudad, a su paso, se fue callando. La gente normal los veía como seres de otro mundo y la belleza de ese amor se les hacía tan enorme, que ellos, que desconocían los extremos delirantes del alma, se aterrorizaban. Una multitud nerviosa, a punto de lanzar piedras, los vio, con alivio, desaparecer en el interior de «Las Seis B» (Bueno, Bonito, Barato, Básico, Bendito, Blanco), la enorme tienda que Jashe, Shoske, Moisés Latt y César Higuera habían bautizado así en honor de las seis puntas de la estrella judía. Allí todo era blanco, desde los comestibles, queso, leche, huevos, arroz, pechugas de pollo, lonjas de pescado, pasando por la ropa y los artículos de cocina, hasta los juguetes infantiles convertidos en una colección de fantasmas de trapo que representaban todas las actividades humanas, conductores de tren, buzos, aviadores, médicos, etc. Ni su propia madre reconoció a Sara Felicidad. Tenía de ella la imagen de una niña muda, andrajosa y corcovada que había muerto perdida en los cerros. Supo que era su hija cuando ésta tomó un lápiz y rápidamente dibujó, línea por línea, algunos de los arcanos mayores del Tarot. Jashe, de pronto, recuperó la memoria y murmurando: «Alejandro, Alejandro», hundió su rostro

en la cabellera rubia de mi madre, que estaba de rodillas ante ella, y lloró desgarradoramente. La herida no se había cerrado ni se cerraría nunca. El bailarín ruso seguía ardiendo en su corazón como una hoguera sagrada. Shoske le dijo a

Moisés:

–Tu mujer no puede soportar verla. Le recuerda sufrimientos pasados. Si no sacas a Sara Felicidad de su presencia, mi hermana va a morir.

Hicieron venir de Santiago, en avioneta, a un rabino y casaron a mis padres. Al mismo tiempo aprovecharon para bendecir el noviazgo de Jacobo Primero con Raquel Primera, Jacobo Segundo con Raquel Segunda y Jacobo Tercero con Raquel Tercera. Le dieron a los esposos un camión de mercancías, una buena cantidad de dinero y las llaves del local que habían arrendado para ellos en la calle central de Tocopilla, a doscientos kilómetros de distancia. Buena excusa para no verlos jamás.

La tienda se llamó «Casa Ukrania» porque Jaime y Sara Felicidad, para evitar problemas políticos, decidieron hacerse pasar por rusos blancos. Allí, entre platos de loza, relojes cucú y ropa interior de señora, me fui gestando hasta que llegó el momento preciso para que decidiera nacer: el 24 de octubre de 1929, a las diez de la mañana, día mundialmente conocido como «El Jueves Negro»... A esas horas estalló la crisis económica en Estados Unidos y se extendió por todo el planeta. Cerraron los bancos, uno tras otro, y con ello paralizaron la industria. Chile fue el país más golpeado por la catástrofe. Las oficinas salitreras clausuraron sus puertas y la cuarta parte de la población cayó en la miseria. «Las Seis B» dieron el cerrojazo y la «Casa Ukrania», por falta de clientes, también quebró. Mis padres, conmigo en los brazos, se encontraron de la noche a la mañana sin un centavo, durmiendo en la playa y teniendo que hacer cola frente a la Municipalidad, entre mineros famélicos, para obtener un plato de sopa gratis.

–¡Qué bueno, hemos tocado el fondo! Por fin encontramos nuestra tierra. Ahora somos ciudadanos de la miseria. Perdimos la esperanza, por lo tanto el miedo. Sólo nos queda ascender. Bautizaremos a nuestro hijo con el nombre de Alejandro, como mi padre, como tu padre. Él es la luz que encendemos en el altar. Esperando que un día llegue a la conciencia para que, olvidado de

sí y viviendo por amor a los otros, sirva en forma impersonal, dando a conocer la palabra primera, aquella que da origen a todos los idiomas: «Gracias». Para que hacia él converjan los gritos fosforescentes de los sapos encantados esperando el beso que los convierta en Buda. Para que sea el fruto iluminado que transforme nuestro árbol oscuro en una catedral faro.

Mientras mi madre cantaba una canción de cuna dándome de mamar, Jaime, soplándome en la nariz, me transmitió al Rebe. Feliz de encontrarse en un cerebro que no le oponía resistencia, el caucasiano comenzó a relatar sus nuevos mandamientos:

–No matarás a la muerte. No desearás la mujer del viudo y serás fiel a tu fantasma. No robarás aquello que te pertenece ni hablarás con la boca de tu prójimo. No podrás citar a Dios en vano porque todos los nombres son Él. Santificarás tus días de trabajo y convertirás en zapatos a tus padres. Harás de la Tierra un altar donde canten las ovejas y por fin tú mismo te bendecirás.

Edición en formato digital: julio de 2015

En cubierta: Detalle de Pulga de gato (Clenocephalis felis) aumentada 70 veces, fotografía de © David Scarf
© Alejandro Jodowrowsky, 1992
© Ediciones Siruela, S. A., 2002, 2015
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
28010 Madrid.

ISBN: 978-84-16465-35-4